

*Selecta*

SEDUCIENDO  
*al corazón*



D.J.57

Elizabeth Urian

# Seduciendo al corazón

*Elizabeth Urian*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Prólogo

*Nueva York, 1910.*

*Donde comenzó todo.*

Jennifer daba vueltas delante del reloj de pie que se encontraba en el vestíbulo, impaciente. Miró las manecillas, frunciendo el ceño, y deseó con todas sus fuerzas que el hombre de sus sueños, el que conseguía que su corazón latiera desbocado, llegara a la hora acordada. Si fuera posible, incluso antes.

Tratándose de un caballero sureño era poco probable que se presentara en la mansión con anticipo, se recordó. Él era cabal y respetuoso con las normas y protocolos. La joven, en cambio, se movía por el idealismo y no perdía la esperanza.

—Muchacha, ¿acaso quieres hacer un agujero en el suelo?

La voz de su padrastro la sobresaltó. Dio un respingo.

—¡Paul! —Le lanzó una mirada superficial y volvió a concentrarse en el reloj —. Estoy esperando a Ross —dijo a modo de explicación.

El hombre se detuvo cerca de ella y alzó una ceja.

—¿Al señor Walker?

—Sí... —contestó con imprecisión, golpeando con la punta de uno de sus zapatos de paseo el suelo de mármol, pulido esa misma mañana.

Su padrastro se tomaba muy en serio las responsabilidades paternas, sin importarle que ella fuera lo bastante mayor como para decidir por sí misma. Así que esperó paciente a recibir una respuesta mucho más elaborada. Al no obtenerla, insistió con sutileza.

—Nadie me ha informado. ¿Vamos a tomar el té con el señor Walker?

—No —negó la joven—. Va a llevarme al Madison Square Park. —De repente pareció emocionada y sus ojos brillaron más que de costumbre—. Hoy van a poner el árbol de Navidad.

La expresión de Paul se mantuvo inalterable.

—¿Y el señor Walker llega tarde? —le preguntó, al fijarse en que la joven ya llevaba puesto el abrigo.

—No, todavía faltan cinco minutos; y por favor, deja de llamarlo por su apellido —le pidió—. Su nombre es Ross.

Su padrastro se ahorró hacerle ver que lo decente sería esperarlo sentada en el salón como toda una dama y que el caballero pasara a saludar y charlar con educación durante unos minutos. En su época todo era distinto y resultaría inimaginable salir sin una carabina adecuada.

Los tiempos cambiaban, se recordó. Sin ir más lejos, su esposa Annette había educado a sus hijas con una libertad incipiente que amenazaba con ir en aumento, inculcándoles como valor la independencia. Y no es que él estuviera en contra, solo tenía dudas respecto al rápido cambio que experimentaba la sociedad.

Tensó los músculos faciales.

—Entre vosotros solo existe una amistad, ¿no es cierto? —señaló, sin estar muy seguro—. Porque de otro modo me vería en la obligación de tener una seria conversación con él.

Se preguntó si de ser ciertas sus sospechas, su esposa estaría enterada de todo aquello. Supuso que sí, porque sus hijas hablaban con ella con una franqueza absoluta.

Cierto era que habían invitado al joven a cenar alguna vez, pero no llegó a imaginarse que aquello fuera una relación seria. Creyó, al parecer erróneamente, que se trataba de un gesto de amabilidad o incluso de admiración académica, ya que Jennifer siempre parecía estar metida en algún peculiar proyecto. Pero lo que más le hizo pensar de ese modo fueron sus caracteres totalmente opuestos: su hijastra parecía hablar en el idioma de las peras y el señor Walker en el de las manzanas.

No era una comparación muy lucida, teniendo en cuenta su educación, pero lo resumía a la perfección.

—¡Cielos, no! —exclamó ella con horror. Lo último que deseaba era que lo espantara.

Ross era muy callado y formal. Ni siquiera había tratado de besarla a pesar de todos sus esfuerzos por conseguirlo y no tenía ni la más mínima idea de lo que pasaba por su mente o, lo más importante, de sus sentimientos.

—Quítate el abrigo y siéntate —le sugirió Paul, dispuesto a averiguar un poco más de la relación.

Aunque no había sonado como una orden, Jennifer supo que se trataba de una.

Sintió cierto fastidio, pero le tenía mucho respeto, así que obedeció. Solía dejarle hacer su vida sin meterse en sus asuntos y por una vez que le pedía algo...

Ross llegó muy poco después. Una sirvienta lo hizo pasar al salón grande y no pareció contrariado porque los planes hubieran cambiado.

—Señor Broderick —lo saludó cortés, consiguiendo que su acento sureño fuera más marcado.

—Señor Walker, un placer. —Lo invitó a sentarse—. He pensado que podríamos aprovechar el momento para conocernos mejor.

El joven no puso ningún impedimento ni actuó con nerviosismo; todo lo contrario: se mostró de lo más natural.

Jennifer se sintió orgullosa de él.

—Colin habla muy bien de usted —empezó yendo al grano. No podía decirse que Paul perdiera el tiempo con sutilezas—, y por lo que sé es un gran profesional, pero hasta ahora no me había detenido a pensar en el vínculo de amistad que parece haber establecido con mi hijastra, lo cual no es muy corriente entre un hombre y una mujer —aclaró.

—Eso no es... —protestó ella.

¿Dónde estaría su madre ahora que la necesitaba?, se preguntó ella con desasosiego. Ojalá apareciera y los interrumpiera. Solo así podría salvarla de la catástrofe que se avecinaba.

—Jennifer, ¿podrías dejarme terminar? —le preguntó su padrastro sin

inmutarse.

Al contrario que ella, Ross seguía sin alterarse. La única que parecía incómoda con la conversación era Jennifer.

—¿Me está preguntando por mis intenciones?

«Tierra, trágame», susurró ella para sus adentros. Su estómago dio un vuelco repentino. «Qué situación más vergonzosa».

Se equivocaba.

—Así es —insistió el señor Broderick—. No lo hago para inmiscuirme o por frivolidad. Me preocupo por la muchacha y la considero hija mía ya, así que debo estar alerta por si alguien quiere aprovecharse de ella.

Durante unos segundos, Jennifer fue incapaz de mover un solo músculo. Desde su punto de vista, Paul no tenía derecho a intervenir en aquel asunto ni interrogar a Ross sobre lo que pretendía. Resultaría humillante constatar que él solo la consideraba una amiga.

Fue la única que lo pensó.

—Estoy de acuerdo. —Ross asintió con un ligero movimiento de cabeza—. Yo, en su lugar, haría lo mismo.

—¿Por qué no nos marchamos ya? —volvió a interrumpirlos, sintiendo las palmas de sus manos húmedas.

Ella lo amaba; esa era la realidad que albergaba su corazón. Lo más probable fuera que aquel sentimiento la acompañara desde el momento en que lo vio bajando por las escaleras del orfanato, pero eso no significaba que él quisiera dar el paso definitivo, ya que apenas llevaban unos meses siendo tan cercanos.

Tenía que quererla, ¿no?, le dijo una vocecilla interior. ¿Por qué sino pasaban tanto tiempo en mutua compañía? Sin embargo, Ross era un hombre calmado y metódico al cual le llevaría un tiempo prudencial acariciar la idea del matrimonio. No era como ella, que ya se veía vestida de novia. Por eso mismo deseaba dejarle espacio, no atosigarlo en ese sentido.

—Déjeme ser sincero también, porque nunca he pretendido abusar de los demás —escuchó decir al hombre que poblaba sus esperanzas de futuro.

El corazón de Jennifer comenzó a latir a un ritmo inusual. Le daba pánico pensar en la posibilidad de que estuviera del todo equivocada y que él no

compartiera los mismos sentimientos. Haciendo gala del don que poseía para la actuación, pensó en fingir un desvanecimiento que evitara la respuesta de Ross.

Descartó la idea al instante. Por una vez se impuso la sensatez. Parecía demasiado alocado y fuera de lugar incluso para ella, así que acabó optando por otro tipo de dramatismo.

—¿Podíais dejar todo eso para otro momento? —exclamó, levantándose con aspavientos—. No vamos a ser los primeros y para mí es importante ir temprano. Me siento y observo mientras traen el árbol en un carro, intentan bajarlo y todo eso. Se trata de una especie de tradición. —Trató, en vano, de derramar una lagrimita para conferir más emoción al asunto, como si de verdad fuera importante para ella y, aunque pensó en cosas tristes, la presión del momento no la dejó.

Ross y Paul parecieron confusos con su exagerado comportamiento, sobre todo porque ellos mantenían una serena conversación, pero así era ella y sería bueno que fueran acostumbrándose.

—¿Entonces vas todos los años?

—No —respondió con demasiada sinceridad y se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo. No fue capaz de decir nada gracioso que la sacara del atolladero.

Ross arqueó una ceja y acudió en su rescate.

—Supongo que tu intención es inaugurar una nueva tradición.

—Eso, sí —susurró, agradecida, y miró a Paul con una súplica en los ojos.

—Entonces supongo que no debo entreteneros más —capituló él.

Jennifer corrió como un rayo a buscar los abrigos sin esperar a la sirvienta. Quería evitar a toda costa que prosiguieran con la conversación.

Por su parte, los dos hombres optaron por seguirla mientras se colocaba la prenda de abrigo con tanta rapidez que los guantes de Ross acabaron tirados por el suelo.

Al tratar de introducirlos en el bolsillo del abrigo —sin pensar que habría sido más fácil entregárselos para que se los pusiera— y meter la mano notó un bulto en el fondo del forro. Lo palpó extrañada para averiguar de qué objeto se trataba y al sacarlo se dio cuenta de que era una cajita cuadrada forrada de terciopelo

oscuro.

A pesar de estar invadiendo su intimidad, la muchacha abrió la cajita como hipnotizada.

Un gran silencio inundó el vestíbulo.

Por primera vez en su vida, Jennifer se quedó muda. De su boca no salió ni una risita nerviosa, ni un comentario mordaz, ninguna broma fácil o alguna bufonada de las suyas. Parecía que el gato se le hubiese comido la lengua.

—Yo...yo —tartamudeó Ross con azoramiento. Su rostro se tiñó de color granate y tuvo que detenerse para tragar saliva—. Quería comprar uno que hiciera juego con tus ojos, pero es difícil encontrar un anillo de compromiso con una piedra preciosa gris, así que acabé eligiendo uno de platino con un diamante engarzado.

A pesar de terminar la frase a tropel, el significado de sus palabras fue claro. Sin embargo, Jennifer estaba demasiado conmocionada para comprenderlo.

—Ehhh... —Paul carraspeó—. Creo que mi presencia aquí ya no es de ninguna utilidad. —Al comprender el giro de los acontecimientos se retiró a su despacho con discreción, satisfecho consigo mismo. Prefería dar a la pareja una pizca de intimidad. Al fin y al cabo, las preocupaciones por su hijastra acababan de verse solucionadas.

Rojo por haberse visto descubierto antes de poder declararse, Ross se atrevió a mirar a Jennifer, que parecía sujetar la caja como si fuera un objeto infeccioso.

Su nerviosismo aumentó considerablemente.

Había llevado consigo el anillo durante toda la semana, buscando el momento idóneo para declararse o quizá buscando un poco de valor, porque era la primera vez que había pensado en casarse. Y aunque nada parecía salir como había planeado, por lo menos esperaba un poco de emoción por su parte.

—Lo siento, no pretendía inmiscuirme en tus cosas.

La voz de Jennifer sonó trémula, apañándose apenas para mantener la compostura.

—Eso ocurre. —Ross trató de restarle importancia; al fin y al cabo, lo hecho, hecho estaba.

—Enhorabuena.

Él abrió la boca, sorprendido.

—¿Me felicitas? —preguntó él con el ceño fruncido. No atinaba a comprender su modo de actuar.

¿Serían cosas de mujeres? ¿Consideraría el anillo demasiado sencillo?, se preguntó. O tal vez era así como ella mostraba ilusión. Porque que decidiera rechazarle no era una opción que se hubiera planteado.

Una gran angustia lo invadió.

—Es lo que se espera en estos casos —contestó ella molesta.

—¿De verdad? —Ross pensó entonces que debía ser una costumbre típica de Nueva York; extraña, eso sí. O quizá estaba entendiendo mal sus palabras y lo que hacía era alabar su buen gusto al escoger el anillo. Suspiró aliviado por aquella consideración—. Entonces, ¿lo crees apropiado? —Porque, aunque era bonito, debía reconocer que era lo máximo que había podido permitirse.

Ross vivía gracias a su sueldo de profesor, mientras que ella pertenecía a una clase acomodada.

¿Esperaría algo mejor?

—¿Por qué no habría de serlo? —le espetó—. Aunque no es a mí a quién debe gustarme.

—¿Ah, no?

Parpadeó confuso. ¿Es qué necesitaba la aprobación de su familia? ¿Era eso?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella, dejando traslucir su enojo.

—¿Por qué te comportas así conmigo? —quiso saber entonces—. ¿Es que estoy haciendo algo mal?

—¡Lo estás haciendo todo mal! —gritó Jennifer al borde de las lágrimas—. Pero estoy segura que a tu prometida... bueno, a tu «casi prometida», le encantará el anillo. Es precioso.

—¿A mi...? ¿Acaso ella...? —balbuceó—. ¡Oh! —exclamó al fin comprendiendo. Solo entonces se permitió esbozar una sonrisa—. Sabes, es fascinante comprobar cómo funciona tu cabecita y cómo de rápida eres llegando a conclusiones equivocadas.

—¡Como si todo fuera culpa mía! ¡Me has engañado! Has estado haciéndome creer que tú... que yo... —Le entregó la caja con brusquedad y dio unos pasos

para abrir la puerta principal. Una ráfaga de viento entró a través de ella, pero Jennifer permaneció erguida con una regia compostura—. Creo que será mejor que te marches.

—Creo que no —replicó por primera vez, divertido. Ella seguía sin darse cuenta de nada.

¿Cómo alguien tan perspicaz como Jennifer podía estar tan perdida?, se preguntó entonces.

—¡Uy, eres insufrible! ¡Y un maldito bastardo! ¿Dónde ha quedado la integridad de la que haces gala? ¿Dónde?

Jennifer estaba a punto de llorar, mientras que Ross aguantó estoicamente aquella sarta de improperios.

—Creo que puede interesarte lo que quiero decirte —anunció con voz calmada.

—¡Para nada, para nada! —repitió para que le quedara bien claro—. ¡Para...!

Enmudeció de golpe cuando lo vio arrodillándose frente a ella y sacar el anillo de la cajita.

—Jennifer Lefont...

Abrió la boca, estupefacta.

—No, no, no —lo interrumpió de inmediato al percatarse de que todo aquello era para ella—. No puedes pedírmelo.

—¿No?

—Lo he estropeado todo —sollozó, cubriéndose el rostro con las manos. Estaba muerta de vergüenza—. Debería haber sido un momento maravilloso y especial.

—No importa. —Ross sonrió de medio lado—. Aunque debo admitir que especial sí ha sido. —Movié la cabeza con incredulidad. Se acercó a ella, le destapó el rostro con gentileza y sostuvo sus manos—. Creer que el anillo era para otra cuando he dicho que quería que fuera igual que el color de tus ojos...

—Lo siento. Mi mente tiene una forma peculiar de entender lo más obvio.

—Entonces, Jennifer Lefont, ¿vas a dejarme que te lo pida? Porque no estoy dispuesto a empezar de nuevo.

—Sí —murmuró con una emoción que amenazaba con paralizarla.

Estaba muy arrepentida por lo que le había dicho a Ross.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí —repitió eufórica, lanzándose a sus brazos.

Su felicidad era absoluta.

La besó por primera vez, despacio y con suavidad, sin conocer las prisas, como si estuvieran aislados del mundo. Se quitó el abrigo dejándolo caer en el suelo mientras juntaban sus lenguas en un erótico baile. Era todo un acontecimiento, porque Ross había dejado atrás cualquier atisbo de rigidez o caballerosidad para dar paso a la pasión.

¡Un brindis por la espontaneidad!

Para ella fue el mejor beso de la historia, porque se lo daba con amor.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó él al cabo de unos minutos, separándose un poco de Jennifer.

—Lo que quieras —respondió. Se sentía como en una nube.

—¿Puedes cerrar la puerta? Me estoy muriendo de frío.

Y aunque la pedida de mano fue un poco confusa y atropellada, para ella fue perfecta.

*Nueva York, 1913.*

*Cuando el sol no brilla como debería.*

El hogar de los Walker estaba situado en el número 103 este, en la Calle 37 del plácido barrio de Murray Hill. Se trataba de una hermosa casa construida en el siglo anterior con fachada de piedra grisácea que perteneció durante años a la familia Lefont. Cuando la señora Annette contrajo matrimonio en segundas nupcias con Paul Broderick y se trasladó a vivir con su esposo unas calles más arriba, dejó de usarse. Aun así, no quería desprenderse de la vivienda, a la que tenían mucho cariño: sus hijas habían nacido y crecido en ella. La solución llegó cuando Jennifer se comprometió y su madre se la entregó como regalo de bodas.

Desde entonces era habitual que Ross llegara del trabajo alrededor de las seis de la tarde, saludara a su esposa, se cambiara la ropa por una más cómoda y ambos disfrutaran de un agradable momento de lectura antes de la cena.

A pesar de ser dos personas tan distintas en carácter, compartían una afición común: su pasión por los libros. Ambos eran capaces de sumergirse en ellos durante horas y devorar cada una de sus páginas. Por supuesto, sus gustos eran dispares. Mientras que Jennifer soñaba leyendo historias de ficción llenas de aventuras y misterios que la llevaban a otros lugares, Ross era mucho más analítico y prefería libros que tuvieran que ver con el pensamiento humano, teorías científicas o nuevos descubrimientos.

La habitación elegida para tales menesteres era una galería acristalada, llena de plantas, y decorada con tonos suaves y cálidos muebles. Se encontraba al fondo

de la casa y solía mantener las mismas funciones que para sus anteriores dueños: era un rincón para la lectura, para las conversaciones informales, para tomar el té o degustar un trozo de bizcocho. Sin embargo, a pesar de ser la estancia preferida de la pareja, Ross nunca trabajaba ahí. Para preparar sus clases o corregir los ejercicios de sus alumnos siempre utilizaba la biblioteca, donde disfrutaba de tranquilidad. De otro modo, con su esposa alrededor yendo y viniendo, le era imposible concentrarse.

Al escuchar entrar a Maggie, la doncella, Jennifer levantó el rostro y puso una cinta de terciopelo entre las páginas del libro para no perderse.

—Señora, solo quería avisarles de que la cena será servida en quince minutos.

Un deseo le sobrevino. No solía ser una mujer de costumbres, las cuales la aburrían. Sin embargo, aquella rutina vespertina había ido tomando fuerza en sus vidas. Quizá demasiada, pensó entonces.

Por una vez quiso que fuera distinto.

—¿Sería mucha molestia si cenáramos aquí en lugar del comedor?

La doncella no pareció sorprendida. En cambio, Ross dejó su libro sobre un cojín, entornó sus ojos color avellana y clavó la mirada en ella.

No dijo nada.

—Por supuesto que no, señora. En un momento lo preparo —añadió antes de marcharse con discreción.

—¿Te parece bien, querido? —le preguntó aun sabiendo que para él esos eran asuntos sin importancia. Pero esa tarde estaba más silencioso que de costumbre y cualquier pretexto era bueno para escuchar su voz.

Incluso uno tan trivial.

—Como quieras —fue su corta y decepcionante respuesta, antes de sumergirse de nuevo entre las páginas.

Jennifer lanzó un suspiro. Un suspiro intenso, dramático y prolongado, que pasó desapercibido.

Se sintió un tanto decepcionada.

Aunque adoraba pasar tiempo junto a su esposo tuvo que reconocer que su relación no era lo que ella hubiera podido esperar. Lo suyo se asemejaba más a un matrimonio de mediana edad con más de veinte años de casados que a uno

joven y enamorado.

Bajo su punto de vista, a ambos les correspondería comportarse de un modo fresco y espontáneo, sin rigidez; en donde abundaran los besos, las risas y las caricias. Jennifer tenía veinticinco años, no cincuenta. Tanto ella como él deberían estar impacientes por reencontrarse tras un día entero separados y no actuar con una aburrida e insoportable madurez.

Lo malo era que Ross actuaba —debido a la educación recibida y a las circunstancias de su infancia— de un modo demasiado controlado y racional, mientras que Jennifer era espontánea y se dejaba llevar a menudo por los impulsos y el corazón. Ante eso, que llegara la desilusión resultaba inevitable.

El carácter de la joven distaba mucho de asemejarse a los estándares prestablecidos en la alta sociedad o incluso en ambientes burgueses, donde ella prefería moverse. Sus padres siempre la alentaron —al igual que a su hermana— a pensar y decidir por sí misma, sin verse limitada por los protocolos a los que se veían restringidas las damas de alcurnia. Por supuesto, sus modales podían ser tan finos como los de las demás y su paladar exquisito. Sin embargo, su vida nunca se rigió por la búsqueda desesperada de un esposo de buena familia al que conquistar.

Casarse fue una decisión propia fruto de un enamoramiento. En ningún momento se sintió empujada por los convencionalismos de los que Jennifer solía huir.

El papel de la mujer, siempre relegada a un segundo plano, comenzaba a dar un cambio; tibio, eso sí. Pero las oportunidades emergentes se sucedían y, en aquella época en la que las mujeres podían ejercer como doctoras, editoras o periodistas desde hacía unas décadas, había ejemplos remarcables en los que Jennifer solía reflejarse: Alice Stebbins se había convertido en la primera mujer policía de la ciudad de Los Ángeles; Lula Olive Gill en la primera jockey en ganar una carrera en California; Madge Sellers entró en un campeonato de patinaje artístico —deporte hasta entonces dominado por los hombres— y la lista seguía creciendo.

Así que no era de extrañar que ella, entusiasta por naturaleza, se contagiara de ese espíritu poco conformista. Nunca había tenido un propósito claro en su vida,

pero se sentía satisfecha con tratar de hacer lo que deseaba sin importarle las limitaciones que pesaban sobre su sexo.

Jennifer no se dio por vencida en su intento por mantener una agradable conversación con su esposo. Aunque esperó a más tarde, durante la cena, cuando terminaron la sopa de guisantes e iban a degustar la ternera. Detestaba sentirse sola estando en compañía de su esposo.

Eso le helaba el alma.

—¿Cómo te ha ido el día? —le preguntó, recuperando el ánimo y la sonrisa.

—Bastante provechoso —murmuró él mientras leía unos papeles.

—¿Hay alguna novedad en el orfanato?

Trató por todos los medios posibles de que le prestara un poco de atención, pero él no se dio por aludido. Ross era brillante en el tema intelectual, pero en cuanto a emociones y sentimientos distaba mucho de la perfección. Era incapaz de interpretar sus gestos, su tono o su mirada. Y eso que ella era transparente para cualquiera con un mínimo de perspicacia o interés.

—¿A qué te refieres? —Dejó de lado los documentos, se quitó las gafas y la contempló con el ceño fruncido. Parecía turbado—. Deberías ser más específica.

—Bueno... no sé. ¿Han adoptado algún niño; o por lo menos han mostrado interés? ¿Hay algún profesor nuevo? ¿Se ha pasado Colin por ahí? Porque con el trabajo, mis sobrinos y eso...

—¿Cómo voy a saberlo? —la interrumpió él—. Soy profesor y me pagan por hacer mi trabajo, no para cotillear —expuso como respuesta antes de volver a concentrarse en lo que le mantenía ocupado.

Jennifer debería estar acostumbrada a ese tipo de respuestas, pero algo en su fuero interno se rebelaba ante sentirse ignorada.

—¿Podrías dejar esos papeles, por favor? Estoy cenando con mi esposo y debería ser un momento agradable y placentero —murmuró cada vez más irritada.

Ross no lo hacía aposta, pero su actitud los distanciaba.

Sus ojos se posaron sobre ella, analizándola en silencio y con cierta suspicacia, como intentando adivinar el porqué de su comportamiento.

—¿Has tenido un mal día? —le preguntó a su vez.

—No, resulta que ha sido maravilloso y, ya que te interesas, te contaré que he estado ayudando a una amiga a encontrar casa —contestó, sin percatarse de que había hablado de más.

—¿Qué amiga?

—¿Cómo?

—No sé qué es lo que no entiendes de mi pregunta. He preguntado de qué amiga se trata.

—¡Ah! —Jennifer lo había entendido a la primera, pero por un momento dudó si decirle la verdad. Nadie sabía nada de su relación con Rosemary. Como no le gustaba mentirle buscó un subterfugio—. Tú no la conoces. —Lo cual era cierto—. En fin, ella no se decidía, pero hemos ido a visitar un apartamento del Edificio Dakota y creo que se ha enamorado de él. Deberías ver las vistas. ¿Has estado? He pasado cientos de veces por delante y nunca había entrado. Hasta hoy, por supuesto —se corrigió—. No creí que por dentro fuera tan impresionante. ¿Sabes que hay ascensores exclusivos para el servicio que dan directamente a la cocina? Impresionante. Claro que el apartamento estaba amueblado y sin mucho gusto. Parecía tan sombrío...

Ross no supo el momento exacto en el que se dispersó y dejó de escuchar el largo monólogo de Jennifer que, según su criterio, era intrascendente. Una parte de él se sintió culpable por no apreciarla en su totalidad, mas cuando comenzaba a parlotear así era incapaz de seguirla.

Su esposa lo acusaba —un día sí y otro también— de encerrarse en sí mismo, lo cual resultaba ser cierto. A ella, en cambio, le gustaba compartir; para su gusto demasiado. Eso lo angustiaba, pues ambos tenían caracteres completamente distintos.

—¿Me estás escuchando? —le recriminó ella al cabo de un momento.

—Por supuesto —mintió para beneficio de ambos, antes de volver a centrar toda su atención en ella.

—Estoy segura que va a necesitar una remodelación, papel de pared nuevo, otros muebles, lámparas... pero no tiene prisa y lo hará poco a poco. Estoy segura de que le quedará muy bien; su gusto es divino. Quizá en el pasado un poco recargado, pero ahora... Yo no sabría ni por dónde empezar. Suerte que

mamá nos dejó la casa en tan buenas condiciones. Apenas hemos tenido que hacer unos retoques. Lo fundamental sigue igual y a mí me encanta. Hay que ser prácticos, ¿no crees?

Ross agradecía esa faceta de su esposa. No era como otras tantas mujeres que se pasaban días y días para escoger una tapicería o el color de la pared. No, ella no perdía el tiempo en esas nimiedades y por lo menos lo dejaba tranquilo respecto a eso. Su suegra, Annette Broderick, al casarse de nuevo se trasladó a vivir con su esposo y les dejó su casa. A decir verdad, solo habían cambiado unas pocas cosas, entre ellas la barandilla de la escalera, demasiado recargada para su gusto y que apenas dejaba pasar la luz. En ese caso habían optado por algo más sencillo. La casa quizá no fuera grande y sofisticada, pero era su hogar; un cálido hogar.

—¿Sabes? He estado pensando en algo. —Su mujer cambió de tema sin ni siquiera parpadear, algo muy típico en ella. Él no dijo nada, esperando—. Me gustaría aprender a conducir —declaró solemne.

A Ross se le detuvo el corazón de golpe.

—¿Por qué? —preguntó aun así, tieso como un palo.

—Tú sabes hacerlo —subrayó ella, haciendo hincapié en lo obvio.

—Sí, pero no lo necesito. Tenemos el chófer que nos lleva. Además, ¿eso no será una de las tantas cosas que dejas a medias?

—No creo. No puede ser muy difícil, así que no me costará mucho tiempo.

—No logro imaginarte conduciendo por esta ciudad de locos, lo siento. —Solo de pensarlo se le revolvían las tripas.

—Colin lo hace —señaló ella como argumento—. Y también Hugh.

—Eso es distinto.

—¿Por qué, por ser mujer? Déjame decirte que conozco a muchas que han decidido ser independientes comenzando por aprender a conducir —afirmó tajante.

Ross hizo un movimiento negativo con la cabeza. En una época tan convulsa y cambiante como la que estaban viviendo, donde se construían máquinas capaces de surcar los cielos y donde los descubrimientos científicos eran cada vez más osados y cuantiosos, uno debía dejar atrás el conservadurismo y abrir las puertas

al futuro. Si Ross creía en la evolución de las especies, también lo debía hacer con la evolución de la sociedad, donde las mujeres tomaban un papel cada vez más relevante.

No se consideraba un retrógrado, sino un docente liberal que juzgaba a la mujer como a una igual. Muy poco a poco, las universidades estaban abriendo las puertas a un sector femenino con cada vez más peso y voz, luchando por sus derechos. Si él mismo admiraba los logros de Marie Curie, ¿qué hipócrita sería si considerara que el lugar de la mujer era en el hogar con los niños!

Pero no era el tema que les ocupaba. Él no hablaba de las demás mujeres, sino de Jennifer, una esposa que poseía una embestida colosal.

—Estoy de acuerdo, pero ellas no están casadas conmigo ni son tan inestables —replicó con desacierto.

—¿Inestable? ¿Inestable? —repitió ella, al principio, confundida. A continuación su rostro se desencajó, ofendida—. ¿Qué significa eso, que soy una perturbada? —Sin darse cuenta, elevó la voz, dejando patente su disgusto.

—No era lo que quería decir —replicó de inmediato, tratando de aclarar el pequeño malentendido, aunque parecía que con ella nunca había forma de acertar.

—Pero lo piensas.

—Por Dios, Jennifer. He elegido mal la palabra. Lo siento. Pero te conozco y tiendes a... —buscó la palabra más acertada— a acelerarte. Eso con un auto es muy peligroso.

—Aun así voy a hacerlo —le anunció.

—Como quieras. —Se encogió de hombros, dándose por vencido. Era tan terca que siempre acababa haciendo lo que quería. Dejó la servilleta a un lado del plato—. ¿Hay algún otro asunto que quieras debatir?

—No. ¿Por qué?

—Porque me retiraría a la biblioteca a preparar las clases de mañana.

—Pero si todavía estamos cenando —le reprochó, pero se dio cuenta que él ya había terminado, mientras que ella ni siquiera lo había probado—. ¿Y el postre?

—Hoy no voy a tomar. —Se levantó, cogió los papeles y se acercó a ella—. Lo más probable es que tarde unas horas en tenerlo todo listo, así que no me esperes

despierta. —Le dio un beso en la frente antes de despedirse—. Buenas noches.

Y se quedó ahí sola, de nuevo.

Jennifer contempló la silla que había ocupado Ross, ahora vacía. De las veinticuatro horas que tenía el día, ¿cuántas pasaban juntos?, se preguntó de mal humor. Al parecer, muy pocas. La mayoría de ellas durmiendo y cuando no, solía ser ella la que hablaba. ¿Por qué tenía Ross que ser así? ¿Acaso se había casado con un mudo? Entendía que fuera un hombre introvertido, pero llegar a ese punto resultaba ridículo. Debía reconducir la situación.

Después de terminar su postre pidió otro para su esposo e hizo algo que no hacía nunca: fue a por él.

Entró sin llamar.

—Traigo un poco de tarta de manzana —anunció con voz aterciopelada.

Ross levantó el rostro durante varios segundos y dejó los papeles a un lado. Por un momento pareció desconcertado, pero no la echó.

Una pequeña victoria.

—Creí haber dicho que no quería.

Ella dejó el plato y el tenedor encima del escritorio, lo rodeó y se situó a su espalda mientras masajeaba sus hombros.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró a su oído mirando por encima de él.

—Corrigiendo ejercicios de álgebra.

—Oh... —Alargó el brazo y revolvió entre sus cosas, mirándolas con curiosidad.

Ross masculló por dentro. Si se encerraba en la biblioteca era porque no quería interrupciones.

—¿Te importa?

Le apartó las manos con gentileza y sin ninguna pizca de antipatía, ya que era una mujer muy sensible y con un humor bastante variable. Tampoco quería que se marchara dolida. Siempre lo acusaba de falta de sensibilidad, pero eso era porque no se daba cuenta de que en realidad la trataba como todo un caballero y estaba pendiente de todas sus necesidades. Aun así, seguía quejándose.

Tomó aliento mientras pensaba en su esposa como una criatura compleja a la que le era difícil de descifrar; algo así como un jeroglífico.

—Haz como si no estuviera. Soy silenciosa como... como... —dudó— ¿una pluma?

—¿De verdad? —preguntó con un deje de ironía del que su esposa no hizo el mínimo caso. A pesar de llevar más de dos años casados, todavía se sorprendía al escuchar lo que salía por su boca. Su vocabulario podía calificarse cuanto menos de curioso.

—Quizá pueda echarle una mano —sugirió ella, con la esperanza de quedarse un poco más junto a él.

Esbozó la mejor de sus sonrisas.

Ross frunció el ceño.

—¿Y cuál sería tu función?

—Apoyo y logística —agregó satisfecha. Quería ayudarlo a corregir y así él podría acostarse más temprano, junto a ella.

Lo vio parpadear.

—¿Podrías ser más específica?

Jennifer gruñó ante la típica pregunta. Odiaba cuando le decía esa frase en particular.

Al principio la hacía sentirse tonta, como si no dominara el idioma, pero ahora lo único que conseguía era enervarla. Era un prepotente, pero el prepotente que amaba al fin y al cabo.

—¿Es-pe-cí-fi-ca? —deletreó haciéndose la tonta. Le encantaba tomarle el pelo—. ¿Eso es una palabra? Porque no lo había escuchado nunca.

—Jenny... —le advirtió al darse cuenta de su juego.

—Seguro que te la has inventado —continuó con total inocencia—, porque no puede estar en el diccionario.

—Jenny... —repitió.

—Pero si tú puedes hacerlo, yo también —fingió pensar—. ¿Qué tal esta? Esposa-necesita-mimos.

Colocó las manos alrededor de su cuello y lo rodeó hasta que consiguió sentarse sobre sus rodillas con cara de niña buena. A cambio recibió un corto beso en los labios, solo eso. Al instante se dio cuenta de que él trataba de zafarse.

—Jennifer, por favor te lo pido, déjame solo. Necesito terminar esto para mañana.

Esperó comprensión por su parte. Sin embargo, solo consiguió una resistencia silenciosa. Se negaba a levantarse.

En lo que a ella respectaba, sus alumnos podían esperar un día o una semana. Ross era demasiado concienzudo en sus cosas y, aunque admiraba lo mucho que se entregaba al trabajo, no tenía que exagerar tanto. Necesitaba un poco de vida personal.

Trató de no rendirse. Su esposo no volvió a pedirle que se marchara, pero en cambio la ignoró y, aunque seguía sentada sobre sus rodillas, logró seguir corrigiendo sus odiosos ejercicios.

A partir de entonces pasó a aborrecer el álgebra.

Como solía decirse, y aunque la frase la encontraba muy trillada, quizá Ross hubiera ganado el asalto, pero no la guerra.

Jennifer se retiró a su habitación más decidida que nunca a dar un giro a su relación. Como no tenía sueño aprovechó el tiempo para leer.

Tenía un libro en la mesilla desde hacía una semana y se dijo que era el momento justo para empezarlo. Se titulaba *Trabajo pionero en la abertura de la profesión médica a la mujer*, una autobiografía de Elizabeth Blackwell, una precursora doctora y heroína para su hermana, que precisamente le había pasado el libro. Solo por eso haría un esfuerzo por terminarlo, aunque no fuera el tipo de lectura que le gustaba. Admiraba a esas mujeres que llegaban tan alto por puro altruismo y, aunque le gustaría ser como ellas, sabía que su espíritu no estaba hecho para grandilocuencias. Tenía un gran defecto, lo reconocía: no era capaz de concentrarse en un proyecto durante demasiado tiempo.

Que recordara había empezado clases de violín, de pintura, de fotografía... sin llegar a terminar nada. ¿Pero qué culpa tenía ella si se aburría por el camino? Un ejemplo de eso fue cuando trató de seguir los pasos de su querida Samantha. Si su amiga era capaz de escribir novelas tan exquisitas, ¿cómo no podía hacerlo ella? Su caligrafía era buena y tenía montones de ideas y experiencias que plasmar, así que se puso manos a la obra, pero tras de un mes de intenso trabajo los resultados no llegaron. Después de comenzar a escribir una historia bastante

creíble, se dio cuenta de que sus personajes parecían de cartón. No era capaz de darles vida. De esta forma lo dejó correr, como otras tantas cosas.

No es que fuera una derrotista, no. Tenía un carácter demasiado optimista para ello, pero sentía que el esfuerzo no valía la pena. Samantha intentó persuadirla para que continuara, pero el fervor por la escritura ya había pasado.

Su hermana solía burlarse de ella porque al menos consiguió llegar al altar. No obstante, aunque su matrimonio no era como imaginó, no cambiaría a Ross por nadie. Por lo menos eso permanecía estable, aunque unos ajustes no irían nada mal.

A ver, ella quería a su esposo, lo adoraba, pero a veces era un zoquete. Ya desde un principio sintió que eran distintos, pero había algo en él, en su seriedad y sus buenos modales que... Además, era tan correcto que, a veces, tenía ganas de revolverle el pelo y hacer que se soltara un poco. No costaba mucho adivinar que ese hombre era su complemento ideal.

Era el hombre de su vida, no tenía dudas sobre eso, aunque nadie le garantizó que fuera a ser perfecto.

¿Conformarse? ¡Jamás!

**E**l sol de la mañana comenzó a filtrarse con tibieza entre sus párpados mientras se despertaba. La invadió cierta pereza.

Cuando su mente pudo pensar con claridad se preguntó quién habría corrido las cortinas, por lo que se dio la vuelta para refugiarse durante unos minutos en el cuerpo de su esposo. No obstante, este ya no estaba.

Jennifer rechazó sentir cualquier atisbo de decepción al percatarse de la soledad que inundaba la cama. En cambio, prefirió revisar sus planes del día para hacerlos compatibles con la cena familiar que esa misma noche tendría lugar en casa de su madre y de su padrastro.

Arrugó la frente. ¿Se lo habría mencionado a Ross? No estaba segura.

Suspiró. Su mente solía estar ocupada en tantas cosas distintas que a veces olvidaba las más importantes, así que no tenía más remedio que acercarse hasta el orfanato donde trabajaba su esposo y ponerle al corriente.

Siendo sincera consigo misma, aquello no le disgustaba, sino todo lo contrario. Podría mandar una nota con alguien del servicio para que se la hiciera llegar, pero Ross no se lo cuestionaría y eso le daba la excusa perfecta para pasarse por allí y cotillear con todos.

Lo cierto era que desde que su hermana tuvo a los mellizos y dejó de trabajar temporalmente como enfermera, ya no los visitaba tan a menudo como acostumbraba, así que sería una ocasión especial.

—Hoy va a ser una gran día —se dijo nada más levantarse con entusiasmo y

dirigirse hacia los armarios para buscar un vestido.

Se sentía de lo más animada y el tiempo era bueno, así que descartó tonos marrones o por el estilo, decantándose por una rosa peonía de línea recta con corpiño drapeado y cruzado.

—Perfecto —murmuró mirándose en el espejo y guiñando el ojo.

No perdió el tiempo. Se vistió y peinó con ligereza, desayunó más aprisa de lo que acostumbraba y pidió al chófer que compartía con su esposo que se preparara para salir.

El Orfanato Harmony, llamado coloquialmente «La casa de los niños», se encontraba en la zona oeste de la ciudad, en el barrio de Tribeca, justo en la confluencia de las calles North Moore y Greenwich. El edificio, construido en mil ochocientos ochenta, era imponente y destacaba por sus curiosos ladrillos verdes que le daban un aire característico y original. Colaboraban en dar ese aspecto sus dos torretas con cristalerías de colores en el tejado. Con los años, su diseño se había modificado, pero algunos elementos permanecían inmutables.

Dentro de sus robustas paredes albergaba cerca de trescientos niñas y niños de todas las edades que habían perdido a sus padres o que se habían desentendido de ellos.

En la planta principal se encontraban las salas para atender visitas, los despachos de dirección y administración, las cocinas y los comedores, los talleres en donde se les enseñaba distintos oficios —como carpintería o costura—, un gran salón para officiar actos, la enfermería en la que había trabajado su hermana Claire, un pabellón para ejercicios y el edificio destinado a los infantes de hasta seis años. En el primer piso se encontraban las aulas para dar clases, en el segundo las habitaciones de las chicas y en el tercero las de los chicos; mientras que la lavandería y el equipo de limpieza se hallaban en el sótano.

En sus comienzos, y a lo largo de veinte años, el inmueble funcionó como un lugar de descanso para personas afectadas de problemas mentales y con generosos recursos económicos, pero cerró sus puertas, hasta que en mil novecientos tres, el ayuntamiento lo rescató y lo convirtió en orfanato. Cuando la señorita Emily Harrison fue nombrada directora de la institución se dio cuenta con cierto desespero de que apenas contaban con recursos, por lo que se dedicó

con ahínco a buscar patrocinadores para mejorar las condiciones de vida de los pequeños. Fue así como encontró a Colin, el cuñado de Jennifer, y lo implicó en un enorme proyecto que cambiaría la vida de criaturas sin hogar.

El ayuntamiento acabó por desvincularse, por lo que su cuñado puso parte de sus riquezas personales para darle un giro al orfanato, transformándolo en un lugar agradable, con vivos colores en las paredes, con numerosas y limpias ventanas que dejaban entrar la luz, comida rica y nutritiva, niños y niñas bien vestidos —sin trapos harapientos—, empleados afables y comprometidos con la causa y sin ratas en el lugar, lo cual podía afirmar. Era distinto a lo que uno podía esperar, tanto en la realidad como en la ficción, porque aquel orfanato no se parecía en nada a lo que uno pudiera imaginar tras leer una novela de Charles Dickens.

Su familia solía decir que parecía un bonito internado. Sin embargo, la nota amarga la aportaban las indefensas criaturas, cada cual con una historia más triste y miserable: abandonos, maltratos, desnutrición... Oírles hablar de su pasado le rompía el alma.

Era por eso que Jennifer disfrutaba jugando con ellos, contándoles cuentos o cantándoles canciones. Pretendía que se olvidaran de sus malas experiencias, sustituyéndolas por otras nuevas y más positivas y así se dieran cuenta de que se les presentaba una gran oportunidad. Aun sin padres, todos ellos eran una gran familia.

Ahora se sentía culpable por llevar tantas semanas sin visitarlos y además llegar con las manos vacías.

El chófer detuvo el automóvil frente a la puerta principal del orfanato y le ofreció su mano al bajar.

—Patrick, ¿tienes algún encargo pendiente? —Él no llegó a contestar. Tenía puesta la atención en el carro tirado por dos caballos que subía calle arriba, dejando atrás los muelles. Iba tan cargado que parecía que en su característico traqueteo iba a volcar su mercancía en cualquier momento. Jennifer llamó suavemente su atención—. ¿Patrick?

—Lo siento, señora Walker —se disculpó, indicándole con un gesto que permaneciera apartada de la calle—. Es mi trabajo procurar que permanezca a

salvo.

Iba a replicar que no era para tanto, cuando un pensamiento cruzó por su mente.

—Patrick, si alguna vez te lo pidiera, ¿me enseñarías cómo funciona el automóvil?

Jennifer reconocía que el deseo de aprender a conducir había salido de forma espontánea durante la cena, como la mayoría de sus ideas, pero no era tan descabellado como Ross decía. No quería dejar a su chófer sin empleo —nunca le haría una cosa así—, sin embargo, le hacía una especial ilusión moverse por Nueva York con total libertad sin tener que depender de nadie.

Patrick pareció atragantarse con la pregunta. Lo vio enrojecer mientras trataba de aflojar el cuello de su uniforme.

—¿Se refiere a la mecánica?

—No. A manejarlo.

Por supuesto, si se lo proponía, podía llegar a ser una conductora juiciosa y comedida.

Resopló.

¿A quién quería engañar? La prudencia no era su fuerte, ni ser comedida tampoco. Además, le costaba relajarse y, aunque llevar un automóvil requería de cierta tensión, ella solía sobreexcitarse con asiduidad.

Todo un peligro al volante, en eso se convertiría.

Se recordó que era más cómodo ser transportada y eso le daría más tiempo para emprender nuevos proyectos. Satisfecha consigo misma y con su resolución miró por la ventana para darse cuenta de que se acercaban a su destino.

—Entonces, ¿podrías hacerme un favor pequeño?

—Por supuesto.

Le tendió la mano para ayudarla a bajar.

—Oh, Patrick, muchas gracias.

—¿Qué desea que haga, señora? Solo tiene que pedirlo.

—¿Podrías ir a comprar dulces de regaliz, goma de mascar, chocolates y frutos secos caramelizados? Ya sabes, ese tipo de cosas. Estoy segura de que a los pequeños les encantará.

Le entregó dinero.

—Como quiera, señora Walker.

Patrick se marchó de inmediato para cumplir el encargo y Jennifer fue en busca de la directora para anunciarle su presencia.

Sylvia Curtis ocupaba el cargo desde hacía más o menos un año y medio. Su hermana Emily —la que la había precedido— había tenido un hijo y adoptado otros dos, por lo que tenía problemas a la hora de compaginar casa y trabajo. No quería dejar a sus hijos con niñeras, sino educarlos ella misma mientras fueran pequeños. No obstante, de ningún modo renunciaba a su puesto de trabajo, solo aplazaba un tiempo su reincorporación. Fue ella misma quien pidió a Colin que pensara en Sylvia, pues aunque le costaba dejar de encargarse de la institución, sabía que su hermana lo haría tan bien como lo hubo hecho ella, como así se había comprobado.

La encontró en su despacho.

*Toc, toc.*

Llamó a la puerta porque, aunque estaba abierta, quería anunciar su presencia.

—¡Jennifer! —exclamó la mujer, contenta de verla. Era obvio que ambas se apreciaban—. Me alegra que hayas venido a visitarnos. —Se apartó un mechón que caía sobre su frente y se arregló el recogido. Tenía cuarenta años y era bastante mayor que Jennifer, pero no se veía vieja en absoluto. Quizá tuviera que ver su pequeña figura, su redondeado rostro y las abundantes pecas que cubrían sus mejillas, porque parecía un duendecillo.

A pesar de su apariencia, nadie cuestionaba su autoridad.

Por lo que sabía, enviudó a los treinta. Su hijo, que ya contaba con veinte años, estaba en el extranjero, en una destinación militar. Renunció a la universidad para enrolarse y desde entonces pasaba muy poco tiempo en los Estados Unidos.

—¿Interrumpo?

—En absoluto. —Hizo un gesto a la silla vacía para que ella hiciera lo mismo—. Acabo de dejar a tu cuñado paseando por el orfanato.

—¿Colin está aquí? Qué extraño, pensaba que a estas horas se encontraría en el trabajo.

—Tenemos la visita de una colaboradora —explicó.

Así llamaban a las personas que ayudaban a financiar el centro con donativos privados.

—¿Y no deberías estar con ellos?

La directora se permitió una sonrisa serena.

—Si te soy sincera, me he escabullido. He intuido que no era bienvenida.

—¿Cómo? —preguntó sin comprender.

El tono de Sylvia se tornó jocoso.

—La señora Patty Johnson solo tenía ojitos para tu cuñado. Si vieras cómo lo miraba... Por un momento creí que se le echaría encima y lo encerraría en una de las habitaciones.

Jennifer abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Y me cuentas eso a mí? —Suspiró divertida—. Es el esposo de mi hermana. Debería escandalizarme.

—Hazlo, porque lo de esa mujer es de órdago. Debe rondar los sesenta, y a pesar de ello va tras él como una jovencita enamoradiza. —Jennifer comenzó a imaginarse la escena, encontrándola de lo más graciosa. Cuando se lo contara a Claire se desternillaría—. Lo malo de todo eso es que creo que Colin ni siquiera se da cuenta de sus intenciones.

—Así son los hombres. —Se frotó las manos con deleite; ahora sí podría tomarle el pelo. Después cambió de tema—. ¿Cómo están todos?

—Hace por lo menos dos días que no los veo. —Sylvia vivía en el mismo orfanato. Su hermana no dejaba de insistir para que se trasladara con la familia, pero Sylvia se negaba. A diferencia de Emily, era más tranquila y paciente, pero igual de cabezota—. Pasé a verlos un momento y terminé quedándome toda la tarde.

—Puedo imaginarlo. Me ocurre igual con mis sobrinos.

—Tommy está ya muy mayor. —El pequeño tenía catorce meses—. En cuanto a Kayla, no se despega de las faldas de Emily, y Gavin andaba como loco esperando la llegada de Matt.

A pesar de haberse prometido no adoptar ningún niño del orfanato, Kayla y Gavin —los dos hermanos— empezaron a formar parte de la familia cuando Emily quedó embarazada de Tommy. El matrimonio tenía un corazón enorme y

le costaba muy poco enamorarse de ellos, pero la institución estaba repleta de criaturas ansiosas de amor y no podía llevárselos todos a casa. Además, no quería hacer distinciones. Sin embargo, la idea partió de su esposo, Matt, que durante unos años había compaginado su trabajo en un bufete de abogados con el del orfanato: primero para echar una mano a Colin —su amigo— y después por su esposa. Con el tiempo dejó su trabajo para dedicarse en exclusiva a sus labores en «La casa de los niños».

El pequeño Gavin, de entonces cinco años, lo tomó como modelo y referencia, siguiéndolo por todo el edificio e imitándolo incluso. Así pues, el matrimonio fue tomándole cariño y terminó por adoptarlo junto con su hermana pequeña.

—Me imagino que ahora estarán colmados de felicidad, aunque debe resultar agotador.

Si a su hermana ya le costaba con dos, ni qué decir con tres niños.

—Puedes creerlo —aseguró—, pero no oirás una palabra de queja. Nunca los había visto tan felices.

—Me alegro mucho por ellos —afirmó con sinceridad.

—Y dime, ¿has venido a jugar con los pequeños?

—Esa era la idea, pero ahora se me está ocurriendo...

Se mordió el labio inferior en un gesto inconsciente.

—¿El qué? —preguntó con precaución. La muchacha a veces era impredecible, todo lo contrario que su esposo, pensó. Aunque ambos hacían una pareja adorable.

—Colin todavía estará con la señora...

—Johnson.

—¿No te gustaría saber cómo termina todo?

—No, fue por eso que me marché.

—Entonces, no quieres venir conmigo a espiarlos —dijo con una expresión traviesa pintada en el rostro.

—¡Jennifer! —exclamó—. ¿Te has vuelto loca?

A primera vista pareció escandalizada, pero al echarle un segundo vistazo advirtió que no lo estaba tanto.

—No nos verán —argumentó, tratando de convencerla—. Podemos ser muy

silenciosas. Créeme, tengo experiencia en ese campo.

—Eso no estaría bien. —Jennifer se encogió ante su negativa. Acababan de estropearle la diversión—. Soy la directora y debo dar ejemplo pero, pensándolo bien, eso no significa que tú no puedas.

La muchacha se levantó dando un chillido que Sylvia tuvo que silenciar. Las historias que había oído contar sobre ella no invitaban a la tranquilidad.

—Está bien, está bien, lo siento —se disculpó toda emocionada. Estaba impaciente por salir, como si fuera a jugar, y se marchó corriendo como una chiquilla.

Tardó bastante en localizar a sus presas. A pesar de conocer el edificio como la palma de su mano llegó a pensar que la señora mayor de la que Sylvia le había hablado había terminado por marcharse. Iba con extrema cautela, evitando encontrárselos de frente. Por el camino se topó con empleadas del centro y paró a charlar con ellas.

Quizá eso hubiera pretendido en un principio —un ligero cotilleo no hacía mal a nadie—, pero ahora su objetivo era otro, por lo que se despidió con rapidez.

Ahora su mente solo trabajaba para encontrar a su cuñado.

Tuvo un golpe de suerte en el ala este.

Se había detenido justo en lo alto de la escalera porque había escuchado voces. Al asomar la cabeza con precaución los vio al fondo del corredor.

«Recórcholis», se dijo. «Soy buena encontrando a la gente. Ahora solo debo procurar que no me vean».

Ambos estaban detenidos bajo el umbral de una de las habitaciones observando el interior. Desde esa distancia no podía escuchar lo que decían, pero se lo imaginaba por lo que sucedió a continuación: la mujer apoyó su mano izquierda sobre el hombro de Colin mientras se inclinaba con poca sutileza sobre él. Este volteó el rostro con asombro y apartó la mano, pero al momento ella se le echó encima, tratando de besarlo.

Jennifer contuvo el aliento, a la expectativa. Sin embargo, su cuñado no estaba para tonterías y la apartó con tanta brusquedad que la mujer estuvo a punto de perder el equilibrio. Después le dio un tremendo sermón y se marchó, dejándola plantada.

La señora Patty Johnson empezó a sollozar y Jennifer sintió lástima por ella. Si había llegado hasta ese punto sería porque se sentía sola y necesitaba un poco de pasión, aunque no había elegido bien su objetivo. Esperaba que en el futuro fuera más juiciosa y supiera interpretar mejor las señales. Quizá así fuera capaz de encontrar el amor que tanto parecía anhelar.

Se vio obligada a interrumpir sus pensamientos cuando esta giró el cuerpo hacia la dirección donde ella se encontraba y empezó a andar con ligereza, a pesar de su edad, justo por el lado opuesto por donde se había marchado Colin.

Vio peligrar su posición.

No perdió tiempo y empezó a bajar las escaleras a pasos agigantados sin mirar atrás. En el segundo piso dobló a la derecha, pensando que así lograría perderla. Solo entonces comprendió que la mujer no la conocía y que por lo tanto no valía la pena esconderse.

Pasado un tiempo prudencial, y solo por si acaso, volvió a las escaleras justo para toparse con su esposo.

—¿Andas perdida? —preguntó él mientras se ajustaba las gafas que usaba para trabajar.

Tuvo un *déjà-vu*, como si la escena ya hubiera ocurrido, como así fue en realidad; o al menos algo parecido. En esa misma escalera sucedió; fue donde se enamoró de él. Quizá fue su rostro juvenil o su cara de niño bueno lo que llamó su atención, pero de inmediato se sintió atraída por él.

Fue amor a primera vista y todavía se le aceleraba el corazón al revivir aquel mágico instante.

Esbozó una sonrisa de satisfacción, como si fuera su día de suerte.

—Sí —murmuró haciendo pucheros y acercándose a él—. ¿Podría ayudarme? Un hombre tan guapo como usted...

En cambio, Ross la cortó de raíz.

—¿Otra vez con tus juegos? —preguntó mirando a su alrededor—. Alguien podría escucharnos y ya eres un poco mayorcita para eso —la regañó, severo.

—Ufff. Eres más tonto que un puente —le espetó, molesta por su falta de romanticismo y sentido del humor.

—¿Y eso qué significa?

Su esposa resopló con enojo.

—¿En serio eso es lo único que te preocupa?

Ross tenía una facilidad pasmosa para sacarla de sus casillas.

—Bueno, ya que me comparas con un puente, por lo menos debería saber por qué.

Jennifer gesticuló con las manos.

—¡Pues porque lo pisa todo el mundo! —exclamó como si fuera obvio, aunque en realidad no lo era en absoluto.

—Entonces, ¿a mí siempre me pisotean? —preguntó, sin verlo con claridad. En lo que a ella se refería, la mayoría de las veces se quedaba sin comprender.

—Perdona por mis erróneas expresiones —murmuró con falsa modestia—. Debería haberte llamado zoquete, aburrido o falto de empatía. ¿Estaría eso mejor?

Ross contrajo los músculos faciales, estudiando con atención las reacciones de su esposa.

—Te enfadas por nada. Porque lo estás, ¿no?

—¡Vaya, eres un genio y lo pillas todo al momento! —profirió mordaz.

¿Por qué con él siempre terminaba teniendo esas absurdas riñas?, se preguntó, un tanto abatida. Su esposo tenía la virtud de sulfurarla con unas cuantas palabras.

Era siempre demasiado correcto.

Eso le pasaba por casarse con alguien con una personalidad tan poco común. Debería haber elegido a alguien más normal, así como ella.

—Jenny, deberías aprender a controlar tu mal humor.

—Y a no tener sentimientos —sentenció—. ¿Cómo por ejemplo tú?

Ross se sintió dolido por el comentario. Se consideraba un hombre recto, pero afable; no una cáscara vacía. Sufría o gozaba como todos los demás y se preocupaba por el bienestar de su esposa, aunque nunca llegara a comprenderla del todo. La sangre corría por sus venas y sus emociones y reacciones eran genuinas. Que no las expresara tan a menudo como Jennifer tenía su razón de ser.

Aún siendo un niño, Ross fue testigo del dolor de su madre por la pérdida de

un hombre que nunca la mereció, asumiendo con el paso del tiempo que el amor era un sentimiento demasiado doloroso y que pocas veces valía la pena. Además, entre sus familiares, la debilidad no era bien recibida. Pero si eso no fuera suficiente, siempre se veía sometido a ataques solo por el hecho de ser hijo de quien fue.

Entre ellos siempre tuvo la sensación de ser una molestia en sus vidas, una obligación más, así que terminó refugiándose en los libros —los cuales tenían un mundo que ofrecer— y encerrándose en sí mismo.

Aunque no era inmune a la crítica.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —quiso saber, modulando la aspereza en su tono de voz.

Como hombre racional, Ross meditaba a menudo todo cuanto lo rodeaba. También sobre su vida personal; sobre todo la dirección que tomaba su matrimonio. No era un iluso en ese sentido. Por alguna razón extraña que no lograba comprender, Jennifer se había enamorado de él, pero sus reproches eran cada vez mayores y constantes. Sabía que su forma de ser solía desilusionarla y que llegaría un día en que estar junto a él se tornaría en un deber forzoso, desgastando los últimos brochazos del amor que pudiera sentir.

Y terminaría por perderla.

A pesar de los pronósticos, Ross era un conformista que asumía su destino sin luchar, porque era incapaz de dar un vuelco a su vida y tomar el control de la situación.

—Sí, muchas veces. Eres como una estatua de granito.

Jennifer siguió adelante en su ataque, sin percatarse de que, en realidad, podía herir con facilidad a su esposo con sus afiladas palabras.

Ross buscó un argumento sólido que refutase su teoría.

—Solo porque no vaya por ahí dando saltitos, abrazándome a la gente o actuando sin pensar no significa que no tenga sentimientos —expuso Ross, que detestaba que pensara así de él.

—Te ha faltado añadir que soy una inestable —farfulló ella.

—Otra vez con lo mismo. Ya te dije que lo sentía. Ahora —murmuró conciliador—, ¿podemos zanjar el asunto?

Era inútil seguir dando vueltas a lo mismo.

—Porque seguro tienes una clase a la que acudir.

—Contigo siempre parece que lo hago todo mal. Quizá tengas las expectativas demasiado altas. No sé cómo consentiste casarte conmigo.

Ella pareció arrepentirse, pero no tiró la toalla.

—¿Por qué lo hiciste tú? —contrató en un deje de amargura.

—No lo sé —se sinceró, cansado de discutir con ella. Se pasó una mano por el rostro y dejó vagar la mirada durante unos segundos—. Te juro que no lo sé.

Jennifer se quedó de piedra al escuchar sus palabras. Aunque solían discutir muchas veces, aquello no se lo esperaba. Y le dolió. Vaya si le dolió.

Una lágrima resbaló por su mejilla, incapaz de contenerla.

Ross se maldijo de inmediato por ser tan torpe e insensible. A pesar de haber una parte de verdad en esa afirmación, se arrepentía de haberla dicho en alto. Reconocía que Jennifer, a pesar de las peleas, ponía mucho de su parte para lograr que su matrimonio fuera armonioso.

Ella no tenía la culpa de sus dudas.

Se dio media vuelta como si fuera a marcharse y Ross trató de detenerla sujetándola del brazo, pero su esposa se zafó.

—Jennifer, espera. Yo...

—Solo quería informarte de que esta noche cenamos en casa de Paul y mi madre —anunció con expresión lúgubre.

Asintió, con un nudo en la garganta.

—Sí, lo sabía. —A pesar de ser consciente de sus caracteres incompatibles, era la persona más importante en su vida. A su manera, él la quería, pero no del modo que Jennifer merecía.

No era su intención lastimarla. Jamás.

—Bien, considérate informado.

Se apartó de él con toda la dignidad de la que fue capaz y volvió al despacho de Sylvia, sin recordar siquiera que había un montón de dulces en camino.

*Verdades que afrontar.*

—¿Hay alguna novedad?

Samantha sonrió, mirando hacia el lugar de su cuerpo donde su hijo crecía día tras día. Ni siquiera se notaba el abultamiento del vientre, pero eso no significaba que no le provocara malestar, aunque trataba de tomárselo con filosofía. Al fin y al cabo sería su primer bebé.

—Bueno, esta noche me encuentro bastante bien, pero las náuseas parecen perseguirme durante el día —le explicó la cuñada de su hermana, a la que consideraba una amiga.

—Ah, sí... por supuesto. —Jennifer asintió con vigor—. Aunque yo me refería a Lucius la Rogue —especificó, antes de probar el pastel de pescado, que tenía un aspecto fantástico.

Lucius la Rogue era un personaje de ficción creado por Samantha para sus exitosas novelas de aventuras; un hombre que tenía fascinadas a miles de mujeres por todo el país.

—Ay, Jennifer, tienes la sensibilidad de una almeja —murmuró Claire, moviendo la cabeza con pesar.

Su hermana volteó el rostro y le sacó la lengua.

Al verla, Samantha rio.

—Eres igual que alguien que conozco.

—¡Eh, que te oigo! —El aludido, su esposo, puso una expresión de cordero degollado.

Colin Broderick, su mellizo y esposo de Claire, matizó.

—Lo decía por eso.

—Ya lo sé, zoquete. Y mira cómo me trata. Yo, que la quiero tanto. —Suspiró con teatralidad—. Debí escoger a otra como esposa y madre de mis hijos.

Samantha no abandonó la sonrisa en ningún momento, segura de los afectos de Hugh. No en balde habían pasado por mucho antes de estar juntos.

—¿Otra? ¿Acaso quieres que te recuerde quién vino suplicando? —Ahora la sonrisa estaba teñida de burla.

—Sí, yo puedo corroborarlo. —Colin se unió a su cuñada—. Si hubierais visto cómo lloraba en la oficina porque Samantha se había marchado y no le quería.

—¡Yo no lloraba! —protestó el aludido, mortificado.

Todos los comensales, excepto Ross, que vivieron juntos esos momentos, corroboraron la desesperación pasada de Hugh.

—Con lo mal que te lo hice pasar y aun así me querías.

Samantha alargó una mano por encima de la mesa y su esposo se la apretó con cariño. El pasado era pasado si ahora se amaban.

—Yo no me quedé atrás —admitió él—. Mi actitud dejó mucho que desear.

—¡Vaya par de tortolitos! —exclamó Jennifer, que los miraba con cierta envidia—. Aunque mi hermana y Colin también tuvieron lo suyo. Un par de cabezotas resultaron ser.

El matrimonio se lanzó una mirada cómplice, cargada de amor y seguridad.

—Solo pienso que si no llega a ser por el alocado plan de Hugh y la buena mano de mi suegra —agradeció a esta última con una sonrisa—, Claire y yo no hubiéramos resuelto nuestras diferencias y a día de hoy quizá estaríamos separados.

—El vuestro era un amor profundo y todos lo sabíamos. —Annette nunca había tenido dudas al respecto.

—Tanto como el tuyo y el de Paul —aclaró Claire.

El actual esposo de su madre y padre de los hermanos Broderick, los contemplaba con una mirada cargada de satisfacción.

—Era un poco más complicado que eso porque vuestro noviazgo no funcionó como esperábamos, pero el tiempo pone todo y a todos en su lugar.

—No siempre —sentenció Hugh en un tono seco, pensando en la madre de Samantha.

Todos comprendieron a quién se refería; incluso Jennifer, que sintió desesperanza ante el futuro de su amiga Rosemary, que resultaba ser la hermana de Samantha.

La relación entre ambas llevaba años dañada. Rosemary era considerada persona *non grata* para la familia Broderick. Así que, si todos se enteraban de que Jennifer había establecido una amistad secreta con ella, resultaría un trago más que amargo.

Solo de pensarlo se le encogía el estómago.

—Bueno. —Annette dio una palmada para despejar sus rostros serios—. Eso ya no importa. Lo que debemos tener en cuenta es que tres de las parejas que estamos aquí presentes tuvimos nuestro final feliz con los Broderick al completo. —Hizo una breve pausa—. Mi querida Jennifer lo tuvo un poco más tarde con Ross.

Jennifer sonrió, pero le costó lucir sincera. Solo ella sabía que no era oro todo lo que relucía.

El ambiente volvió a distenderse entre los ocho comensales de la cena. Las tres mujeres jóvenes habían decidido sentarse juntas en la mesa. Como estaban en familia y no entendían de formalidades, Jennifer se encontraba en el medio — con Samantha a su izquierda y Claire a su derecha—, sus esposos enfrente y los anfitriones en las cabeceras.

Retomaron el tema que las ocupaba antes de tanto amor correspondido.

—Por mi parte —añadió Samantha—, estoy agradecida de que muestres tanto entusiasmo por mis novelas.

—Aunque su delicadeza brille por su ausencia —apuntilló Claire.

—Para que lo sepas, soy la sensibilidad personificada —dijo Jennifer, manteniéndose muy digna.

—¿Por eso le preguntas a Sam por un personaje de ficción en lugar de por su embarazo?

—No se trata de un simple personaje de ficción —enfaticó—. Se trata «del personaje». Además, solo sentía curiosidad.

—¿Y acaso tanta curiosidad no tendrá que ver con el Club de Admiradoras de Buster Morrison? —intervino la escritora. Era el seudónimo masculino que utilizaba Samantha para publicar sus historias de aventuras.

Jennifer mostró su expresión más inocente.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que estás intentando sonsacarme información para pasársela a ellas. ¿Me equivoco?

La aludida enrojeció con intensidad. A pesar de saberse pillada, lo negó.

—¡Cuánta imaginación! —Trató de disimular—. Y por supuesto que me preocupo de tu embarazo. Justo por eso preguntaba por el libro, ya que al sentirte mal apenas tienes ganas de escribir. —Entonces surgió la oportunidad de contratar—. Deberíais sentir vergüenza, las dos, por ser tan malpensadas.

Su hermana puso los ojos en blanco.

—Quizá sean nuestros embarazos los que nos muestran tan susceptibles, ¿no? —añadió, sonriendo por lo bajo. La conocía bien y sabía que era mentira, pero decidió pasárselo por alto.

Ella iba a dar a luz a mediados de septiembre a su tercer hijo o hija, mientras que Samantha lo haría en noviembre del primogénito.

Ross se tomó un momento para contemplar la escena. Todo parecía estar en su sitio, su esposa actuaba como siempre, pero en su fuero interno temió que fuera una simple actuación para cubrir la verdad: se sentía herida.

Antes de la cena, cuando llegó a casa para cambiarse, no mostró ningún signo de irritabilidad; todo lo contrario. Parecía contenta y canturreaba, algo muy común en ella, pero debía estar afectada; eso era lo normal. Y aunque Jennifer era todo menos eso, debería, ya que él se había excedido en sus comentarios. No quería decirle que se arrepentía de casarse con ella, había sido cruel, pero se le había escapado.

Era extraño comprobar cómo iban cambiando las cosas entre ellos, porque cuando la conoció, fue ese carácter tan extrovertido y jovial lo que atrajo su atención. Su vida hasta entonces había sido bastante gris y solitaria; solo moviéndose por un ámbito académico que le era cómodo.

Para qué negarlo, ella le trajo frescura a su vida. Quizá al principio pensó que

era un poco extravagante para lo que él estaba acostumbrado, pero su vitalidad era contagiosa. Fue seguramente por eso que tomó la decisión de pedirle matrimonio. Sin embargo, había que estar ciego para no darse cuenta de que eran como el día y la noche, que formaban una pareja dispar y que, tras la euforia de los primeros meses, llegaron las dudas y temores. Jennifer no era para nada lo que andaba buscando o lo que le convenía, por lo que llegó a comprender que su vida junto a ella sería más difícil de lo que se podía prever.

Jennifer necesitaba unas atenciones especiales y él no sabía cómo dárselas.

Fue entonces cuando se arrepintió del paso dado. Meditó bastante sobre el asunto y la posibilidad de dar marcha atrás, porque lo justo hubiera sido romper la relación, sobre todo si no se veía capaz de hacerla feliz. Aunque ya era demasiado tarde; había dado su palabra de caballero e iba a cumplirla.

En cuestiones de sentimientos, él era un cobarde. Era la hora de admitirlo, pero en su defensa podía decir que su infancia tenía mucho que ver con aquello.

Por lo menos su matrimonio no era tan malo como imaginó por aquel entonces, aunque a veces podía convertirse en una montaña rusa, ya que su esposa se exasperaba o se enfadaba con él sin motivo aparente. Era obvio que todo era debido a su carácter volátil, y aunque intentaba que se tranquilizara o relajara a su lado, rara vez lo conseguía, así que optó por una estrategia diferente: la dejaba hacer. Aun así, no siempre acertaba.

A ver, ¿qué sabía él sobre matrimonios? No había tenido ningún modelo sólido al que seguir ni ninguna referencia. Había leído algún manual sobre la práctica de ser un buen esposo, pero cada vez que intentaba aplicar una técnica o consejo se daba cuenta que no servía para su relación. Podía fijarse en parejas como Colin y Claire, Hugh y Samantha o incluso sus suegros, pero no se asemejaban nada a la suya; concretamente porque el carácter de las mujeres era más apaciguado.

Él no quería una esposa sumisa, no, pero la suya se encontraba en el otro extremo.

—Estás muy callado, Ross —le hizo ver Annette.

No podía existir mejor suegra que ella.

—Estoy algo cansado. —Trató de sonreír para que se lo creyera. No quería

hacerle saber lo mal que se habían puesto las cosas con su hija.

—¿Tú que crees? —Bajó la voz, como si se tratara de una confidencia—. ¿Intenta obtener información?

—Por supuesto. —Observó a su esposa, ajena a la conversación. Le dolía comprobar que la lastimaba; era una criatura tan delicada—. Como espía es terrible.

Se dio cuenta de que Annette contraía el rostro.

—No te dejes engañar. Quizá no tenga nada que hacer ante la familia, pero en otra época justo se dedicaba a eso.

—Lo sé. Ella me contó todo sobre ese detective —terminó diciendo, con un tono parecido al desprecio.

Bajo su punto de vista, aquel hombre que pertenecía al pasado de su esposa ni se trataba de un caballero ni tenía moral alguna. Había usado a Jennifer para su propio beneficio, aprovechándose de una inocente muchacha de buena familia con ganas de aventuras.

—Fue una época horrible. Como madre, digo —matizó, para a continuación explicarse con más claridad—. Saber que iba todo el día arriba y abajo siguiendo a gente que bien podría lastimarla...

—¿No pensaste nunca en prohibírselo? —Ella lo miró de hito a hito y Ross comprendió la absurdidad de la pregunta—. Cierto, sería inútil —se contestó a sí mismo.

Tomó su mano por encima de la mesa en un gesto cariñoso.

—Me alegra que te casaras con ella —murmuró justo en el momento menos indicado—. Quizá nunca te lo había dicho tan abiertamente pero, con sinceridad, creo que le haces bien a Jennifer. Es tan alocada.

Ross pensó en ello durante un instante.

—Sí. Supongo que soy un contrapeso.

—Más que eso, eres la voz de la cordura. Si no fuera por ti, no sé qué sería de ella ahora.

—Vamos, Annette, no puedes pensar así. Jennifer es muy inteligente. —Y era realmente cierto.

—Eso lo sé, pero su juicio desaparece con demasiada facilidad y creo que si no

te hubiese conocido andaría en cualquier parte del mundo en busca de aventuras.

Podía imaginársela queriendo emular a sus héroes favoritos, pero le costaba aceptar que tenía tanta influencia sobre ella.

—Cuando yo no esté quiero que la cuides. —Ross se sorprendió ante el significado de esas palabras—. Sé que su hermana la querrá siempre y tratará de ayudarla en lo que sea, pero ahora tiene una familia por la que preocuparse. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

—Sí, pero ¿ocurre algo malo? —preguntó, alarmado.

—No, nada —le sonrió paciente—. Pero me hago mayor y a veces una piensa cosas.

—¡Eres muy joven todavía! —afirmó Ross, en un arrebato poco típico en él.

—Agradezco tus palabras, querido. Aunque la edad es algo que no puede obviarse.

—Aun así...

—¿Te hacen sentir nervioso mis palabras? —aventuró ella.

—Un poco, sí —admitió.

—Entonces, acéptalas con naturalidad y cambiemos de tema, ¿te parece?

Tomó aquella sugerencia de buen grado y se concentró en la conversación que transcurría entre los comensales hasta después de la cena, cuando su suegro los invitó a pasar al salón.

—A mí también me apetece una copa —señaló en ese momento su esposa.

Paul acababa de ofrecer ron añejo traído del Caribe a los hombres y todos miraron a Jennifer extrañados, él incluido.

—Cielo, tú no bebes —le recordó. Sabía los efectos que le causaba el alcohol.

Jennifer, por su parte, se aferró a su postura con cabezonería al sentirse excluida por el mero hecho de ser mujer. Se rebeló ante la idea, no en balde había servido a la causa de las sufragistas, aunque fuera por poco tiempo. Además, consideraba que antes de concluir que las mujeres no querían probarlo, lo lógico sería preguntar primero. Y aunque Ross estaba en lo cierto respecto a la relación que tenía con la bebida —apenas solía tomarlo, solo en ocasiones especiales y no pasaba de media copa de champán, porque de otra forma enrojecía hasta el cuello y le salían pequeños granitos que le causaban picor.

También, al no estar acostumbrada, se le subía a la cabeza con rapidez— hizo caso omiso al aviso.

Al tomar un sorbo del líquido ambarino sintió tal repentino ardor en la garganta que estuvo a punto de escupir en la copa. Consciente de que todos estaban observándola, no tuvo más remedio que tragárselo.

—Delicioso —murmuró con voz grave.

Tal disparate provocó una sonora carcajada en su hermana, que incluso hizo que se le saltaran las lágrimas. Incapaz de detenerse, terminó contagiando el ataque de risa a Sam.

—Basta —susurró entre el llanto, pero ambas se miraban y volvían a estallar de risa.

Al final tuvo que levantarse y salir al corredor para tranquilizarse, pero ver el rostro de Jennifer con el licor... ¡Dios! Eso no tenía precio.

Ya calmada, volvió con los demás y observó a Jennifer aferrada a la copa. Era tan cabezota. Sabía sin lugar a dudas que se la bebería en su totalidad antes de admitir que le repugnaba el ron, aunque debía aceptar que aguantaba como una campeona.

Paul se levantó tras un carraspeo.

—Bueno, creo que este sería un buen momento para hacer un anuncio.

—¿Uno bueno o uno malo? —preguntó Samantha.

—Creo que bueno; al menos para nosotros.

Le echó una mirada furtiva a Annette.

—¡No me digáis que vais a ser papás! —exclamó Hugh ante todos, dejándolos boquiabiertos.

Solo a él podía ocurrírsele semejante barbaridad.

Su esposa movió la cabeza como admitiendo que no tenía remedio.

—Querido, me temo que a nuestra edad eso no sea posible —aseguró su madrastra, sin pizca de humor en su voz.

Hugh se sintió avergonzado por su absurda precipitación.

—¡Oh, por supuesto!

—Pero sigue siendo algo que llevamos anhelando hace tiempo —continuó Paul.

—¿Y es? —Colin no solía impacientarse, pero tenía curiosidad.

—Annette y yo vamos a estar unos meses fuera.

—¿Por qué?

Annette miró su hija menor, quien había formulado la extraña pregunta.

—Pues porque nos apetece visitar lugares lejanos y nuevos. Explorar. Además, ambos somos bastante jóvenes todavía y vosotros no necesitáis tenernos al lado en todo momento.

—¿Y Claire? Te perderás todo su embarazo.

—A mí no me importa —replicó la aludida, perpleja.

—¿Lo ves? —Annette no acababa de entender que fuera ella quien pusiera pegos a eso, si es que había algo censurable en querer viajar con el esposo—. Además, solo estaremos fuera un par de meses; tres a lo sumo. Estaré aquí cuando falten todavía casi dos para dar a luz.

—¿Y si se adelanta?

—Jennifer... —advirtió Ross. No entendía qué le pasaba a su esposa.

Los mellizos Broderick, por su parte, conscientes de que eso no era una charla banal sobre el viaje, prefirieron mantenerse un tanto al margen.

—No, Ross, no te preocupes. —Annette desechó su advertencia con la mano—. ¿No crees que tanto Paul como yo nos merezcamos un placentero viaje?

—Por supuesto que os lo merecéis, pero no entiendo vuestro afán por ir tan lejos cuando tenemos lugares hermosos aquí mismo. Estáis buscando la muerte.

Todos los presentes quedaron estupefactos ante tamaña afirmación.

Fue Claire quien le reclamó.

—¡Jennifer!

—¡Pero es que es cierto! —protestó esta, empecinada—. Los pasajeros del Titanic también pensaron que era una buena idea viajar a otro continente y mira cómo acabó todo.

Al instante, todos comprendieron su más profundo temor. Lo sucedido el año anterior había sido una catástrofe de colosales dimensiones y a la población todavía le perseguía la psicosis.

Era todo demasiado reciente.

Ross supuso que su esposa debió sentirse muy afectada para oponerse a la

travesía con tanta vehemencia, así que dio un paso al frente, dubitativo, y se acercó a ella, tomándola de la mano para reconfortarla.

Jennifer se lo agradeció.

—Que el transatlántico se hundiera no significa que vayan a hacerlo todos —intervino Paul, paciente—. Hay miles de barcos navegando ahora mismo por este mundo y casi todos llegan a puerto. ¿No crees que precisamente yo pueda saberlo?

Paul era el propietario de la Compañía Broderick y se dedicaba a la importación y exportación por vía marítima, con lo cual contaban con una amplia flota de barcos y mercantes. Habían sufrido ciertos percances con alguno de ellos, pero a pesar de saber que navegar comportaba unos riesgos, confiaban en llegar sanos a puerto. De otro modo, nunca hubiera sugerido el viaje.

—¿Pero existe una posibilidad, no? —insistió—. No quiero perderos.

—Siempre las hay. Las garantías no existen —le hizo reflexionar su esposo.

—¿Y cuándo os marcháis?

Paul y Annette respondieron al unísono.

—A finales de semana.

El resto de la velada Jennifer se quedó callada, sumida en sus propias reflexiones. Era un comportamiento inusual en ella, aunque todos comprendían que hacía un esfuerzo por asumir la información sobre aquel viaje inesperado. A pesar de la oposición y los comentarios que había soltado frente a su familia, comprendía y respetaba el deseo de su madre. Quería que fuera feliz. Sin embargo, nadie era consciente de que aquella partida llegaba en el peor de los momentos: cuando su matrimonio parecía pender de un hilo con bastante asiduidad.

Aunque no solía hacerlo, se aferró a su parte más egoísta y se resistió a soltarla. Necesitaba a su madre en Nueva York para poder desahogarse si era necesario o para pedirle un abrazo incluso cuando las palabras nunca fueran dichas.

Ella era un pilar fundamental en su vida.

Claire tenía demasiadas responsabilidades con su familia como para cargar con sus problemas sentimentales, Samantha vivía en una burbuja de felicidad que no

deseaba romper y Rosemary... Bueno, al parecer era la única a la que podía recurrir, dadas las circunstancias. Solo a ella la pondría al tanto de sus conflictos y demonios personales, la oiría quejarse de Ross y le pediría consejo.

Pensó en su amiga y en las difíciles circunstancias en las que forjó su amistad, en el nacimiento del Club de Admiradoras de Buster Morrison —del cual Jennifer era presidenta desde su fundación— y en el curioso modo en el que sus vidas estaban unidas. En el pasado fue una joven tan mimada como mezquina, que solo se procuraba su propia felicidad, aun debiendo pasar por encima de los demás. Sin embargo, la transformación sufrida era digna de admirar y en el presente la hermana pequeña de Samantha significaba mucho para ella. A su vez, Jennifer era la única persona en el mundo en la que Rosemary confiaba.

Por primera vez en meses fue del todo consciente de la situación poco halagüeña en la que ambas se encontraban. Aquello no era un juego. Para su familia sería demoledor descubrir no solo que seguían manteniendo el contacto, sino que eran verdaderas amigas. Nadie lo achacaría a una de sus adorables locuras. Por el contrario, sería como asestarles un golpe.

Jennifer engulló saliva. ¡Dios! El destino jugaba con sus vidas de un modo muy retorcido.

*Un plan cobrando vida.*

—¿Habéis visto? —gritó Hugh, impresionado, por encima del gentío—. ¡Fantástico! Menudo lanzamiento.

Colin, su mellizo, aguantó la respiración, a la espera.

—Ni la ha olido —añadió cuando el *catcher* atrapó la pelota.

El deporte no era lo suyo, pensó Ross con una expresión de desinterés pintada en el rostro. Era un concepto que tenía claro desde su más tierna infancia, cuando se revelaron sus nulas condiciones para practicarlos, cualquiera que fuera su modalidad. No tenía ningún defecto físico, pero sin lugar a dudas carecía de las habilidades precisas y eso lo convertía en un atleta mediocre. Siendo sincero consigo mismo podía correr, nadar, batear o lo que fuera como cualquier otro, aunque sabía a ciencia cierta que nunca destacaría por semejantes logros.

Siempre había preferido cultivar su parte más intelectual. Era más seguro así y se sentía menos idiota. Por eso, sentado en las gradas del estadio Polo Grounds viendo jugar a los New York Yankees, se sentía como un pez fuera del agua. O sea, fuera de su elemento.

Se había dejado convencer por su cuñado y el hermano de este para que los acompañara a ver un partido de la Liga Americana. No había sabido negarse, siendo incapaz de inventarse ninguna excusa que resultara creíble. Y aunque comprendía la mecánica del béisbol, no entendía qué utilidad podría tener para esas treinta y cuatro mil personas, incluido él. Tampoco quería preguntarles con franqueza, pues temía que lo consideraran el rarito de la familia. Si ellos

afirmaban que le iría bien un poco de «distracción masculina», pues que así fuera, aunque él no reafirmaba su masculinidad dándole golpes a una pelota o viendo cómo lo hacían otros.

Los hermanos Broderick parecían mantenerse en forma, sobre todo Hugh, que conservaba un cuerpo musculoso gracias al boxeo. Aunque lo hacía para descargar tensión, parecía funcionarle bien. Incluso Jennifer lo había alabado. En cambio, Ross se conformaba con andar. Con ir y volver de casa al trabajo caminando tenía suficiente para no acumular grasas y evitar la aparición de una incipiente tripita. Si bien no era a diario, procuraba hacerlo, sobre todo en los meses más cálidos, cuando dejaban atrás las frías temperaturas invernales.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Hugh, bullendo de emoción.

Colin era más comedido y mantenía ciertas formas.

Ross levantó el pulgar para decir que todo marchaba bien.

—¿A que ahora te alegras de haber venido?

Su cuñado le dio unas palmadas en el hombro.

—Por supuesto —dijo, elevando el tono para que pudiera escucharlo.

«Deportes», suspiró.

«Familia», volvió a suspirar.

No había nada malo en compartir una jornada con ellos; le caían bien. Sin embargo, no pudo evitar pensar en las cosas que tenía pendientes. Era muy meticuloso con su plan de estudios y a veces sentía que el día no tenía suficientes horas para terminar con todo.

—¿Te estás divirtiendo?

Hugh se había relajado un poco y acabó sentándose entre su mellizo y Ross.

Él, por su parte, no supo qué contestar. No quería mentir con tanto descaro.

Colin, no ajeno a sus dos acompañantes, descifró la expresión de su cuñado. Se echó a reír.

—Creo que solo estamos disfrutando tú y yo, Hugh. —Se dirigió a Ross—. Por lo menos sabes que los nuestros visten de azul marino, blanco y gris, ¿verdad?

—Muy gracioso —masculló entre dientes. Quizá fuera un poco zoquete para esos temas, pero no era un ignorante.

—Vamos, solo se trata de una broma. Estás muy tenso. ¿Por qué no te relajas

un poco? Verás como así disfrutas más.

—¿Tú crees? —Porque él se sentía bastante escéptico.

—Piensas demasiado —le aconsejó—. Ese es tu problema. Te lo digo con conocimiento de causa. Soy muy analítico también, no como este. —Colin alzó el dedo para señalar a su hermano.

—¡Eh! —protestó el aludido, mientras alternaba su atención entre la conversación y el partido.

¿Quién decía que un hombre era incapaz de hacer dos cosas al mismo tiempo?

—En fin, a lo que iba...

Se interrumpió al instante. Él y Hugh se levantaron de sus asientos, incapaces de apartar la vista de la escena que se desarrollaba en la pista.

—¡Corre! —animó Hugh.

—¡Más deprisa! —exclamaba Colin.

Los hermanos se abrazaron cuando el corredor llegó a la base antes que la pelota. Celebraron el tanto con palmadas y risas.

Tardaron un tiempo en moderar la excitación.

—Como te decía. —Colin se sentó de nuevo y retomó el hilo de la conversación—. Ambos tenemos un carácter similar y nos es más difícil relajarnos, pero esta es una buena oportunidad para hacerlo.

—El problema es que no siento ningún tipo de alegría al ver a esos hombres correr —se sinceró, mientras echaba una mirada al terreno de juego.

—Ya veo —murmuró pensativo—. No tienes por qué compartir nuestras propias aficiones. A ver, ¿qué es lo que te gusta hacer?

Ross se encogió de hombros.

—No sé. ¿Leer? —Probó como si hubiera una respuesta correcta.

—¿No hay nada más que te motive, en lo que te gustaría perderte?

Él era una persona sencilla y se conformaba con poco.

—Mira quién habla —terció Hugh, burlón—. ¿Puedes decirme cuáles son tus aficiones?

En ese momento ninguno de los tres estaba ya pendiente del partido.

—Las tengo, ¿de acuerdo? —replicó a su hermano—. Pero con dos niños en casa y otro en camino uno debe elegir sus prioridades; no tardarás en

descubrirlo. Ya no tendrás tanto tiempo para boxear. En cuanto a viajar, no lo harás en mucho tiempo, créeme.

—Entonces, ¿debo tener un hijo para distraerme del trabajo? —Le resultaba gracioso hacia dónde conducía su argumentación, aunque no fuera esa su intención.

—No era lo que quería decir, pero aprovecha ahora que no tienes, porque luego te será imposible, incluso, concentrarte en el trabajo. Lo digo por experiencia.

—¿Por qué no hacemos algo al respecto? —sugirió Hugh—. Digo, para ayudar a Ross.

Este temió al acto lo que estaban pensando. Hugh era dado a ideas algo descabelladas. En cierto sentido, comprendía por qué él y Jennifer se caían tan bien.

—¿Qué sugieres?

Su mellizo pareció animado.

—Podríamos formar un equipo de béisbol de aficionados.

Colin no pareció tan escandalizado como Ross se sentía. ¿Un equipo? Totalmente descabellado.

—Ya, ¿y cuál sería tu papel? Porque estoy seguro de que ya lo has decidido.

—El entrenador, por supuesto.

Como si alguien lo dudara.

—Comprendo. Tú siempre aspirando a lo más alto.

—Puestos a pedir... —Su gran sonrisa satisfecha dejó al descubierto unos dientes blancos.

—¿Y de dónde vamos a sacar a los jugadores? —preguntó Ross, tragando saliva. La idea no le gustaba nada. ¿Correr tras una pelota? ¿Batear? Le daba miedo pensar en el ridículo que haría. No solo su familia sería testigo de su absoluto fracaso, sino que estaba seguro de que sus cuñados se encargarían de recordárselo durante semanas enteras. Por otro lado, pensó que sería bueno para él. Como Colin había afirmado, distraerse e interactuar con otros de su mismo sexo sería una buena experiencia. Al fin y al cabo, ellos tampoco eran profesionales. Podían incluso resultar peores que él. Además, primero entrenarían, ¿no? Eso le daría confianza—. Cuantos más, mejor.

Y de ese modo él pasaría más desapercibido.

—Buena pregunta. Me complace comprobar que hay un poco de optimismo por tu parte. Conozco gente...

Hugh se interrumpió y se rascó el mentón, pensando.

—¿Del Bronx? —lo interrumpió Colin.

—¿Por qué no?

—¿Con sus grandes tatuajes y cicatrices?

—¡Eh, deja de meterte con mis amigos!

—¿Desde cuándo sois tan íntimos? —se burló su hermano—. Por lo que sé tienen muy mal perder. No quiero que nos aplasten el cráneo solo por no atrapar una pelota.

Ross abrió los ojos, alarmado. Se preguntó dónde se estaba metiendo. Sabía que Hugh prefería boxear en los bajos fondos —como así lo llamaba su familia—, pero él tampoco podía imaginarse compartiendo equipo con esos individuos.

¿Por qué habría aceptado ir?, se preguntó de nuevo.

—Tienes muy mala opinión de ellos —se quejó—. Quizá no sean las personas más recomendables para interactuar con nosotros, pero tú no los conoces.

—Ni quiero, gracias.

—Podríamos olvidarnos de todo el asunto, ¿verdad? —sugirió. La esperanza era lo último en perderse.

—Eres un rajado, Walker. ¿Preferirías que organizáramos un club de lectura? —ironizó Hugh.

—¿Por qué no? —Jennifer participaba en algo similar y le encantaba.

Pensar en ella le hizo sonreír. ¿Qué estaría haciendo ahora? Seguro que andaría metida en alguna de sus locuras. Si pudiera verlo planear una cosa así, seguro que le haría mucha gracia. Sabía lo reacio que siempre había sido a practicar algún deporte. Sin embargo, quien más se sorprendería —si siguiera viva— sería a su madre. En su niñez, la pobre mujer tuvo que consolarlo cuando una pelota le golpeó la cabeza y aseguró que el deporte apestaba. Fue gracias a ella que ahora era profesor. Era una profesión que ambos amaban. Por ello quería seguir su ejemplo, honrándola así a su manera.

Adelaide, su madre, conoció a Ernest Walker en Savannah —su ciudad natal—

casi a los cuarenta años. Su familia, de clase acomodada, vio con buenos ojos el matrimonio, ya que para entonces era una profesora solterona sin ninguna opción de futuro. Sin embargo, fue peor el remedio que la enfermedad. Su padre resultó ser un crápula que se pasaba los días emborrachándose y apostando a las cartas.

Mientras duró el matrimonio perdió todos sus ahorros pero, para suerte de Ross y su madre, jamás pudo vender la casa en la que vivían. Aunque Ernest lo intentó por todos los medios, el hogar de los Walker estaba a nombre de Adelaide porque había sido un regalo de su abuelo. Debido a las humillaciones a las que la sometía, la mujer jamás consintió en cederla al marido.

Por suerte, murió antes de que Ross naciera. Su madre estaba embarazada de seis meses cuando lo mataron por fanfarrón en una pelea con gente poco recomendable. Todo lo que sabía de él y de sus fechorías era porque su abuelo y sus tíos se lo contaron en cuanto fue capaz de comprenderlo. Su madre se negó siquiera a mencionarlo.

Todos estaban mejor sin él.

Adelaide lo educó lo mejor que pudo ella sola; y lo hizo bien. Siempre le proporcionó comida caliente en la mesa, una buena educación y ropa de buena calidad para ir bien vestido. Eran ellos dos y con eso les bastaba.

Nunca sintió la necesidad de una figura paterna hasta los nueve años, cuando su madre murió por una afección respiratoria y sus tíos pasaron a hacerse cargo de él. Si entonces ya era un muchachito tímido y reservado, ir de casa en casa lo hizo sentirse como un mueble viejo y desvencijado del que todos pretendían deshacerse. Aunque nunca lo trataron mal ni con crueldad, tampoco le brindaron el amor o cariño que un joven como él necesitaba. Debido a ello se hizo más retraído y nunca terminó de encajar en ese entorno; al fin y al cabo era hijo de Ernest Walker y ya se sabía: «de tal palo...».

Desde entonces era un solitario.

Estudió en la universidad de Georgia, en el Franklin College Arts and Sciences, donde se decantó por los ensayos y la investigación. Incluso asistió a un congreso en Viena, pero acabó abandonando todo por enseñar porque, al igual que su madre, esa era su pasión.

Sus primeros trabajos en ese campo fueron en una escuela privada en

Richmond —Virginia— y luego en un internado de Hartford —Connecticut—, hasta que leyó la oferta de Colin en el periódico y se ofreció para el puesto.

Fue en el orfanato donde conoció a Jennifer. En ese entonces apenas se relacionaba con nadie en la ciudad y solo tenía su trabajo para aferrarse. Ella fue como un soplo de aire fresco en su vida gris, una alegría inesperada, pero también era como un huracán imposible de detener. Se comprometieron y se casaron en tiempo récord, por lo menos eso le pareció.

Quizá debiera haberlo pensado mejor.

—Vamos. —Hugh intentó animarlos—. Lo que necesitamos es un poco de acción.

—¿Con tus amigos los matones?

—Está bien, está bien —concedió—. Si no es con ellos, ¿con quién podemos contar?

—Podemos preguntar a amigos y conocidos —propuso Ross.

No les pareció mala idea.

—¿Avisarás a Matt? —preguntó Hugh a su hermano.

—No creo que contemos con él. Con todo el ajetreo de los niños...

—Por eso lo hacemos. —Hugh tenía en mente formar un equipo de béisbol como vía de escape. Era una forma de distanciarse de los quehaceres diarios, de los problemas o de las tensiones. Un rato entre amigos practicando deporte. Sería divertido. Si Colin hacía suyo el proyecto lo conseguirían porque los dos trabajaban muy bien juntos. En cambio, Ross parecía querer abandonar aun cuando no estaba siquiera esbozado, así que no lo dejó—. Mientras nosotros nos encargamos de la logística, ¿podrías hacernos un favor? —le pidió.

—Por supuesto.

Estaba seguro de que aquello no tendría nada que ver con correr, así que estaba dispuesto a brindarles su ayuda.

—¿Te encargarás de las reglas? —Era el trabajo perfecto para él—. Busca toda la información posible sobre el béisbol. Ya sabes, la longitud del campo, la vestimenta autorizada, normativas... Aunque se supone que ya nos las sabemos, podría haber alguien que no y quizá estemos dando otras por sentado.

—¿Y dónde vamos a practicar?

A Ross no le apetecía ir dando tumbos por Manhattan.

—Trabajaré en eso. Confiad en mí.

—Eso es lo que me produce miedo —concluyó Colin.

Aceptó porque no le quedó más remedio que hacerlo. No iba a convertirse en el cascarrabias del grupo.

Cuando llegó a casa con un humor más bien sombrío, Jennifer lo recibió como era su costumbre: con una reconfortante calidez y sonrisa en los labios. Pero además, se mostró muy persistente: deseaba averiguar a toda costa cómo había ido aquella salida masculina.

—Quiero saber hasta el más mínimo detalle —exigió de buen humor.

Todo entre ellos parecía haber vuelto a la normalidad. Desde el pasado miércoles ninguno había mencionado la discusión entre ambos, pero por su forma de actuar bien podría asegurar que estaba olvidado.

Jennifer había amanecido contenta aun sabiendo que su madre y padrastro emprendían un largo viaje. Aunque había derramado lágrimas antes de despedirles, solo se había tratado de una emoción pasajera.

En cuanto al partido con su cuñado y el hermano de este, había tratado de resultar vago y parco en palabras para no tener que confesar que se había aburrido, pero Jennifer no le dio tregua en ese sentido. Con la esperanza de conseguir un poco de paz, le relató por fin, la propuesta de los hermanos Broderick.

—¿Qué ocurre? —preguntó al terminar. Su esposa le miraba con una cara muy extraña y los labios apretados. Ella negó con la cabeza. La miró suspicaz y comprendió que trataba de ocultar una carcajada—. Anda, deja de contenerte.

La hilaridad de su esposa no se hizo esperar. Sin embargo, en aquel momento no apreció lo bonita que parecía con sus mejillas arreboladas, los ojos acuosos y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No crees que podemos hacerlo? —preguntó un poco molesto. Que él dudara de sus propias capacidades físicas era aceptable; incluso normal. Pero que lo hiciera su esposa le fastidiaba más de lo que estaba dispuesto a admitir en voz alta.

Jennifer detuvo su ataque de risa y abrió los ojos de par en par, sorprendida por

el tono irritado que Ross desprendía.

—¿Tú quieres hacerlo?

Ross no pensaba contarle las dudas que lo habían asaltado y su temor a hacer el ridículo. Mantendría su orgullo intacto todo el tiempo que pudiera.

Sacó pecho, un poco a la defensiva.

—¿Por qué no habría de quererlo? Solo es un juego.

En respuesta, su esposa lo miró de hito a hito, analizándolo y haciéndolo sentir incómodo. Cuando quería era muy intuitiva. Demasiado.

—Nunca te he visto practicar deporte —insistió.

—Porque nunca ha surgido la ocasión.

—¿En todos estos años de vida en común?

Parecía escéptica y no dejaría de pincharle hasta obtener la respuesta que quería.

—Exacto.

—Y ahora me dirás que cuando eras joven practicabas béisbol a menudo —comentó con ironía.

Vaya, no se le escapaba nada.

Aunque no era un tema del que hubieran hablado con franqueza, sabía que el deporte no era lo suyo. Lo conocía mejor de lo que pensaba.

—¿Joven? Si apenas tengo veintinueve —se quejó.

—Cuando eras más joven —matizó—. Sin embargo, si es lo que quieres hacer, entonces me alegro por ti. Que sepas que estaré allí para apoyarte y darte ánimos.

Eso mismo había temido. Se imaginaba la escena con meridiana claridad y temblaba solo de pensarlo.

—Jenny, mejor que no. Podrías llegar a desconcentrarnos.

Mientras que todos los hombres estarían entrenando y esforzándose al máximo ella estaría por ahí revoloteando y distrayéndoles. Además, ¿qué ocurriría si él fuera incapaz de batear?

Iba a ser humillado, era la simple verdad. Así que cuantas menos veces lo presenciara, tanto mejor.

Sospechaba que ella lo veía algo así como un caballero andante; su héroe. Y

aunque no se parecía en nada al modelo de su inquieta imaginación, tampoco iba a cambiar esa imagen de forma premeditada.

—Puedo ser tan silenciosa...

Sin embargo, Ross la interrumpió antes de que pudiera terminar la frase.

—¿Como una pluma?

Jennifer olvidó lo que iba a decir, entre asombrada y admirada.

—¿Estás burlándote?

—No era esa mi intención.

—Ya me parecía. No es propio de ti.

—¿Y qué, si puede saberse, es propio de mí?

No sabía por qué se enfadaba, pero no le gustaba ese tono y la seguridad que lo acompañaba.

—La seriedad, por supuesto. —Ella mostró una expresión que indicaba a las claras que otra consideración quedaba descartada—. Pero no te preocupes, ya me encargaré yo de hacerte cambiar, lo prometo —murmuró esto último por lo bajo y con una determinación que no vio ni supo captar.

Ya era hora de pasar a la acción.

El plan *osito* Ross acababa de cobrar vida.

*Cómo seducir a un esposo.*

Más de tres horas después del comienzo de la sesión, las dos amigas despedían al resto de damas. Como presidenta, Jennifer siempre era la última en marcharse y Rosemary solía acompañarla hasta el final, porque en aquella intimidad ambas solían repasar lo acontecido durante la tarde.

Parecía que ninguna tenía prisa por abandonar el salón del hotel Plaza que solían alquilar para las reuniones mensuales del Club de Admiradoras de Buster Morrison. De tamaño discreto y buen amueblado, resultaba un lugar elegante y cálido al mismo tiempo. Tal vez el precio resultaba un tanto elevado, pero se lo podían permitir y eso las alejaba de las miradas indiscretas, incluso de las de los propios esposos de las damas, muchos de los cuales no entendían tal devoción por un simple escritor. En aquel caso, escritora.

—Tengo la boca reseca de tanto hablar. —Rosemary se acercó hasta una de las mesas donde se encontraban las tazas de porcelana, las cucharillas y las exquisiteces dulces y saladas que habían sido dispuestas para amenizar la reunión. Se sirvió una taza de té y dio un pequeño sorbo para comprobar que no estuviera demasiado caliente. Mientras bebía, miró en silencio a su amiga, que había vuelto a sentarse en uno de los sofás con la mirada perdida.

Siendo la presidenta, Jennifer tuvo que participar de aquella reunión como la que más, dando turno de palabra, resolviendo pequeñas disputas y proponiendo nuevos debates y lecturas para próximas reuniones. Incluso en algún momento charló con su habitual ánimo con cada una de las integrantes del Club de

Admiradoras de Buster Morrison. Sin embargo, Rosemary creyó observar un velo de preocupación en su rostro y la actitud que mostraba ahora así lo evidenciaba, porque no parecía ser del todo ella misma.

Llegó a la conclusión de que su querida amiga debía estar dándole vueltas a algún asunto importante. Y después de todo lo que había hecho por ella, pensó que bien podía devolverle un poco de esa cortesía.

Se sentó muy cerca de ella.

—¿Problemas en el paraíso?

Por el modo en que lo preguntó, otra persona menos conocedora del carácter actual de Rosemary habría podido llegar a pensar que se estaba burlando, pero ella no podía evitar hacerlo de otro modo. Solo Jennifer sabía con certeza que solo se trataba de amable preocupación.

—Algo así —respondió la otra, con más seriedad de lo que acostumbraba—. He estado reflexionando largo y tendido sobre mi esposo.

Rosemary esperó unos segundos. Ante su silencio la presionó levemente.

—¿Y...?

Jennifer ladeó el rostro y lanzó un suspiro.

—Nuestra relación es como una planta.

Su amiga abrió y cerró los ojos, sorprendida con la comparación.

—¿Cómo?

Aunque no debería estarlo, pensó. La mente de Jennifer siempre se encontraba en ebullición, cargada de pensamientos extravagantes, a la par que certeros.

—Mejor dicho, yo soy la planta. —Hizo un intento por aclarar sus palabras, mas no fue suficiente. Rosemary no creía contar con la misma claridad de ideas—. ¿Lo comprendes?

Hizo un rictus con los labios.

—Lo siento, pero no.

—¿Qué necesita una planta para crecer? —le preguntó, esperando impaciente su respuesta.

Rosemary no era experta en jardinería y Jennifer estaba siendo muy rebuscada. Decidió probar suerte.

—¿Agua? ¿Sol?

—¡Exacto, agua! —exclamó su amiga, entusiasmada. Había dado de lleno en el clavo—. Si quiero que mi relación con Ross crezca hay que regar la planta, de otro modo se marchitará. Lo que pretendo decir... —dudó unos segundos— bueno... Puede soportar alguna que otra sequía, pero a la larga la planta morirá. Para que tenga una vida larga y saludable hay que regarla día a día.

Rosemary sabía más de relaciones malsanas que de matrimonios bien avenidos, así que preguntó:

—¿Cómo se consigue eso?

Jennifer alzó la voz como si se tratara de una experta. Tal vez lo suyo con Ross no fuera el cuento de hadas que había imaginado, pero tenía referentes: el de su madre, el de su hermana y, por supuesto, el de Samantha y Hugh.

—Mostrando amor, preocupación y estando pendiente del otro; de los detalles. Tratar de llegar a acuerdos y de comprender el punto de vista del otro también serían aspectos importantes. Porque, ¿cómo puede esperar Ross que esté siempre a su lado, de un modo incondicional, si él no hace nada por implicarse? No puede conformarse con sembrar la semilla y dejar que la planta crezca sola.

Rosemary asintió, del todo de acuerdo. Aquello tenía mucho sentido, lo difícil era saber cómo conseguirlo.

—¿En qué estado se encuentra la planta ahora?

Jennifer tuvo que pensarlo un poco.

—En uno lamentable. —Tal vez no fuera del todo cierto, pero la joven sabía que a veces hablaba con cierto sentido de la exageración—. Solo necesita agua con desesperación para poder salvarse. Por eso he llegado a la conclusión de que es hora de armarme de valor y ponerle remedio. Así que he puesto en marcha un plan llamado *Osito Ross*.

Y tras declarar aquello se comió un pequeño bollo que todavía no había sido devorado.

Rosemary clavó la mirada en ella, inquieta.

—Me da miedo preguntar, pero lo haré de todos modos: ¿qué es el plan *Osito Ross*?

—Bah, me refiero a seducir a Ross —contestó, sin ser demasiado explícita.

Rosemary hizo una mueca.

—Pues no pareces demasiado entusiasmada por ello.

Jennifer se encogió de hombros y un rictus de preocupación apareció en su frente.

—Hay momentos en los que dudo si funcionará en un hombre tan cerebral como mi esposo; de si será capaz de ofrecer los cuidados necesarios que hagan que la planta florezca.

—Yo no me preocuparía tanto —le aconsejó para rebajar la trascendencia del anuncio—. Incluso los hombres más fríos caen rendidos ante una buena seducción.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Es más —ratificó—, me atrevería a decir que son ellos en especial los que sucumben antes.

—Si tú lo dices... —No estaba muy convencida. Ella podía ser muy atrevida para ciertos asuntos, pero en lo referente a la seducción era tan ingenua como cuando se casó—. Ahora lo único que me falta es un buen vestido.

—Exacto —corroboró Rosemary—; algo fácil de quitar. No te escandalices —se apresuró a explicar ante la expresión de sorpresa de su mejor amiga—. Has entendido muy bien lo que quería decir.

Jennifer no era ninguna mojígata, por lo que no tenía problemas a la hora de exponer sus asuntos personales ante Rosemary, aunque esta fuera una mujer mucho más mundana y atrevida. Por ello, se permitía hablar con soltura de ciertos asuntos íntimos que de otro modo podrían llegar a incomodarla.

—Había pensado en pedirte que me acompañaras a comprar uno, pero mejor será que vaya sola.

—¿Crees que haría algo para avergonzarte?

Su tono le indicó que su comentario la había herido y Jennifer se dio una bofetada mental por resultar tan bocazas. Sabía que en otro tiempo esa misma habría sido su intención, abochornarla para después ridiculizarla, pero hasta ese momento, Rosemary se había comportado como una buena amiga deseosa de ayudar.

—Dios, lo siento. —Se levantó para ir al sofá donde Rosemary se encontraba y la abrazó—. Espero que me creas si te digo que no quería que sonara así.

—Te creo, Jen. Yo también lo siento. —Se deshizo levemente del abrazo al que la tenía sometida—. Encontraremos algo digno de ti que haga que tu Ross no te deje salir de la cama en una semana.

La joven pensó en ello.

—¿Solo por un vestido? Ese comportamiento resultaría un tanto excesivo en él.

—Quizá sí por el trapito en sí, pero no por las prendas interiores en las que estoy pensando.

Se sintió ruborizar.

—No sé...

—Prometo no excederme.

Jennifer la creyó. Se levantó de nuevo para tomar el cuadernillo donde apuntaba las notas de las sesiones del Club de Admiradoras de Buster Morrison, aunque esta vez decidió que iba a darle un uso bien distinto.

—El primer paso será comenzar con un peinado nuevo. —Rosemary alzó sus delicadas cejas dispuesta a preguntar por su rápido cambio de actitud, si bien dejó que su amiga continuara—. Preparar su comida o postre preferido, el segundo —dijo en alto mientras apuntaba—. Aunque resultará una elección difícil.

—¿Por qué?

Jennifer lanzó un suspiro al aire.

—Las posibilidades culinarias son innumerables.

En un acto de escasa lucidez que parecía acompañarla a menudo en cuanto a Ross se refería, al final optó por decidirlo más tarde. No obstante, no se olvidó de añadir a la lista «estrenar un vestido nuevo» ni terminar de preparar la cena romántica que había pensado.

En un silencio entre ambas mujeres Jennifer observó el papel con ojo crítico, sumando una pizca de desilusión a la ecuación. Apenas había escrito nada que resultara novedoso. Solo se trataban de ideas de lo más conservadoras y aburridas.

Rosemary no perdió detalle de las distintas emociones que el rostro de Jennifer reflejaba. Lo cierto era que lo sentía por ella.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo puedo no ser capaz de pensar en nada que sirva para conquistar a mi propio esposo? Es frustrante.

—Solo necesitas templar los nervios para dar con la solución. Tú conoces a Ross mejor que nadie. Creo que mejor incluso de lo que se conoce a sí mismo.

—No es eso, sino la lista, por supuesto —dijo con entusiasmo, como si hubiera dado de lleno a una diana—. Yo nunca hago listas. —Sus mejores obras de arte eran fruto de la improvisación; nada calculado. Además, era buena con los planes y en cualquier momento idearía algo—. ¡Bah, me las arreglaré!

Cortó con los dedos el papel del cuadernillo e hizo una bolita con él. Por el momento se sintió satisfecha, pero ¿y si la lista la ayudaba de verdad? No perdería nada por probarlo, solo lo sabrían ella y Rosemary, así que cogió el papel y lo alisó —o por lo menos trató de hacerlo—, aunque algunas de las arrugas fueron imposibles de quitar.

—Puedo ayudarte. No tienes que enfrentarte a esto sola. Sabes que cuentas conmigo, ¿verdad?

Jennifer la obsequió con una sonrisa de agradecimiento.

—Seré conservadora por el momento —le dijo—. Lo mejor será comenzar con la ropa que llevaré para la ocasión. ¿Hago bien?

Su amiga asintió, conforme.

—Por supuesto.

—Como no tengo nada en el armario que Ross no haya visto antes, no me queda más remedio que salir de compras. No te ofendas, Rosemary, porque te quiero mucho, pero si me acompañas insistirás en que elija alguna prenda sofisticada con la que no voy a sentirme cómoda.

—Está bien —le concedió, comprensiva.

Algunas cosas era mejor hacerlas a solas.

—Mi esposo adoraba el pescado asado con patatas y cebolla —continuó la joven—, así que hablaré con la cocinera para que lo compre todo en el mercado. Pero no debo olvidarme de un sabroso pastel de chocolate.

Vaciló.

Jennifer era prácticamente transparente y Rosemary se dio cuenta de sus dudas.

—¿Qué ocurre?

—El pastel de chocolate es mi postre preferido, no el de él. Si quiero seducirlo deberé tener más en cuenta sus gustos.

—¿Y son...?

—Creo que optaré por una gustosa tarta de manzana. Ross no es nada pretencioso; prefiere la sencillez.

—Me parecen correctos todos los aspectos que has tenido en cuenta. Ahora bien, prométeme que te dejarás el cabello suelto. Un buen cepillado es suficiente para dejarlo sedoso.

Jennifer hizo un mohín gracioso antes de sumergirse momentáneamente en sus pensamientos, como si fuera un militar trazando una estrategia que la alzara con la victoria.

Ross era torpe relacionándose con ella; un miope, por así decirlo. Sabía que no lo hacía adrede, pero no se preocupaba por ella —por lo menos no con la intensidad que necesitaba—. Tampoco es que pidiera que su esposo fuera perfecto, solo que la tomara más en consideración y que se mostrara atento y caballeroso.

Ya era hora de salirse de los cómodos límites establecidos y volverse más atrevida, pensó. Pero ¿qué diantres significaba aquello? ¿Tendría suficiente con la ropa y la cena? Porque no podía secuestrar a su propio esposo y obligarlo a ser como ella quería que fuera. No. Lo que deseaba era captar toda su atención y que en verdad la echara de menos, como le aconsejó Rosemary.

Sin embargo, aquel esbozo de plan tenía un verdadero «pero» que no la animaba a continuar.

De nuevo buscó consejo.

—¿Y si con ello solo consigo ampliar el abismo que nos separa? Es peligroso.

—Tienes que arriesgarte. ¿Qué otra opción te queda? —argumentó Rosemary—. Ross no cambiará de buenas a primeras a no ser que le des un importante empujón. Y esto es un principio tan bueno como cualquier otro.

Bastante satisfechas porque el plan *Osito Ross* comenzaba a cobrar vida, ambas decidieron que en unos días estaría todo listo y perfecto para escenificarlo. Solo esperaban que él captara la insinuación y llegara a valorar el

esfuerzo.

Todo era más fácil cuando lo conoció, se dijo Jennifer. Sentirse deslumbrada, el coqueteo, la persecución... Aunque ahora se daba cuenta de que Ross solo tomó la iniciativa para pedirle matrimonio. Siempre había sido ella la que se adelantaba mientras él parecía dejarse llevar. Pero eso no la preocupaba; era capaz de comprender su temperamento y entendía que todo se debía a su tímido y sosegado carácter. En cambio, ella luchaba por lo que quería, justo como iba a hacer ahora.

—Bien, ya has escuchado todos mis problemas. —En ese momento incluso se permitió sonreír—. ¿Qué hay de ti?

Rosemary estaba teniendo una disputa con el sobrino de su difunto esposo por la herencia que legalmente le pertenecía a ella, por lo que sus preocupaciones eran de mayor tamaño que las de Jennifer.

—Ah, eso —fue su simple respuesta.

—¿Prefieres arrinconar el tema?

—Gracias, Jen, por sugerirlo. No es necesario —aseguró—. Temo que la rata de Percy me haga perder el tiempo y el asunto se dilate más de lo que tenía previsto. Además, a veces considero que debería cambiar de abogado. El señor Dickens puede resultar demasiado avasallador.

—¿Avasallador? —Jennifer apenas pudo creérselo. Rosemary solía usar muchos adjetivos para calificar a los hombres, la mayoría de ellos malos, por eso resultaba desconcertante escucharla decir aquello.

—Sí, sí —afirmó impaciente—. Mira, tú sabes que siempre me he sentido muy segura ante el género masculino; algo así como si tuviera cierta ventaja sobre ellos. Nada de lo que hagan puede sorprenderme. Además, te conté cómo de descarada me comporté con Hugh en el pasado. —Su familia había hecho algunos comentarios sobre ello, pero fue la propia Rosemary la que, a posteriori, le contó su bochornosa conducta para con él—. El señor Dickens, en cambio, me desconcierta. ¡Ni siquiera sé cómo calificarlo!

—No sé qué decirte. Parece que no te resulta indiferente. —Tras decir aquello pensó un momento en la pregunta que iba a formular—. ¿Te gusta?

Rosemary pestañeó un par de veces.

—¿Cómo dices? —Su expresión indicaba que no, aunque sus sentimientos pudieran ser muy distintos.

—Te lo digo por si resulta ser apuesto, divertido y fascinante. Un hombre difícil de olvidar.

—Creo que lo confundes con un personaje de las novelas que acostumbras a leer —adujo, divertida. Prefirió no pensar en lo guapo que estaba vistiendo de una forma tan informal, con esa incipiente barba, que ya lucía cuando lo conoció, y con esos profundos y penetrantes ojos azules.

—Pero los hombres así existen —protestó.

—Aunque ni tú ni yo los hayamos conocido.

—Tienes razón —suspiró—. Vaya par estamos hechas, ¿eh? —Jennifer se lo acababa tomando todo con humor—. No obstante, si él está interesado en ti a pesar de todo...

—No puede existir nada entre nosotros.

Dada su pasada vida matrimonial, su firmeza no sorprendió a su amiga.

—De hecho —continuó—, no puede haberlo con nadie. Atarme de nuevo a uno de ellos es la forma más rápida de acabar en el cementerio.

—No todos son iguales. ¿Y si te enamoras de uno? —no pudo evitar preguntar—. Mira tu hermana y Hugh. Lo tenían todo en contra y ya ves cómo terminó todo.

—Eso es diferente. Samantha no venía dañada por un hombre que la forzaba a ejercer su voluntad por el simple hecho de querer y poder hacerlo. Yo tuve un marido cruel y sádico. Créeme, el mundo ahora respira mejor.

Jennifer, que conocía la historia, no salió en defensa del senador. Que estuviera muerto no significaba que hubiera sido una buena persona, sino todo lo contrario.

—Pero quizá... —replicó de igual modo ante sus palabras. Ella creía que el amor lo podía todo.

—Nada —la cortó. No quería resultar desagradable con ella, pero no quería seguir hablando del tema.

Su amiga, viendo el estado de ánimo de Rosemary, prefirió no decir nada más. Cada una tenía una carga con la que lidiar. Solo esperaba que ambas fueran

capaces de superarlo.

*Crónica de un estrepitoso fracaso.*

**E**l tiempo se le echaba encima, se dijo al salir de casa de su hermana con más prisas de las que acostumbraba. ¡Había tanto por hacer! Como por ejemplo prepararse para la noche, puesto que iba a poner en práctica su plan. Sin embargo, le fue del todo imposible resistirse a la tentación de ir a visitar a sus sobrinos de nueve meses, a los que les había regalado unos bloques de madera con dibujos y letras pintadas. Como todavía eran muy pequeños para poder leerlas, se entretuvieron tirándolas por el suelo.

Aquellas ricuras eran lo más maravilloso del mundo.

De los dos mellizos, Cameron era el más afectuoso. Le encantaba montar en brazos, los besos y los abrazos, mientras que Connor era mucho más independiente y los toleraba con moderación.

Los pequeños tenían el pelo claro y los ojos grisáceos, al igual que su tía y su abuela, por lo que físicamente parecían hijos de Jennifer. Ella los adoraba y, aunque daban mucho trabajo, encontraba maravilloso que hubieran nacido juntos. Siempre mantendrían un lazo especial, como Colin y Hugh.

Eran hermosos y nunca se cansaría de ellos, ni siquiera cuando tuviera los suyos propios.

Niños propios. ¿Cómo había llegado a aquel pensamiento?, se preguntó mientras regresaba a su hogar. Era un tema delicado y, en cierta medida, doloroso, que jamás se había atrevido a comentar con nadie, ni siquiera con Rosemary. Quizá eso no sería posible nunca, se dijo. Ella siempre supuso que no

tardaría en quedarse en estado, pero no había sucedido. Con Ross no hacía el amor tanto como le gustaría. La mayoría de noches él subía tarde a la cama y Jennifer, a pesar de sus intentos por esperarle despierta, pocas veces lo conseguía. Pero eso no significaba que no tuvieran relaciones físicas, aunque casi parecía que debía pedir cita para ello.

En ese sentido era un poco puritano o tradicional. Siempre lo hacían en la cama y de noche y, aunque había tratado de tentarle muchas veces en otros lugares y momentos del día, no había conseguido romper sus barreras. Además, nunca jamás hablaba de ello fuera del lecho conyugal. Jamás.

Por lo menos no le pedía que apagara la luz; a ella le gustaba ver lo que hacían, verle a él. Esa era otra de las cosas a las que quería ponerle remedio. ¿Por qué no podían hacerlo, por ejemplo, a plena luz del día?

Jennifer sentía envidia de su hermana y del amor que su esposo le profesaba. Antes de marcharse, Colin había llegado del trabajo, abrazado con amor a sus hijos y besado a Claire con pasión frente a ella sin importarle quién estuviera presente.

No pudo sino observarlos con disimulo, sintiendo una decepción todavía mayor por su matrimonio.

Su hermana tenía una vida perfecta, con su amado esposo y sus adorables hijos. En cambio ella... No es que fuera una desgraciada ni nada por el estilo, pero había muchos aspectos a mejorar en su vida conyugal. Ross nunca le mostraba afecto en público —o al menos no de ese tipo—, y ella lo necesitaba; cada vez más. No le importaba estar en mitad de una reunión familiar para poder abrazarlo o besarlo, pero sabía que él no se sentía cómodo con ello y se cuidaba mucho de hacerlo.

Lo extraño era que nadie en su familia parecía notarlo. Lo encontraban de lo más natural, a pesar de que las demás parejas se mostraban muy efusivas. Si Claire hubiera creído que algo andaba mal en el matrimonio de Jennifer se lo habría hecho saber, aunque se esforzaba bastante por ocultárselo, tanto a ella como a los demás. ¿Y por qué lo hacía? Pues porque se avergonzaba de que su relación no fuera tan idílica como la de ellos.

Muchas veces trató de hacerla partícipe de sus problemas, porque además de su

hermana, Claire era su mejor amiga, pero al último segundo se arrepentía, como acobardándose.

Siendo consciente de que no podía esperar a que Ross cayera rendido a sus pies de un plumazo, se dio fuerzas a sí misma. Si podía conseguir hacerlo reaccionar y que se diera cuenta de lo sola que se sentía, ya sería un gran paso. Quizá de ese modo podría sentar unas nuevas bases para su relación.

Con el tiempo justo, se bañó y se arregló con el vestido que había elegido. Se trataba del adecuado para la ocasión: de seda verde, con la cintura ajustada y tanto la falda como las mangas terminaban con un reborde en negro. No estaba pensado para un uso diario, pero tampoco se veía demasiado opulento como para una cena íntima. Justo lo que andaba buscando. Además, se dejó convencer por Rosemary para usar corsé. No podía negar que resaltaba su figura. Tanto ella como Claire habían dejado de usarlo unos pocos años atrás, pues se sentían más cómodas con blusas especiales para sujetar el pecho que se cerraban por delante y suficientemente elásticas para que se amoldaran con facilidad.

Se dirigió hacia la habitación del fondo donde sería servida la cena, puso en marcha el gramófono y se quedó escuchando la música hasta que Ross regresó del trabajo.

—Ven conmigo.

Lo recibió con una encantadora sonrisa mientras le tomaba la mano y lo guiaba hasta el centro de la habitación. Por suerte, no le dio tiempo a negarse y aprovechó la oportunidad para pegarse más a él. Le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la mejilla sobre su pecho mientras se dejaba llevar. Él, en cambio, parecía un tanto azorado y sofocado por tanta efusividad.

Para Jennifer era obvio que si estaba tan desconcertado se debía al hecho de que habían perdido la intimidad y la complicidad. Justo las dos cosas que deseaba recuperar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su esposo, siguiendo el compás de la música. No era un gran bailarín, pero se defendía bien.

Jennifer lo observó con detenimiento tratando de averiguar qué habría de mal en ella para que se mostrara tan frío. Era ilógico que achacara su comportamiento a alguna enfermedad. ¿Acaso tenían prohibido bailar?

—Muy bien.

Trataba de poner el máximo empeño para que aquella velada resultara un éxito. Durante unos minutos ambos permanecieron unidos, moviéndose a un ritmo pausado por la estancia bajo el influjo de la voz del tenor italiano. En sus sueños más locos, él la tomaba en los brazos con arrobo y la conducía escaleras arriba para hacerle el amor mientras gritaba a los cuatro vientos cuánto la amaba. Sin embargo, solo había una realidad y era la que estaba viviendo.

—No es una música adecuada para bailar. ¿No crees, Jennifer? —Le escuchó decir al cabo de unos minutos.

Ante la primera crítica se limitó a esbozar una sonrisa, luchando contra el terrible impulso de mandarlo a paseo. Si quería sacar adelante su plan iba a tener que hacer gala de una infinita paciencia.

¿Lo malo? La paciencia y Jennifer estaban reñidas.

—¿No te gusta Enrico Caruso? —preguntó con suavidad.

—Sabes de sobra que sí, pero... —Ella silenció su protesta poniendo un dedo sobre sus labios. Enrico Caruso era su tenor favorito desde aquel maravilloso diciembre de mil novecientos diez, cuando fueron juntos a verle actuar en el Metropolitan Opera House.

Lo que ambos deberían hacer era dejarse llevar y gozar del momento, si bien se conformaba —por ahora— con que su esposo no saliera corriendo.

—Relájate —le aconsejó. Quiso añadir «aunque sea por una vez», pero se abstuvo. Se recordó, de nuevo, que debía ser magnánima si pretendía que todo saliera como la seda. Moduló su tonó de voz hasta convertirlo en una armoniosa melodía—. He organizado una encantadora velada para ambos.

Sus palabras pretendían animarle más que informarle. Sin embargo, consiguió hacerle arrugar la frente.

—¿Qué estamos celebrando?

Parecía como si Ross estuviera calibrando qué aniversario había pasado por alto.

—Nada en especial —aseguró. No tenía sentido enumerar el sinfín de agravios que había enterrado en su corazón y que le hacían perder la confianza en su matrimonio. De ahí la posterior elaboración de aquel plan, que si bien podía

parecer un tanto ridículo, para ella era de vital importancia.

Y eso le hizo preguntarse si sería cierto que su esposo no sabía qué le había impulsado a casarse con ella. ¿Acaso tenía tan poco valor para él? Desechó la idea al instante. Se negaba a creerlo. Cierto era que en el momento en que esas palabras salieron de su boca le dolió. Diantres, cómo le dolió, pero Ross no podía estar hablando en serio. Solo fue un momento de tensión; a veces uno decía cosas de las que más tarde se arrepentía, como solía ocurrirle a ella.

—¿Y no podemos dejarlo para otro día? —terció, apartándose de ella unas pulgadas—. Tengo ejercicios pendientes...

—No —sentenció con rebeldía—. Esta noche nada de trabajo.

Ross se sintió un tanto perdido y contempló a su esposa con un sentimiento parecido a la sospecha. Ni siquiera había reparado en su nuevo aspecto, como el elegante vestido o el esmerado peinado. El cambio le pasó desapercibido. Él siempre la encontraba bonita y la veía brillar con su vibrante forma de ser. Aquella vez no era distinta a las otras. Además, estaba demasiado ocupado tratando de descubrir si había gato encerrado en su comportamiento. ¿Por qué sino lo hacía bailar cuando la fecha no era remarcable? ¿Querría pedirle algo? Imposible. En ese sentido ella solía ser muy directa y la mayoría de veces se lanzaba antes de preguntar. Sin embargo, tenía la molesta sensación de haberse perdido algo, lo cual era muy extraño, ya que se consideraba un hombre muy analista y pocos detalles se le escapaban.

O eso creía él. No había más ciego que el que no quería ver y más temprano que tarde Ross terminaría enfrentándose a esa realidad que tenía la forma de su esposa.

—Has hecho bien escogiendo la pieza. —La elogió con cautela, antes de añadir lo que antes no había podido—. Aunque es preferible limitarse a escucharla. Uno pierde parte de su esencia revoloteando de un lado para otro.

Se dio cuenta entonces cómo el tranquilo semblante de Jennifer se transformó en una mueca de disgusto que desapareció en cuestión de segundos. Estaba confuso. ¿No le había gustado el halago sobre su buen gusto?

—Compláceme y deja de parlotear tanto, ¿quieres? —murmuró ella.

—Eres tú quien siempre parece tener algo que decir. ¿Debo entender que ahora

lo repruebas?

—Sí —contestó bien tensa—. Lo único que quiero es bailar con mi esposo sin ningún tipo de protesta. ¿Es mucho pedir?

Ross sospesó sus palabras, sin estar seguro del todo. ¿Qué le habría sucedido aquel día para querer estar tan callada? ¿Acaso no tenía miles de anécdotas que contar; ya fuera sobre sus sobrinos, sus amigas o cualquier desconocido de la calle? Todas las noches se veía sometido a aquel tipo de cantinela abrumadora que no parecía tener fin y por ello se preguntó de nuevo si se encontraría bien.

—Tengo varias objeciones —repuso—. La primera de ellas tiene que ver con el por qué te estás tomando tan a pecho este baile.

Eso por lo menos sí que lo había percibido.

—¿No lo adivinas? —le preguntó Jennifer con un deje de ironía—. No es tan difícil. Incluso para mí, con lo tonta e inestable que soy.

Ross se molestó por su tono y dejó caer los brazos al instante. Con aquel comentario él se había excedido, lo reconocía, pero no tenía por qué echárselo en cara a cada momento.

—Otra vez con eso. Dime, ¿no te pedí las excusas pertinentes?

—Lo hiciste —afirmó ella, a regañadientes.

Por supuesto que no creía que su mujer padeciera algún problema mental ni nada parecido. Era una mujer sana y en su fuero interno debía saber que no merecía tantos reproches.

—¿Y todo esto es para pedirme disculpas?

Ella alzó las cejas en un gesto de sorpresa, como si no creyera lo que acaba de escuchar.

—¿En qué mundo retorcido vives? ¿Por qué debería pedirte perdón si fuiste tú quien me insultó?

—Si recuerdo bien sacaste las cosas de contexto. No había para tanto.

—Bajo tu punto de vista —indicó ella con cierto grado de rencor—. Pero por lo menos yo sí sé por qué me casé conmigo.

Ross frunció los labios al recibir un nuevo reproche. Al parecer, su esposa era experta en exponer sus errores una y otra vez. No obstante, ni deseaba pelearse con ella ni librar una pequeña batalla que dejara a ambos exhaustos y

enfrentados. Así que decidió ser lo más conciliador posible, aunque eso sucedería solo si era capaz de retirarse a tiempo.

Fue hasta el gramófono e hizo que la voz de Caruso se silenciara. Luego la tomó de la mano y la hizo sentarse en el sofá, con él al lado.

—Sabes que no es como tú dices.

Ross le habló con dulzura. No era lo que ella deseaba, pero era un gesto que agradecía. No obstante, una parte de ella le guardaba rencor por sus palabras y por eso no pudo evitar sonar escéptica.

—Ah, ¿no?

—No.

Tampoco pudo evitar insistir.

—¿Ya está? ¿No vas a añadir más? Porque para ser un hombre que ha estudiado tanto, tus explicaciones son deplorables —escupió con rencor y sin reconocerse a sí misma.

Ross la observó un momento en silencio, nada dispuesto a entrar en su juego.

—Jennifer...

—¿Qué ocurre? ¿He herido tu sensibilidad? Porque tú me heriste primero. —«Y lo haces a menudo con tu actitud», quiso añadir.

—Eso no es una lucha de sables —argumentó Ross con acierto—. Ni el ojo por ojo.

—Pero tampoco estoy dispuesta a poner la otra mejilla —contraatacó ella.

Ross balanceó el cuerpo hacia adelante.

—Jennifer, seamos sensatos. Siento haber mencionado aquello o que te sintieras mal por mi culpa. Eres mi esposa y deseo que continúen la concordia y la armonía en este matrimonio. Ahora bien, ¿crees que puedes pasar por alto mis errores?

Jennifer fue a replicar, pero terminó cerrando los labios antes de que pudiera escupir veneno e hizo un esfuerzo por serenarse. Después de unos segundos levantó las pestañas y asintió, contemplando su rostro compungido. «Harmonioso», él deseaba un matrimonio que no le diera quebraderos de cabeza mientras que ella suspiraba por un sentimiento distinto. Hasta las peleas le parecían una opción mejor que aquellos detestables calificativos que él

nombraba. Por lo menos con ellas se sentía vibrante y viva, aunque fueran por unos fugaces minutos. A la vez, conseguía sacar todo lo que llevaba dentro: sentimientos que amenazaban con carcomerla. Sabía que no eran los términos idóneos en los que debía comunicarse con Ross. Sin embargo, le resultaba imposible que fuera de otro modo.

La mayoría de las veces conseguía apaciguarla con su tono tranquilo; o por lo menos por un tiempo. Después, las dudas y la frustración regresaban con fuerza para hacer estragos en ella.

Sentía la felicidad cerca, como si solo tuviera que estirar suficientemente el brazo para conseguirlo. Lo malo era que al final terminaba escapándosele entre los dedos.

«No puedes estar siempre con lo mismo», se dijo. Lamentarse no la llevaría a ningún lado, porque así solo estaba dañándose a sí misma con noches durmiendo mal, con una sensación de premura cayendo sobre ella y aquella inquietud en el estómago que conocía tan bien. Mientras tanto, Ross permanecía inmutable.

Era extraño que sintiera a su esposo tan cerca y tan lejos a la vez, o que cayeran siempre en los mismos errores. No era justo para ninguno de los dos.

—Vayamos a cenar —propuso sin ningún tipo de brío. Su mejor ánimo parecía haberse evaporado y ya no había nada que pudiera hacerse.

Por lo menos esa noche.

\*\*\*

Rosemary se acercó al teléfono del apartamento para atender la llamada que acababa de recibir. Nada más y nada menos que de su amiga. Se dio prisa porque, siendo tan tarde, pensó que debía suceder alguna cosa importante. De otro modo no se hubiera puesto en contacto con ella.

Su amistad era llevada en secreto, por lo que no solían comunicarse cuando su esposo, Ross Walker, estaba en casa.

Cierto malestar se le instaló en la boca del estómago.

—¿Jennifer? —preguntó con voz vacilante. Al otro lado del aparato no se

escuchó nada, por lo que todavía se preocupó más—. Jennifer, ¿estás ahí?

Esta vez no tardó en recibir respuesta.

—Hay que subir la apuesta. Poner en marcha un nuevo plan.

La voz de su amiga sonaba tan apagada como triste.

—¿Qué apuesta? ¿Plan?

—Con Ross —susurró Jennifer.

Rosemary no logró comprender a qué se refería.

—¿Dónde está tu esposo?

—En la biblioteca. —Fue su sencilla respuesta; tan escueta, que no aclaraba lo que estaba sucediendo.

—¿Os habéis peleado? ¿Se trata de eso?

Jennifer lanzó una fuerte exhalación.

—Ojalá. Por lo menos sabría que hay sangre corriendo por sus venas y no una especie de vino aguado —se lamentó—. He intentado... —Enmudeció repentinamente y Rosemary pensó, con acierto, que estaba comprobando que estaba sola en el recibidor—. He intentado seducirle, pero es una pérdida de tiempo insistir en lo que Ross no puede darme.

Rosemary replicó de inmediato, en un intento por subirle el ánimo.

—No puedes ser tan derrotista. No tú, la mujer más optimista que conozco.

—Pues por lo menos no será esta noche, porque la atmósfera amorosa que he creado ha desaparecido. —La velada no se había desarrollado como ella había imaginado, pero si era sincera consigo misma admitiría que parte de la culpa era suya. La situación ya era de por sí delicada como para complicar más las cosas con reproches.

—Comprendo —musitó su amiga, haciéndose una idea de la situación—. Tal vez, solo tal vez, si deseas que algo bueno salga del plan que has creado, debieras olvidar el pasado, para poder construir un nuevo futuro.

—¿Crees que no soy justa con Ross?

—Lo que yo piense no importa.

—A mí sí —insistió Jennifer—. Por favor, Rosemary, dime.

Frunció los labios, debatiendo consigo misma sobre si debía hablar o no. Sin embargo, Jennifer estaba tan vulnerable que no pudo continuar

reprimiéndose.

—Ah, querida. Si te soy sincera, es Ross quien no te merece. ¡Tú eres una mujer maravillosa! —Y él un estúpido al que darle un par de sacudidas.

A ella le encantaría poder lanzarle aquellas verdades a la cara y defender a su amiga frente al ciego que había resultado ser su esposo; aunque eso se lo ahorró.

—Pero yo le quiero —protestó Jennifer.

Rosemary tragó saliva.

—Lo sé. Lo sé —repitió—. Mereces toda la felicidad del mundo y cuentas conmigo para lo que necesites. ¿Por qué no vienes mañana y lo hablamos?

Solo se trataba de una sugerencia, porque podía ser lo que Jennifer precisaba para tranquilizarse. Una buena conversación entre mujeres que se admiraban y se querían era un buen plan para acallar los demonios interiores, aunque ella se negó.

—Gracias, pero solo he querido desahogarme antes de irme a la cama.

Sí, quizá fuera eso.

—¿Estás segura?

—No te preocupes. Lo solucionaré. Siento ser tan fastidiosa con mis problemas. Debo parecerte una estúpida.

—¡Oh, querida, eso jamás!

Rosemary no insistió. Sabía a ciencia cierta que Jennifer buscaría su ayuda si lo necesitaba, así que antes de despedirse de su amiga se aseguró de que supiera que estaba de su lado.

Siempre.

*Una semana después del comienzo del nuevo plan.*

Sentada en un rincón del restaurante podía observar todos los ángulos del local con facilidad; incluso a la gente que entraba y salía.

Esa rutina —si podía llamarse así— era la que había establecido durante una semana entera. El local tampoco había sido elegido por ser estratégico; su razón principal tenía más que ver con hacer correr el tiempo antes de regresar a casa que con disfrutar de la soledad entre la multitud.

Algunos asiduos se habían fijado en ella; una mujer joven sentada sola día tras día no pasaba desapercibida. También sabía que parte de esa clientela había advertido el anillo de bodas que lucía en la mano, por lo que nadie se había atrevido a abordarla.

Suspiró, abatida y aburrida. Quedarse todos los días hasta tarde con su hermana quedó descartado de inmediato. Claire no era tonta y terminaría por sospechar que algo no marchaba bien. Por su parte, Rosemary se encontraba enfrascada en importantes y recientes asuntos legales, así que no había tenido más opción que terminar sentada en aquel deprimente lugar, con mesas apelotonadas, clientes poco exigentes y una carta que se sabía de memoria.

Su estado de ánimo disminuyó por segundos cuando su mente quiso concentrarse en Ross. Era por él por quien hacía todo aquello. Bueno, por los dos. Si no conseguía que su relación de pareja mejorara, se daría por vencida. Las inseguridades, nada propio de ella, ya estaban haciendo mella en su moral y se preguntó, por enésima vez, qué hacía allí cuando estaría mejor en casa.

La reconquista no estaba siendo nada fácil, pero no quería rendirse todavía.

Sopló un poco en la taza y probó el té, pero todavía estaba demasiado caliente para su paladar. El día había amanecido nublado y a media mañana empezó a llover, siguiendo todo el día sin cesar. La lluvia había hecho descender las temperaturas primaverales de Nueva York y a Jennifer se le antojó una bebida caliente, pero el té estaba hirviendo.

¿Qué estaría haciendo Ross en aquel momento?, pensó. ¿Acaso notaría su ausencia? Suponía que no demasiado, puesto que había tardado cinco largos días en preguntarle el motivo de sus retrasos. Y se sintió satisfecho con facilidad cuando Jennifer le contestó que tenía algunos quehaceres pendientes.

«Buff... siempre pensando en Ross».

Para quitárselo de la cabeza, aunque fuera por unos minutos, tuvo que entretenerse con un juego mental que le encantaba. Jennifer trataba de fijarse en la gente que la rodeaba y debía imaginar el motivo por el cual estaban en el restaurante.

Su primer objetivo fue un señor de mediana edad con un bigote larguísimo, sentado en la barra. Aparentemente, bebía un café mientras leía el periódico, pero antes se había fijado que por dos veces el camarero había rellenado su taza con whisky.

«Interesante», pensó.

«¿Qué puede tener eso de interesante, tonta?», se respondió a su vez.

«Quizá su esposa no le deje beber alcohol en casa y aprovecha este instante para relajarse».

A veces mantenía discusiones consigo misma, pero ¿no lo hacía todo el mundo?

«¿Te parece eso interesante? ¿Qué pensaría Lucius la Rogue? Yo te lo diré: bostezaría de puro aburrimiento. Además, ¿cómo sabes que tiene una esposa? Desde tu posición no puedes verle el anillo».

«Buen punto, pero la mayoría de hombres a esa edad están casados».

«¿Cómo lo sabes? ¿Acaso conoces a todo el mundo? Bien puede ser un soltero que vive con una madre a la que no soporta porque está todo el día recriminándole que siga soltero a esa edad. Se emborracha para olvidar».

«¿Con café?».

«No tonta, con whisky».

Lo malo de mantener discusiones consigo misma era que terminaba fantaseando demasiado.

Cambió de objetivo y se concentró en el hombre que acababa de entrar. Al estar de espaldas no podía verle el rostro, pero tenía una figura interesante. Cuando se quitó el sombrero y miró a izquierda y derecha, Jennifer supo que buscaba a alguien.

Fue al verle el perfil cuando se quedó de piedra.

¡Dios, lo conocía!

¿Qué estaría haciendo ahí?, no pudo evitar preguntarse. ¡Menuda coincidencia! Molesta, mejor dicho. Él no era un tipo con el que le apeteciera volver a juntarse.

Por supuesto, lo conocía bien. Se trataba del mismísimo diablo convertido en James Mortimer, un sujeto que no había visto desde mucho antes de su boda.

Jennifer tragó saliva. No podía verla allí, no quería hablar con él pero, si llegaba a darse la vuelta por completo, terminaría reconociéndola.

«¿Qué hago?», pensó. «Busca una solución, pero rápido».

Si hubiese tenido un periódico a mano podría haber escondido el rostro tras él, pero no tenía. El paraguas quedaba descartado. Usarlo allí dentro llamaría demasiado la atención; justo lo contrario de lo que pretendía.

—¿Por qué de repente no se te ocurre nada? —murmuró presa del pánico. Al final escogió la opción más desesperada: esconder la cabeza bajo la mesa, como si se tratara de un avestruz.

—Vaya, vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí —oyó decir al cabo de un momento—. Si es Jennifer Lefont.

—Walker —lo corrigió de inmediato mientras se levantaba con la mayor dignidad de la que fue capaz.

—Cierto, ahora eres Walker.

Jennifer percibió en sus palabras cierto punto de amargura.

—He perdido una horquilla —se excusó ella mientras lo miraba a los ojos por primera vez—. Hola, James.

El recién llegado la observó, escrutándola con la precisión de un cirujano.

—Cuánto tiempo.

—Sí.

—Te envié un jarrón. Por tu boda —matizó.

Ella asintió con una expresión formal pintada en el rostro.

—Lo recibí, gracias. Aunque debo confesar que se trataba de un regalo muy feo, parecido a una urna funeraria. Se rompió.

—Se rompió, ¿eh? —repitió James, escudriñándola. Acto seguido soltó una risotada que la hizo sonrojar al tiempo que se quitaba la chaqueta mojada por la lluvia.

—Sí —confirmó—, por accidente.

Era un dato que no hacía falta revelar, pero Jennifer encontró un placer malsano confesándolo.

James le dio la vuelta a una silla vacía para sentarse frente a ella.

—Acabas de herir mis sentimientos. —Aunque su sonrisa ladeada indicara todo lo contrario.

—¿Sentimientos, tú? —escupió.

—Veo que todavía sigues enfadada conmigo —bufoneó.

—No lo estoy —se defendió, encarándolo.

—Pues lo disimulas muy bien. —Volvió a girar la silla, esta vez con el respaldo hacia delante mientras apoyaba los brazos sobre este. Su postura poco tenía de caballero—. Creí que el matrimonio haría maravillas con tu carácter.

—¿Qué quieres decir? Tengo un carácter estupendo.

—Si tú lo dices... —silbó.

—¿Has venido a buscarme solo para criticarme? Porque deduzco que estás aquí por mí. Un momento... —Se detuvo un instante—. ¿Cómo sabías dónde encontrarme? —le preguntó suspicaz.

—Casualidades de la vida —contestó James con desenfado—. Siempre he tenido buena suerte.

—¿Te atreves a afirmarlo dado tus malos resultados en las apuestas hípcas? —contratacó.

La sonrisa de James se esfumó de un plumazo.

—¿Cómo te has enterado de eso? —Estaba sorprendido. Aun así, no perdió su

sentido del humor. Al fin y al cabo era uno de los rasgos que más admiraba de ella—. Ay, mi pequeña diablesa...

—Una tiene sus fuentes —adujo. Decidió no dar importancia a la forma demasiado familiar con la que acababa de referirse a ella.

—Estoy seguro. Siempre he creído en tus posibilidades.

Jennifer se tomó unos instantes para contemplarlo. Parecía que los años no habían pasado para él. Seguía siendo igual de atractivo, con su pelo oscuro y un poco rebelde, su mandíbula marcada y su socarrona sonrisa. En otro momento de su vida, su físico y su carismática personalidad la habían encandilado.

—Un halago. —Fue su turno para silbar—. Ahora soy yo la sorprendida.

—No te hagas la modesta, Jennifer. No te queda. Sabes lo buena que eres; como también sabes que si no vinieras de dónde vienes, hace años que ya te habría convertido en mi socia.

Sus palabras fueron sinceras, aunque ella no las consideró como tal.

—¿Y de dónde diantres vengo, si puede saberse? —le preguntó con curiosidad—. Y además, ¿por qué piensas que habría aceptado ser tu socia? Yo no hago tratos con memos.

James pensó en su respuesta mientras calibraba su nivel de enfado. Ella aseguraba que no lo estaba, pero su resentimiento era obvio; aunque no siempre había sido así. En la época en la que colaboraron pudo darse cuenta de cómo la chiquilla lo adoraba. No obstante, ahora Jennifer era toda una mujer, casada, se recordó, y a pesar del tiempo transcurrido su carácter volátil no había variado ni un ápice.

También había considerado que lo que pasó entre ambos no era tan grave y que ya lo habría superado, pero estaba claro que no era así. Se arrepentía de cómo habían ido las cosas. Era una verdad como un templo. Al fin y al cabo, el que más perdió fue él, aunque solo pudo darse cuenta de ello con el transcurso de los meses, cuando ya era demasiado tarde para arreglarlo.

—Me refiero a tu clase social. —James al final respondió a su pregunta—. Tu círculo no habría visto con buenos ojos nuestra asociación y estoy seguro que tanto tu madre como tu hermana me hubieran enviado a la hoguera. —Estaba convencido de aquella afirmación, aunque seguía sin entender cómo la habían

dejado casarse con un «profesorucho» de nada con un trabajo insignificante—. En cambio —continuó—, si fueras la hija de un carnicero o un agricultor...

—Habría corrido a tus brazos —terminó por él—. Digo, para asociarnos —aclaró.

—Exacto.

Parecía muy satisfecho con lo que acababa de decir, pero Jennifer sentía ganas de... de... ¡Dios, era tan cretino!

¿Cómo había caído en sus redes?

Fue en el año mil novecientos nueve, en una de sus tantas visitas a la Biblioteca Byron, donde a la joven le encantaba perderse. James la abordó de improviso y le ofreció dinero para acercarse con disimulo a dos hombres que mantenían una intensa charla en una de las mesas. Lejos de asustarse, se sintió halagada. Espoleada por la emoción, Jennifer no consideró que estuviera haciendo nada malo y se dejó llevar por la intriga y el misterio que implicaba. Por fin le había ocurrido algo emocionante. Ella, que deseaba desde hacía mucho vivir una aventura, tenía al alcance de la mano la oportunidad de actuar como una heroína, al igual que las protagonistas de los libros que tanto le gustaba leer. Fue más tarde cuando supo que uno de esos hombres era un periodista del New York Times; el otro era su contacto, un empleado del ayuntamiento que le pasaba información. El alcalde en persona fue el que contrató los servicios de James en N.Y Investigations Services. Harto de ver publicados sus asuntos en la prensa incluso antes de que él se permitiera hacerlos oficiales, dejó en manos del detective el descubrir la identidad del topo.

Que tuviera que recurrir a una desconocida fue una improvisación del momento. A James le resultó imposible acercarse a ellos y escuchar la conversación sin resultar sospechoso, pero ella... ¿Quién desconfiaría de una muchacha con cara de ángel?

Jennifer resultó ser toda una revelación. Quedó fascinado por su resolución, coraje e inventiva, por lo que a partir de ese instante la utilizó en multitud de casos. Fue una compañera infatigable que no quiso saber más de él cuando James la dejó en la estacada.

—Bien, el pasado, pasado está —sentenció la joven—. Ahora dime qué

quieres, porque no tengo tiempo que perder.

En lo que a él se refería era cierto.

—¡Siempre tan directa! No andas equivocada, quiero hablar de un asuntillo, pero —bajó la voz— me gustaría que fuera en privado.

Miró a su alrededor para comprobar que nadie les prestaba atención ni les escuchaba.

Jennifer ni siquiera lo consideró.

—No.

—Venga, necesito tu ayuda —le rogó.

—Dejé de trabajar para ti hace mucho.

—¿Y no lo echas de menos? —No creyó su negativa—. ¿Ni un poquito? —preguntó—. No me digas que el matrimonio te ha vuelto aburrida.

—¿Qué te importa? Tengo montones de cosas por hacer y no pienso perder el tiempo contigo.

—Entonces, por curiosidad, ¿qué haces aquí sola? ¿Esperando a tu maridito?

Jennifer apretó los dientes. Lo último que necesitaba era discutir su matrimonio con él.

—Como he dicho, no es de tu incumbencia. Sigue costándote entender.

El detective sonrió a modo de respuesta, dejando entrever su faceta más embaucadora.

—Vamos, señora ocupada, ¿vas a ayudarme o no?

—¡Oh, me exasperas! Ya te he dicho...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió—, pero ¿no estás tentada? ¿Ni un poquito?

Compuso su carita de niño bueno, la que tanto le costaba rechazar. Su vida no era como esperaba y en su matrimonio nada salía como planeaba, pero se resistía a aceptar. Sin embargo, una vocecita, la más aventurera, la instaba a ayudar a James asegurándole que le vendría bien distraerse un poco.

James, por su parte, veía cómo se debatía. Intentó presionar un poco más.

—Mira, podrías acompañarme a mi despacho y te lo explicaría todo, como en los viejos tiempos.

—¿Estás loco? Ahora soy una mujer casada, no puedo corretear por ahí como si nada.

—Antes no solías tener en cuenta lo que la gente pensara de ti. Además, no veo que a tu esposo le importe mucho que estés en este cuchitril.

Miró a su alrededor para confirmar sus sospechas. Aquel restaurante no era digno de ella.

—Ross no lo sabe —lo defendió. No le gustaba en absoluto que el detective se metiera con él.

—Entonces tampoco pasará nada por esconderle nuestro secretito, ¿no crees?

Jennifer dudó. Quería aceptar, no valía la pena engañarse, pero ya no era lo mismo que cuando estaba soltera. Ahora tenía una pareja con la que contar y no quería mentirle, aunque comprendió su propia hipocresía al no haberle explicado su amistad con Rosemary.

Al final, y no con pocos reparos, aceptó acompañarle hasta su despacho para oír lo que tuviera que decirle, sin ningún compromiso por su parte.

Cruzaron la ciudad hasta el edificio de Broad Street que tan bien conocía. Al llegar, subieron hasta el sexto piso, atravesaron todo el corredor y James se sacó la llave del bolsillo para abrir la puerta con el rótulo de N.Y Investigations Services grabado en el cristal. Dejó que ella entrara la primera en aquel pequeño apartamento que le servía para trabajar.

Hasta que él no abrió las luces fue incapaz de ver nada.

—¡Vaya! —exclamó, admirada al ver el cambio que se había producido—. Yo pensaba que me habías sacado de un cuchitril para meterme en otro, pero esto...

—No guardaba ninguna semejanza con lo que ella recordaba. La sala de espera había cambiado por completo: las paredes ahora estaban cubiertas por un papel pintado muy elegante y los muebles relucían bajo un estilo oriental.

—Te gusta, ¿eh? —murmuró, satisfecho al ver su reacción—. Todo se debe a la insistencia de cierta señorita que aseguraba que la decoración influiría positivamente en mis clientes.

Jennifer lo miró boquiabierta. ¡Le había hecho caso!

—¿Y ha funcionado? —quiso saber.

El detective se encogió de hombros antes de contestarle.

—Si hablamos del sector femenino, debo reconocer que sí. Ahora mis clientas me recomiendan a sus amigas y el número de casos ha aumentado. En cambio, si

hablamos de los hombres...

—Ni siquiera se habrán dado cuenta de los cambios, ¿cierto? —adivinó.

James sonrió para hacerle saber que no se equivocaba y la condujo hasta su despacho. Había substituido el viejo y raído escritorio por uno de caoba oscuro. En cuanto al resto, alguna planta decoraba la estancia, pero allí no se apreciaban cambios destacables.

Tamborileó sus dedos sobre la suave madera y se recostó en su silla al otro lado del escritorio.

—¿Comenzamos? —Con un ademán le indicó que tomara asiento—. Mi cliente, que por ahora permanecerá en el anonimato... —Jennifer alzó las cejas—. Es por prudencia; al fin y al cabo todavía no has aceptado ayudarme.

—No, no lo he hecho —corroboró.

—A lo que iba —prosiguió—. El señor X, por llamarlo de alguna manera, quiere divorciarse de su esposa, pero antes debe probar que ella le es infiel.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

—Tienen firmado un contrato prenupcial por el que la señora Y no recibirá ni un céntimo si eso llegara a ocurrir.

—¡Ah, siempre es por el dinero! —Se sentía un tanto desilusionada. Pensó que por lo menos se trataría de un caso interesante, pero era justo lo contrario—. Dime, ¿para eso necesitabas mi ayuda? —Sobre todo cuando se había tomado la molestia de averiguar por dónde andaba.

—¿Vas a dejarme que te explique? —Jennifer asintió—. He estado siguiendo a la esposa infiel.

—Supuestamente.

—¿Perdón?

—Que no puedes prejuzgarla —le hizo ver—. Por lo menos espera a tener pruebas.

James abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Eh... sí. Lo malo es que llevo unas semanas tras su pista y todo parece normal. Sale de compras, a eventos sociales... Pero nada que pudiera comprometerla. Y el señor X espera esas pruebas. No puedo presentarme con las manos vacías.

—Pero si ella no tiene un amante no puedes inventártelo. No es eso lo que pretendes, ¿cierto? —le preguntó con cierta suspicacia.

—¡Por supuesto que no!

No le hizo ninguna gracia que fuera capaz de insinuarlo; no después de todo lo que habían pasado juntos. Él era legal y nunca amañaba pruebas, nunca.

En el mundo por el que se movía era fácil hacer la vista gorda, aceptar sobornos o entrar en nómina de tipejos poco recomendables, pero a él le gustaba su trabajo y no pretendía echar por tierra su reputación.

—Lo siento.

Jennifer trató de disculparse. James podía ser un caradura, pero en todo el tiempo que trabajaron juntos nunca tuvo que reprocharle por sus métodos excepto cuando huyó, dejándola sola a la hora de enfrentarse a los policías. A partir del incidente, sufrió un fuerte desencanto y terminó por poner fin a su estrecha colaboración.

Desde la distancia el asunto no parecía ser tan grave. La madurez le dejaba verlo desde otra perspectiva. Sabía que en ese momento el detective había hecho lo mejor. Entrar en aquel hotel —al que tenía prohibido el acceso— hubiera supuesto la cárcel si alguien lo hubiera llegado a reconocer. Por suerte, ella supo desenvolverse bien y todo terminó en una anécdota, pero no evitó la decepción. El disgusto que sufrió por ser abandonada de esa forma le confirmó que sentía cierto tipo de enamoramiento que explotó al instante.

A partir de ahí, su relación no volvería a ser lo mismo.

—Solo pretendía que me prestaras un poco de ayuda. Tengo el presentimiento que mi cliente está en lo cierto —se explicó—. Cuando más rápido se solucione, más pronto podrá pedir el divorcio y volver a casarse.

—¿Es que tiene la intención de hacerlo? —James asintió—. ¿Entonces tiene ya a otra?

—Sí, una joven de muy buena familia.

—No me lo puede creer. —Estaba estupefacta—. Ese hombre es un cerdo.

—No me corresponde juzgarlo a mí.

—Pero... —protestó.

—Ella sabía las condiciones cuando aceptó casarse con él y si ahora las ha roto

no es de mi incumbencia.

—Por supuesto, el dinero limpia los remordimientos.

—Lo que hago no es ilegal. —James trató de defenderse de sus ataques.

—Pero sí inmoral —contrató—. Un hombre puede engañar, pero si lo hace una mujer, entonces es una mujerzuela.

—¿Qué quieres que te diga, que mi cliente es un imbécil sin escrúpulos? — Muchas veces debía arrinconar sus convicciones; de otro modo estaría viviendo en la indigencia—. ¿Solucionaría algo hacerlo?

Jennifer pensó en Rosemary. Su situación había sido muy dura y tuvo que sufrir un matrimonio abusivo. Odiaba a los hombres que se aprovechaban de su poder. No iba a participar en aquello.

—Por mí, si la señora Y quiere tener uno o mil amantes, me da igual. No — rectificó—, la felicito, pero no esperes que te ayude.

—Vamos, Jennifer. Por los viejos tiempos —intentó animarla, pero ya le había dicho tantas veces que no, que no tenía demasiadas esperanzas en lo contrario.

—Ni hablar.

—¿Y si te dijera que puedes pedirme lo que quieras? —Esbozó una sonrisa seductora de la que ella ya era inmune.

Por un momento se lo pensó. Aquella propuesta empezaba a resultar interesante. Nunca se debía desestimar algo así, y menos si proveía de James Mortimer.

—Está bien, acepto; con una condición.

—La que sea —accedió.

—Vas a pedirme perdón —expuso. Él fue a replicar, pero Jennifer lo hizo callar con un gesto—. No quiero excusas del tipo: fue lo mejor, al final todo salió bien, bla, bla, bla... Palabrería. Yo lo que quiero es una disculpa sincera.

James respondió al instante.

—Está bien, supongo que es lo justo —admitió, ya que siempre intentó restarle importancia al asunto obviando sus sentimientos—. Lo siento —murmuró—. Acepto que te dejé tirada. Admito también que tuviste suerte de salir de esa situación como si nada, porque las cosas se hubieran podido poner feas. A pesar de todo, quiero que sepas que si eso hubiera ocurrido, yo habría admitido mi

culpa frente a las autoridades. Sé que para ti no será suficiente y es algo por lo que siempre me guardarás rencor; sin embargo, si pudiera dar marcha atrás, lo haría sin pensármelo.

—¿Me estás diciendo esto porque es lo que quiero oír? —Porque justo eso era lo que temía.

—No, te lo digo de corazón.

Había sido fiel a la historia, aunque no a toda. A esas alturas prefirió ignorar sus sentimientos hacia ella. Ahora que estaba casada ya no había razón alguna para confesarle que lo que más le dolía era haberla perdido. Y se arrepentía profundamente.

—James Mortimer, ¿sincerándote tú? —Era algo que le costaba asimilar, ya que en ese aspecto era bastante reservado.

—Ya ves. —Sonrió—. Los años me sientan bien, y eso que todavía no tengo canas. Y ahora, ¿podemos ir al grano?

—Por supuesto —contestó, mirando el reloj que descansaba sobre una repisa—. Es demasiado tarde y no quiero demorarme más.

—Tres veces a la semana, la señora Kramper —Jennifer abrió los ojos de par en par al reconocer el apellido— va a la Metropolitan Opera House con sus amigas.

—¿Y?

—Creo que es allí donde se encuentra con su amante. —Tenía que ser eso—. Debe ser con algún cantante o alguien del espectáculo, porque desaparece más de una hora y no consigo dar con su paradero. Por desgracia, ya me tienen muy visto por ahí y han estado vetándome la entrada. Y no solo en ese lugar. Cada día me cuesta más seguirla.

La señora Kramper siempre iba bien escoltada, lo que sugería que no había sido tan discreto como se creía. Por suerte, de Jennifer no desconfiarían.

—¿Qué tienes pensado?

James esbozó un guiño.

—¿Qué tal una noche en la ópera?

Tragó saliva. Era un trabajo sencillo, entrar y salir, sin complicaciones, como en los viejos tiempos, pero ahora venía la parte más difícil, ¿cómo se lo contaría

a Ross?

\*\*\*

Jennifer regresó a casa en medio de un mar de dudas. A pesar de no haberle garantizado su ayuda, no dejaba de pensar en la proposición de James. Ahora era una mujer formal, con un esposo y otras responsabilidades. No tenía tiempo de jugar a los detectives y espías, si bien debía reconocer que la idea le resultaba cuanto menos atractiva.

¡Y eso que ella creía haber superado cualquier tipo de enamoramiento por el riesgo y la aventura!

En aquellos tiempos había sido libre de hacer cuanto le apeteciera: había fingido ser una aristócrata francesa, una doncella de piso en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, una acaudalada viuda, una reportera del semanario Variety, una lunática poetisa en busca de la inspiración... En fin, los papeles que había interpretado eran tan variopintos como necesarios para obtener una pista que ayudara a James a resolver su caso. Solo las advertencias de su madre y de su hermana la habían frenado un poco. Pero toda aquella vorágine que significaba prestarle su ayuda la habían hecho sentirse útil y apreciada.

Solo hasta que el detective la dejó en la estacada, por supuesto.

¿De verdad deseaba volver a pasar por aquello solo porque su matrimonio no era lo que ella esperaba? ¿De verdad iba a involucrarse en un caso del que no sabía casi nada, salvo los detalles más relevantes contados por James? ¿De verdad iba a ocultárselo a Ross?

Meditó sobre ello durante todo el trayecto, sopesando los pros y los contras. Incluso lo hacía cuando abrió la puerta de la biblioteca para hacerle saber que había llegado. Era fundamental que él se diera cuenta de que las cosas estaban cambiando y que ya no era la esposa servicial y atenta que no hacía otra cosa que seguirlo a todas partes.

—Buenas noches.

Ross levantó la mirada de lo que estaba haciendo y Jennifer sintió que se le

encogía el corazón. Dejarlo medio abandonado le rompía el alma, aunque sabía que era un mal necesario. Él debía aprender a valorarla como se merecía.

—Buenas noches —respondió él, observándola con atención—. Estás en casa —murmuró más bien para sí.

—Solo quería decirte que me voy a dormir.

—¿Y no vas a cenar?

—No tengo hambre —contestó con ligereza. Se abstuvo de comentar que ya lo había hecho en el restaurante y trataba, en vano, de no pensar en lo atractivo que estaba Ross esa noche con el cabello revuelto y esos ojos tiernos.

Deseaba darle un beso o un arrumaco.

—Pero no puedes acostarte con el estómago vacío —protestó él.

Aquella muestra de preocupación la conmovió. Jennifer tuvo que disimular la sonrisa de adoración que sabía que iba a dibujársele en el rostro mientras se recordaba que debía ser fuerte.

—Sobreviviré —contestó con fingida languidez. Y salió corriendo del despacho sin esperar una réplica.

Reconocía que se estaba escapando. Unos minutos más y se hubiera arrojado a los brazos de su esposo suspirando por un poco de cariño.

No solo Ross debía hacerse a la idea de los nuevos cambios; al parecer, también ella.

Subiendo las escaleras que conducían al piso superior, Jennifer se dijo que su plan no era ambicioso. Demasiado lento para su gusto, pero no ambicioso. No podía moldear a su esposo a su gusto; ni tampoco quería. Lo que sí podía hacer eran unos cuantos retoques aquí y allá en el modo de tratarla que conseguirían mejorar la convivencia del matrimonio. Y mientras ella hacía todo esto y esperaba paciente los cambios, se dijo que no estaría mal echar una mano a James Mortimer. Sería un pequeño favor que no debía impedirle seguir su vida con normalidad y levantarle el ánimo alicaído.

Después, se olvidaría de todo.

\*\*\*

Ross la dejó marchar mientras varias preguntas rondaban por su cabeza.

Se sentía turbado por esa nueva rutina. ¿Por qué Jennifer llegaba tan tarde, de nuevo? Por regla general estaba en casa cuando él volvía del trabajo y, si había que salir, lo hacían juntos. Al principio no quiso preguntarle, pero cuando lo hizo le contestó algo así como que tenía asuntos pendientes.

No fue más allá ni él tampoco. Hasta entonces no se había cuestionado sus salidas. Sin embargo, aquella noche no pudo evitarlo.

¿De dónde venía a esa hora? Imposible saberlo.

¿Por qué tanto misterio? ¿Es que temía enojarlo si se lo contaba?

Además, había otras pequeñas variaciones. Solía acostarse más temprano, ya no insistía en que desayunaran juntos y durante el día no tenía noticias suyas, por lo que no sabía nada de lo que había hecho en la última semana. Parecían más un par de desconocidos compartiendo la misma casa que un matrimonio.

Y Jennifer esa noche ni siquiera había cenado.

No era solo preocupación por su bienestar lo que lo hacía sentirse inquieto. Con el paso de los días se había percatado de cuánto echaba en falta sus risas, sus bromas o incluso sus enfados.

Sin poder concentrarse ni un segundo más en el trabajo, lo dejó de lado y subió hasta la habitación de ambos, donde, para su propia decepción, encontró a Jennifer acostada.

Sin hacer ningún ruido contempló la silueta de la cama, bañada solo con la tenue luz del corredor. Durante aquella semana se había perdido la vitalidad desbordante de Jennifer y ni siquiera sabía por qué. Ella, que siempre había sido un libro abierto, se retraía de un modo inimaginable. E incluso le daba la sensación de que lo rehuía, como si su compañía ya no le resultara apetecible.

Y para Ross, que siempre había tenido su vida bajo control, era un hecho inquietante.

La cuestión era: ¿qué iba a hacer al respecto?

*Diez días después del comienzo del nuevo plan.*

**E**ra inútil seguir tratando de preparar las clases de la semana siguiente. Tenía la mente puesta en otro sitio, o mejor dicho, en otra persona: su esposa, que todavía no había regresado.

Encerrado en la biblioteca, miró el reloj de bronce del escritorio, un movimiento que había estado haciendo cada cinco minutos desde que se terminó la cena.

Las diez. Inquietantemente tarde.

Podría haberle sucedido algo malo. ¿Debía salir a buscarla a pesar de desconocer su paradero? Porque era imposible seguir sentado por mucho más tiempo, devanándose los sesos sobre el paradero de su esposa. Las calles estaban demasiado oscuras y solitarias para una mujer tan bonita como ella. Cualquier desaprensivo podía atacarla.

Se le revolvieron las tripas ante tal posibilidad.

Como movido por un resorte, se levantó de golpe dispuesto a andar lo que hiciera falta por Manhattan con tal de encontrar a Jennifer sana y salva. Y se arrepintió al instante. Dando vueltas por el despacho se dio cuenta de que estaba exagerando. Con toda probabilidad tomaría un taxi hasta casa desde el lugar donde estuviera. Jennifer podía ser un tanto alocada, pero era inteligente. No se arriesgaría sin más.

Casi rio por ser tan estúpido. Lo más seguro es que estuviera reunida con aquellas mujeres que se declaraban admiradoras de Buster Morrison y sus libros

y que, por lo tanto, se le hubiera pasado por alto la hora. Su tardanza tendría una explicación razonable, a pesar de que su comportamiento venía siendo inusual.

Y entonces la inquietud regresó con más fuerza. Era imposible quitarse de encima aquella opresiva sensación que lo empujaba a actuar. No estaba bien quedarse a esperar a que el reloj diera las doce o la una, así que se dispuso a hacer algo, aunque todavía no sabía muy bien qué.

Ross cruzó el vestíbulo decidido a sacar alguna prenda de abrigo del ropero cuando escuchó cómo alguien, desde fuera, metía una llave en la cerradura. Sus pies se quedaron paralizados sobre las frías baldosas y contuvo el aliento. Jennifer. No podía tratarse de nadie más, puesto que el personal de servicio entraba por la puerta de la cocina y dudaba que un ladrón usara una llave para allanar la casa. Así que lo más seguro fuera que su esposa hubiera decidido regresar.

Para alivio de Ross, la puerta principal se abrió dejando pasar una figura femenina que conocía a la perfección. Fue entonces cuando Jennifer, que no esperaba encontrarse a nadie en medio del vestíbulo y mucho menos a su esposo, gritó.

—¡Ross! —Su expresión reflejó cierto espanto—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —se disculpó él, metiendo las manos en los bolsillos para ocultar su impaciencia.

Jennifer lo miró con cautela mientras trataba de normalizar su respiración.

—¿Se puede saber qué hacías parado como una estatua?

—Eh... yo... —Por qué fue incapaz de contarle que estaba preocupado fue todo un misterio para él. A lo mejor porque no deseaba que su esposa creyera que era un tonto inseguro o, por el contrario, demasiado controlador—. Iba a por agua.

—Ah. —Fue lo único que ella dijo.

A Ross le pareció captar cierta decepción en su voz. Pero no. ¿Por qué su esposa debería estar decepcionada? Él ni siquiera había tenido tiempo de hacer o decir nada que la contrariara. Así que supuso, pues, que eran imaginaciones suyas.

—¿Todo bien? —se interesó entonces. A lo mejor aquella noche estaba más comunicativa.

Pero se equivocaba.

Ella asintió, quitándose los guantes y la chaqueta azul que combinaba con la falda. Los dejó encima del buffet de caoba junto con el bolso y se alisó la impoluta blusa color crema adornada con encaje.

Después le obsequió con una sonrisa superficial.

—Perfecto. No podría estar mejor. ¿Y tú?

Ross casi se atragantó con sus propias palabras. Por supuesto, no podía decirle la verdad. Lo único que podía hacer era aparentar normalidad y mentir.

Se encogió de hombros.

—Lo mismo —terminó diciendo.

—Está bien —murmuró Jennifer, de repente agotada—. Es tarde ya. Buenas noches, Ross.

Tocarle el hombro con la mano fue el único gesto de despedida que se permitió su esposa, pero fue insuficiente para Ross. Él, que siempre se había conformado con poco y que creía que el exceso de afecto no iba con su personalidad.

¿Ironías de la vida?

Después de permanecer unos minutos en el mismo sitio donde Jennifer lo había encontrado al regresar a casa, decidió reunirse con ella. No tenía sentido hacer otra cosa, así que subió hasta la alcoba que compartían y se quedó apoyado en el marco de la puerta, contemplando cómo se quitaba las horquillas del cabello y se lo cepillaba.

Jennifer Walker, su esposa, no tenía unas facciones perfectas; su rostro ovalado y la barbilla marcada así lo atestiguaban. Aun así era bastante bonita y esas características le conferían un aspecto vivaracho. Lo que más le gustaba de su aspecto era su ancha y profunda sonrisa, que hacía brillar sus ojos grisáceos.

La muchacha se dio cuenta de su presencia. Se dio la vuelta y lo miró con extrañeza, con el cepillo suspendido en el aire.

—¿Te ocurre algo?

—No. —Se encogió de hombros y no apartó la mirada de ella—. Hoy se ha pasado Colin —comentó con naturalidad—. Por el orfanato, digo.

—Ajá.

—Hemos estado charlando un poco. —Se hizo un momento de silencio, pero Jennifer no intervino. Esa debía ser una de las pocas veces que comenzaba a relatarle sucesos del día sin que ella tuviera que presionarle—. Al parecer —prosiguió— su hermano ya ha encontrado a todos los miembros para formar el equipo.

—¿Y estás emocionado?

—Yo no diría eso.

Era cierto, pero para su propia sorpresa tampoco se mostró disgustado. Le apetecía hacer aquello.

—Entonces, ¿cuándo vais a comenzar? —le preguntó, volviéndose para continuar con el cepillado.

—Todavía no se sabe. Primero hay que buscar el lugar idóneo, aunque no creo que tardemos mucho. —Por si acaso, él ya tenía todas las reglas estudiadas para cuando llegara la ocasión.

—Suena muy bien.

—Sí, supongo —murmuró cerrando la puerta y sentándose a los pies de la cama.

—Por supuesto.

Su esposa no hizo más comentarios al respecto. Ni tan siquiera una palabra burlesca o alguna referencia sobre no perderse los entrenamientos.

Se sentía solo.

Ese pensamiento inesperado cruzó por su mente. Necesitaba su sonrisa al verle, sus ánimos o consejos, sus ideas estrafalarias, su charla incesante —aunque fueran chismes—, su preocupación y dedicación... Eso echaba de menos. En definitiva, la echaba de menos.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó dubitativo.

—¿Por qué lo dices?

—No sé... no pareces tú. —Jennifer esbozó una sonrisa de triunfo de la que su esposo no fue consciente. Dejó el peine sobre el tocador y se sentó a su lado.

Con el camisón blanco y su pelo dorado parecía un ángel; el ángel más bonito que hubiese visto jamás.

—¿Estás contento? Ya sabes... por lo del béisbol.

Ross asintió, esperando.

—Entonces no tengo más que añadir. —La muchacha estuvo tentada a tocarle. Quería estirar la mano, quitarle las gafas que utilizaba para trabajar y acariciarle. Sin embargo, se contuvo. Todavía no era el momento; sobre todo cuando parecía que su plan empezaba a funcionar.

Se sintió embargada por la euforia del momento. Era un gran triunfo que Ross hubiera querido subir a la habitación por iniciativa propia, solo para charlar con ella. Dio gracias por la conjunción del sol, los astros y los planetas, por permitirle un momento así.

Histórico.

Aquello significaba que la estaba echando de menos, que el esfuerzo valía la pena, pero todavía quedaba mucho camino por recorrer. Aun así, se permitió celebrar la pequeña victoria.

No quiso esforzarse más con la conversación, pues no quería servírselo en bandeja de plata. Era él quien debía hacer el esfuerzo.

—He pensado que te gustaría saber las buenas noticias.

—¿Ah, sí?

—Una familia de Maryland ha venido a adoptar a uno de mis alumnos.

—¡Fantástico! —exclamó.

Ross se alegró de verla tan contenta. Hacía días que no la veía así.

—Querían un muchacho para que les ayudara en la granja.

Se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Mano de obra?

—Eso es lo que pensamos al principio, por lo que Sylvia no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Tampoco yo estaba por la labor, porque se trataba de Albert. —Era el muchacho más brillante y con mejor predisposición para los estudios de los que Ross enseñaba. Creía en él y sabía que le esperaba un futuro prometedor, por eso se mostró tan reticente. Una granja rural podía matar sus aspiraciones—. Sin embargo, la familia aclaró la situación. Por lo visto tienen más de cuarenta años y no tienes hijos, por lo que un muchacho de unos catorce años es lo que iban buscando. Todavía es joven para poder educarlo y suficientemente mayor

para ayudar en algunas tareas.

—¿Y la escuela?

—Eso mismo les he preguntado yo al ponerles al corriente de las capacidades intelectuales del muchacho, pero me han asegurado que irá al colegio a diario. Incluso tienen algunos ahorros para mandarlo a la universidad si es necesario.

—¡Vaya!

—Sí, asombroso. Por eso han venido a nuestro orfanato. Habían escuchado del trabajo académico que hacemos con los muchachos. Traían consigo unas cartas de recomendación, por decirlo de alguna forma, del párroco de su pueblo y otros vecinos, donde aseguraban que eran unas buenas personas.

—Espera. —Se dio cuenta de golpe—. ¿Y qué ocurre con las hermanas? —en el Orfato Harmony nadie era partidario de separar a los miembros de una misma familia, pero a veces las circunstancias obligaban. Como esa, ya que Albert era muy mayor para que quisieran adoptarle.

—Eso es lo mejor. —Sonrió—. Al parecer han conocido a las niñas y se han enamorado de ellas.

—No me digas.

—Sí, van a llevarse a los tres.

—Milagros así no se repiten con la asiduidad que debería —musitó, con la voz quebrada, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

Ross sacó un pañuelo limpio del bolsillo de su pantalón y se la secó con delicadeza.

—Eres muy sensible —dijo, más para él que para ella—. Estas cosas te afectan más que a los demás.

Jennifer fue a responder pero, en ese momento, los dedos de Ross empezaron a recorrer el suave cabello, enredando los dedos en él. Después se deslizaron hacia la curva de su cuello y los hombros mientras murmuraba palabras ininteligibles. Se inclinó sobre ella y sintió una ligera presión en los labios. A continuación la sentó sobre su regazo sin separarse una pulgada de su boca y Jennifer sintió que el corazón le martilleaba, conmovido. Cerró las manos sobre la tela de su camisa, aferrándose a él y gimió en voz baja intentando pegarse más a su cuerpo, si eso era posible.

Quizá Ross no hubiera ido a buscarla con la intención de hacerle el amor, pero justo eso era lo que iba a conseguir.

—Dime algo bonito —susurró, dejándose llevar.

Ross se apartó un poco, aunque seguía rodeándola con un brazo.

—¿Qué quieres que te diga?

Jennifer frunció el ceño, frustrada. Si de verdad no era capaz de decirle lo que le gustaba de ella o una palabra hermosa, significaba que a su plan todavía le faltaba mucho.

Reticente, aunque lo deseaba con fervor, puso distancia entre ambos. No quería ponerle las cosas demasiado fáciles.

—¿Has terminado las tareas pendientes? —le preguntó con un tono de voz neutro. No quería que pensara que era un castigo, porque no lo era. Consideraba que aquella noche ninguno de los dos estaba preparado para hacer el amor, o por lo menos no como ella quería.

—No, yo... creía que tú... —balbuceó, confuso—. ¿He hecho algo mal? ¿Es por eso que me rechazas o llegas tarde a casa?

A Jennifer se le encogió el estómago. Había estado muy cerca de la verdad.

En otra época no hubiera dejado pasar la oportunidad de estar con él, pero el presente era el que era y debía modificarlo. Era indispensable que hubiese un futuro para los dos, así que intentó sacar fuerzas de donde no las tenía y lo alejó un poco más.

—Estoy cansada —dijo con un hilo de voz. Ni siquiera se preocupó de que esa excusa estuviera muy trillada, pero era cierto; emocionalmente se sentía exhausta.

—Entonces, te dejaré descansar.

Como todavía estaba sentada en su regazo y no hizo ningún intento por apartarse, Ross tomó la iniciativa. Levantándola un poco la depositó sobre la mullida cama.

Intentó no sentirse mal por el rechazo de su mujer, pero mientras bajaba por las escaleras para volver a la biblioteca no logró quitarse de encima la sensación de abandono. Parecía que Jennifer se hubiera desentendido de él.

Y era un sentimiento peor de lo que nunca hubiera imaginado.

*Quince días después del comienzo del nuevo plan.*

Para Ross Walker el día se había desarrollado según una confortable rutina: las clases de la mañana, el interludio para tomar un almuerzo ligero y la agradable charla académica con algunos de los demás docentes del orfanato, para pasar a sumergirse en un interesantísimo libro sobre los fundamentos de las matemáticas. Colin Broderick y Emily Ferguson —la antigua directora— lo habían contratado para impartir la asignatura de ciencias naturales. Y de ello se encargó durante el primer semestre en el orfanato, hasta que la plaza como profesor de matemáticas quedó vacante y le pidieron que ocupara el puesto hasta que encontrarán el remplazo adecuado. Al parecer, había más candidatos que podían impartir ciencias entre los docentes de aquella institución y Ross terminó quedándose con una plaza que en un principio no le correspondía.

No le importó. Al fin y al cabo, las matemáticas eran fascinantes.

Podría decirse que, mientras realizaba las tareas que conllevaba un puesto de trabajo como el suyo, no había tenido demasiado tiempo para pensar en sus problemas domésticos. Sin embargo, sí notaba que, en los últimos tiempos, le costaba concentrarse. Y ese era un problema que no había tenido nunca. Su vida se regía por una absoluta paz y tranquilidad que le permitía volcarse en el estudio de cualquier materia; solo su esposa parecía verter cierto caos en ella. ¿Lo paradójico del asunto? Si antes se quejaba por sus bruscas interrupciones y su fecunda locuacidad, ahora era justo lo contrario: su ausencia lo desestabilizaba.

No quería pensar demasiado en ello. Tampoco en la soledad en la que parecía estar inmerso.

Con la muerte de sus padres y la poca atención que recibía por parte de su familia, podría decirse que se las había apañado bien por su cuenta. Siempre se había sentido a gusto con su propia compañía. Según su punto de vista, haber aprendido a no necesitar a nadie era un mérito. Él no quería llegar a sentir a ninguna persona, a ninguna, como indispensable, porque a menudo las personas defraudaban y uno terminaba lastimado.

Su madre era un claro ejemplo de ello. Nunca debió haberse casado con Ernest Walker.

Su matrimonio con Jennifer, por supuesto, no tenía ninguna semejanza con el que vivieron sus padres. Su esposa era toda una dama, con una exquisita educación, bondadosa y leal, aunque a veces su lengua no podía impedir volverla un tanto imprudente e inconsciente.

Ese carácter suyo tan alborotado solía traerle algún que otro problema.

No pudo evitar que una tenue sonrisa se asomara en la comisura de sus labios. Jennifer; una mujer cálida, transparente y hasta cierto punto inocente. Y a pesar de todo ello, poseía un aura que le confería cierto misterio y desafío.

En ocasiones, a Ross le daba la sensación de no ser suficiente bueno para ella, como si su esposa no se conformara con un profesor sin más aspiraciones que hacer bien su trabajo. No es que se lo hubiera dicho con palabras, pero había veces que lo miraba de una forma extraña, mitad nostalgia mitad incompreensión.

Lo cierto era que no sabía cómo complacerla.

Ella siempre había deseado encontrar un príncipe azul que la guiara hacia mil y una aventuras. En cambio, terminó por conformarse con Ross Walker, un simple mortal incondicional de la monotonía.

Y seguía sin saber de dónde venía Jennifer todas las noches.

¿De verdad no deseaba importunarla o no había tenido el suficiente coraje como para preguntárselo? A lo mejor tenía miedo de la respuesta, se dijo, porque podía desestabilizar toda su vida.

Así que no era más que un insulso cobarde.

Al principio tamborileó los dedos sobre la mesa con cierta desazón y luego

lanzó un suspiro lo suficientemente audible como para que la señora Weaver, que enseñaba costura a las jóvenes de la institución, levantara la cabeza.

—Disculpe —se apresuró a añadir, un tanto avergonzado por molestarla. Aquella aula para profesores solía ser bastante silenciosa y él nunca se había atrevido a alterar la tranquilidad.

Ross no se sintió a gusto analizando su matrimonio con tanto detenimiento, sobre todo porque hasta hacía bien poco lo habría definido más o menos como armonioso y con pocos quebraderos de cabeza. Entonces, ¿por qué estaba torturándose con todo aquello? ¿Qué había de distinto?

Las salidas de Jennifer, se contestó a sí mismo. Era evidente. La lejanía de ella, tanto física como espiritual, se estaba volviendo cuanto menos insoportable y su mente parecía bullir de preocupación.

Iba a lanzar otro suspiro cuando la puerta de la sala se abrió, dejando pasar al veterano profesor de historia, de más de sesenta años, Basile Lockhart. Su rostro castigado por el paso de los años escondía una mirada serena y concienzuda. Ross le tenía mucho respeto y lo considera sabio en muchos de los aspectos educativos, por lo que siempre procuraba escucharle y aprender algo.

—Buenas tardes, muchacho —lo saludó, acercándose hasta la mesa donde Ross tenía depositados montones de libros. Señora Weaver... —añadió al darse cuenta de que había alguien más en la sala.

—Profesor Lockhart.

—¿No eres demasiado joven como para malgastar tu tiempo con tanto estudio? —le preguntó sin rodeos—. Y más cuando tienes una esposa tan bonita que te espera en casa.

El recordatorio de Jennifer le hizo sentir un leve pinchazo en el corazón.

Trató por todos los medios de parecer tan natural y comedido como siempre.

—El tiempo nunca es medible si se trata de obtener más conocimientos.

—¡Bah! —exclamó, consiguiendo una mirada de censura por parte de la rígida señora Weaver, en la que el hombre no reparó—. ¡Estupideces! Dime, ¿no tienes ganas de ir a verla y darle un caluroso beso? —inquirió mientras le guiñaba un ojo con picardía.

Ross alzó la vista por la sorpresa. El profesor Lockhart era muy directo, pero

nunca había entrado en un terreno tan personal.

—Señor...

—No puedes ser tan rígido a tu edad —le sermoneó—. Si yo fuera tú y mis piernas no estuvieran tan ajadas daría brincos por la visita.

—¿Qué visita?

Ahora el sorprendido fue el profesor.

—¿Es que no lo sabes? —Ross lo negó con suaves movimientos de cabeza—. Me he encontrado con tu esposa hará dos horas cerca del despacho de la señora Curtis y creí que...

—No habrá querido interferir en mis clases —repuso a modo de explicación.

Lo cierto era que le molestaban sus interrupciones. A menudo Jennifer trataba de colarse en sus clases para escucharle impartir sus lecciones o se asomaba para hacerle notar su presencia. Por Dios, ¿es que no se daba cuenta? Era una mujer hermosa. Distráía a los muchachos más mayores con su andar seductor y su afectuosidad. No necesitaba que le prestaran más atención a ella que a sus palabras y mucho menos que la contemplaran como un puñado de bobalicones.

E incluso a pesar de sentirlo así y de hablar con lógica y placidez, en su interior comenzó a brotar un sentimiento de indignación que fue ganando terreno a pasos agigantados. Era admirable que ella hubiera tenido en cuenta sus sentimientos, pero tras dos horas en el orfanato podría al menos haber tenido la maldita cortesía de advertirle de su presencia.

No era pedir demasiado.

Eran marido y mujer. Sin embargo, ella se estaba comportando como si todavía fuera soltera. ¿Qué era entonces: despreocupación, olvido o indiferencia?

Ninguna de las tres opciones le parecía atractiva.

—Será eso.

El profesor Lockhart no notó nada extraño en aquella lógica ni hizo ningún tipo de comentario más. Ross era demasiado rígido en algunos aspectos, así que, después de palmearle la espalda con aprecio, se entretuvo rebuscando papeles en el portafolios que traía consigo.

¿Y Ross? Pues deseaba salir corriendo para comprobar si Jennifer seguía en el orfanato o, si por el contrario, se había marchado ya. Estaba impaciente; otro

síntoma de que estaba experimentando un cambio sorprendente.

Tras unos minutos de rigor y con toda la parsimonia de la que fue capaz empezó a recoger todas sus cosas, dejándolas en una balda de la estantería. Si procuró no correr ni mostrar parte de sus sentimientos fue para no parecer un tonto enamorado, una descripción que nunca se le había ajustado.

El amor... Qué sabía él de eso salvo que la gente cometía locuras en su nombre desde la cuna de la civilización.

Ross era un estudioso de todas las disciplinas académicas. En sus investigaciones había leído centenares y centenares de libros, pero había muy poca explicación científica para aquel término. Hipótesis, teorías, principios... Ninguna base sólida que lo ayudara a acercarse a aquel concepto desde una óptica sólida.

¿Podía, pues, ser él un espécimen que cayera bajo su influjo? Lo dudaba. Demasiado escéptico, demasiado reflexivo y muchas cosas más. La experiencia empírica de sus padres había calado hondo en su personalidad y solo era capaz de devolver a los demás un cariño sosegado, como el que tenía por sus cuñados, sus suegros y sus colegas más cercanos.

¿Y sus sentimientos por Jennifer? Era difícil de explicarlo con palabras. Había llegado a un punto en el que sabía que sus caracteres no eran afines, pero les unía un afecto profundo y maduro. ¿Eso significaba que la quería? Por supuesto que sí, pero aquella definición de amor era distinta a la que sintió Paris por Helena; mucho menos apasionada y ardiente.

Como hombre de lógica sabía que su cuerpo reaccionaba de forma instintiva al cuerpo femenino; en este caso el de su esposa. Ella era suave y dulce. Perfecta. Y él no era un monje con un voto de castidad. Sus instintos se veían revolucionados a menudo, pero eso no significaba que se comportara como un animal en celo y cediera a la menor tentativa. Sus relaciones sexuales eran, pues, como él: comedidas.

Su esposa debía dar gracias por haberse casado con un caballero con modales y no con un salvaje adicto al lecho conyugal.

Ross empezó a recorrer el primer piso saludando a algún que otro muchacho rezagado que salía del laboratorio. Luego bajó hasta la planta principal y se

encaminó hacia el edificio infantil, por el que su esposa parecía tener predilección. Había por lo menos cuarenta niños y niñas de edades comprendidas entre los pocos días de vida hasta los seis años, porque hasta esa edad la institución los mantenía mezclados.

No era extraño que, a pesar del revuelo y sus visitas esporádicas, Jennifer se supiera todos los nombres. Pero claro, ella adoraba a cada uno de esos pequeños: los bebés balbuceantes, los que aprendían a hablar, las niñas con sus brillantes lazos... Incluso a Kitty, la más llorona de todas.

Nunca le molestó el interés que ponía Jennifer en aquellos asuntos; todo lo contrario. Ya desde los primeros días en que la conoció sintió cierta admiración por la joven y caritativa dama que ocupaba parte de su tiempo en aquella institución. Seguro que tenía miles de cosas que hacer, se dijo por aquel entonces, fuera lo que fuera que hicieran las mujeres de su posición en la ciudad de Nueva York. Tertulias a la hora del té, visitas a la modista, elegantes cenas, bailes... Lo más probable era que su mayor objetivo consistiera en encontrar un esposo de su mismo nivel. Pero a ella no parecía importarle lo más mínimo mezclarse con los más desfavorecidos, ya fueran huérfanos, abandonados, hijos de inmigrantes, de prostitutas o de rateros. Jennifer parecía tener suficiente amor e interés por todos. Y terminó siendo una asidua. Por supuesto, partía con ventaja y era más fácil que los viera con buenos ojos, ya que su hermana Claire trabajaba como enfermera en el orfanato —otra dama fuera de su elemento—.

Entonces, si tan loable era aquella dedicación y tan orgulloso estaba, ¿por qué en aquel momento se encontraba tan furioso con Jennifer? ¿Por qué le afectaba que ella hubiera decidido jugar con los pequeños? ¿Sería solo por no le había buscado o había algo más que le costaba admitir?

Con una mezcla de culpa y amargura reconoció que estaba celoso. Eso era. No de otro hombre, sino del puñado de niños que conseguían acaparar la atención de su esposa. Él, por su parte, ni siquiera era capaz de eso: Jennifer lo evitaba de un modo ya descarado y cuando él le hablaba parecía más interesada en sí misma que de sus palabras. Y a pesar de todas las dudas surgidas en el momento del compromiso, se daba cuenta ahora de que no se arrepentía de haberse casado con ella. Quizá Jennifer, con su peculiar forma de encarar la vida, había conseguido

que él no se aislara de la sociedad y que se relacionara con gente que no era la de su entorno habitual.

Tras esas reflexiones se preguntó, por primera vez en su vida, si su matrimonio estaba roto, si Jennifer lo daba por terminado. Quizá se había dado cuenta de que no era el hombre de su vida, que sus intereses eran opuestos y de que no lo amaba tanto como solía asegurar.

¿Estaría pensando en el divorcio?

Aunque no tenía ninguna certeza, para Ross fue un golpe devastador. Jennifer era la persona más significativa y más importante de su edad adulta y tenía más influencia sobre él de la que podía imaginar. Un abandono por su parte sería como perder parte del oxígeno necesario para respirar, convirtiéndose de nuevo en un hombrecillo gris y solitario.

En vez de confesárselo y tratar de resolverlo juntos hizo lo opuesto: para no dejar traslucir el pavor que le provocaba tal idea, su mente reaccionó de forma instintiva. Tratando de protegerse, todo aquel dolor se convirtió en frustración y por ende, el enfado aumentó.

Volcar la ira en ella se había convertido en un escudo.

Con paso severo se encaminó hacia la puerta de doble hoja cerrada con llave y llamó. Era lógico que el área infantil estuviera más apartada y resguardada de las demás, pues estaba repleta de vulnerables criaturas.

Annabel Higgins le abrió y lo inspeccionó con aire regio. Era una matrona experimentada que dirigía aquella parte del orfanato con cierta autonomía. Por supuesto, seguía estando bajo las órdenes de la directora Curtis. Sin embargo, el grupo de mujeres responsable de los niños e infantes eran sus subordinadas.

Ross creyó que iba a hacerle esperar en aquella especie de recepción. Se conocían, sí, pero el trato era superficial. Para su sorpresa, le indicó en qué aula se encontraba su esposa con bastante amabilidad; incluso se ofreció a acompañarlo. Y si bien se lo agradecía, era capaz de encontrarla gracias a sus indicaciones.

Recorrió aquel pasillo en silencio mientras se escuchaba de fondo los suaves murmullos de las criaturas. Después giró a la derecha y volvió a llamar a la puerta de madera, ahora más pequeña que la primera.

—Profesor Walker... —murmuró una mujer mayor con delantal blanco y un recogido formal. La sorpresa en su voz fue palpable. Y comprensible. Ross no había pisado nunca aquella área infantil.

Le asombraba que lo reconociera siquiera.

—Estoy buscando a mi esposa, Jennifer Walker. —Era absurdo que hiciera aquella aclaración, puesto que si aquella señora sabía su nombre, sabría también el de Jennifer, que era quien los visitaba a menudo. Pero Ross era demasiado formal con los desconocidos como para ahorrárselo.

—Por supuesto —declaró con una amable sonrisa—. ¿Quiere pasar?

Ahora el murmullo de las voces había cobrado fuerza, volviéndose estridente por un instante a causa de algún que otro chillido.

—Será mejor que espere fuera.

Ross prefería el trato con los niños y niñas más mayores, con los que podía hablar y razonar con lógica. En cambio, los más pequeños le ponían algo nervioso; no sabía cómo actuar con ellos.

Le sucedía lo mismo con sus sobrinos.

Esperaba que el día que fuera padre todo cambiara para mejor y se sintiera más cómodo y seguro de sí mismo. Quería ser una figura vital en la vida de sus hijos, estar ahí desde el primer día de su nacimiento y que supieran que siempre contarían con él. Ser un gran padre era muy importante, justo lo que a Ross le había faltado.

Por supuesto, solo sería posible si Jennifer no lo abandonaba antes.

—Como quiera —convino ella, para después desaparecer.

Ross se mantuvo en el quicio de la puerta, pero no tuvo tiempo de ojear la estancia, puesto que Jennifer apareció al instante frente a él y le cerró la puerta en sus narices.

—Ross, ¿me buscabas? —preguntó solícita. Su camisa se encontraba arrugada, el cabello dorado medio revuelto, sus mejillas sonrosadas y sus labios...

El interior de Ross gruñó con fuerza y tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la concentración.

—Sí —contestó con más brusquedad de la que pretendía—. ¿Cuánto tiempo llevas en el orfanato?

Ella pestañeó de una forma que le resultó de lo más atractiva. Y entonces se dio cuenta de que habían pasado demasiados días desde que estuvieran juntos compartiendo la intimidad propia de un matrimonio.

—¿Una hora, tal vez dos?

—¿Me lo preguntas a mí? ¡Tú deberías saberlo! —exclamó, crispado. La falta de atención de su esposa no parecía tener remedio.

—No comprendo por qué tanto revuelo.

—Porque he tenido que enterarme de tu visita por otros, ya que ni siquiera te has dignado a decírmelo en persona —le aclaró en tono reprobatorio ante la evidente confusión de Jennifer—. Un poco de consideración por tu parte hubiera estado bien, dado que estamos casados y que en los últimos tiempos me mantienes al margen de todos tus planes. ¿Es pedir demasiado que me adviertas de tus idas y venidas para que no me preocupe?

—¡Oh! —Era difícil que Jennifer se quedara sin palabras, pero durante unos fue incapaz de pronunciar ninguna—. ¿Querías una cálida bienvenida?

Ross no llegó a escucharla. Sus oídos parecían bloqueados. O solo era que estaba demasiado pendiente de cierta parte de su rostro. No se había dado cuenta hasta entonces de la forma tan hermosa que tenían sus labios cuando pronunciaba la letra «o». Y sintió un deseo irrefrenable de besárselos.

Carraspeó, confundido. Incluso creyó tener fiebre. Aquel comportamiento tan pasional no era propio de él.

—Recoge tus cosas. Nos vamos a casa.

A Jennifer no le gustó la brusquedad con la que su esposo le estaba hablando. Y se estaba molestando por momentos, sepultando la euforia de unos segundos atrás. Sí, había comprobado con auténtico arrobó que Ross era consciente de sus ausencias y de sus desplantes, de otro modo no le estaría reclamando. Por fin, se dijo. Pero no tenía por qué ser tan grosero.

—No sé si me lo estás sugiriendo u ordenando —replicó con la misma seriedad que él—. Odiaría que fuera lo segundo, porque nunca se me ha dado bien seguir órdenes.

Ross se pasó una mano por el cabello con un gesto de cansancio.

—Jennifer, siempre lo haces todo más difícil de lo que es —adujo—. Por favor,

dejémoslo por hoy y ten la amabilidad de acompañarme a casa.

—Bueno, yo... —comenzó a protestar, pero se vio interrumpida por un movimiento espontáneo: Ross la tomó de la cintura con una celeridad nunca vista y le plantó un exigente beso en la boca, quitándole casi la capacidad de razonar.

Su esposo dejó atrás los remilgos —de los que ella siempre se había quejado— y la cortesía. La abrazó con fuerza haciéndole saber su urgencia y le entreabrió los labios con la lengua para luego introducirla en ella. Y Jennifer pudo haber perdido el tiempo reflexionando sobre el cambio de comportamiento de Ross o sobre si nunca la había besado de aquel modo, pero deseaba justo aquello desde hacía tanto, incluso antes del matrimonio, que ni siquiera se lo planteó.

Ya lo haría más tarde.

En cambio, sus sentidos pronto se nublaron, su respiración se aceleró y su sangre pareció hacerse más líquida, respondiéndole con el mismo frenesí. Se enroscó a su cuello, se pegó a su cuerpo y olvidó el decoro. Solo eran un hombre y una mujer unidos por el mismo arrebató. Eran un matrimonio tratando de saciar su sed en el lugar menos indicado.

En el futuro, Jennifer se preguntaría varias veces qué fue lo que cambió, aunque nunca lo sabría del cierto. Podría haber sido un crujido, un suspiro, un olor o una simple una mota de polvo posándose sobre ellos, pero algo hizo que Ross recuperara su control habitual y diera por finalizado el beso.

—¡Ross! —balbuceó con auténtico estupor, mientras sentía un zumbido en los oídos. ¿Era el día de su cumpleaños o Navidad, para que hubiera tenido aquel maravilloso regalo?

Espontaneidad. Eso era. Ross había olvidado uno de sus principios —nunca dejarse abrazar o besar en el orfanato— y su seriedad característica y se había convertido en un apasionado y devoto esposo; justo lo que ella deseaba.

Podía notar el calor de sus besos en sus labios y su cuerpo todavía vibraba.

Alzó las pestañas y se dio cuenta de que su esposo parecía desorientado. Era obvio que nunca se había dejado llevar por la pasión con la brutalidad de unos momentos antes ni se había permitido sentir semejante descontrol. Todo era nuevo para él y no sabía cómo tomarlo. Si entonces Ross no hubiera hablado y

no hubiera vuelto a convertirse en «él», Jennifer se habría dejado llevar por la euforia para declararse vencedora en toda regla, pero su esposo parecía no querer ponérselo fácil.

—Lo siento —se disculpó al cabo de unos segundos, echando un ojo a la ropa de ambos y asegurándose de que todo estuviera en su lugar.

Jennifer estuvo a punto de resoplar como una yegua. Le frustraban su mentalidad formal y sus reacciones demasiado juiciosas.

Se lo quedó mirando, embobada.

—¿Que lo sientes? ¿Por qué? —Si todo había sido perfecto.

—Por lo inapropiado de la situación —declaró, como si fuera una verdad indiscutible.

«¿Indiscutible? Y un cuerno. No pienso arrepentirme ni dejar que tú lo hagas».

—Dime. ¿Deseabas quitarme la ropa y hacerme el amor aquí mismo? —Quiso añadir «con fogosidad», pero pensó que sería demasiado para su esposo. Aunque ella sí lo sintió así.

Ross enrojeció de vergüenza.

—¡Jennifer! —exclamó, mirando a un lado y al otro del corredor para comprobar, con alivio, que estaban solos. Hubiera sido de lo más humillante tener espectadores. Él era un hombre recto y con una moral elevada. Y estaba mal haberse dejado llevar por cierta parte de su anatomía, que no solía tener el control—. Baja la voz.

Ella no se dejó amedrentar. Que recordara, era la conversación más interesante que había compartido con Ross, así que daría lo que fuera por poder escuchar la verdad.

—¿Querías? —insistió.

Él carraspeó, obviamente incómodo con la pregunta. Era un hombre al que le costaba hablar de sus deseos y sentimientos. Se dijo que expresarlos en voz alta no beneficiaría a nadie, ni siquiera a Jennifer.

—Estamos en una institución con una buena reputación; rodeados de niños, por añadidura. Mi comportamiento no ha sido el más adecuado, dado el puesto que ocupo aquí.

Jennifer esbozó una mueca sutil con los labios y observó las baldosas del suelo

en silencio. No conseguiría nada siendo demasiado dura con él; solo que se encerrara más en sí mismo. No era nuevo para ella que Ross se escudara en la ética y la moral; fue educado de ese modo para contrarrestar una posible influencia heredada del mal carácter de su padre. Y no era su intención hacer tambalear sus valores, pero no habían cometido ningún pecado capital con aquel beso; ni siquiera uno chiquitín. Con el tiempo podía tratar de hacer que se abriera más a ella y que viera su lógica a través de un enfoque nuevo. Sus palabras llevaban el sello de la vulnerabilidad encima, pero mientras tanto, no podía evitar que su corazón derramara lágrimas de melancolía.

¡Dios, lo había sentido tan vivo y ahora parecía tan arrepentido!

—¿Querías? —susurró, tomando una de sus manos para reconfortarle. Sabía que en su interior estaría librándose una batalla. Por suerte, Ross no hizo ningún amago de soltarse—. Contéstame con la verdad; con un sí o un no me basta.

—¿Tan importante es para ti saberlo?

—Sí.

Jennifer lo vio alzar la mano que tenía libre para acariciarle la barbilla con suavidad. Cerró los ojos dispuesta a gozar de la sensación de ser mimada por el hombre que amaba, aunque el contacto fuera mínimo. Después, notó un aterciopelado beso que duró apenas un suspiro y entonces por fin Ross contestó.

—Quería.

*Los peligros se encuentran a la vuelta de la esquina.*

El trayecto fue corto. O esa fue la impresión de Jennifer, que iba en silencio y absorta en sus propios pensamientos. El clima que reinaba entre ellos no podía calificarse ni de tenso ni de incómodo, ya que a Ross ya se le había pasado el enfado. De tanto en tanto echaba miradas a su esposa, de las que ella no era consciente. Parecía, también, tener cosas con las que lidiar.

El chófer estacionó frente a la casa y Ross llamó su atención con delicadeza.

—Yo me encargo —le dijo a Patrick.

Después se bajó del automóvil, lo rodeó hasta situarse en la portezuela del acompañante y tendió la mano a su esposa. Jennifer, por su parte, consiguió esbozar una sonrisa de agradecimiento y casi por casualidad alzó el rostro y reparó en el hombre que se encontraba apoyado en la fachada de la casa de sus vecinos, justo en la esquina de la Calle 37 con Park Ave.

Lucía una actitud despreocupada, con su gorra estilo *newsboy*, el periódico enrollado bajo el brazo y las piernas cruzadas. Y no necesitaba de una vista de lince para reconocerlo: era James Mortimer al acecho.

Fingió no haberlo visto mientras su corazón empezaba a latir con fuerza. ¿Se habría atrevido James a llamar a la puerta de su casa? ¿Informarían los sirvientes a Ross sobre la visita? Trató de no entrar en pánico. No podía permitir que fuera consciente de la presencia del detective. Si lo hacía, a saber qué pensaría de ella. Suficientes problemas tenía con su esposo como para añadir otro más.

—Ross, querido. —Le dirigió una mirada encantadora con lo cual distraerle

mientras subías los dos peldaños que conducían a la puerta principal—. Voy a pedirle a Hilda que mande a preparar té mientras me cambio. Luego te lo llevaré al despacho. ¿Te parece bien?

Él la observó un momento en silencio y Jennifer se sintió inquieta por el escrutinio. Era más consciente que nunca de todas las mentiras que le ocultaba: su trato con James, su amistad con Rosemary o aquel plan que parecía no tener fin. Aunque podría decirse que lo hacía por un bien mayor, por conducir su relación a un punto en el que ambos se sintieran satisfechos por igual, los remordimientos la atormentaban con asiduidad.

Para una personalidad tan honesta como la suya, en la que le costaba morderse la lengua, ocultarle todo aquello estaba resultando terrible.

—¿Vas a cambiarte para ponerte más cómoda o para volver a salir? —repuso él, sonando como un reproche—. Porque creí que podríamos dar un paseo juntos hasta Bryant Park.

Jennifer pensó que tal vez su esposo quisiera consultar algún libro en la biblioteca. En otro momento le hubiera parecido bien la propuesta; solo eran unas pocas manzanas y tendría a Ross para ella sola durante un buen rato. Si bien tuvo que recordarse, como pasaba últimamente, que su plan consistía en alejarse de él y que la echara en falta, no lo contrario. Y sí, parecía que lo estaba logrando. Su enfado y posterior reacción en el orfanato lo evidenciaban, pero se dijo que debía ser cauta y no celebrar la victoria demasiado temprano. Además, sospechaba que si no salía a la calle para hablar con James, este sería capaz de seguirles.

—¿No es demasiado tarde? —le preguntó, con la esperanza de poder zanjar el asunto y escaparse.

—¿Lo es? —replicó él, con un tono que no indicaba satisfacción.

Cargada de culpabilidad, Jennifer estiró los brazos y rodeó el cuello de Ross. Incluso con sus reproches y con esa mirada condenatoria le parecía atractivo. Ella adoraba el suelo que pisaba, le amaba. Santo Cielo. Deseaba volver a repetir el apasionado beso que habían compartido en el orfanato y revivirlo una y otra vez. Nunca en su vida había sentido el suelo moverse hasta aquel momento y, aunque siempre soñó con que sucediera algo parecido, no estaba preparada para

sobrepasar sus expectativas.

Ross tomó una de sus manos con delicadeza y le besó los nudillos, acariciándola con lentitud, mientras una estupefacta Jennifer trataba de mantener la calma. Aquel hombre impetuoso y seductor no podía ser su esposo. Sería un extraño que se había cruzado en la calle. Pero no, se trataba de Ross en carne y hueso, y sus ojos en verdad reflejaban deseo.

Era el gesto, salvo las noches que hacían el amor, más apasionado que se había permitido nunca, y eso la hizo sentirse poderosa, como si por fin llevara las riendas de la relación.

Y ni siquiera habían entrado en la casa.

Qué injusta era la vida, pensó con amargura. Tanto tiempo rogando por un momento así y la cruda realidad se imponía. Primero, seguía sin poder dejarse llevar. No habían recorrido todo el camino. Y segundo, era bien consciente de la presencia de James Mortimer a escasa distancia. No pensaba ofrecerle semejante espectáculo.

—He dado mi palabra a las chicas del Club de Admiradoras —manifestó carraspeando, rompiendo así el momento romántico—. Así que solo puedo quedarme un ratito. ¿Lo comprendes?

—No vayas —murmuró su esposo—. Por favor.

¡Santo Cielo! ¡Dios Bendito! ¡Jesús! ¿Ross estaba suplicando?

Sintió que el corazón se le detenía por unos segundos.

¡Hurra! ¡Aleluya!

Su plan estaba funcionando mejor de lo que había previsto.

—No puedo —afirmó, no obstante. Estaba dispuesta a llegar al final, fueran cuales fueran las consecuencias, porque si ella cedía en aquel instante, las cosas volverían en poco tiempo a ser como antes y ella lo detestaría. No, Ross debía amarla como ella se merecía y su voluntad no podía ser endeble—. Vamos. —Se apartó y abrió la puerta, ya que él no parecía muy dispuesto. Si permanecía un segundo más tan cerca terminaría rindiéndose.

En una abrir y cerrar de ojos, Jennifer llamó al ama de llaves, le ordenó que preparase té y se escapó a su habitación. No era su intención cambiarse. Solo se trataba de una estrategia para que Ross se refugiara en la biblioteca y tener ella el

camino libre para salir.

Esperó lo que consideró un tiempo prudencial y luego se asomó por el hueco de la escalera del primer piso. Era una lástima que hubiera cambiado la robusta barandilla. En otros tiempos le había servido para espiar sin ser vista y en aquella ocasión la echó en falta.

Tuvo que deslizarse con total sigilo apoyada en la pared, preparada para mostrar naturalidad si se encontraba con alguien, pero el vestíbulo estaba desierto y tuvo una huida fácil.

James Mortimer la esperaba en el mismo sitio que antes y Jennifer se preguntó si se habría movido alguna pulgada.

—Has tardado bastante en deshacerte de tu esposo —comentó él al verla llegar. Lucía una sonrisa traviesa pintada en los labios—. Casi creía que me darías plantón.

Solo le faltaba eso, pensó Jennifer, que se lo tomara a guasa. No tenía tiempo para aquellas tonterías suyas. Ross podía darse cuenta de su estrategia antes de que volviera a la casa, así que lo empujó sin ningún tipo de miramientos hacia la transitada Park Ave.

—Maldita sea, James, ¿te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre acercarte hasta aquí?

Él hizo como si no la hubiera escuchado y lanzó una observación que la crispó de inmediato.

—Es extraño que sigas viviendo en la casa donde te criaste. ¿Acaso tu esposo no podía costearse una?

Jennifer le lanzó una mirada irritada.

—No es de tu incumbencia.

—Ser profesor en un orfanato no debe ser un empleo envidiable —prosiguió él, sin alterarse lo más mínimo—. Su sueldo no debe ser muy alto, así que supongo que es normal que hayas tenido que conformarte.

—No digas ridiculeces —le espetó Jennifer en voz baja para no llamar la atención de los transeúntes y rezando para que ningún vecino cotilla se fijara en ellos.

—Siempre pensé que tu madre querría para ti un hombre de mejor posición,

como su esposo nuevo. He oído que está forrado.

Diantres, reflexionó, James era un completo idiota cuando se lo proponía.

—Gracias a Dios mi madre piensa en mi bienestar, no en el dinero.

Annette se mostró encantada con aquel romance desde un principio. Sentía que Ross era el hombre indicado para su hija menor y que poseía grandes cualidades: educado, caballeroso, formal y mucho más sensato que su hija —lo cual no era tan difícil—. Aun así, nunca la presionó en ningún sentido. Consideraba que era ella quien debía tomar la decisión final.

Él alzó las cejas, cargadas de cinismo.

—¿Y te entregas a alguien que ni es capaz de mantenerte? Menuda broma. — Por un instante pareció afectado—. ¿Qué atractivo le ves? Ese esposo tuyo, Ron Walker, es un enclenque con una personalidad menos estimulante que la de un pescado muerto y malgastará toda tu herencia antes de que te des cuenta. Eso si antes no te aburres de él. Estar a su lado debe ser poco estimulante para una mente tan inquieta como la tuya.

Jennifer no podía creer lo que estaba escuchando. James no tenía ningún derecho a hacerle aquellos reproches y a hablar mal de su esposo. No era nadie importante en su vida, aunque en otros tiempos fueron amigos.

—¿Y tú qué puedes saber? Ross, porque se llama Ross —matizó—, es un hombre maravilloso, fiel, comprensivo y atento.

Alguna parte de aquella descripción no era del todo cierta, pero no iba a entrar en detalles.

—Y entonces, ¿por qué huyes de él?

Jennifer pestañeó.

—¿Cómo dices? —La imaginación de James era desbordante, quizá fruto de tantos años trabajando como detective.

—Estuve siguiéndote varios días antes de decidirme a hablar contigo en aquel restaurante —dijo antes de proseguir con la explicación—. Tu comportamiento era, cuanto menos, extraño. ¿Por qué deambulabas sola por la ciudad hasta tan tarde? Supongo que evitando regresar a casa —aseveró, respondiéndose a sí mismo.

Ella estuvo a punto de enrojecer.

—No es asunto tuyo.

Lo que hiciera con su vida privada no le importaba a nadie más que a ella, y a su esposo, por supuesto. Y aunque este no parecía demasiado interesado en sus salidas, aquella misma tarde había comprobado cuán equivocada estaba.

James dejó a un lado su expresión frívola para sustituirla por una de más grave. Se acercó un poco a ella y se atrevió a depositar una mano en su antebrazo.

—Jennifer, puedes confiar en mí. Si necesitas cualquier tipo de ayuda estaré a tu lado.

—Yo no...

—¿Te ha pegado alguna vez? —le interrumpió.

Si el asunto no fuera tan importante y James no se lo temara tan en serio, Jennifer se hubiera echado a reír. Así que no pudo hacer otra cosa que indignarse.

—¡Por supuesto que no! —Ross no lo haría nunca.

—No es necesario que lo defiendas frente a mí. Los tipos con apariencia respetable son los peores; doy fe de ello. —Su vasta experiencia así lo atestiguaba—. Quizá sientas que no puedas apoyarte en nadie ahora que tu madre está de viaje...

—¿Cómo sabes que...? Olvídalo. —No quería saber los pormenores. El reloj avanzaba y James seguía sin contarle el porqué de su «visita». Parecía más interesado en crear teorías retorcidas sobre Ross.

—Quiero que me veas como un amigo —le pidió él, ajeno a sus pensamientos—. Te puedo sacar de aquí esta misma noche. Si es necesario te cambiaremos el nombre.

En un primer momento, Jennifer no reparó en el significado de la última frase. El detective parloteaba sin cesar y ella lo escuchaba a medias, pero cuando su mente comprendió las palabras una a una, se le erizó la piel.

—James, James, James, detente —indicó con rapidez antes de que él siguiera enredando el asunto—. Esta teoría loca que estás esgrimiendo no tiene sentido. Te lo prometo. Lo que haga o deje de hacer por las noches no tiene nada que ver con los maltratos ni con una novela de misterio. Es todo mucho más simple.

El detective cerró sus labios y la miró con severidad, tratando de decidir si

debía creerla. La joven siempre había tenido una gran capacidad para embaucarle.

—Pero no me lo vas a contar.

—No —respondió con rotundidad—. Es cosa mía, no tuya.

Asintió despacio, pero le faltaba un último intento.

—¿Entonces no estás en peligro?

—Solo si me ataca un gatito —se mofó ella, tornándose el ambiente más distendido.

—Los callejeros son los peores y nunca se sabe. Deberías cuidarte.

—Siempre —corroboró Jennifer con humor—. Y ahora vayamos al grano: ¿por qué demonios me buscabas?

A pesar de las prisas que le estaba dando, James sonrió y se tomó un momento antes de contestar. Desde que la conociera unos años atrás supo apreciar que la joven fuera tan clara y directa. Lo encontraba parte de su encanto.

—Vaya, tú sí que sabes hacer sentirse bienvenido a uno.

Ella le lanzó una mirada enfurruñada. Su estado de ánimo pasó de un extremo a otro en solo un abrir y cerrar de ojos.

—¿Pretendes que te invite a tomar el té? No tengo tiempo para eso. Habla —le exigió con voz cortante.

—¿Recuerdas que hace una semana te pedí ayuda? —le recordó. Jennifer hacía mucho tiempo que estaba fuera de su vida y, aunque lo sentía mucho, parte de él se había acostumbrado a ello. Recurrir a ella había sido una medida desesperada.

Jennifer se acordaba. Por supuesto que se acordaba. ¿Cómo podía no hacerlo? No todos los días recibía proposiciones de ese tipo. Había estado debatiendo consigo misma sobre si debía aceptar o no, pero todavía no le había comunicado su decisión.

Aquel momento era tan bueno como otro para hacerlo.

—Y lo haré —le aseguró.

—¿Cuándo?

—Pronto. —Jennifer estaba tratando de encajar todas las piezas de su vida. Buscar un hueco para volver a engañar a su esposo e ir a la ópera para ayudar al detective a resolver su caso se le antojaba, cuanto menos, secundario.

—¿Y eso qué significa?

A pesar de su fe en ella, la voz de James se tornó escéptica.

—Estoy esperando el momento oportuno.

—Pues mejor que sea antes de finalizar el mes, porque si no llevo alguna prueba sólida a mi cliente, estamos fuera.

—Querrás decir que tú estás fuera —declaró. James debía tener bien claro cuál era el papel que ella iba a jugar en ese caso—. Yo no formo parte de tu equipo.

El detective se permitió esbozar una sonrisa formal mientras asentía. Sabía con certeza que Jennifer se le había escapado hacía mucho y que sería imposible recuperar lo que alguna vez fue.

—Lo sé. Tomémonos esto como una colaboración esporádica. —Si eso era lo que ella deseaba escuchar, que así fuera.

—Mejor una colaboración excepcional —matizó Jennifer—. ¿Te parece bien?

—Creí que ya lo habíamos acordado.

—Pero insisto. A veces puedes ser muy terco.

James se fijó en la expresión de determinación que el rostro de Jennifer reflejaba. Al parecer no era el único terco de esa calle.

—Lo prometo. Esporádica, excepcional, única... Pon la palabra que tú quieras. Si me ayudas a cerrar el caso, nunca volveré a molestarte.

—¿Nunca?

El detective no pudo evitar guiñarle un ojo, con picardía.

—A menos que seas tú la que quiera regresar, porque mis puertas siempre estarán abiertas para ti. Siempre.

—Estás loco.

—Sí —corroboró él—. Lo he escuchado millones de veces.

—Muy bien. Entonces, de una vez por todas, voy a poner remedio a ese misterio que envuelve a la señora Kramper. Aunque te advierto que quiero probar otras cosas, antes de ir a la ópera —le anunció.

—¿Por qué?

—Puede que hayas pasado algo por alto.

Él alzó las cejas en un gesto altanero y Jennifer se ahorró la diatriba que tenía en la punta de la lengua porque no tenía tiempo. Ella sabía bien que era un

increíble detective, solo que a veces su ego mayúsculo lo perdía un poco.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Me dedico a esto, querida.

Le molestó escuchar aquella expresión, pues no tenía ningún derecho. Así que se sintió en el derecho de amonestarle.

—Primero, no soy tu querida ni nada parecido...

—Perdón —le dijo él de inmediato, si bien no parecía arrepentido en absoluto—. ¿Y segundo?

—Nadie es infalible. Tú mismo confesaste que te están prohibiendo la entrada a muchos sitios, así que no has podido seguirla con eficacia.

—¿Pretendes darme una lección?

—Solo señalo los posibles fallos —dijo contenida—. Ninguna mujer se conformaría con pasar tres horas a la semana con su amante. No está en nuestro temperamento. Queremos más que un revolcón en la cama: pedimos romance. Así que si hay otro hombre deben tener más contacto que solo las noches de ópera.

Él no pareció nada convencido con su argumento.

—Lo habría notado. Tengo instinto para ello.

—No perdemos nada por hacer unas cuantas averiguaciones, ¿no crees? Por favor, déjame hacer las cosas a mi modo.

—Está bien —le concedió él tras meditarlo unos segundos—. Solo ten en cuenta que el tiempo se nos echa encima y no quiero perder el cliente. Mi reputación se resentiría.

Y eso fue todo. Ni una palabra más ni una palabra menos. La advertencia estaba hecha y Jennifer notaba cómo sobre los hombros se añadía otra carga.

*Diecisiete desesperantes días después del comienzo del nuevo plan.*

Fingir se le daba bien. Eso descubrió en los últimos días. Fingía que su matrimonio estaba bien, fingía mantener la calma ante las continuadas ausencias de su esposa y lo más importante: fingía que nada de eso le importaba. No podía ser menos cierto y para Ross ni siquiera era una cualidad de la que enorgullecerse pero, a pesar de todo, seguía fingiendo.

Eso mismo hizo esa noche cuando mandó a todos los sirvientes a acostarse; como si no le faltara Jennifer, como si todo marchara bien. Sin embargo, en el fondo se sentía fatigado y dolido. No sabía cuánto tiempo podrían seguir las cosas de ese modo.

Ross tomó un trago de licor y se quedó mirando el líquido ambarino del vaso. Siempre había pedido poco para ser feliz, o por lo menos para vivir en paz, pero ya no se conformaba con una casa bonita y un trabajo como profesor. Su matrimonio se estaba derrumbando y él comenzaba a sentirse un mal perdedor porque su esposa parecía cada vez más alejada de él.

Movió el vaso con suavidad, como si esperara que este le diera una respuesta. Ninguno de los dos había hecho alusión al beso que se dieron el otro día en el orfanato; como si fuera un tema tabú. Reconoció que aquel comportamiento lo hacía alejarse del hombre sereno que solía ser. Y en cierto modo se sentía intranquilo por ello. Pero su culpa no iba más allá. No le pareció que Jennifer se hubiera sentido intimidada por la rudeza e impaciencia con que la trató.

No era tan ciego como para no darse cuenta de que su esposa reaccionó del

mismo modo que lo hizo él: con frenesí. Así que, si debía sentirse avergonzado por alguna cosa, sería por exponerse en medio del corredor a la vista de cualquiera que pudiera reprenderles por la indebida conducta. Nada más.

Se inclinó sobre el vaso y se enfrentó a sus sentimientos. No podía acertar a decir cuándo se había vuelto Jennifer un tema prioritario en su vida. A decir verdad, todo era muy confuso. A pesar de sus reticencias iniciales, ella cumplía con el papel de esposa con esmero y conseguía a menudo sacarlo del cascarón en el que él mismo se había recluso. Sin embargo, aquel anhelo en su interior era un nuevo descubrimiento que no había aparecido antes. Un sentimiento creciente que le importunaba y entusiasmaba al mismo tiempo, como si pudiera vislumbrar un futuro con dulces promesas de recompensa.

Era absurdo que se ilusionara con un simple beso, se dijo. Eso no le devolvería la calma. Además, pasados dos días, Jennifer seguía mostrándose del mismo modo: esquiva. Así que ya no sabía qué pensar.

Estaba hecho un lío.

Ross estuvo tentado de llamar a su cuñado o a Hugh. Necesitaba a alguien con quien desahogarse, compartir sus penas o incluso escuchar algún que otro consejo, pero se arrepintió al instante. No resolvía nada con involucrar a la familia de su esposa. Además, él siempre se las había apañado solo.

Hasta ahora.

Con cierto aire de melancolía tomó un libro de la biblioteca; uno que había releído decenas de veces. No importaba. No iba a darle mucha utilidad. Subió hasta su habitación, se puso la ropa de dormir y se estiró sobre la cama fingiendo leer.

No tuvo que esperar demasiado. Jennifer llegó unos diez o quince minutos después y Ross pudo predecir cada uno de sus movimientos. Supo que se dirigiría a la biblioteca para darle las buenas noches, pensando que estaría ahí terminando sus tareas. Supuso que, al encontrar la estancia vacía, arrugaría la frente de un modo encantador y confuso.

Ross sonrió mientras permanecía atento a cualquier sonido que pudiera producirse en el piso inferior. Su esposa no sabía que estaba esperándola en la cama.

Cuando la escuchó moverse por las escaleras y por el corredor que conducía a la habitación del matrimonio, Ross se concentró —o lo aparentó— en el libro que traía entre manos, para darse cuenta de que lo tenía sujeto al revés. Corrigió la postura con premura y fingió —de nuevo—. No levantó la vista de las páginas ni un segundo, aunque veía las letras borrosas mientras su corazón martilleaba en su pecho con contundencia.

Ni siquiera llegó a pensar qué conseguiría con aquella simulación ni qué haría después. Pero si Jennifer era capaz de demostrar tanta despreocupación, él también. No obstante, se trataba de simple apariencia, ya que su interior parecía decidido a rebelarse ante el pesado silencio que recibía por parte de ella. Y si eso significaba que debía dejar a un lado sus rutinas diarias en pos de la cordialidad matrimonial, estaba dispuesto a poner de su parte. Necesitaba que su esposa le prestara aunque fuera un mínimo de atención y que ambos volvieran a sentirse cómodos en su mutua compañía.

Si se dedicaban un poco de tiempo, se dijo, conseguiría que las aguas volvieran a su cauce.

Sin darse cuenta y debido a la ansiedad, estuvo reteniendo el aire de sus pulmones, que solo pudo liberar con lentitud una vez ella traspasó el umbral de la puerta.

—¡Ross! —exclamó Jennifer, asombrada de encontrarlo en la cama—. ¿Qué sucede?

Él levantó la mirada con estudiada parsimonia y le dedicó una escueta sonrisa.

—Jennifer, no te esperaba tan temprano —comentó, aunque en realidad no lo era tanto—. ¿Has terminado con tus asuntos?

—Yo... eh... —balbuceó—. Sí —terminó diciendo, sin apartar los ojos de él.

Ross se dio cuenta entonces de que a su esposa le costaba asimilar que él ya se hubiera retirado a la habitación que ambos compartían.

Esta vez no se sintió muy reconfortado por resultar tan previsible. Aun así, mantuvo los nervios templados.

—Perfecto —afirmó, muy pendiente de sus gestos, de tal modo que la lectura ficticia quedó olvidada.

—¿Y tú? —preguntó ella, en parte por cortesía y en parte por la preocupación

que la embargaba—. ¿Te sientes mal?

—En absoluto. —Se encogió de hombros—. Tenía material suficiente para mañana, así que decidí dejarlo por hoy.

—Ah.

Acto seguido se dio la vuelta y se acercó al espejo del tocador para quitarse los pendientes. Necesitaba distraerse y las joyas le ofrecían la oportunidad de hacerlo.

Jennifer trató de no sentirse influenciada por el poder de la mirada de su esposo, que seguía clavada en ella. Podía verlo a través del espejo; él no hacía nada por disimularlo. Entonces se preguntó dónde estaría el Ross distraído de siempre, aunque por supuesto prefería al hombre ahí presente, confiable y desconfiable a la vez, si aquella definición era posible. Eso no significaba que tal inspección no alterara sus nervios, porque lo hacía; hasta tal punto que tuvo dificultad para abrir el cierre de la pulsera: las manos le temblaron ligeramente.

—¿Necesitas ayuda, querida? —escuchó decir desde la cama. Su voz sonó aterciopelada, fresca y natural, llena de promesas y sueños por cumplir; y por supuesto, muy lejos de lo que ambos estaban acostumbrados. No obstante, solo una persona en aquella habitación fue consciente de su transcendencia.

Jennifer levantó el rostro, tratando de disimular el certero pinchazo que sintió en el corazón. Ross nunca la había llamado de ese modo; ni tan siquiera recordaba que se hubiera dirigido a ella con un tono tan bello y cariñoso. Para Jennifer, aquella simple palabra, «querida», tenía un significado especial si salía de sus labios. Resultaba ser también un bálsamo para su castigada alma, capaz de sobrevivir con una gota de esperanza.

Necesitó de todas sus fuerzas para aparentar normalidad, acercarse hasta la cama, sentarse en ella y ofrecerle su mano sin mediar palabra. Su mente seguía dándole vueltas a aquello y su corazón latía desbocado.

Ross la tomó con mimo mientras no dejaban de observarse. Parecía ser la primera vez que se vieran, envueltos en un influjo que no habían experimentado antes. Con tino, le quitó el cierre. Después de que la pulsera cayera sobre la cama, Ross retuvo un instante su muñeca. No pretendía causarle ningún daño ni sacar ventaja de la posición; tan solo era un modo de mantener el contacto con

su esposa.

—¿No vas a decirme dónde has estado? —preguntó con dulzura, tratando por todos los medios de que sus palabras no transmitieran lo que estaba sintiendo por dentro: tensión, calor, pesadumbre... y por supuesto, una pizca de resentimiento.

Ella apartó la mirada y se soltó sin ninguna dificultad.

—Ross, querido —contestó indiferente, al tiempo que recuperaba la pulsera para luego meterla en el joyero—. Me temo que te aburrirías solo de oírlo.

De espaldas a su esposo, Jennifer esbozó una sonrisa cargada de tristeza. Nunca hubiera creído que pudiera ser tan fría y contenida con él; o aparentarlo, al menos. Sobre todo cuando sus piernas amenazaban con perder la fuerza que la sostenían.

—¿Por qué no pruebas?

Jennifer vaciló mientras barajaba diversas opciones. Podía hacer oídos sordos y desviar su atención, podía contarle toda la verdad o seguir mintiendo.

¡Qué importaba una mentira más después de tantos días haciéndolo!

Entonces se dijo que iba a ponerlo a prueba y a comprobar si los resultados de su plan eran tan sólidos como sospechaba.

La antigua Jennifer hubiera empezado a enumerar cualquier detalle del día, por muy insignificante que fuera, haciendo que Ross dejara de prestarle atención tras unos minutos. Ella lo sabía y él también. ¿Sería ahora capaz de soportarlo o seguiría con sus antiguas y aborrecibles costumbres?

«Vamos a comprobarlo», se dijo con cierto temor. Debía demostrarse hasta qué punto su plan estaba resultando y si tantos sacrificios valían la pena.

—Hmm —murmuró, antes de humedecerse los labios—. He acompañado a nuestra vecina, la señora Ashworth, a comprar un regalo para su sobrina Wilhelmina, que pronto cumplirá los dieciséis. Al parecer se siente muy sola desde que su esposo falleció, por lo que está sospesando el ofrecimiento que le hizo su hermana menor.

Con premeditación, Jennifer dejó la explicación al aire y se quitó los zapatos con lentitud. Después se subió el dobladillo de la falda hasta más arriba de la rodilla y desenganchó el ligero.

—¿Y cuál es dicho ofrecimiento? —escuchó decir a su esposo.

Jennifer miró hacia la cama y se dio cuenta de que Ross mantenía la vista fija en su pierna.

«Excelente», pensó.

—Pues el de irse a vivir con su familia a Carolina del Norte —le explicó. Mientras iba diciendo todo aquello, Jennifer no detuvo sus intentos de seducción, por lo que deslizó las medias hacia abajo con deliberada sutileza—. De momento se marcha a Charlotte por unas semanas, pero quizá termine mudándose definitivamente. Por eso tenía prisa en comprar un regalo para Wilhelmina.

Sin poder hacer nada por evitarlo, en la mente de Ross se reflejaron una serie de imágenes sensuales de las piernas desnudas de su esposa, aterciopeladas como la seda. Ella tenía un cuerpo exquisito y le encantaría tumbarla sobre la cama y recorrer con pasmosa lentitud cada pulgada de su piel mientras se deleitaba con el espectáculo. Entonces Jennifer gemiría de placer y él sentiría su pecho henchido de vanidad por conseguir tal reacción solo con sus manos.

Ambos se encontraban en la intimidad de la alcoba, eran marido y mujer, y la atmósfera era proclive a un acercamiento. ¿Por qué no?, se dijo. Pero entonces recordó que su matrimonio parecía discurrir por una pendiente resbaladiza y que era imposible pronosticar si ambos serían capaces de detener la caída.

Sobresaltado por el cariz que tomaban sus pensamientos, quiso deshacerse del cosquilleo que comenzó a sentir por el cuerpo y cuya causa eran Jennifer y sus medias. Él tenía el suficiente dominio de su cuerpo para no dejarse llevar.

—Humm —murmuró, antes de aclararse la garganta y liberarse de la tensión al que estaba siendo sometido.

Jennifer interpretó erróneamente el significado de lo que quería decir. Dejó las medias sobre el tocador y se acercó descalza hasta la cama, sentándose en la esquina. Después escudriñó su rostro.

Ross pensó que era una lástima que, al levantarse, sus piernas volvieran a ocultarse bajo el vestido. En aquel momento creía poder dar su vida a cambio de la promesa de contemplarlas de nuevo.

—¿Te parece mal, querido?

Hizo un movimiento negativo con la cabeza, esta vez centrándose en los

tentadores labios de su esposa.

—Por supuesto que no. Deseo que la señora Ashworth viva una vida plena. Es una buena mujer y mejor vecina.

—Estoy de acuerdo —convino ella.

—Además, me complace saber que has sido de ayuda.

«Oh, Dios, míranos. Hablando de la vecina cuando hay tanto por decir», pensó él.

Era tan ridículo como cierto.

«¿Por qué se me da bien fingir?».

—Eres muy amable, pero la verdad es que no ha supuesto ningún sacrificio. Me satisface apoyar a la gente. Mi aportación es tan insignificante...

El ama de llaves era capaz de encargarse de los asuntos cotidianos de la casa con mejor resolución que la propia Jennifer, por lo que a ella le quedaban una infinidad de horas libres durante el día. Sin embargo, nunca supuso un reto rellenarlas. Tal vez no era la típica señora casada que confeccionaba los menús semanales, que organizaba las invitaciones que llegaban o que se moría por asistir al último baile. Sí, le encantaban las meriendas y pasar tiempo con su familia, pero su vida era eso y más.

A menudo, antiguas amigas con las que había coincidido en la época que fue alumna de la escuela para señoritas Spence School requerían su presencia para solucionar pequeños contratiempos o incluso para pedirle consejo, pues todas parecían creer que sus aventuras detectivescas le ofrecían conocimientos sobre la vida; unos conocimientos que ellas jamás alcanzarían. Y si con ello, las visitas al orfanato y la implicación en el Club de Admiradoras de Buster Morrison no eran suficientes como para mantenerla ocupada, Jennifer había experimentado una multitud de actividades de ocio que con el tiempo habían ido desencantándola.

Ross sabía que a ella le gustaba sentirse útil y quiso hacérselo saber. Antes se incorporó y se deslizó por encima de la colcha hasta sentarse junto a ella.

—Posees un corazón bondadoso. Cualquiera que te conozca lo sabe.

Jennifer se alteró por la cercanía y se removió incómoda.

—Sí, soy como un ángel —comentó irónica. Estaba convencida que si seguían manteniendo una conversación liviana no se sentiría atrapada por la perturbadora

mirada de su esposo.

Se mordió los labios, preguntándose hasta cuándo sería necesario mantenerse fiel al plan que ella misma trazó y resistirse a los encantos de su Ross, porque estaba comenzando a afectarla física y emocionalmente.

En realidad, odiaba la idea de tener que poner límites y no entregarse a la pasión como a ella le gustaría. Echaba de menos pasar tiempo con Ross y se sentía mal por emitir signos contradictorios que debían confundirlo. Sin embargo, su determinación era fuerte. Debía serlo si quería salvar su matrimonio.

Para que Ross no tuviera la tentación de tocarla, pues temía lo que sucedería a continuación si lo hacía, Jennifer hizo ver que se levantaba con naturalidad y fue a buscar su camisón y su bata, para esconderse después tras el biombo.

Ross, por su parte, sintió cierta desolación al mirar el lugar vacío que hasta hacía unos instantes había ocupado su esposa. Y pensó que tal vez era una metáfora de lo que ocurría en su matrimonio: por un momento estuvieron juntos y fue placentero, pero Jennifer se desvaneció como la aurora de la mañana.

Despacio, levantó la vista hasta el biombo y trató de seguir sus movimientos a través de las sombras, aunque resultaba imposible hacerlo porque no se veía ni escuchaba nada desde el otro lado.

Se restregó los ojos con cansancio. Cada vez que trataba de acercarse a Jennifer, ella lo rehuía. Eran gestos sutiles, eso sí, pero él los percibía. Ya no era solo el llegar tarde a casa, era mucho más lo que le llevaba a sospechar que su esposa se había cansado de él. Por eso no acababa de comprender lo sucedido entre ellos en el orfanato y su corazón se afligía por la incertidumbre. Y lo peor de todo era que comenzaba a creer que él la necesitaba más que al contrario.

Dolía. Demasiado.

—Para los niños del orfanato eres un ángel —aseguró, llenando el sofocante silencio de la alcoba—. Siempre con tu entusiasmo y tu gran sonrisa. Eres justo lo que necesitan.

Jennifer no respondió.

—Tú no ves a huérfanos o abandonados —continuó él—; solo niños que necesitan más cariño porque no tienen una familia que se los dé. Tal vez ellos

sean demasiado pequeños para poder decírtelo. Algunos apenas balbucean, pero que alguien del exterior se preocupe por ellos, que juegue o que los abrace como solo tú puedes hacer, puede marcar una gran diferencia en sus vidas. ¿Jennifer? —preguntó al seguir sin recibir respuesta alguna por su parte.

Entonces, su maravillosa voz volvió a escucharse con timidez.

—¿De verdad crees eso? Tenía la sensación de ser una molestia.

—¡Si todo el personal al cargo te adora!

—No hablo de Colin, ni de Sylvia, ni de los profesores.

—¿Entonces?

—Hablo de ti.

Sus palabras sonaron a reproche y el rostro de Ross reflejó una expresión de sorpresa. Era cierto que a veces entorpecía sus clases y distraía a sus alumnos a causa de su bello rostro y sus deslumbrantes sonrisas. Jennifer conseguiría atraer la atención hasta de un santo, pero eso no significaba que no supiera valorar la labor que llevaba a cabo en el orfanato.

—Para Sylvia, Emily o incluso tu hermana, ir al orfanato es o fue parte de su trabajo. Con eso no trato de decir que no sientan pasión por él. Estoy convencida de que aman lo que hacen y que procurarían el bien de esos niños incluso por encima de sus propias necesidades. Y Colin se arriesgó mucho poniendo su propio capital e invertir su tiempo en supervisar las cuentas y en buscar donaciones. Eso los honra a todos. Pero ¿y tú? No tienes ninguna necesidad de pasar las horas enseñando a las niñas a hacerse trenzas, a leer cuentos o ensuciar tus bonitos vestidos jugando con los más pequeños, por lo que no conozco a nadie más desinteresado que tú —aseguró con convicción y para que no le cupieran dudas—. Montaste en cólera cuando descubriste que el profesor Barrow abofeteó a Matthew solo porque era lento terminando sus tareas. Y lo creíste con una fe ciega, incluso antes de saber que a otros muchachos les había ocurrido lo mismo. Luchaste porque se hiciera justicia y no te conformaste con sus precipitadas disculpas, consiguiendo que cada uno de esos niños no volviera a ser vulnerable en el único lugar al que pueden llamar hogar. Te preocupas y sufres por ellos. En tu corazón hay tanto amor que no dudas en ofrecérselo a los que más lo necesitan, así que nunca te cuestiones lo que opino al respecto,

porque nadie puede sentirse tan orgulloso con lo que haces como yo —declaró poniendo fin a su apasionado discurso—. Ahora discúlpame, acabo de recordar que tengo un asunto pendiente que debo terminar antes de acostarme. Buenas noches.

Con aquella pobre excusa, Ross abandonó la habitación. Con la frente y las palmas de sus manos apoyadas en la pared del corredor se dio cuenta de que su respiración estaba agitada y de que su corazón latía desbocado en el pecho.

Estaba tan cerca y a la vez tan lejos de Jennifer...

Por supuesto, no se percató del brillo en los ojos de su esposa, del rubor de su rostro, de sus manos temblorosas ni de la emoción que la embargaba.

*Cuando nada es lo que parece.*

**M**ientras doblaba la nota por la mitad y la metía en un sobre, la mano no dejó de temblarle.

—No estás haciendo nada que vaya en contra de la ley —se dijo a sí mismo—. Es ridículo tener tantos remordimientos.

Si aquello era cierto, entonces ¿por qué se sentía como el estudiante que intentaba escabullirse de las clases?, tuvo que preguntarse. Pues porque nunca había transgredido las normas, por eso. En todos los años que llevaba ejerciendo como docente, su conducta siempre había sido ejemplar y su expediente estaba sin mácula. No era ningún holgazán y siempre se empleaba a fondo para que sus alumnos aprendieran lo máximo posible. Así pues, la docencia era el centro de su vida y se había dedicado a ella en cuerpo y alma.

Aquel día haría una excepción.

—Es necesario —se recordó por cuarta o quinta vez esa mañana. Si deseaba llegar al fondo de la cuestión no iba a tener más remedio que ensuciarse las manos.

Otra inmoralidad más.

Entonces se preguntó si el fin justificaba los medios. Si romper la confianza que Jennifer tenía depositada en él valía la pena solo por su propio interés, por su tranquilidad mental o cualquiera de las razones que se había dado para proseguir con aquello.

¡Dios! ¿Qué diría su madre si estuviera viva para ver sus acciones? Con total

seguridad lo amonestaría. Ross era un caballero cultivado. Estaba orgulloso tanto de su educación como de sus modales. Por eso nunca pensó que llegaría a tales extremos, urdiendo un plan que solo serviría para avergonzarlo.

En *El arte de la guerra*, Sun Tzu dijo que la mejor victoria era vencer sin combatir. En otra época de su vida podría estar de acuerdo con él; esa vez no. Porque si seguía quedándose en casa preguntándose por el paradero de su esposa enloquecería de un momento a otro. Necesitaba comprender sus actos y sus motivos, aunque con ello llegara la decepción.

Ross entró en el comedor, donde su desayuno le aguardaba. Miró su plato y, aunque parecía apetitoso, lo rehusó. Sentía el estómago cerrado a causa del malestar que lo invadía, porque podía haber tomado una determinación, pero no estaba a gusto con ella. Bebió el café de pie y mordisqueó una tostada con mantequilla. Jennifer se había levantado, pero todavía tardaría antes de reclamar su desayuno y él quería marcharse antes de que eso ocurriera, así que bajó hasta la cocina a paso lento, como una vieja locomotora que se resistía a avanzar.

Encontró al chófer conversando tranquilamente con la cocinera.

—Patrick, hoy no tienes que llevarme al orfanato.

—¿Va a usar el automóvil, señor?

Ross negó con aparente tranquilidad, antes de formular la mentira.

—No. Iré andando.

Patrick, que conocía sus horarios, pareció preocupado.

—¿Está seguro? —El recorrido era de casi tres millas, por lo que un paseo hasta el orfanato le haría llegar con retraso a su primera clase.

—No es necesario porque uno de los profesores quiere empezar un proyecto con los chicos —aclaró, pero sin dar más detalles. Incluso se permitió esbozar una fugaz sonrisa, aunque en realidad pareció un esbozo—, así que empezaré más tarde. Tengo tiempo de sobra.

Ross se despidió del servicio y salió por la puerta principal, en apariencia para ir a trabajar, si bien la realidad era bien distinta: había llamado al orfanato para fingir encontrarse indispuerto. Solo esperaba que a Jennifer no se le ocurriera ir a visitar a los niños o la mentira terminaría estallándole en el rostro con la fuerza de un proyectil.

Miró a izquierda y derecha, buscando un punto en concreto. Cuando localizó un automóvil oscuro aparcado en la calle con un hombre esperando tras el volante supo que había dado en el blanco: era el que había alquilado.

Ahora solo debía ser paciente y pronto el misterio se vería resuelto.

\*\*\*

—Umm... Patrick, ¿estás a mi entera disposición?

Su tono era bajo y su mirada, penetrante. Necesitaba que su chófer tuviera la atención en ella, que comprendiera las instrucciones y, por supuesto, que mantuviera la calma y la boca cerrada.

Nunca lo había necesitado para lo que estaba por venir, pero siempre había una vez para todo.

—Por supuesto, señora Walker.

Jennifer asintió con los labios fruncidos y con discreción trató de entregarle dos billetes, de un dólar cada uno, que él no llegó a tomar.

Alzó las cejas, confundido.

—¿Señora Walker?

—Oh, Patrick, estoy segura que sabes guardar un secreto. Uno pequeñito. —Él no contestó. Su rostro se tornó circunspecto—. Hoy vas a acompañarme durante toda la mañana. Primero iremos a buscar a una amiga y nos llevarás a ambas a una reunión. ¿Entendido?

—Por supuesto —afirmó con cierta sospecha.

—Ahora bien, si mi esposo pregunta... —Aquel punto era dudoso, pero Jennifer se vanagloriaba por no dejar ningún cabo suelto.

—¿No debo mencionar la reunión? —terminó de decir por ella.

—Eso puedes hacerlo. —Podía dar todos los detalles que quisiera, si era necesario. Lo que ocurriera después era un secretito que debía quedar entre ellos. Para acompañar sus palabras puso un dedo sobre sus labios y le hizo tomar los billetes—. Puede que en un determinado momento te pida que me hagas un favor, uno tan pequeño como seguir a otro automóvil. —Lo vio fruncir el ceño.

Aquel no era un encargo al que estuviera acostumbrado—. ¿Patrick? —tanteó.

No tuvo que esperar demasiado en saber la respuesta.

—Sí, señora Walker. Estoy para servirle.

—Bien, entonces es hora de partir.

Satisfecha consigo misma, subió al automóvil y dio las indicaciones. Había tardado un día en hacer ciertas averiguaciones y en concebir el plan de esa mañana. No era nada arriesgado, por lo que nadie sospecharía de ella. Si no conseguía frutos entonces iría a la ópera, tal como James había sugerido.

Menos de media hora después se detuvieron delante de una mansión a dos calles de Central Park y solo pasaron unos minutos antes de que la puerta se abriera.

Una bonita joven asomó la cabeza con delicadeza, puesto que su sombrero le dificultaba la entrada.

—Buenos días, Bessie —la saludó Jennifer con una amplia sonrisa.

—Buenos días —contestó ella, acomodándose a su lado y retocándose el volumen de su recogido por debajo del sombrero—. ¿Crees que voy demasiado elegante? No sabía cómo vestirme para una conferencia.

Jennifer la contempló durante unos segundos. Su chaqueta abierta dejaba ver un vestido blanco sobrio y de suave estampado.

—Perfecta.

Bessie Musgrave tenía diecinueve años, era sencilla, entusiasta, hogareña y, aunque de pertenecía a una familia acomodada, no era nada dada a las frivolidades. Sin embargo, tras haber estudiado en el mejor colegio de señoritas de la ciudad, no destacaba especialmente por su intelecto y ni siquiera podía calificársela como sagaz. Su vida giraba en torno a su familia y a su prometido, Eugene Randall.

Hija de una amistad de Paul, la conoció durante una cena. Tras una animada conversación en la que también participó Samantha, empezó a leer los libros de Buster Morrison para pasar a convertirse en una habitual de las reuniones del Club.

Jennifer no podía calificarla como una gran amiga, ambas tenían puntos en común y de tanto en tanto coincidían en una reunión social. No obstante, no era

una novedad que salieran juntas, solo que esa vez iba a usarla como compañía para no levantar sospechas. Aunque no era un sentimiento del que se sintiera especialmente orgullosa, necesitaba a alguien que no fuera a percatarse de sus intenciones.

Por eso Bessie era la persona adecuada.

El edificio donde iba a tener lugar la conferencia era de estilo románico con una fachada de terracota. La entrada principal, con arcos de medio punto, daba acceso a un imponente *hall* donde esa mañana apenas se había concentrado gente.

Bessie observó a los asistentes y después le lanzó una mirada cargada de dudas.

—¿Es aquí?

Jennifer le correspondió con una sonrisa tranquilizadora. Por suerte, no le había preguntado por su repentino interés por la ornitología.

—Sí. Bienvenida a la sede de The Alden Ornithological Society, una organización de tipo recreativo que une a los amantes de los espacios naturales y la observación de aves.

Jennifer descubrió que había sido fundada diez años atrás y que la señora Kramper era un miembro destacado por sus generosas donaciones. La joven no podía llegar a comprender cómo una mujer de su posición podía sentir esa fascinación por las aves, pero no estaba allí para juzgar, sino para resolver el misterio.

—Vamos, Bessie. Vamos a curiosear. Igual tenemos suerte y conocemos a alguien.

—¿Tú crees?

Jennifer no hizo caso de sus dudas, puesto que acababa de reconocer a la señora Kramper, que estaba rodeada de cuatro amigas.

Señaló con discreción.

—Esa de ahí es Florence Kramper.

Bessie pareció interesada. Alzó su naricita respingona y la contempló de la cabeza a los pies.

—¿La esposa de Frederick Kramper, el magnate del acero? —susurró,

visiblemente impresionada.

—Y filántropo —añadió—. Su fortuna es inconmensurable. —Por eso James ponía tanto empeño en demostrar la infidelidad, incluso si para ello debía recurrir a la mismísima Jennifer, que había jurado no volver a dirigirle la palabra.

—Solo la vi una vez, en una fiesta de verano. Ya estaba casada y su esposo no se separaba de ella, visiblemente enamorado.

Jennifer hizo una mueca. Al parecer, al señor Kramper ya se le había acabado el amor.

—Yo nunca he tenido ocasión. Aunque todo el mundo en Nueva York sabe de ella.

—Es muy hermosa —reconoció Bessie. Su cabellera negra, reluciente y peinada con esmero, le daba cierto aspecto exótico. Su piel de porcelana y sus pómulos altos eran la envidia de cualquier mujer—. Lo es, incluso con esa chaqueta y la falda azul que no le hacen justicia.

—Estoy de acuerdo.

—¿Quieres que nos acerquemos? Podríamos presentarnos. Mi padre y su esposo tienen amigos en común. ¿O se trataba de alguien con el que había hecho negocios? —se preguntó en voz alta—. Ahora no lo recuerdo.

—No deseo contrariarte, pero fíjate en esos hombres que parecen sostener la pared. —Jennifer puso sus manos en los hombros de la joven e hizo que mirara con disimulo. Repartidos por el vestíbulo y con la espalda pegada en la pared, tres tipos de traje oscuro vigilaban a las damas—. Protegen a la señora Kramper. No dejarán que nos acerquemos.

Y ella misma debía haberles ofrecido una buena bonificación para que no contaran sus tejemanejes a su esposo.

Si era cierto que tenía un amante, por supuesto.

Bessie abrió los labios, sorprendida por la sabiduría de su amiga.

—¿Cómo te has dado cuenta? Pasan bastante inadvertidos. Ni en un millón de años lo habría notado —dijo con inocencia.

«Por eso, querida, te he traído hoy conmigo», se dijo.

Jennifer se libró de contestar, puesto que en ese momento invitaron a todos los

presentes a avanzar hasta una sala preparada para la ocasión. Se trataba de un lugar más grande de lo que ella habría imaginado, lleno de vidrieras con pájaros disecados.

—Señores, señoras, gracias por asistir a este acto organizado por The Alden Ornithological Society —escuchó decir delante de todo, pero sin ver quien hablaba—. Antes de comenzar, les dejaremos unos minutos para que disfruten de nuestra magnífica colección.

—Yo ni siquiera puedo mirar —oyó decir a Bessie, que se encontraba junto a ella—. Estos pájaros muertos me dan miedo.

Jennifer no la obligó a hacerlo, puesto que ella tampoco se sentía demasiado predispuesta. Prefería escuchar sus trinos que verlos en aquella exposición. Ella, que no sentía ninguna inclinación por ese tema, se veía forzada a estar presente en una conferencia sobre el reclamo de las aves por pura necesidad, puesto que era incapaz de diferenciar entre un petirrojo y un jilguero.

A pesar de que no habría más de quince personas, eligió sentarse en la última fila, donde podía observar mejor sin levantar sospechas y ofreció una animada conversación a Bessie. Mientras tanto, no perdía detalle de lo que sucedía en la sala. Fue entonces cuando se fijó en el recién llegado, un hombre joven de no más de treinta años. Vestía un traje de tweed de dos piezas, una camisa pastel con el cuello blanco y una corbata oscura. Llevaba el sombrero entre sus manos.

Jennifer apreció su atractivo incluso con su corte de cabello, más largo de lo que dictaba la moda. Y desde su posición percibió, también, que se trataba de un hombre seguro de sí mismo.

Tuvo una sensación extraña, como una corazonada, que no supo explicar en ese momento. No obstante, cuando una de las mujeres de la comitiva de la señora Kramper dejó el grupo y se acercó al desconocido de forma inesperada fue cuando supo, sin lugar a dudas, que había dado en el blanco. Ni siquiera tuvo que esperar a verla entregarle un papel, con un gesto sutil y discreto. Jennifer sabía que ese era el modo en que los amantes se comunicaban con regularidad, amparados por la bendición de sus amigas. O por lo menos, una servía como cómplice para ese propósito.

Todavía debía confirmarlo antes de contar con la victoria. Sin embargo, no

pudo evitar sonreír para sí.

De repente, aquello le estaba gustando.

\*\*\*

Su posición era estratégica. De pie y apoyado en el marco de la puerta doble, podría escabullirse en un segundo sin ser visto cuando el acto terminara. Sin embargo, también era vulnerable a los imprevistos, porque solo con que Jennifer se diera la vuelta lo encontraría cara a cara, dejando su plan al descubierto. Como no tenía una explicación plausible que darle rezaba porque eso no llegara a suceder y librarse así de un grave aprieto.

Ross escuchaba de fondo la charla ofrecida por dos profesores expertos en ornitología, uno de ellos venido de California. Aunque su atención no estaba puesta en aquel interesante tema, sino más bien en su mujer, que a su vez, no dejaba de observar, con cierto disimulo, a un tipo sentado unas filas más adelante. De Jennifer solo podía ver su la nuca y la parte alta de la espalda, pero su postura, inclinada a la izquierda, dejaba patente cuál era su verdadero interés.

«¿Será él?», se preguntó con una repentina sensación punzante en el estómago. «¿Será el culpable de las llegadas tardías de Jennifer y del distanciamiento en nuestro matrimonio?».

Aquel pensamiento era tan descorazonador que la derrota se instaló con fuerza en sus pensamientos. Sin embargo, debía estar seguro antes de juzgar. Ross tenía muy buena opinión de Jennifer y siempre había confiado ciegamente en ella, porque no poseía un carácter en absoluto traicionero. Todo lo contrario; su esposa se entregaba en cuerpo y alma a las personas que amaba y él había sabido desde un principio cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

«El amor puede terminar muriendo», se dijo para sí. ¿Sería lo que había terminado sucediendo?

«Tranquilízate, Walker. Hay una explicación lógica tras el comportamiento de Jennifer. Cuando lo descubras, te reirás».

Tras una hora de conferencia y el mismo lapso de tiempo luchando consigo

mismo y con sus demonios interiores, el acto se dio por finalizado. Ross se batió en una retirada momentánea y regresó a la seguridad que le ofrecía el automóvil de alquiler para esperar los siguientes movimientos de Jennifer.

\*\*\*

Normalmente, a esas horas, permanecía encerrado en el despacho, sumido en correcciones de sus alumnos o buscando nuevos enfoques para sus clases.

Ross adoraba tanto la rutina como la planificación, esmerándose en no dejar ningún cabo suelto a la improvisación. Le gustaba saber a qué atenerse; así se sentía más seguro y pensaba que eso le ayudaba a transmitir mejor los conocimientos.

Él no enseñaba a huérfanos, se decía con orgullo, sino a estudiantes que harían del futuro un lugar mejor.

Así que, en definitiva, solo plantaba semillas que tarde o temprano terminarían germinando.

Sin embargo, esa noche su mente estaba dispersa, como otras tantas en los últimos tiempos. Seguía dándole vueltas al extraño comportamiento de su esposa esa misma mañana. Al terminar la conferencia, y en compañía de Bessie Musgrave, Jennifer siguió a pie al atractivo hombre de la sala durante diversas manzanas hasta llegar a un lujoso bloque de apartamentos, donde su esposa y su amiga no entraron. Lo curioso del caso era que el desconocido no parecía sospechar que le estaban siguiendo, lo cual le hacía preguntarse una y otra vez quién diantres era el tipo y qué tenía Jennifer que ver con él.

Escuchó un sonido en el vestíbulo y Ross aguzó el oído, atento a cualquier detalle, porque el personal doméstico se había retirado ya, al igual que Jennifer, por lo que no sabía de quién se trataba.

Se levantó para abrir la puerta con cautela, sin hacer el menor ruido, mirando por la ranura que quedaba.

—No, no se ha ido con la señora Kramper —escuchó decir a su esposa, que le daba la espalda, manteniendo el auricular del teléfono pegado a la oreja.

Ross se rascó la barbilla, atento, preguntándose con quién diantres hablaba Jennifer a esas hora de la noche.

—Sí, estoy segura —continuó diciendo ella, sin sospechar que él andaba al acecho. Tal vez bajara un poco la voz, pero Ross seguía escuchando a la perfección—. Yo misma le seguí cuando terminaron las charlas. Ni siquiera intercambiaron una mirada. Creo que deben verse en otro sitio; tal vez uno más discreto.

Prestó todavía más atención. Hablaban del hombre de la conferencia. Así que de repente aquella conversación se ponía interesante y pensó que tal vez sus dudas de la mañana podrían verse aclaradas.

—Vamos, ¿acaso no confías en mi instinto? La señora Kramper y ese hombre están involucrados de algún modo. Solo debemos averiguar dónde se ven y el asunto quedará resuelto.

Por un momento se hizo el silencio y Jennifer se limitó a escuchar lo que le decían desde el otro lado del teléfono.

Entonces la vio asentir con vigorosidad.

—Sí, tienes razón. No queda más remedio. Bien. Buenas noches.

Ante la despedida, Ross juntó la puerta y se precipitó hacia el escritorio, mas su esposa no hizo intento alguno de interrumpirle. Sus pisadas le indicaron que regresaba a la habitación.

Se reclinó en la silla, pensativo.

Había demasiados interrogantes en la vida de Jennifer que él desconocía, se dijo. Aquella conversación podía deberse perfectamente a un favor que le estuviera haciendo a una amiga o alguna cosa tan rebuscada como ella.

Suspiró mirando al techo. Estaba satisfecho. Por lo menos no estaba cometiendo adulterio.

Eso de por sí le quitó un gran peso de encima. Sin embargo, debía averiguar qué estaba sucediendo y por qué de repente su vida conyugal estaba del revés.

*La perseverancia obtiene recompensa.*

—La liebre ha salido de la madriguera —musitó para sí, tan concentrada en su presa, como si fuera a salir de caza.

A pesar de la música, Ross pareció oírla. Desvió la mirada del escenario y la observó con atención. Incluso tomó su mano enguantada y se la sostuvo con gentileza. Con aquel gesto dejaba claro que le importaba todo lo que viniera de ella. Y eso resultaba ser un cambio llamativo que hinchaba su pecho de orgullo.

En solo unas semanas había pasado de ser casi invisible para su esposo a ser su centro de atención. Visto con objetividad, tal vez la elección de la palabra «invisible» resultara un tanto exagerada, pero su comportamiento respecto a ella era tan drástico que en los últimos días se las había apañado para hacer innumerables planes que los incluían a ambos.

Un día Ross decidió que ambos pasaran la tarde juntos. Fue muy astuto por su parte avisarla con tiempo suficiente para no darle la opción de negarse —como si ella fuera a hacerlo—. No obstante, eso no fue todo: incluso la dejó elegir qué hacer. La tarde de ocio acabó siendo la más maravillosa que había vivido junto a él. Todavía la recordaba con nostalgia y le hacía arrancar algún que otro suspiro. Desde entonces, él procuraba que Jennifer entrara en sus planes diarios y la escuchaba con muchísima más atención de lo que antes acostumbraba. Sin embargo, no significaba que de la noche a la mañana se hubiera convertido en el caballero andante que ella buscaba, aunque sí la hacía sentirse mucho más querida.

Su plan todavía no podía finalizar.

Jennifer sentía una predisposición innata hacia Ross y todo lo bueno que proviniese de él. Por supuesto, le resultaría muy fácil acomodarse a esos pequeños, pero significativos cambios. No obstante, seguía convencida de que había mucho por mejorar. Solo por eso trataba de maniobrar con inteligencia, no entregándose del todo a aquel nuevo Ross.

—¿Decías?

Jennifer sintió una cálida caricia en su corazón. Dibujó una sonrisa estúpida en sus labios y entrelazó los dedos con los suyos.

A pesar de ello, tuvo que recordarse que aquella noche no estaban en la ópera por placer. Su misión era otra. Debía pensar con frialdad y no dejarse llevar por el sentimentalismo si no quería encontrarse con la hostilidad de James. Así que apartó la mano y se concentró en lo que debía.

—¿Me disculpas un segundo? —le susurró al oído a pesar de encontrarse solos en el palco.

Jennifer había decidido que alquilar uno para los dos sería lo más práctico si no quería molestar a las demás personas con sus idas y venidas. Cuando le comunicó a James que él debía pagarlo, el detective casi se atragantó. No obstante, pudo convencerlo de que se trataba de gastos de la misión y que si, conseguía entregarle pruebas convincentes, todavía le saldría barato. Solo así lo persuadió.

La ópera de Verdi *Il Trovatore*, que se estrenó unas semanas atrás en el Metropolitan Opera House de la Calle 39, hacía más de quince minutos que había comenzado. Por los prismáticos, Jennifer había observado cómo la señora Kramper se retiraba con suma discreción.

No tenía tiempo que perder. Hacerlo podría acabar con su única posibilidad de éxito.

—¿A dónde vas? —Ross no pudo salir de su asombro. Había sido idea de su esposa acudir a aquel espectáculo cuando la relación entre ellos estaba mejorando.

¿Ahora quería retirarse?

—Voy a saludar a una amiga —susurró mientras se levantaba.

—¿En este preciso momento? Espera a la media parte.

Jennifer hizo caso omiso de su argumentación.

—¿Y si ya se ha marchado?

—Nadie se va a la media parte.

—Pero en ese momento todo es demasiado confuso. Los pasillos se llenan de gente y es muy difícil moverse. —Jennifer le soltó lo primero que les pasó por la mente esperando que aquella sencilla explicación bastara—. No me arriesgaré.

—Jennifer, no... —Ross se quedó con la palabra en la boca cuando ella terminó de incorporarse y susurró, mientras desaparecía tras la puerta:

—Ahora vuelvo.

La mujer que seguía salió por la parte opuesta del auditorio, un piso más abajo, por lo que no le dejaba mucho margen de error. Si como sospechaba James mantenía un idilio con alguien de la ópera, eso significaba que la perdería entre los laberínticos pasillos de los pisos inferiores reservados para el elenco y los trabajadores. Imposible de rastrear.

Para esa noche había escogido un vestido de color coral con tonos marrones y mangas hasta el codo, pero la falda era tan estrecha que tuvo que levantarla un poco para echar a correr. Se dio cuenta de que no era el más apropiado para eso, pero qué se le iba a hacer.

Los caballeros con los que se cruzaba parecieron asombrados por lo indecoroso de su comportamiento; incluso alguno le echó un piropo que ella correspondió con una sonrisita de disculpa mientras continuaba a lo suyo.

Cuando ya había alcanzado el piso principal buscó arriba y abajo hasta que a lo lejos divisó la estela de la señora Kramper. Iba sola y sin ningún tipo de protección, por lo que Jennifer bajó la guardia y relajó el paso. Se alisó el vestido y se dispuso a seguirla con disimulo.

Su objetivo sabía muy bien hacia dónde se dirigía. Era obvio que había estado allí antes; sobre todo porque pudo averiguar que hacía generosos donativos para las producciones.

Al parecer, su filantropía no tenía límites.

Cuando descendió por una pequeña escalera de servicio, no dudó un instante en hacer lo mismo.

Jennifer se dio cuenta de que en esa parte privada del Met estaban acostumbrados a las visitas de los espectadores, quizá para agasajar a los tenores o sopranos, porque la gente con la que iba encontrándose la saludó con cortesía. Esperó a que pasasen unas chicas cargadas con trajes y se acercó a una mesa con varios ramos de flores. Estimó oportuno coger uno prestado; uno que con seguridad no echarían en falta.

Avanzó despacio con la cabeza ladeada para ver mejor, agradecida de la seguridad que ofrecían las flores. Había seguido a muchas personas en el pasado y sabía que debía darle cierta ventaja a su objetivo para que no reparara en ella, pero la señora Kramper estaba ganándole terreno y temió perderla, lo cual no podía suceder, sobre todo porque sabía que James estaría frenético. Odiaba perderse la acción.

De forma fugaz vio cómo la señora atravesaba una puerta que parecía dar al exterior. En el callejón fue escoltada por un chófer hasta el auto con el motor encendido que los esperaba y, aunque sabía que seguirla resultaría una empresa del todo inútil, se lanzó tras ella intentando alcanzarla. Sin embargo, ni siquiera llegó a salir del edificio; un hombre de dimensiones descomunales salió de la nada barrándole el paso, por lo que supo al instante que era alguien que vigilaba por la seguridad de la mujer.

Le iba a ser imposible superar esa barrera.

«Por poco», se dijo. Pero ya había juntado todas las piezas.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó con tono sombrío.

No pudo evitar fijarse en la cicatriz poco elegante que cruzaba su rostro. Tragó saliva mientras su mente trabajaba a gran velocidad. Tenía toda la pinta de ser un rompe-huesos.

Estaba en una postura delicada, pero había salido de situaciones peores.

—Yo... sí. —Miró a su alrededor tratando de hacerse la despistada—. Estoy buscando el camerino de la señora o señorita Johanna Gadski —señaló el ramo de flores—, porque es obvio que no sé si está casada... —parloteó. Eso siempre daba resultado—. Estoy de vacaciones con mi esposo en Nueva York... ¡Por Dios, qué ciudad tan enorme y caótica! Está llena de autos que van arriba y abajo, abajo y arriba. Si te descuidas, te atropellan. —Sacudió la cabeza—.

¡Inaudito! —exclamó—. En mi pueblo, porque soy de Ohio, no quiero decir que no se vean autos, ¡pero solo hay dos o tres! A ver... está el del señor Holt... el del...

—Señorita. —El hombre llamó la atención—. ¿Ha dicho que busca el camerino de la soprano Johanna Gadski? Todavía es muy temprano y el primer acto ni siquiera ha acabado.

—Eso mismo piensa mi John —se explicó—. Mi esposo. Verá, anoche vinimos a ver la ópera y debo decir que me encantó. ¡Fue tan emocionante! —murmuró con ensoñación—. Así que hoy hemos repetido. Cuando les cuente a mis niñas todo lo que hemos visto. —Hizo un gesto con la mano que tenía libre abarcando todo aquello, como si esa parte del edificio mostrara algún encanto—. Tengo tres: Louise, Margaret y Lynette. Sí, ya sé lo que está pensando —le apuntó con un dedo.

—No, yo...

—Sé que parezco muy joven para tener hijos. —Jennifer continuó la farsa con animación, consciente de que esa noche ya no podrían averiguar hacia dónde se marchaba la señora Kramper—. Pero la vida en el campo es diferente y me casé tan joven...

—Señora —la cortó con sequedad.

«Vaya, este estúpido gorila no va a seguirme la corriente», pensó.

—¿Sí? —preguntó con toda la inocencia de la que era capaz.

—Todavía es muy temprano para que entregue el ramo de flores, así que déjeme acompañarla hasta su asiento.

—¡No puede hacer eso!

—¿Ah, no? —Mostró un ligero enfado. Jennifer sabía que estaba agotando su paciencia.

—Si lo hace, mi esposo pensará que soy una pueblerina —argumentó para que se apiadara de ella. Si la llevaba con Ross podría darse cuenta de que había estado tomándole el pelo y descubrir su tapadera—. Es la primera vez que salimos de Ohio.

—Está bien —le concedió. Hasta ahora se había metido muy bien en su papel y no era posible que aquel hombre sospechara de ella—. ¿En qué piso están?

—El tercero.

—Bien, esto es lo que haremos. La acompañaré hasta las escaleras y usted regresará derecho con su esposo. ¿De acuerdo?

Ella le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—Gracias, gracias.

Jennifer fue conducida de regreso y a toda prisa por el mismo camino hasta el pie de las escaleras, donde le había prometido quedarse.

—Hemos llegado —anunció con solemnidad.

Sabía que no iba a marcharse hasta estar seguro de que regresaba con su esposo, así que no lo alargó más y murmuró un agradecimiento mientras enfilaba escaleras arriba.

Se aproximó hasta la puerta del palco y titubeó. Debía informar a James lo antes posible, porque de otra forma no podría hablarle de sus averiguaciones hasta el día siguiente, así que miró hacia atrás para comprobar que el gorila no la hubiese seguido. Al advertir que no, depositó el ramo en el suelo y volvió sobre sus pasos. Asomó la cabeza por el hueco de la escalera y al no ver nada sospechoso las bajó con cautela.

Sabía que James estaría esperándola en su auto por si acaso. Ahora solo debía averiguar en cuál.

Al salir a la calle sintió un ligero temblor y la piel se le erizó. La noche no era demasiado fría, pero se había levantado una ligera brisa, por lo que se llamó tonta al no pensar en ese detalle. Había dejado el chal en el palco, junto a su esposo.

Decidida a no rendirse por una nimiedad, se fijó en la hilera de autos aparcados en la calle. Todos le parecían iguales, por lo que tuvo que ir uno por uno inspeccionando hasta dar con él.

Cuando lo encontró, dio unos golpecitos en el cristal.

—James —susurró.

Al darse cuenta de quién se trataba le hizo señales para que entrara por la otra puerta.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó, yendo al grano una vez ella estuvo sentada.

—Bastante —respondió con cierta sensación de triunfo.

—¿Qué quieres decir?

—He estado siguiendo a la señora Kramper por toda la ópera.

El detective masculló una maldición. Aquella noche había sido una tremenda pérdida de tiempo, pero al instante se dio cuenta de algo.

—¿Por toda la ópera? —repitió.

—Exacto. —Le sonrió porque había dado en el clavo—. Antes de esta noche, vigilé a la señora Kramper un par de veces sin resultados concluyentes —comenzó a explicar—. Oh, no fue tan malo —se dijo a sí misma—, porque descubrí quién era su amante. Pero a pesar de ello, seguía sin saber dónde diantres se encontraban los dos amantes. Al parecer, son muy astutos.

—Lo único que tiene sentido es la ópera —opinó James.

Jennifer asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, aunque a diferencia de lo que creíamos, aquí no se ve con nadie.

El detective soltó una maldición, antes de preguntar:

—¿Estás segura?

—Sí. La he seguido hasta una puerta trasera donde te puedo asegurar que había un chófer esperándola. Una opción en la que ninguno de los dos había pensado.

James sospesó sus palabras.

—Entonces, ¿estás diciendo que se ha marchado?

—Sí.

—Maldición, la hemos perdido —gruñó con cierta derrota.

—Por supuesto que no. —Hizo una pausa antes de agregar—. Tengo la dirección de su amante. Así que la próxima noche tienes dos opciones: aparcar el auto en una buena ubicación y, cuando los veas pasar, los sigues. O puedes esperar donde yo te diga. Te llevará justo a donde tú quieres.

James dejó patente cierta desconfianza en sus métodos, que esa noche Jennifer se permitió pasar por alto.

—¿Cómo has dado con esa dirección?

—Indagando —respondió con simpleza, para luego relatarle lo acontecido antes, durante la conferencia organizada por The Alden Ornithological Society y otro día que siguió a la señora Kramper durante un paseo por el parque.

James la escuchó con cierto escepticismo, pero en silencio. Todo aquel asunto le estaba ocupando más tiempo de lo que pensó en un principio y su cliente se estaba impacientando. Él no era un hombre que se rindiera con facilidad y aún no había tirado la toalla ni mucho menos, pero estaba empezando a cogerle pereza al tema.

—¿Cuántos hombres la acompañaban? —quiso saber entonces, calculando sus opciones.

—Solo el chófer.

—¿Estás segura?

—Sí.

Solo había podido echar un vistazo rápido. Aun así, estaba muy segura de lo que había visto.

—La próxima visita al Met será en tres días, por lo que empezaremos a montar guardia temprano. —Era mejor seguirla desde ahí y asegurarse de que Jennifer estaba en lo cierto.

—No te engañes —lo detuvo—. Esa noche no voy a venir.

—¿No te va bien?

Jennifer suspiró, agotada por tener que explicárselo todo.

—No voy a seguir ayudándote.

—Pero dijiste... —protestó.

—¿Es que no ves que estoy engañando a mi esposo? Ross no se lo merece. — Lo cual resultaba ser dolorosamente cierto. Podían tener todo tipo de problemas, pero su esposo era bueno y no le gustaba estar actuando a sus espaldas. Lo había abandonado para ayudar al detective y en esos momentos se encontraba solo en el palco—. Esta noche ha sido la última vez.

Le había prometido una noche para ellos; para relajarse, salir y disfrutar, pero solo se trataba de una treta para seguir a la señora Kramper. No le gustaba utilizarlo de ese modo y los remordimientos estaban empezando a mortificarla. El único consuelo que le quedaba era saber que Ross no se enteraba de nada de lo que ocurría.

James no trató de presionarla, la conocía lo suficiente para saber que su decisión era firme. Aquello era un adiós definitivo. Debía dejarla volar sola, que

hiciera su vida, pero sintió un pinchazo de nostalgia.

Nunca volverían a trabajar juntos.

Ella, en cambio, tuvo una sensación distinta. Una vez tomada la resolución se sintió liberada, como si le hubiesen quitado un peso de encima. Había cambiado mucho desde que conoció a James y, aunque pensaba que echaba de menos las aventuras que vivieron juntos, se dio cuenta de que pertenecían al pasado y que ya no le importaba tanto. Ahora su vida estaba junto a Ross; esa era la aventura de su vida.

El resto de la velada trató de no separarse de su esposo. Jennifer actuó como si nada y él no hizo ningún tipo de comentario sobre su escapada. Al llegar a casa pasaron al salón y le sirvió una copa de licor mientras compartían sus impresiones sobre la ópera. Aunque ambos estaban cansados sintió que necesitaba recompensarle de algún modo, porque no quería acostarse con esa sensación de vacío que la acosaba.

—Deja que te dé un masaje en los hombros —murmuró cuando lo vio bostezar, no sin antes servirle un poco más de licor.

Ross parecía cómodo y relajado con la situación. No puso trabas ni trató de escaquearse; todo lo contrario. Había dejado toda la seriedad fuera del salón y permitía que ella llevara las riendas.

Era muy fácil estar así con él, pensó mientras sus dedos comenzaban a acariciarle con ternura a través de la camisa. A pesar de la tela, pudo notar el calor que desprendía su cuerpo.

Ross estiró los brazos y le tomó las manos, entrelazando sus dedos.

Ella lanzó un suspiro de felicidad, lo besó en la nuca y se aferró a su cuello. Le encantaba estar así con él. Era un sueño por el que había estado luchando: disfrutar de esa intimidad. Si las cosas seguían así y se mantenían, su matrimonio estaría salvado.

Las caricias comenzaron a hacer efecto en Ross, que la atrajo hacia él y la sentó a horcajadas sobre las caderas hasta amoldarla completamente a su cuerpo. Ahora tenía acceso total a ella y quería saborearla.

No había ética ni moral que valiera. Santo Cielo, eran marido y mujer; se pertenecían el uno al otro. Estaban casados y hacía demasiado que no estaban

juntos. Ambos tenían derecho a dejarse llevar y saborear los placeres que ofrecía la intimidad de su hogar. Si no lo habían hecho antes se debía al comportamiento escurridizo que Jennifer había ofrecido durante las últimas semanas. Todavía había muchos interrogantes que seguían molestándole al respecto, pero una cosa era segura: aquella noche estaba allí, con él.

La besó primero en la frente y luego deslizó la boca más abajo, provocando que la joven gimiera. Notó la presión que ella ejercía sobre los labios y los abrió para facilitarle el acceso, al tiempo que introducía la lengua, simulando un baile cargado de erotismo.

Ross sintió las sienes palpar mientras se sumergía en un terreno apasionado totalmente desconocido hasta entonces. Los gestos gentiles y comedidos, habituales en él, se esfumaron de un plumazo, así que los besos que siguieron no fueron nada moderados, sino una expresión del ansia que Ross experimentaba en los últimos tiempos. A pesar del fulgor del momento, comprendió que Jennifer era la mujer que había elegido para compartir su vida. Una vida en teoría sencilla y agradable.

Aquella verdad llegó con la fuerza de un relámpago y se instaló en su cabeza. Por unos segundos detuvo su avance al percatarse de lo mucho que significaba su esposa para él; mucho más de lo que creía hasta entonces. Jennifer se había vuelto su fuerza motora e impedía que se sepultara en una triste, gris y vacía existencia. Ella le había devuelto la esperanza, algún día perdida, de soñar con un futuro mejor. Había sido demasiado necio como para comprenderlo cuando se aferraba a su monótona y segura vida como si esta no pudiera ser más completa y mejor.

La observó con los ojos vidriosos. Estiró la mano y acarició su mejilla. Aquella mujer era bella como el amanecer, tan alegre como el canto de los pájaros y tan fuerte como una tormenta.

¡Qué cruel había sido por su parte no apreciar su esencia!

—Lo siento —susurró, embargado por la emoción. Era como si por fin hallara el camino del que tanto tiempo se había creído perdido.

Jennifer lo observó con evidente inseguridad, temiendo que, como siempre, sus esperanzas se vieran truncadas.

Su voz tembló al preguntar:

—Ross, ¿qué sucede?

Él le sonrió con tristeza, rogando porque no fuera demasiado tarde para ellos dos.

—Siento haber desperdiciado parte de nuestro matrimonio. Siento no haber sido lo que tú esperabas.

Su esposa cubrió la mano con la suya.

—¿Por qué dices eso? Tú eres todo lo que quiero.

—¿Estás segura? Porque a veces pienso que sin mí te hubiera ido mejor: que yo no...

—Shhh, shhh —lo interrumpió ella—. Esta noche no, mi amor. Dejémoslo para mañana.

Ross asintió. Sentía pesar, pero también esperanza; una esperanza que iba aumentando conforme las atrevidas caricias de Jennifer aumentaban. Si ella le deseaba de esa forma tan exigente, no todo estaba perdido.

Poco a poco, las manos femeninas fueron ascendiendo por sus piernas para detenerse en sus muslos, muy cerca de cierta parte con vida propia que reaccionó al instante. Volvió a besarla, cada vez más frenético. Las caricias que su esposa le dispensaba por brazos, pecho y espalda lo enardecían y le hacían sentir la necesidad imperiosa y febril de hacerla suya en ese mismo instante. Todo el juicio del que siempre hacía gala se evaporó como por arte de magia. No quería esperar; o mejor dicho, no podía. La deseaba. Y punto.

Como si Jennifer fuera capaz de comprender lo que ni él mismo entendía, le desabrochó los pantalones con suma agilidad y le acarició el miembro hinchado.

Ross dio un respingo al notar sus manos tibias abarcando toda su virilidad. Se sentía al borde del abismo, aunque en realidad nunca se había sentido tan vivo.

—Jenny...

Había leído multitud de libros que hablaban de los estragos que la pasión causaba en los cuerpos. Ross, ajeno a ese descontrol, siempre había sentido cierto menosprecio por la falta de disciplina que experimentaban los seres humanos. Se creía inmune a ello. Hasta ahora, sus relaciones maritales habían sido serenas y agradables; lo que él consideraba que se ajustaba a los cánones del

decoro. Sin embargo, era la segunda vez, tras el beso en el orfanato, que perdía sus inhibiciones y sentía una necesidad física tan fuerte que ni tan siquiera era capaz de definir.

Jennifer notó el aliento cálido de su esposo cuando este lanzó un gemido ante su contacto. Sabía lo que deseaba, así que no perdió tiempo en quitarse la ropa interior y guiarle hasta su interior.

Sus movimientos empezaron suaves, pero al cabo de un momento se volvieron erráticos. Ross le acariciaba el pelo, la espalda y las nalgas mientras a cada minuto que pasaba los movimientos se volvían más y más apasionados.

Era extraño comprobar lo que conseguía un poco de abstinencia, porque Jennifer sentía fuego en su interior. Aceleró el ritmo mientras Ross la miraba a los ojos, por lo que cuando la liberación la sobrevino, se agarró con fuerza a sus hombros, estallando en mil pedazos.

—Te quiero —susurró.

*La verdad siempre surge.*

Se estiró sobre las sábanas con pereza mientras saboreaba la noche anterior; un recuerdo vivo, intenso y maravilloso.

Ross no se había conformado con la intimidad compartida en el salón y, lejos de lo que la tenía acostumbrada, volvieron a hacer el amor, esta vez sobre la cama. Fue entonces cuando besó todo su cuerpo, acarició su piel e hicieron el amor con lentitud, porque ambos querían disfrutar de cada segundo juntos. Aun así, fue igual de placentero.

Con una sonrisa en los labios extendió los brazos y las piernas todo lo que pudo y volvió a encogerlas con desgana. No le apetecía levantarse. ¿Para qué? Con toda seguridad su esposo estaría encerrado en la biblioteca entre montones de libros, con lo que no le quedaría más remedio que pasar sola la mañana.

Jennifer se preguntó si lo sucedido entre ellos podría jugar a su favor y calificarse como un gran cambio. De ser así, y sumado al galanteo con el que Ross la había obsequiado en los últimos días, tal vez pudiera persuadirlo para dar un paseo. Al fin y al cabo era domingo.

Tras meditarlo unos segundos se decidió a probar suerte; no perdía nada por intentarlo. Pero al poner los pies en el suelo, por el rabillo del ojo vio una sombra que la hizo levantar de golpe.

—¡Ross! —exclamó con el corazón encogido por el susto al darse cuenta de quién se trataba.

Él ni se inmutó. Sentado en una butaca junto a la ventana, la observaba con un

rictus circumspecto pintado en el rostro. Ella tragó saliva. Su sexto sentido le advertía que lo que venía a continuación no era bueno.

Por Dios, esperaba que no fuera a soltarle un sermón sobre la virtud y el arrepentimiento. No estaba preparada para ello.

—¿Podrías vestirte? —le pidió Ross, con más seriedad de la que acostumbraba.

—¿Por qué? —preguntó ella con recelo. Era incapaz de adivinar lo que estaba pensando su esposo en esos momentos; y eso le preocupaba.

—Vamos a... hablar. No —rectificó—, mejor, tú vas a hablar.

Ella tensó todos los músculos de la cara.

—¿Pero de qué?

—De una vez por todas vas a contarme lo que estás escondiendo.

A Jennifer se le quedó el aliento atrapado en la garganta cuando lo vio levantarse y acercarse a ella, deteniéndose a escasas pulgadas. Sintió que sus ojos la atravesaban como un puñal.

—¿Es por eso que estás aquí sentado como un inquisidor? —Lanzó una risa histérica tratando de lidiar con el mal presentimiento—. No estoy escondiéndote nada —le aseguró.

En realidad, tenía unas cuantas mentiras de las que se arrepentía, pero no sabía a cuál se refería su esposo.

—¿Acaso crees que soy tonto? —le espetó con tanta dureza que la hizo enmudecer de golpe—. Quizá lo parezca porque no me inmiscuyo en tus cosas y te dejo ir a tu aire...

—¿Ir a mi aire? ¿Qué diantres significa eso? No eres mi amo y no necesito tu permiso.

—¿Crees que haciéndote la ofendida vas a conseguir despistarme? Conozco todos tus trucos.

Ross la vio hacer algunos pucheritos para confundirlo, como si se tratara de una niña pequeña jugando a la evasión, mas ni siquiera pestañeó al respecto. Eran reacciones típicas de ella. La primera fase consistía en la distracción, en echar una cortina de humo; la segunda en el pataleo o fingimiento, como un desvanecimiento, y por último llegaba la negación. Conocía todo el repertorio y,

aunque no siempre llegaban juntas, si se sentía acorralada todo era posible, pero él no se dejaba enredar.

Esperó paciente.

—No sé de qué hablas —anunció ella con tanta dignidad como pudo.

«Ahí está», pensó él.

—¿Quieres ser madura por una vez en tu vida?

Aquel reproche la ofendió sobremanera.

—No me gusta que me traten como una chiquilla.

—Entonces no te comportes como una. ¡Por Dios, tienes veinticinco años!

—¿Es que vas a darme una azotaina? —bromeó.

—Jenny... —le advirtió.

—Está bien, está bien, pero es que no sé lo que quieres de mí.

Jennifer tuvo que reconocer que estaba casada con un santo. Otro en su lugar habría perdido la paciencia con ella mucho antes. En cambio, Ross solo parecía ligeramente enfadado. La liga de los estoicos estaría orgullosa de él. Si vivieran en esa época seguro sería el líder de... de... de lo que fueran, porque ya no recordaba mucho de sus clases de filosofía.

«Concéntrate, concéntrate », se repitió al ver las arruguitas que se formaban en la frente a su esposo.

—Para empezar, un poco de sinceridad.

—De acuerdo —le concedió—. ¿Qué es lo que deseas saber?

—Que anoche fuéramos a la ópera no fue casual —declaró, con los brazos cruzados a la altura del pecho. No era una pregunta, sino una afirmación.

Jennifer lanzó un gemido de sorpresa. Se había dado cuenta.

—Tenía las entradas —murmuró, reticente a confesarle la verdad. Si ahora parecía molesto, no quería ni imaginar su reacción cuando todo se descubriera.

Debía calibrar cuánta verdad sería capaz de escuchar.

—¿Sí? ¿Y para qué? ¿Para desaparecer durante media función? —Ross descruzó los brazos y echó el cuerpo hacia adelante. Había veces que podía llegar a ser muy crédulo, otras hacer ver que en realidad no advertía ciertas cosas que ocurrían a su alrededor, incluso convivir con los tejemanejes en los que Jennifer se veía envuelta; porque en realidad estaba acostumbrado. Sin embargo,

no toleraba que le mintieran con descaro ni soportaba que lo tomaran por estúpido cuando la verdad era tan arrolladora. Había momentos, como aquel, en que la confianza depositada en su esposa volaba en mil pedazos—. Basta de explicaciones a medias. Por favor, sé sincera conmigo. Por lo menos nos debemos eso, ¿no crees?

Enmudecida, Jennifer se preguntó cómo Ross no le dijo nada anoche si ya tenía sospechas de eso que la acusaba, pero de pronto recordó cómo se habían desarrollado los acontecimientos posteriores y no pudo más que sonrojarse.

Suspiró, barajando diversas opciones, cada cual más cobarde. Tal como estaban las cosas sería una tontería tratar de mentirle por más tiempo, así que se decidió por la sinceridad.

—Estás en lo cierto —admitió al fin, avergonzada.

—¿Y eso significa...? —la empujó a continuar con suavidad.

—Yo... me encontré hace poco con James Mortimer.

Nadie podría haber aventurado lo que sucedió a continuación, si bien la simple mención del detective hizo que su cuerpo perdiera toda compostura y que su rostro hirviera de rabia e indignación. Y Ross estalló.

¡Malnacido!

—¡¡¡No me lo puedo creer!!! —gritó al aire, visiblemente encolerizado.

Además, el significado de aquellas pocas palabras fue filtrándose en su cerebro de forma contundente hasta no darle tregua.

Habían vuelto a verse. Así de claro y cristalino. Por fin podía entender el comportamiento de su esposa: sus tardanzas, sus pobres excusas, sus evasiones o su falta de ganas por compartir la intimidad con su esposo. No era el desconocido de la sociedad ornitológica; James Mortimer era el culpable de todo ello. Un hombre carente de honor.

¡Cómo se atrevía ese detective de poca monta a buscar a su mujer! Sobre todo porque en el pasado se aprovechó de ella. Esa sí era una verdad que hasta su propia esposa reconocía y aquello debería ser motivo de peso para mantenerlo alejado. Además, Jenny ahora estaba casada y debía respetarlo. Entonces, ¿por qué relacionarse de nuevo con él?

Era una pregunta crucial que lo atormentaba y que bajo su punto de vista tenía

una explicación sencilla: Jennifer estaba cansada de la vida que llevaba con él, esa era la pura verdad. Mortimer representaba todo lo opuesto a Ross: la libertad, la galantería o el espíritu de aventura, en contraposición al orden, al decoro y al aburrimiento. Él no ofrecía ningún estímulo interesante que la sedujera.

Comenzó a pasear arriba y abajo por la habitación tratando de asimilar todo aquello. Con la vulnerabilidad de un niño, tembló ante la posibilidad que cobraba fuerza, pues era la primera vez que veía tan cerca el fatal desenlace.

¿Iba a perder a su esposa por un tipo como aquel?, se preguntó con intensidad; tanta que necesitó de unos minutos para serenarse lo suficiente, evitando especular sobre lo que ambos habían estado haciendo bajo sus narices e ignorando una relación que no debería haberse producido. Ross no quería pensar en la multitud de posibilidades.

Le dolían todas ellas por igual.

Se apoyó en la pared buscando fuerzas y se quedó mirando al suelo.

—¿Todas esas noches estabas con él? —exigió saber con voz controlada.

—Más o menos —murmuró su esposa. Que la hubiera pillado en ese sentido no significaba que fuera a explicarle sus planes respecto a su matrimonio—. Él... él —tartamudeó— necesitaba mi ayuda.

—¿De qué tipo?

—Para un caso —aclaró—. Él no podía solo y recurrió a mí. Por eso estábamos esta noche en la ópera.

Ross debería haber sentido un inmenso alivio por la confesión. Estaban juntos solo por un caso y no con un fin romántico. Y Dios era testigo de que lo estaba, pero un nuevo malestar se instaló en su estómago.

—¿Cómo has podido? —Su patente frustración comenzó a convertirse en ira y el tranquilo Ross se convirtió en un hombre con flaquezas e imperfecciones—. ¿Cómo has podido dejarte embaucar de nuevo por ese rufián?

Estaba enfadado con ella porque siempre actuaba sin medir las consecuencias y porque al parecer le costaba aprender las lecciones de la vida.

—Sé que debo parecerte horrible —sollozó su esposa con sinceridad—. No lo he hecho para herirte, yo solo... lo hice. Lo siento.

Y se acercó a Ross, tratando de abrazarlo para no ahondar en el abismo que los

separaba. Él no hizo nada por apartarla, aunque tampoco le devolvió el gesto.

—Lo que más me disgusta es la pantomima. Me arrastraste a la ópera a sabiendas, porque todo era un plan calculado para vete tú a saber qué.

—Debía seguir a una mujer —le explicó ella—. Nada más que eso.

—Y por lo tanto, me utilizaste. —El comportamiento de aquel tipejo distaba mucho de ser ético, pero debía recordar que su esposa tenía una parte importante de culpa.

—Sí —confesó—. Reconozco que no hice caso de las implicaciones morales. Ya me conoces, primero actúo y luego pienso. —Jennifer le lanzó una mirada suplicante y cargada de culpa que lo conmovió, haciendo así disminuir su enfado —. Oh, Ross, quiero que sepas que me di cuenta de mi error y le dije a James que era el final.

—James —masculló. Sin saber por qué, le dolió oír cómo lo tuteaba.

Sintió una punzada en las entrañas difícil de descifrar. O tal vez no, porque Ross cada vez era más consciente de sus sentimientos; aquellos que había tratado de no tener jamás.

Si tenía en cuenta todas las consideraciones y descartaba las demás hipótesis, se daría cuenta que lo suyo era un ataque de celos por un hombre al que nunca le haría sombra. Y sí, estaba preocupado por la poca honestidad que había mostrado su esposa, si bien el motivo principal de su enojo seguían siendo los celos.

Santo Cielo. Se trataba de una palabra que hasta entonces no había entrado en su vocabulario. Extraño vocablo que golpeaba con dureza.

Ser consciente de sus propias debilidades lo dejó estupefacto. Él era una persona muy racional. Sin embargo, a pesar de sus defensas y barreras, Jennifer se había ido impregnando bajo su piel.

—Me siento mortificada —dijo la joven—. Sé que no tengo excusa. Te he herido y es lo que más me duele. No obstante, te juro que no te he faltado como esposa —declaró, para que no hubiera equívoco.

Solo se trataba de una aventura detectivesca que nada tenía que ver con lo sentimental ni lo sexual. Ella amaba a su esposo.

—Sabes —murmuró Ross, apartándose esta vez sí de ella. Sentía la cabeza y el

corazón a punto de estallar—. Creo que necesito un poco de tiempo para asimilar todo esto.

Sería un buen remedio serenarse para poder pensar con la cabeza fría. Tal vez así asumiera también su parte de culpa en aquella historia, porque había desatendido tanto a su esposa que en algún punto del camino dejó de confiar en él.

Ella asintió con la cabeza, comprensiva. Lo último que necesitaba era presionarlo. Sin embargo, una vocecilla interior le advirtió que sería un error continuar con el cúmulo de mentiras.

La había fastidiado y mucho, pero lo peor todavía estaba por llegar.

Jennifer volvió hacia atrás, tomó su bata y se la puso mientras se sentaba en los pies de la cama.

—Supongo que no dispones del suficiente —le aseguró con la debida cautela—. No puedes marcharte sin escucharme del todo.

Él alzó el rostro y volvió a centrar la atención en su esposa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó alertado.

—No sé ni por dónde empezar... —Hizo una pausa, vacilante, para pensar bien lo que decir—. ¿Puedes sentarte? Por favor. —Ross le hizo caso y tomó la butaca que había ocupado con anterioridad—. En los últimos tiempos he pasado tiempo con una nueva amiga.

—Sí. Es una de las admiradoras de Buster Morrison.

¿A dónde quería ir a parar?, se preguntó.

—Sí, aunque la situación no resulta tan inocente como puedas imaginar. Resulta que yo la conozco desde hace mucho; incluso antes de que mi madre se casara.

—¿No me dirás ahora que el detective ese va a vuestras reuniones? —Porque ya podía esperar cualquier cosa.

A ella se le formó una sonrisa en la comisura de los labios.

—Por Dios, no. ¿Sabes lo ridículo que suena eso?

Ross no lo vio del mismo modo.

—¡Me importa un rábano cómo suene! —exclamó, exasperado y a punto de perder la paciencia—. ¿Quieres hacer el favor de ir al grano?

Jennifer no perdió el tiempo en divagaciones e hizo lo que él le pidió.

—Un mes antes de nuestra boda me encontré por casualidad con Rosemary Clarson, la hermana de Samantha. Su apellido de casada es Connover. Y desde entonces hemos mantenido una secreta amistad. Yo soy la presidenta del Club de Admiradoras de Buster Morrison, si bien cuento con su inestimable ayuda —barbotó con tanta rapidez que tuvo que detenerse a coger aire—. Ale, ya lo he dicho.

La reacción de su esposo no se hizo esperar.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —repitió. Había conseguido dejarlo boquiabierto.

Jennifer pensó que su expresión podría resultar cómica si no fuera tan trascendente.

—Lo que oyes. Tal cual.

—¿Rosemary Clarson, ese diablo? —Ella asintió sin atreverse a defender a su amiga—. Por Dios Jennifer, ¿en qué estabas pensando? ¿Acaso no sabes cómo están las cosas y lo mala que fue con Samantha?

Aquello era el colmo.

Numerosas veces había oído relatar los acontecimientos a la familia Broderick de cómo la madre de las jóvenes trató de embaucar a Paul al mismo tiempo que hacía cuanto estuviera en sus manos para meterse en la cama de uno de los hijos. Inaudito. Y no solo eso. Ni la madre ni la hermana habían querido ni tratado bien a la escritora y ahora su esposa salía con esas.

—Ella no es como crees —balbuceó, antes de contarle la amarga historia, llena de agravios y desdichas—. Y ahora se apellida Connover —le recordó.

—Éticamente está mal que les ocultes esa amistad —murmuró tras veinte minutos de monólogo femenino. Jennifer había sido bastante precisa con los hechos, pero Ross seguía sin estar convencido—. No estoy cómodo siendo cómplice de tal delito moral.

Estaba claro que ambos tenían posturas contrarias al respecto. Jennifer era muy terca y lo último que quería era traicionar a su amiga. Sin embargo, para él estaba claro: primero era el bienestar de su familia. Y eso sin contar que no consideraba a Rosemary Connover, o como se apellidara entonces, una buena influencia para su esposa.

¿Era posible un cambio tan grande en una persona?, se preguntó.

«Tú lo has hecho», le decía entonces su voz interior. Su modo de comportarse con Jennifer no era igual que unas semanas atrás y él no era tan ciego como para no darse cuenta. No obstante, lo suyo tenía una explicación razonable: tenía miedo de convertirse en lo que fue su propio padre.

Admitir la verdad fue como una catarsis que le hizo darse cuenta que no deseaba seguir siendo un espectador de la obra que suponía su propia vida. Él quería tomar las riendas y ser el protagonista. Solo así evitaría que su esposa sintiera la necesidad de buscar aventuras o incluso afecto en los brazos del detective o de un desconocido.

Con asombro se dio cuenta también de que no era el tipo anodino que siempre había creído ser. Tenía el poder de cambiar las cosas si así lo deseaba; solo hacía falta coraje. De todas formas, no suponía un esfuerzo invertir su tiempo libre en Jennifer, ya que en realidad se sentía a gusto con ella. Era una mujer preciosa, cariñosa, deslumbrante, con ideas ingeniosas y enérgica en sus determinaciones.

No hubiera podido elegir mejor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Jennifer tras unos instantes de silencio—. ¿Me estás escuchando?

Ross pestañeó para hacer desaparecer sus pensamientos y se dio cuenta de que un par de ojos lo observaban con preocupación.

—Todo bien —contestó—. Pero sigo sin entender cómo te has metido en tremendo embrollo. ¿Sabes lo que ocurrirá si alguien de tu familia se entera?

Jennifer lanzó un breve suspiro.

—Contéstame con sinceridad. ¿Crees que lo del Club de Admiradoras es una mala idea?

Él intentó hacerlo.

—No. Reconozco que es algo novedoso y original. No sé si en el futuro cosas así triunfarán, pero debe ser muy halagador para Samantha tener a tantas mujeres encandiladas con su obra. —Él no discutía que algunas de las ideas que poblaban la mente de su esposa podían ser geniales. Con franqueza, Jennifer parecía tener un almacén repleto de ellas. Sin embargo, la mayoría eran precipitadas o directamente una locura—. Lo que te cuestiono es si era necesario hacerlo justo

con la hermana de la que no quiere saber nada.

Jennifer se sintió complacida por las palabras de Ross. No era un hombre dado a reconocer banalidades, por lo que le alegraba su opinión sobre el Club.

—Lo que ocurre aquí es que tienes muy mala opinión de Rosemary —comentó Jennifer con aire de sabiduría. Él encarnó las cejas—. Sí, ya sé lo ruin que fue, pero lo que ahora importa es que ella ya no es aquella mujer y se arrepiente de sus acciones. Ya te he explicado su historia.

Ross seguía sin convencerse. Quizá esa mujer estaba utilizando a Jennifer para su propio beneficio y así conseguir el perdón de la familia. O peor, pensaba en vengarse de todos ellos.

Tan pronto la idea cruzó por su mente, una gran inquietud se apoderó de él. Los Broderick no la perdonarían por semejante traición, lo que lo hizo ponerse en guardia de inmediato.

—Quiero que dejes de verla —aseguró en tono serio.

Ella arrugó la frente.

—¿Cómo? —preguntó, con incredulidad. Le era difícil entender la repentina petición de su esposo.

—Esa mujer es dañina.

—No puedes decirlo en serio —replicó de inmediato.

—Por supuesto que sí. Te lo pido por favor. Esto no se trata de imponer o ganar una batalla, Jennifer —le aseguró para no reforzar su testarudez—. Odiaría verte lastimada solo por el hecho de haber abierto tu corazón a una mujer que no es digna de ti. Piensa en las consecuencias.

Ella se mordió el labio.

Por un momento oyó el consejo y consideró las alternativas, que no eran muchas. O contar la verdad o seguir guardando el secreto. No había medias tintas. Aunque entendía la preocupación que mostraba su esposo.

—Es demasiado tarde para hacerlo. Tengo los pies metidos hasta el fondo. ¿No lo ves? Si conocieras a la nueva Rosemary no tendrías una mala opinión de ella, te lo aseguro. Y con ello te darías cuenta de que de momento es mejor callar.

Ross lanzó un largo suspiro. Tras ello, se acercó a su esposa y acarició su mejilla izquierda con el pulgar, mostrando una suavidad aterciopelada

—Dios, Jennifer. Espero que estés en lo cierto y que yo me equivoque. —La estrechó entre sus brazos, depositando un beso en la frente—. Pero antes escucha mi propuesta. Si Rosemary puede llegar a convencerme de que vuestra amistad es beneficiosa para la familia estaré de vuestra parte.

Jennifer se estremeció.

—¿Y si no?

—Ya veremos. —Su respuesta la hizo asentir, preocupada.

—¿Qué es lo que propones?

—Quiero conocerla.

Esas dos palabras que habían estado rondando por su mente consiguieron dejarla boquiabierta. Aunque Ross no la había sermoneado ni juzgado —más bien estaba preocupado y así expresaba su inquietud—, no esperaba que quisiera involucrarse en aquello y mucho menos que estuviera dispuesto a dar una oportunidad a Rosemary.

—¿Por qué?

—Es importante para ti. Y si lo es para ti, lo es para mí. Por supuesto, si ella es digna de tu amistad.

Una gran sonrisa iluminó su rostro. Ross era un cielo de hombre y así lo sentía su corazón. Los milagros existían y él era una muestra de ello. De un esposo apático y encerrado en sí mismo se había convertido en un ser maravilloso que la colmaba de felicidad. Por supuesto, no creía que el trabajo estuviera todo hecho. Detestaría que él volviera a sus viejos hábitos, pero de momento se conformaba con gozar del presente.

Se colgó de su cuello y lo besó. No se trataba de un gesto de gratitud, más bien era una expresión de sus sentimientos. Y sus sentimientos indicaban que lo amaba. Solo eso.

Ross le devolvió el beso sin pensárselo y acarició su lengua con la suya con urgencia. Había descubierto que, en el aspecto más básico del ser humano, no eran polos opuestos y que se complementaban con una perfección que no había existido con anterioridad porque ambos ansiaban lo mismo. No tenía por qué avergonzarse de sentir aquello por su propia esposa. Era natural.

A punto de dejarse llevar, un inesperado golpe en la puerta los hizo separarse.

—¿Sí? —preguntó Jennifer, un tanto molesta por la interrupción.  
Ross miraba hacia la puerta ceñudo.

—¿Qué ocurre?

—Señora Walker, tiene una llamada urgente.

*Los celos son un poderoso enemigo.*

El camino hasta su casa fue demasiado largo y su estómago parecía haberse encogido por la preocupación. Mientras se revolvió nerviosa en el asiento del taxi, el conductor le preguntó si se encontraba bien.

—Lo estoy —le aseguró, mientras su rostro desencajado demostraba todo lo contrario. Queriendo ayudar a Rosemary se encontraba ante una encrucijada.

Su primer pensamiento, tan pronto salió del Dakota, fue ir directa a la oficina de James, pero al final le dijo al taxista que diera media vuelta y la llevara hasta su casa.

Había tratado de aparentar optimismo estando presente su amiga y el abogado que la pretendía, según su olfato. Sin embargo, no le apetecía tener que recurrir a James. En verdad «apetecer» no era la palabra adecuada, puesto que se había visto forzada a ello. Aunque fue una iniciativa propia sintió que era la única solución a los problemas de Rosemary, y solo porque las circunstancias eran graves y apremiantes.

Jennifer no confiaría en nadie más para eso. Incluso lo haría si ella misma o alguien de su familia se encontrara en serias dificultades.

El dilema radicaba en que esa ayuda podía causar un daño irreparable a su matrimonio.

Ross no era ningún admirador del detective y pesaba sobre ella la promesa de no volver a contactar con él. Demasiado bien había reaccionado su esposo ante sus ocultamientos. Ante eso, juró que esa vida plagada de emociones y aventuras

quedaba enterrada.

Se había comprometido en cuerpo y alma a su matrimonio y justo ahora que empezaban a estar bien debía dar marcha atrás. Por ello, las amenazas de esa inmunda cucaracha llamada Percy habían llegado en el peor de los momentos y no le quedaba otra alternativa que contárselo.

Trató de aplacar la rabia que sentía en su interior. Por culpa de un chantajista sin escrúpulos veía peligrar la relación con su esposo, pero no podía esconder la cabeza bajo el sombrero y dejar desamparada a Rosemary; ella no era así. Por ello debía hacer comprender a Ross que ella no pretendía participar en el asunto, solo servir de nexo de unión entre su amiga y James; nada más.

Pero las cosas no salieron como había planeado.

Ante la llamada de Rosemary había salido de su casa con rapidez, así que supuso que Ross estaría esperándola ansioso para conocer los motivos de tanta urgencia, ya que Jennifer se negó a ser acompañada. Si su amiga se encontraba en problemas no era el momento adecuado para que los dos se conocieran. Ya habría tiempo para eso.

Jennifer esperaba un interrogatorio al llegar, aunque su marido no parecía comportarse según sus predicciones.

—El señor Walker está tomando un baño —le explicó Hilda, el ama de llaves.

Jennifer no tenía intención de interrumpirlo, pero la impaciencia pudo con ella. Así que decidió ir a su encuentro.

Cuando entró en la habitación que compartían vio la ropa de dormir tirada sobre la cama y la puerta del baño abierta. Oyó el chapoteo del agua y asomó la cabeza.

El cuarto de baño de diseño era grande y espacioso, decorado con sencillas cenefas de cálidos colores que daban vida a la estancia. Una majestuosa bañera de porcelana sólida ocupaba gran parte de la estancia y hacía juego con el inodoro y el bidé. Sobre el fregadero de pedestal colgaba un gran espejo custodiado por dos lámparas de pared tipo globo y bajo la ventana se encontraba un taburete de porcelana empotrado.

Vio a Ross de lo más relajado en la bañera. Con los ojos cerrados parecía ajeno a su presencia. Su pecho desnudo sobresalía del agua y Jennifer se pasó la

lengua por los labios ante tal espectáculo. Era tan masculino...

Permaneció unos minutos así, sin ser vista, intentando ignorar la lujuria que empezaba a sentir.

—Ross —susurró para no sobresaltarlo.

Este volteó el rostro y se lo limpió con las manos mientras la veía tragar saliva.

—Jenny... —murmuró sorprendido—. ¿Vienes a lavarme? —preguntó, esbozando una gran sonrisa.

El corazón se le paró, pero aun así fue capaz de bromear.

—¿Ross Walker sonriendo? Que la Tierra se detenga.

Se acercó a la bañera de porcelana, se arrodilló y tomó un paño limpio para meterlo en el agua, donde comenzó a restregarlo con suavidad sobre su torso. Lo movió arriba y abajo sin importarle que se le mojara la ropa en el proceso y poco a poco fue concentrándose en una zona específica de la anatomía masculina.

Ross lanzó un sonoro gemido, a lo que ella respondió con un poco más de presión.

—Dios —masculló mientras su miembro se endurecía. Las manos de Jennifer obraban milagros—. Déjame salir.

—¿Por qué? —susurró cerca de su oreja con voz aterciopelada.

—Vamos a poner esto perdido...

Ella hizo caso omiso a sus palabras y se puso de pie para desvestirse con total provocación.

Ross, por su parte, no perdió detalle de cada prenda que caía y de la porción de piel que dejaba al descubierto. Por suerte para su esposa, esta se metió en la bañera antes de que tuviera tiempo de salir a buscarla y lanzarla al agua con él. La bañera no era muy grande, pero suficiente para lo que acababan de comenzar.

—Vamos a saltarnos los pasos previos —le advirtió él mientras acariciaba sus partes más femeninas—. De otra forma voy a explotar.

—Como quieras; tú estás al mando.

No pareció importarles que el agua cayera al suelo y se esparciera, ni nada que no fuera darse placer. Los besos eran rápidos y desesperados y la urgencia de sentirse, más frenética de lo habitual. Cuando Ross notó que Jennifer ya llegaba al límite del placer empujó su miembro hasta su húmeda calidez y aceleró las

embestidas hasta que terminó derramándose en su interior.

Después de hacer el amor tuvieron que recoger el agua que se había desperdigado por el suelo. Limpiaron entre risas cómplices, como si fuera la tarea más grata del mundo y como recompensa mutua volvieron a hacer el amor, pero esta vez en la cama... y secos.

—¿Vas a contarme ya lo que quería tu amiga? —le preguntó él un poco más tarde.

—Iba a hacerlo —ronroneó besándole el cuello—, pero me has distraído por completo.

Solo recordar lo que habían compartido antes hacía que volviera a excitarse.

—Mmm —se limitó a murmurar.

Ross siempre había tenido un gran dominio sobre sí mismo y sobre las necesidades de su cuerpo, pero estas jamás le habían dominado. Era un hombre tan controlado que esa faceta incluía el sexo, pero en los últimos tiempos su relación con Jennifer había dado un vuelco de tal magnitud que no dejaba de pensar en hacer el amor con ella. Solo parecía tener eso en mente; y cuando llegaba a casa después de un larguísimo día de trabajo tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no tomarla en brazos y llevarla a la cama.

¿Por qué de repente experimentaba esos cambios?, se preguntaba con frecuencia. ¿Tendría eso que ver con los celos? A lo mejor era debido al miedo que sentía de perderla —que antes ni siquiera se había planteado— y eso le había hecho desarrollar un sentido de posesión que no creía tener.

Podía hacerse todas las preguntas del mundo, pero no sacaría nada en claro.

—A Rosemary se le ha presentado un gran problema. —Quiso ser bastante concienzuda para que pudiera comprender las posibles consecuencias de todo aquello—. Le he prometido que la ayudaría.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —le preguntó a la expectativa. Estaba convencido de que ya se le había ocurrido algo.

—Contando con la ayuda de James Mortimer.

Las palabras parecieron resonar por la habitación en forma de eco, aunque solo era su cabeza torturándole. Aquel maldito nombre volvía a surgir de los labios de su esposa, consiguiendo desatar un caos en su interior.

Maldijo por lo bajo por tener que oír hablar otra vez de ese hombre y lo primero que pasó por su cabeza fue negarse, dejando clara su férrea postura.

Apartó sus manos con demasiada brusquedad.

—Me habías prometido que no volverías a verle —le reprochó mientras salía de la cama—. ¿Por qué no puedes mantener tu palabra?

No pudo contenerse y su tono de voz fue cada vez más intenso.

Le dio miedo preguntarse si en esa insistencia suya por mantenerlo presente en su vida se debía a un motivo que no le confesaba, como unos sentimientos profundos. Tragó saliva, rezando porque esa idea que había cruzado por su mente no fuera verdad.

—Solo voy a ir hablar con él, nada más. Aunque tiene que ser esta noche.

—¿Por qué? —le espetó con rabia—. Que vaya Rosemary.

—No seas tan egoísta.

Ross se ofuscó todavía más. Jennifer no podía ser tan ingenua para que lo creyera capaz de tomarlo con naturalidad; no después del pacto entre ambos. Ella debía aprender a no involucrarse en los asuntos de los demás. Si eso lo hacía egoísta a sus ojos, no le importaba en absoluto. No iba a permitir que volviera a corretear sola detrás de ese hombre.

Por encima de su cadáver.

Se paseó desnudo por la habitación, incapaz de hallar un modo de detenerla. A pesar de las promesas que él mismo se hacía era consciente de sus propias limitaciones: si ella creía que era lo correcto, no dudaría en desobedecerle.

Necesitó unos minutos para buscar una solución que los contentara a todos. No era lo que tenía planeado, aunque debería conformarse con ello.

—Si tú vas, yo también —aseguró Ross con convicción. Por lo menos, de ese modo la tendría controlada.

No era que quisiera tenerla todo el día encerrada en casa; lo que no le gustaba era la gente con quien se juntaba.

—¿Cómo?

—De acuerdo. Te creo cuando dices que todo esto es por ayudar a la hermana de Samantha. —Esas palabras consiguieron que se su esposa se relajara—. Pero te conozco lo suficiente como para saber lo mucho que puede llegar a

entusiasmarle una aventurilla al estilo de Sherlock Holmes.

Jennifer se dijo que su esposo estaba equivocado. Era la primera vez en su vida que le daba pereza enfrentarse a un caso así.

—¿Crees que me pega el papel de Sherlock? —le preguntó después, pensando en el comentario—. Entonces tú debes ser el profesor Watson, siempre tan serio y racional. ¿Y James? ¿Quién sería James?

—Un maldito bastardo —contestó con tanta dureza que Jennifer se sorprendió—. Y deja de llamarlo por su nombre.

—Pero es que es su nombre...

—¡Me importa un bledo cómo se llame! ¿Es que no puedes concederme eso?

—Sí —murmuró estupefacta. Acababa de comprender el motivo de tanta hostilidad hacia el detective: Ross estaba celoso.

Ese reconocimiento le hizo sonreír como una tonta. Los celos podían llegar a convertirse en un sentimiento enfermizo, pero tratándose de su esposo era un significativo y maravilloso adelanto. Por fin dejaba esa postura distante y fría y le dejaba vislumbrar unos sentimientos de lo más humanos.

—Está bien —accedió al fin—. Puedes acompañarme; si bien antes debes prometerme que te comportarás.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Me has visto alguna vez perder los modales?

—No —reconoció en alto. Pero en ese momento no estaba segura de que pudiera controlarlos. A ella la había perdonado y había volcado toda la culpa en James.

Jennifer no quiso esperar hasta el día siguiente para contactar con el detective, antes conocido como James y ahora como señor Mortimer. Por el bien de su amiga debía hacerlo cuanto antes, así que no hizo caso de las quejas de Ross. Si había decidido acompañarla era el momento de demostrarlo.

Ross, por su parte, trató de persuadirla de lo contrario. Lo último que tenía en mente era tener que vestirse para correr a la oficina de ese investigador. Por lo que a él respectaba podía irse al infierno.

Volvió a meterse en la cama y tiró de Jennifer cuando esta fue a levantarse. La besó con ardor para demostrarle que todavía no había tenido suficiente.

—Ross —se quejó ella a pesar de saborear sus besos.

Sus lenguas se enredaron con pasión, pero ella no se permitió entregarse aun estando tentada a hacerlo. Dios era testigo de cuánto deseaba tumbarse junto a Ross, pero tenía una obligación.

—Jen, no te resistas.

—Pero...

—Déjalo para mañana —sugirió tentándola.

—No —insistió con obcecación mientras se separaba de él y se mantenía a distancia—. Levántate ya.

Cogió ropa limpia del armario y se la tiró a su esposo para que empezara a vestirse como estaba haciendo ella. Si tenían suerte pillarían al investigador en su oficina.

—Está bien —Ross habló mientras se incorporaba. Se había rendido—, pero vas a recompensarme por ello —le indicó con un tono juguetón que no acostumbraba a usar.

Ella tembló de la cabeza a los pies, encantada y excitada.

—¿Por ser un chico bueno? —Volvió a acercarse a él y le abrochó los botones de la camisa sin prisas—. ¿Qué te parece la mejor noche de tu vida? —sugirió, pasando un dedo abrasador por su cuello—. Haré todo, todo lo que tú quieras.

Su respuesta no se hizo esperar: le plantó un sonoro beso en la boca y se levantó para terminar de vestirse. Cuanto antes acabaran con el penoso asunto, antes volverían a la cama. Tenía muchísimas ideas en mente que iba a poner en práctica; y ni un chantajista, ni una pésima hermana, ni un detective, iban a impedir que esa noche Jennifer cumpliera su palabra.

—Vamos —la apremió tan pronto estuvieron listos.

Fueron a buscar el automóvil.

—Esto va a ser maravilloso. —Jennifer suspiró sonoramente mientras se instalaba en el asiento de copiloto. Ross no quería que nadie del servicio se enterara de a dónde iban, por lo que decidió conducir él mismo. Ella no entendía el porqué de tanto misterio, pero comprender a su esposo en ocasiones era complicado.

—¿Podrías ser más específica? Porque no veo motivo para tanto entusiasmo.

Salieron a la calle y se mezclaron con el abundante tráfico a pesar de haber oscurecido.

—¿Tienes que ser siempre tan cascarrabias? Míranos, hacemos tan buena pareja... Somos una especie de solucionadores de problemas.

—Sí, mi sueño hecho realidad —apuntó con ironía—. Aunque te recuerdo que nosotros no vamos a intervenir.

Ross hizo hincapié en ello y Jennifer hizo oídos sordos, aunque se apresuró a contestar:

—Por supuesto.

—Por esta vez te mantendrás a distancia —le advirtió—. Una vez Rosemary conozca al señor Mortimer el asunto será solo entre ellos dos.

Cruzaron Manhattan con relativa facilidad mientras Jennifer no dejaba de canturrear. Ross le echó una mirada de reojo. Se la veía feliz y de nuevo le asaltaron las dudas: ¿sería por estar juntos? ¿Acaso tendría tantas ganas de regresar a la cama como las tenía él, o más bien era debido a la emoción de encontrarse con el investigador? Sintió un terrible pinchazo en el corazón y se agarró con fuerza al volante. Después de eso tendría que mantener una sincera charla con ella sobre su matrimonio, si bien solo el hecho de tener que abrir su corazón le angustiaba. No era algo a lo que estuviera acostumbrado y no le sería nada fácil.

Se dijo que si deseaba respuestas por parte de su esposa bien tendría que abrirse a ella. Sin embargo, ¿qué iba a decirle? ¿Que hubo un momento en que se arrepintió de haberle pedido matrimonio? ¿Que no sabía cómo ser un buen esposo o darle lo que ella necesitaba? Admitir su fracaso iba a ser muy complicado.

Por suerte, Jennifer supo indicarle bien la dirección y llegaron antes de que pudiera deprimirse con sus propios pensamientos.

—¿Aquí es? —preguntó en cuando hubieron encontrado un lugar adecuado para aparcar.

Levantó la cabeza y contó las plantas del edificio. Tenía diez pisos de altura.

Jennifer se colgó de su brazo y lo arrastró hasta la entrada; saludó al portero con familiaridad y cogieron el ascensor hasta el despacho de N.Y Investigations

## Services

Llamaron a la puerta y, después de no recibir ningún tipo de respuesta, su esposa intentó abrirla, sin ningún resultado.

—No está —se quejó Ross después de esperar más de cinco minutos de pie.

—No me sorprende, mi queridísimo esposo. Es un tipo solicitado. No puede pasarse horas sentado tras su escritorio, fumando con su pipa y leyendo el periódico —le contestó ella con una sonrisa burlona pintada en el rostro.

No perdía el humor por nada del mundo.

—Entonces regresemos a casa. —Ross, por su parte, estaba impaciente. Ellos ya habían cumplido con su cometido.

Jennifer le agarró por las solapas de la chaqueta.

—No tan rápido.

—Pero es que no está —protestó—. Un momento... —se detuvo—. ¿No pretenderás que nos quedemos toda la noche montando guardia?

¡Por eso sí que no pasaba! Ya le había permitido suficientes extravagancias.

Ella no le respondió en ese mismo instante; solo le sonrió con aire de suficiencia y se sacó algo del bolsillo de la chaqueta.

Se agachó delante de la puerta.

—¿Crees que no vengo preparada? —Consideraba un insulto que no pensara que tendría listo un plan B.

—¿Qué llevas ahí? —quiso saber mirando el papel de su mano.

—Una nota —le indicó ella mientras la sostenía en el aire y le daba la vuelta para que pudiera comprobarlo por sí mismo.

Le daba al señor Mortimer una escueta explicación y le indicaba que fuera a su casa tan pronto pudiera. Ross no lo encontró correcto, pero se abstuvo de hacer cualquier comentario. Si no quería que esos dos se encontraran a solas, al día siguiente debería permanecer en casa. Eso le supuso un dilema que solucionó sin sentir remordimiento alguno: llamaría por la mañana al orfanato e informaría que le había surgido un imprevisto —lo cual era cierto— y así no tendría que mentir. Seguro que los niños se alegrarían si perdían una o dos horas de estudio.

—¿Cuando la has escrito?

—Antes de salir de casa, tonto. —Metió el papel por la ranura inferior de la

puerta—. Contaba con la posibilidad de que no estuviera.

—Debería contratar una secretaria.

—Tú siempre tan práctico, mi amor. —Mientras se levantaba depositó un casto beso sobre su mejilla—. ¿Nos vamos? Tengo una promesa que cumplir.

—¿Estás segura que no quieres esperar? —preguntó por puro formalismo, aunque rogó porque dijera que no.

Jennifer se pegó a él y bajó su mano hasta una parte muy delicada de su anatomía.

Era la única respuesta que Ross necesitaba.

\*\*\*

Cuando llamaron con suavidad a la puerta, Ross se dio la vuelta para comprobar que el discreto sonido no hubiera despertado a su esposa. Por suerte, ella dormía profundamente después de una agitada noche.

Se levantó lo más aprisa que pudo, se colocó una bata y salió al pasillo para encontrarse con Stuart, un sirviente que parecía tener tanto sueño como él.

—¿Qué sucede? —le preguntó, parco.

Si lo había despertado tan tarde debía de tratarse de un asunto importante. Solo esperaba que todos los Broderick se encontraran bien.

—Señor, tiene una visita.

—¿En estos momentos? —exclamó, mirando de reojo la puerta de la habitación cerrada—. ¿Qué hora es?

—Más de las tres de la madrugada —le contestó sin ningún tipo de entusiasmo. Era obvio que lo habían despertado y no estaba nada contento con ello—. El señor ha insistido mucho y no he conseguido hacerle entender que lo correcto sería regresar mañana temprano, cuando fuera una hora decente para atender visitas. Alega que le están esperando.

Ross arrugó el entrecejo. Él no esperaba a nadie y mucho menos en plena noche.

—¿De quién se trata? —Se restregó los ojos para despejarse antes de leer la

tarjeta que le entregó Stuart—. Detective James Mortimer —musitó, incrédulo, casi para sí.

Por un instante, Ross creyó que su mente medio dormida jugaba con él de un modo perverso o que tal vez seguía con la visión nublada. Por eso tuvo que leerlo de nuevo. Pero no, ahí estaban esas tres palabras escritas con elegancia sobre la dirección de su despacho; no podía tratarse de nadie más.

Al siempre sosegado Ross se le revolvió el estómago y le hirvió la sangre de pura indignación. No encontraba ningún pensamiento lógico que explicara tal desfachatez por parte de aquel detective —con moral más que discutible— y que, al parecer, era incapaz de poner límites a su conducta.

¿Cómo osaba presentarse a esas horas en su casa? Indecente, despreciable, maldito bastardo o mezquino fueron los calificativos moderados que cruzaron por su mente. ¿Acaso nadie le había enseñado aunque fueran los mínimos modales?

—¿Qué debo hacer con él, señor Walker?

La inesperada pregunta lo sacó del trance hipnótico lleno de blasfemias en el que parecía estar inmerso. Levantó el rostro y se quedó observando al sirviente mientras decidía.

Nunca antes había tenido instintos violentos. Ni siquiera en los peores momentos de su vida, cuando sus primos se burlaban de él por el mero hecho de ser huérfano. Ross creía en la moderación y el diálogo más que en la fuerza y la agresión. Sin embargo, de buen gusto echaría a aquel tipo a patadas.

Era una verdad irrefutable.

—¿Está en el salón? —Quiso saber, entonces.

—No, señor. Lo he dejado esperando en la calle.

—Bien hecho —murmuró con un poco de satisfacción—. Déjalo un poco ahí y luego hazle pasar a la biblioteca. Voy a vestirme y bajo.

—Sí, señor.

Se detuvo en el corredor, viendo marchar a Stuart mientras se tomaba un momento para meditar sobre sus opciones respecto cómo enfrentarse al detective: bien podía entrar con cierta cautela, lo cual le haría parecer un don nadie, o hacerlo con ciertos aspavientos para parecer un marido ultrajado. La

tercera consistía en echarlo sin dejarle hablar, dejando las cosas claras respecto a Jennifer para que ya nunca le quedaran dudas: su esposa estaba prohibida para él e iba a respetarlo aunque tuviera que forzarlo a ello.

Por lo menos lo alegraba que su esposa estuviera dormida, así no tendría por qué contenerse.

Aunque seguía furioso por la intromisión en su propio hogar, ninguna de las tres opciones le convencían. Jennifer no le perdonaría que ambos se enzarzaran en una pelea como si fueran vulgares rufianes. Además, no debía olvidar que podía salir con el orgullo magullado, pues imaginaba que aquel tipo conocía hasta los más rastreros trucos.

«No seas cobarde. Hazlo si es necesario. Que sepa que luchas por lo que te importa», le recomendó su voz interior. Y sí, convino, era cierto. Trataría de ser lo más natural posible sin dejar de mostrar su enojo. Todo lo demás dependería de cómo respondiese el hombre.

Si debía usar los puños, los usaría.

Después de la espera y un piso más abajo, James Mortimer ignoraba que ciertos pensamientos fueran por su causa. Estaba inmerso en los suyos propios. Era la primera vez que le dejaban poner los pies en aquella casa. Que él recordara —y su memoria era muy exacta—, la última ocasión en que lo intentó recibió un paraguazo por parte de Annette Lefont, la madre de Jennifer, apenas cruzó por la puerta.

Una señora refinada pero nada hospitalaria, al parecer. Aunque por supuesto, sabía el motivo: no era una amistad que deseara para su hija.

Con las manos entrelazadas en la espalda contempló la estancia por mera curiosidad, absorbiendo cada uno de los detalles. Hacía tiempo había aprendido que las cosas más simples podían llegar a serle de gran utilidad. Por ello se aproximó al escritorio y abrió una de las carpetas que había sobre la lisa y ordenada superficie de madera.

«Cosas de un aburrido profesor», pensó al leer aquel plan de estudios y ejercicios adyacentes. Lo tenía calado.

Era extraño, se dijo, que conociendo tan bien el carácter de Jennifer, ella se hubiera conformado con el hombre menos idóneo que existía en Nueva York. Un

hombre que nada tenía que ofrecer más que tedio, tedio y más tedio. Entonces pensó que tal vez la joven se hubiera visto empujada por la familia, impacientes por cortar sus alas.

«No. Ella nunca hubiera aceptado tal imposición».

Quería ahondar en ello. Sin embargo, escuchó unos pasos al otro lado de la puerta y cerró la carpeta de golpe en un intento por disimular. Sabía por experiencia propia que la gente era muy quisquillosa sobre sus cosas. Lo último que quería era que lo pillaran con las manos en la masa.

Tomó una postura desenfadada, apoyado en el escritorio, y dibujó una sonrisa en su rostro. Por supuesto, esperaba a Jennifer, pero se quedó de piedra al ver entrar a un hombre.

Supo de inmediato de quién se trataba y se preparó para lo peor. Su rostro, duro como una máscara de granito, no presagiaba nada bueno.

Cuando aquella noche James vio la nota que la muchacha deslizó bajo su puerta asumió que se trataba de un asunto importante, porque de otro modo no lo habría hecho ir hasta allí. Era por todo aquello que esperaba que Jennifer lo recibiese, no su esposo.

De saberlo hubiera esperado a un momento más idóneo.

James observó al caballero rubio entornando los ojos y sin dejar de estudiar cada detalle. Respetabilidad era la primera palabra que le venía a la cabeza solo con echarle una ojeada. Era más joven de lo que la lejanía le había mostrado e imaginado en un principio. También desprendía un aura de seguridad en sí mismo que le molestó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Vestía pantalones grises y una camisa blanca almidonada con el cuello desabrochado, sin chaleco ni corbata. Sabía que lo había despertado, pues podía distinguir las señales de irritabilidad en sus facciones. Aun así, mantenía una regia compostura.

No pudo evitar odiarlo en ese mismo instante a pesar de reconocer que hacía muy buena pareja con Jennifer. Ambos serían candidatos perfectos para un artículo en cualquier revista femenina: atractivos, ricos y enamorados.

Todavía lo odió más. ¿Por qué había hombres que lo tenían todo?

—Supongo que a usted el descanso de los demás no le importa mucho —

señaló el señor Walker con el rostro imperturbable. No había ni una pizca de amigabilidad en todo su cuerpo.

James buscó unas palabras para tratar de disculparse y no agravar una situación de la que no era culpable, mas su cerebro pareció fundirse y su habitual ingenio fue incapaz de hacer acto de presencia.

«Mejor, así evitarás que te den un puñetazo». Aunque no estaba tan seguro.

—Recibí una nota —repuso, midiendo bien las palabras y en salir de aquella casa lo más pronto posible.

Él sabía cuándo debía ser prudente y ese era un ejemplo perfecto.

—Lo sé. Estaba presente cuando «mi esposa» —puso énfasis en recalcar las dos últimas palabras— la dejó.

Se hizo silencio mientras Ross contemplaba al hombre con una mirada escrutadora. Era tan distinto a él... alto, delgado y con cierto magnetismo. Estaba convencido de que causaba furor entre el sector femenino, pero al mismo tiempo había algo en él que no invitaba a la confianza.

—Decía que era importante —señaló el detective, recordando las palabras exactas de la nota. «James, necesito tratar un delicado asunto contigo. Es urgente, así que ven a mi casa lo más pronto que puedas. Jennifer W.». Había odiado la uve doble final.

—Sí, pero era un modo de hablar. Lo correcto era hacerlo por la mañana —lo amonestó con voz grave y luchando contra sus impulsos.

¿Lo correcto?, se preguntó James confuso. ¿Se trataba de un asunto de suma importancia o no? Porque si lo era no entendía por qué actuaba con tanta calma.

—Sé que mi presencia no es bienvenida y me disculpo por la intromisión, así que me marcharé... —indicó, dispuesto a hacerlo y evitar así una contienda. No obstante, el esposo de Jennifer lo detuvo con un gesto de autoridad.

—Ya que está aquí, no veo necesario hacerlo volver —manifestó, sorprendiendo al investigador—. ¿Por qué no toma asiento y solucionamos esto en este preciso instante?

Esperó a que su «anfitrión» se sentara primero en una butaca frente al hogar y él pasó a hacer lo mismo con cierta reserva. No podía evitar sentirse incómodo; incluso el vello erizado de los brazos parecía advertirle que se anduviera con ojo.

Era una situación tensa y ambos lo sabían, aunque no había una forma elegante de marcharse.

Por lo menos podía dar gracias por no ser recibido a golpes.

Aunque James no dudaba de sus sobresalientes habilidades respecto a la lucha, no era de los que subestimaban al oponente. Eso sin contar con que prefería mantener su rostro intacto.

—Voy a explicarle con brevedad el asunto por el que ha sido llamado —comenzó diciendo Ross, pues el detective guardaba silencio. Por lo menos se había mostrado prudente—. Se trata de una amiga de mi esposa, una mujer llamada Rosemary Connover. Al parecer, está sufriendo un chantaje por parte de un familiar de su difunto esposo. Se trata de un detestable sobrino que pretende quedarse con su fortuna. Está usando métodos inmorales para conseguirlo.

—¿Y qué puedo hacer yo al respecto? —preguntó con escaso interés. A James se le pasaron las ganas de ayudar tan pronto el furibundo señor Walker entró en la estancia.

Él no era un alma caritativa, se dijo. Sin embargo, su conciencia hizo acto de presencia. No se trataba de cualquiera, sino de Jennifer. Le debía un y mil favores más.

Se veía en la obligación moral de ayudarla. Quizá así alguna vez se redimiera ante sus ojos.

—Pues investigarlo a fondo, supongo. Si bien es un asunto que deberá tratar con ella. Yo me limito a hacer de mensajero —le dejó claro—. Vive en el Edificio Dakota, así que deberá ir hasta ahí. En cuanto a lo demás, solo puedo decir que mi esposa confía en usted y cree que es el adecuado para algo así... a pesar de mi reticencia —confesó.

—¿Entonces, por qué estamos aquí?

Que no lo hubiera echado directamente a la calle le indicaba a James lo poco que sabía el hombre de la relación que había compartido con la joven pero, por otro lado, la manifiesta hostilidad que demostraba decía justo lo contrario.

Se dio cuenta entonces de que en realidad estaba ante un caballero sureño, educado para manejar las situaciones con calma y compostura. Sus actos así lo demostraban.

—Aunque lo que suceda con la señora Connover no es un tema que me afecte, sí a Jennifer. Y yo haría cualquier cosa por ella, incluso recurrir a usted — declaró con sinceridad, sin importar desvelar sus sentimientos frente a un hombre que era incapaz de alejarse para siempre de su esposa. Sin embargo, no se abstuvo de aclarar que había un límite que no iba a permitirle traspasar. Y le advirtió sobre ello—. Eso no excluye que lo quiera fuera de nuestras vidas. Estoy al corriente de todas sus aventuras, incluso la última, así que esta vez le pediré con toda la amabilidad de la que soy capaz que en lo sucesivo deje a mi esposa en paz. —Ross se levantó. Con un gesto que no pareció ser descortés, le indicó dónde estaba la salida. James iba a cruzar el umbral de la biblioteca, obediente, cuando la voz de Ross lo detuvo—. En lo sucesivo, espero que se lo piense dos veces antes de comprometer a una respetable mujer casada.

El detective se dio la vuelta, indignado.

—¡Espere! —Aquello no se trataba de un asunto de infidelidad—. Nunca le he puesto una mano encima.

—¿Cree que no lo sé? —contestó Ross, fanfarrón, aunque en realidad aquello era una simple fachada—. Me considero un hombre de mente abierta. Sé que la mujer de hoy en día está explorando y conquistando nuevos terrenos en la sociedad, pero una cosa es que tenga libertad y la otra es que usted se aproveche de ello. Sabe, no me gusta ir a la ópera para hacerle un favor a usted.

James tragó saliva, siendo consciente de que Jennifer no le ocultaba nada. También consideró sus palabras, acompañándolo con un asentimiento de cabeza. Ya había pensado en las consecuencias de sus actos. Si hasta entonces no le parecía que estuviera transgrediendo unas formas, enfrentarse cara a cara con él hacía que se replantease muchas cosas. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo egoísta que era al exponerla así. Cuando Jennifer estaba soltera era una cosa, pero ahora...

—Supongo que si yo estuviera en su lugar tampoco me lo tomaría demasiado bien —admitió—. Es por eso por lo que me disculpo y le prometo que por mi parte nunca volverá a suceder algo así.

Ross se tomó su tiempo para evaluar hasta qué punto era sincero.

—¿Puedo confiar en su palabra?

Podía. Quizá era un poco inconsciente a veces, pero siempre se había considerado un hombre de palabra. Si lo decía, lo cumplía.

—Sí, de otro modo hace tiempo que hubiera cerrado el negocio.

—Yo no soy su cliente —indicó escueto.

El investigador volvió a asentir, comprensivo. Por el bien de todos debían llegar a un acuerdo civilizado.

A regañadientes admitió que el esposo de Jennifer se había comportado como todo un caballero y que con toda probabilidad debería aprender de él.

Ross, por su parte, no acababa de fiarse, pero por el momento no le quedaba más remedio que aceptarlo y estar alerta por si acaso.

*Tarde de gloria.*

Ross dejó el orfanato nada más terminar las clases, sin entretenerse en otras labores académicas, puesto que había llegado el día en que iba a conocer a Rosemary; o quizá debería decir, el día en el que iba a mantener una seria entrevista con ella.

Su esposa, en su afán por mantener un ambiente más distendido, sugirió una merienda en la que todos estuvieron de acuerdo. Así que para la ocasión decidieron ir hasta el Edificio Dakota a pie, dando un agradable paseo por la bulliciosa ciudad. Durante el recorrido, Jennifer miró al frente para no tropezar con los transeúntes de la calle, aunque detestaba no seguir contemplando el maravilloso rostro de su amado esposo. No era solo la belleza física lo que la tenía embelesada, sino la expresión de satisfacción que ofrecía su rostro en contraste con la habitual seriedad.

Cogida de su brazo, le costaba dominar todos los sentimientos que hervían en su interior, amenazando con liberar una explosión de felicidad. No podía negar que se sentía eufórica, con ganas de elevarse y pasar a formar parte de la evocadora brisa que surcaba los cielos en un cálido verano. ¡Había tanto por celebrar! Era como si por fin sintiera que su otra mitad se encontraba en el mismo escalafón que ella; que ambos formaran parte de un grandioso todo con infinitas posibilidades.

Si echaba la vista atrás se daba cuenta de lo mucho que había evolucionado su matrimonio en los últimos tiempos. Ross seguía siendo el hombre recto y formal

que conoció tres años atrás y del que se enamoró. Sin embargo, había comenzado a relacionarse con ella de un modo distinto, más ajustado a los estándares románticos que poblaban la mente de Jennifer. Ahora ya no se consideraba un estorbo para Ross; una mujer no merecedora de su amor. Por el contrario, día a día él le mostraba, tanto en gestos como en palabras, que era importante para su vida, afianzando así su confianza.

Solo una pequeña nube oscura se cernía sobre ellos, amenazando la idílica situación: el secreto respecto a su complicidad con Rosemary.

—Vuélvemelo a contar, por favor —le suplicó Jennifer, con un brillo expectante en los ojos.

La joven se refería a la escena acaecida entre su esposo y James Mortimer en su casa, en la madrugada de días atrás. Ross se lo había relatado por lo menos una docena de veces con todo detalle, pero Jennifer parecía no tener suficiente.

Como le confesó, le parecía divertido imaginárselo. Juraba y perjuraba que hubiera dado lo que fuera por poder verlo, aunque fuera espiando desde lejos.

—¿Para qué? —replicó Ross, sin ceder. No entendía qué parte de la historia le resultaba tan fascinante, puesto que para él fue un momento incómodo. Eso sí, sentía como si se hubiera librado de un gran un peso—. ¿Acaso crees que hemos peleado en una justa como caballeros medievales? ¿Eso te causaría satisfacción?

Ella se permitió una sonrisa.

—¿Por qué no? Mi esposo defendiendo mi honor... Suena como música para mis oídos.

—Estamos en el siglo veinte. Eso ya no se estila. Yo prefiero regirme por la racionalidad.

Jennifer hizo una mueca de desagrado.

—Entonces, ¿solo lo hiciste por deber? ¿Porque era lo adecuado? —Ross no contestó ni pareció dispuesto a hacerlo, así que ella no tuvo más remedio que presionarlo de nuevo—. Vamos, no temas ofenderme. ¿Querías dejar tu postura clara como cabeza de familia o había algo más recomiéndote las entrañas?

Él se detuvo de golpe y Jennifer se vio forzada a hacer lo mismo, dado que iban cogidos del brazo.

—Déjalo ya —le pidió.

Al parecer, había dado en el clavo.

—No es tan malo, ¿sabes? —continuó ella con voz calmada, sin ganas de discutir—. No va a fulminarnos un rayo ni seremos castigados con una plaga bíblica.

Se vio sometida a una mirada intensa por parte de su esposo que consiguió acelerar su pulso. Era increíble el poder que Ross ejercía sobre su cuerpo de un modo inconsciente.

—¿A qué te refieres?

—Tú ya lo sabes. Eres un hombre inteligente al que le da miedo exponer sus sentimientos.

—Yo no... —comenzó a decir antes de interrumpirse para bajar la voz—. Este no es el momento. Estamos en plena calle.

—Ross, para ti nunca será el momento oportuno. —A ella no le importaba que la gente los mirara al pasar. No le daba vergüenza alguna—. Te aferras al raciocinio como si fuera la brújula que guía tu vida. Sé lo mucho que sufrió tu madre por la carga de su matrimonio y también sé lo apegado que estás a tu coraza de caballero intachable. Si no sientes, no podrás sufrir, ¿me equivoco? Yo solo quiero que comprendas que nosotros no somos tus padres y que nuestro matrimonio es mil veces distinto.

—Eso lo sé.

—Bien, es un alivio —murmuró, apoyando la mano derecha sobre el pecho de su esposo—. Sin embargo, sigue persistiendo sobre ti la misma cuestión: ¿por qué te cuesta tanto exteriorizar o compartir lo que llevas guardado en tu interior? Sería bueno que de vez en cuando lo dejaras ir.

El cuerpo de Ross se tensó al instante.

—Así que, según tu teoría, debería haberle dado unos cuantos puñetazos al detective para poder desahogarme y liberar aunque fuera una mínima parte de la rabia que sentía. Debería haberle hecho entender a golpes que tú eres una mujer sagrada a la que ni siquiera se le está permitido mirar de lejos, a la vez que le arrancaba la promesa de no volver a inmiscuirse entre nosotros.

—Tampoco es que esté a favor de la violencia —se defendió ella—. Yo solo digo que...

—Si hubiera hecho caso a mis instintos —la interrumpió Ross con aspereza— o hubiera actuado según lo que me dictaba el corazón, tal vez él hubiera acabado en el hospital y yo detenido por la policía. Entiende que no soporto la idea de que puedas sufrir algún mal por su causa; por estar ayudándole en alguna peligrosa misión. No lo soporto —repitió—. Porque entonces, ¿qué sería de mí?

Al escuchar la confesión de su esposo, Jennifer sintió un pinchazo en el corazón.

—¿Es eso lo que te preocupa? —le preguntó con dulzura—. ¿Perderme?

Ross tomó su mano alzada y entrelazó sus dedos. Después hizo lo mismo con la otra, antes de derretirla con su expresión atormentada que hacía estragos en su corazón.

—He ido avanzando por la vida a oscuras, Jennifer, entiéndelo. He sorteado obstáculos, ocultándome del alba; sin mirar tras las colinas ni soñar con alcanzar las ilusorias nubes. Creí que si era bueno, si seguía recto, si no abandonaba el camino marcado, el premio que obtendría sería lo suficientemente apetecible como para borrar los sacrificios. No buscaba más que envejecer con comodidad. Poder echar la vista atrás y estar satisfecho con el recorrido. Sin embargo, ahora todo es distinto.

—¿Por qué lo es? —atinó a decir ella, con todos los sentidos puestos en su esposo.

—Porque te encontré a ti, eso es lo que ocurrió. De repente se me atravesó una titilante luz que borró por completo el camino. Y durante un tiempo reinó en mí la confusión. Buscaba un modo de poder volver a aquello que había dejado atrás, a la seguridad que ya conocía.

—¿Y qué pasó?

Ross esbozó una trémula sonrisa que atravesó su alma. Jennifer sentía los ojos húmedos y las palmas de las manos sudorosas.

—Fui un necio. Eso sería el resumen corto del papel que he jugado como esposo. Durante demasiado tiempo dejé de fijarme en esa luz que solo deseaba ayudarme. Me he comportado como un completo egoísta, siempre escudado en mi pasado o en mi educación. —En aquellos momentos tan importantes, Ross dejó de prestar atención a cuanto los rodeaba. Eran una pareja en mitad de la

acera: invisibles para unos cuantos, una anécdota para otros. A su vez, deseaba con todas sus fuerzas que su esposa supiera que, aunque no sabía cómo decirle lo que albergaba su corazón, era importante para él—. Jennifer, lo siento. Tú no lo has dicho con palabras, pero sé que te he decepcionado. Yo me he decepcionado.

Ella se sintió tan conmovida, tan llena de ternura, que creyó que sus piernas se volverían de mantequilla. Desenlazó las manos y le rodeó la cintura.

—Eh, no te castigues. Solo importan el Ross y la Jennifer de ahora. Y ser felices, por supuesto.

Ross ladeó el rostro, mirándola con cariño y le acarició el cabello.

—Felicidad. Es una palabra que está adquiriendo un nuevo significado. Supongo que antes me conformaba con satisfacción.

—Pero es más aburrido —opinó ella, con un quño travieso—. Y tú no eres aburrido. Metódico, seguro. Estudioso, también. Aburrido, jamás. Me lo estás demostrando noche tras noche. —Jennifer se puso de puntillas y le dio un rápido beso en los labios. Dios era testigo que deseaba profundizar en los sentimientos de Ross, pero no había tiempo—. Debemos proseguir; Rosemary nos espera. No te preocupes, a tu lado tienes una lucecita que te guiará.

Reemprendieron el paseo de inmediato, sin ser consciente Jennifer de la sonrisa pintada en el rostro de su esposo. Solo se detuvieron cuando Ross insistió en comprar un bonito ramo para su esposa y otro para Rosemary en una parada de flores que se encontraba calle arriba.

—¿He hecho lo correcto? —le preguntó un poco después, refiriéndose al obsequio.

—Por supuesto —respondió—. ¿A que ahora no te arrepientes de que te haya acompañado? —Porque en un principio él creía que era algo que debía hacer solo. Por supuesto, hasta que se dejó convencer.

—¿No crees que pueda enfrentarla? —Levantó las cejas esperando su respuesta—. ¿Acaso temes que caiga rendido a sus pies? —especuló con cierta diversión ahora que se sentía más relajado. Había oído decir muchas veces a la familia Broderick lo hermosa que era la hermana de Samantha, pero poco importaba si seguía siendo una arpía.

—Tú no sabes apreciar la belleza.

A Jennifer no pareció hacerle gracia su comentario. O eso pensó, hasta darse cuenta que ella sonreía.

—¿Ah, no? —En un súbito arrebató la hizo detener de nuevo. La apretó contra él y la miró a los ojos—. Me casé contigo, ¿cierto? —indicó con pasión.

No estaba muy errado en su anterior declaración, se dijo Ross. Su vida gris y monótona, antes idealizada y que antaño le había parecido llenarlo, ahora le resultaba un recuerdo vago y descorazonador. Amaba ser profesor más que cualquier otra profesión, pero eso no significaba que debiera entregar su vida a la docencia.

Lo más importante era la familia —lo sabía mejor que nadie— y su familia era Jennifer.

«Estás completamente enamorado, tonto», le advirtió una vocecilla interior.

Enamorado, bonita palabra. ¿Sería cierto? Él quería a Jennifer, solo que al ser tan práctico nunca hubiera pensado que el amor verdadero fuera real.

«Lo es», pensó. «Y será mejor que sepas apreciarlo».

—¿Qué te ocurre? —Jennifer entrecerró los ojos y se fijó en su aturdida expresión.

A Ross se le quedaron las palabras trabadas en la garganta y solo pudo musitar:

—A este paso nunca llegaremos.

La soltó y comprobó que las flores se hubieran mantenido intactas. Se dio la vuelta y avanzó dos pasos para que lo siguiera. Sentía la garganta seca y así se mantuvo hasta su destino.

Rosemary recibió a sus invitados con una cálida bienvenida y aceptó el ramo de flores con lo que pareció un sincero agradecimiento. Ignorando la incomodidad que amenazaba con invadirla, puesto que sabía que estaban a punto de examinarla y juzgarla, se comportó lo mejor que pudo durante las presentaciones de rigor.

Pretendía causar buena impresión al esposo de su amiga por la sencilla razón de que ella lo amaba. Sin embargo, no pudo evitar observarlos con disimulo durante unos segundos, para darse cuenta de que ambos formaban una bonita

pareja.

Era una lástima, pensó, que malgastaran el tiempo en discusiones.

Miró a Ross Walker de soslayo mientras se acomodaban en el salón y comprobó que no se parecía en nada a lo que había imaginado tras miles de charlas con su amiga. No había rastro del «patán» al que Jennifer siempre se refería. A Rosemary, que sabía juzgar bien a la gente, le pareció un buen hombre preocupado solo por el bienestar de su esposa. Eso sin olvidar lo atractivo que era.

Y sin pecar de vanidosa, no había notado en ninguna ocasión que él apreciara su cuerpo o que sus ojos se posaran en sus labios. La miraba con una naturalidad que hablaba más a su favor que cualquier otra cosa.

Recordó que unas semanas atrás Jennifer lo llamó insípido. No obstante, sabía que las cosas entre ellos estaban más candentes que nunca.

—Le agradezco su presencia, señor Walker. —Se aclaró la garganta, un tanto nerviosa. Quería que el encuentro fuera un éxito—. Considero que es importante que podamos aclarar cualquier malentendido que mi amistad con su esposa haya podido ocasionar.

Ross le lanzó una mirada inexpresiva, si bien su tono parecía más relajado.

—Antes que nada, déjeme darle las gracias por la invitación. Y en segundo lugar, ¿le importaría tutearme? Me hace sentir mayor.

Rosemary ladeó el rostro, poco dispuesta a dejar translucir sus pensamientos. El esposo de Jennifer se comportaba con amabilidad, pero eso no significaba que la juzgara positivamente. Un intercambio de frases no sería suficiente para que él se diera cuenta de que no era la misma mujer que los Broderick habían conocido.

—Oh, por supuesto —aceptó con cautela—. Pero siempre que usted haga lo propio. —Él asintió con la cabeza y decidió que era el momento de abordar un tema difícil. Juntó sus manos sobre el regazo mientras Jennifer le lanzaba una sonrisa de ánimo—. Creo que se habrá sentido molesto al enterarse de la relación que ambas mantenemos. Comprendo, dado mi historial, que tenga dudas sobre mí. Puede preguntar lo que quiera.

Era más sencillo así.

—No quiero empezar cuestionando su temperamento —dijo Ross con tacto.

—Pero ahí reside la esencia del problema: no confía en mí.

A pesar de haberle pedido que lo tratara con informalidad, Rosemary no se vio capaz.

Ante su respuesta, Ross arrugó el ceño, sorprendido por su sinceridad.

—Es usted una mujer directa. —Al parecer, él también se sentía más cómodo hablando con formalidad—. Y dado que usted lo es... No voy a mentir. Tengo serias dudas sobre si está usando a Jennifer para su propio beneficio o con alguna intención oculta, tal vez para herir a su hermana.

—No lo hago —añadió con rotundidad.

Ross pareció un tanto aliviado.

A partir de entonces empezaron a compartir una relajada tertulia mientras Jennifer permanecía asombrosamente callada. Ross le hacía muchas preguntas, sobre todo las que tenían que ver con Samantha o su madre. Para su más completo alivio evitó el tema del senador. Sabía que su amiga le había confesado mucho de su pasado. También entendía que si quería que él permitiera su amistad, debía saberlo, pero se sentía avergonzaba. En cierto sentido era como si anduviera desnuda.

Por suerte, Ross Walker resultó ser un excelente conversador y Rosemary fue relajándose poco a poco. Deseaba con auténtico fervor que él comprendiera que su amistad con Jennifer era muy importante y que la valoraba. Así que le aseguró que jamás le causaría un daño voluntario.

¡Era la única relación sana que había mantenido en su vida! ¿Cómo podía querer herirla?

Inevitablemente, terminaron hablando de los Broderick.

—Es lo que más me preocupa del asunto que nos atañe —confesó Ross.

—Lo sé. Jennifer me ha contado que no se siente cómodo guardando el secreto.

Él alzó una ceja.

—¿Y le sorprende?

Rosemary negó con un movimiento de cabeza.

—No. Es comprensible, dadas las circunstancias.

—Detesto estar en esta posición. —Jennifer guardaba el secreto por decisión

propia; él, en cambio, se veía obligado a ello. Las implicaciones morales estaban presentes—. Saber que un tema importante involucra a mi familia política y no poder actuar con honorabilidad hace que me sienta incómodo. —Aquel era solo uno de los muchos sentimientos que le abrumaban.

Rosemary no estaba en absoluto turbada, puesto que Jennifer le había hablado de ello. Había tenido tiempo para pensar en el asunto.

—Entonces hágalo: cuénteselo.

Jennifer ahogó una exclamación.

—Rosemary...

Por un momento dejó de observar a Ross y dirigió su mirada a su amiga.

—Jenny, tal vez sea el momento de hacer explotar la burbuja y afrontar las consecuencias —señaló con el corazón encogido. Una cosa era pensarlo y decirlo; otra muy distinta, afrontarlo—. ¿Lo has pensado alguna vez?

Ross vio a su esposa fruncir los labios con desagrado. La idea de la confesión no parecía gustarle en absoluto.

—Los Broderick son personas razonables y comprensivas.

Jennifer tuvo sus dudas.

—Lo suelen ser. Pero, a veces, también se comportan de un modo irracional, en especial Hugh. Ese hombre es muy cabezota, difícil de hacer entrar en razón.

—Lo más probable es que te castiguen por mi culpa. Sin embargo, Jennifer, no puedes obligar a tu esposo a guardar nuestro secreto. No es justo.

Ross retuvo esas palabras en su mente, satisfecho. La joven hermana de Samantha parecía estar siendo sincera y sintió un poco de lástima por ella. No tenía familia a la que recurrir y solo Jennifer contaba como amiga.

Fue entonces cuando comprendió por qué su esposa le ofreció afecto y cariño; lo necesitaba casi tanto como el aire para respirar, aunque ella no se diera ni cuenta.

Como ella misma admitió, su vida no debía estar resultando tan satisfactoria como esperaba después de la muerte de su marido. Tenía muchas cosas que ocultar a la vez que intentaba empezar de nuevo. Y ahora todo se complicaba

más, si eso era posible. Habían estado hablando de la pelea legal en la que estaba inmersa con el sobrino de su difunto esposo, que al mismo tiempo la chantajeaba vilmente para asegurarse el control de la fortuna del senador. Por eso mismo se habían puesto en contacto con James Mortimer, que ahora debía indagar en su vida para no dejar que saliera victorioso.

Sintió remordimientos.

—Samantha no sabrá que Rosemary está de vuelta a la ciudad. Y mucho menos que sois amigas —soltó de improviso—. No de mis labios.

Rosemary lo contempló atónita.

—¡Eso es pedir demasiado!

Él se encogió de hombros. No le importaba su conciencia. Primero era el bienestar de su esposa y su felicidad.

—Aunque mantendré mi palabra, os aconsejo a ambas que penséis seriamente en contárselo vosotras mismas. La reacción siempre será mejor que si lo descubren por terceras personas. No digo que vaya a ser fácil. Hugh y Colin pueden a llegar a ser muy rencorosos, por lo que dependerá de Samantha suavizar las cosas. Si ella es capaz de ver el cambio que hay en ti, estoy convencida de que la aceptación vendrá con el tiempo.

Una Rosemary agradecida se dio cuenta de que él tomaba la mano de Jennifer con ternura mientras que ella le devolvía una mirada cargada de amor.

Viéndolos interactuar juntos después de todo lo que sabía sobre el matrimonio le hizo ver que el amor, por fin, se había instalado en sus vidas.

Ojalá ella también fuera merecedora de un amor así.

«Nunca va a suceder, Rosemary», se dijo. «Nunca va a suceder».

*Consecuencias indeseadas.*

Jennifer se encontraba medio acurrucada en el *chaise longue* de la galería, con una taza de té vacía en el suelo y un plato de bizcocho sin tocar. Aunque no hacía frío, sobre sus hombros descansaba un chal de seda de color marfil.

Siendo una mujer de carácter optimista, debería estar viendo el lado bueno de la situación. Sin embargo, se sentía incapaz de hacerlo, pues la derrota la había invadido.

Con el estómago encogido, lanzó un largo suspiro.

¡Oh, la desesperanza; qué mala compañera de viaje estaba resultado ser! Aquella situación había terminado escapándose de su control, como una herida abierta y profunda. Solo que ignoraba si podía detener la hemorragia.

No podía dejar de pensar en ello, repasando en su memoria una y otra vez las expresiones heridas que Claire y Samantha le habían lanzado antes de marcharse a toda prisa.

Volvió a suspirar, mirando el techo acristalado. Jennifer sabía a ciencia cierta que pedir perdón no sería suficiente en aquel caso.

—¡Ah, aquí estás!

La voz de su esposo la sacó de sus deprimentes pensamientos, aunque su estado de ánimo no mejoró.

—Ross —murmuró con un tono de voz anormalmente bajo. Además, en su rostro no había ni un signo de alegría.

Él la observó con detenimiento.

—¿Qué sucede? —preguntó de inmediato, acercándose a ella y arrodillándose junto a la *chaise longue*.

—De todo —fue la crítica respuesta femenina.

Ross frunció el entrecejo.

—¿Estás enferma?

Jennifer asintió de forma contenida.

—Voy a morirme —anunció con demasiado dramatismo, consiguiendo que la respuesta preocupara todavía más a su esposo.

—Voy a llamar al doctor —anunció de inmediato.

Ella le sujetó del brazo, impidiendo que se marchara.

Sus miradas se cruzaron.

—¿Sabes si alguien puede morir de puros remordimientos?

Ross alzó los ojos, comprendiendo que la situación no era tan grave como aparentaba en un principio, así que acarició su mejilla con suavidad y después entrelazó sus dedos con los de su esposa para reconfortarla.

—Cuéntame qué ha ocurrido —le pidió con amabilidad, interesándose por ella.

—Oh, Ross —sollozó Jennifer—, tú me lo advertiste. Pero soy tan cabezota que no quise pensar en las consecuencias. ¡Como resultado, Samantha y mi hermana me odian!

No se lo habían dicho, si bien estaba segura.

Ross abrió los ojos desmesuradamente, comprendiendo la situación. Él sabía que aquella tarde había tenido lugar una de sus habituales reuniones del Club de Admiradoras de Buster Morrison. Ahora solo necesitaba atar unos cuantos cabos sueltos.

—¿Cómo lo han descubierto?

—Se presentaron de improviso en el hotel. Por supuesto, fue inevitable que reconocieran a Rosemary entre las asistentes.

Si no fuera por la torpeza de Irma, tal vez se hubiera podido salvar la situación.

—Y se descubrió tu amistad con ella —apuntó con un rictus adusto pintado en el rostro, imaginando la situación en la que su esposa se había visto envuelta—. Sin duda se trata de un asunto desagradable —declaró—. ¿Lo saben todo?

Jennifer se incorporó para sentarse y él la ayudó a erguirse. Tan pronto puso

los pies en el suelo, se sentó a su lado.

—Lo principal para ser sometida a un juicio rápido.

—Vaya —murmuró por lo bajo, contemplando el estado de derrota en el que se encontraba su esposa.

—Me siento muy mal, aunque una parte de mí sufre menos por el alivio de no esconderlo más.

Ross pareció entender aquello. Con las cartas descubiertas, Jennifer no tendría que guardar secretos nunca más y eso le permitiría deshacerse del peso que llevaba sobre los hombros. En cuanto a la relación con los Broderick... Por su estado se temía lo peor.

—¿Cómo reaccionaron?

Ella le lanzó una expresión herida y Ross le pasó un brazo por el hombro, ofreciéndole suficiente protección para cobijarse.

—Estábamos poniéndonos al día antes de empezar con la sesión —comenzó a explicar—. Como siempre, el ambiente era muy amigable, entusiasta y distendido. Es de esas situaciones en la que todas deseamos hablar a la vez, pero a la vez escuchamos a las demás. ¡Y de improviso todas comenzaron a gritar!

Casi todas las integrantes del Club presentes se lanzaron a la puerta con absoluto descontrol, puesto que acababan de descubrir a Samantha, la escritora que veneraban.

—¿Ella no te anunció su visita?

Ojalá lo hubiera hecho. De ese modo Rosemary se hubiera quedado en casa, evitando aquel choque.

—En absoluto.

Jennifer recordaba a la perfección estar calculando el modo de sacar a su querida amiga de la sala con discreción cuando Irma llamó a Rosemary para que se acercara a la escritora. Lo hizo con buena fe, pero el resultado fue desastroso, porque por primera vez Samantha fue consciente de la presencia de su hermana.

—El diálogo entre ambas ha sido breve, pero cortante. Rosemary se ha mostrado muy digna, tal vez demasiado para la ocasión. En cuanto a Samantha, bueno, puedes imaginar que no estaba precisamente feliz por reencontrarse con su hermana.

Ni siquiera sabía cómo se encontraba su amiga en aquellos momentos. Había sido incapaz de ir hasta el Dakota. Tras la marcha de Samantha, su hermana y Rosemary, fue inevitable enfrentarse a un grupo de mujeres ávidas de información.

—No he revelado ninguna información personal, ni siquiera el tipo de relación que une a Samantha con Rosemary; o Rose, como todas la conocen. He dicho que se trataba de una historia del pasado y poco más. No obstante, ninguna ha parecido satisfecha con la explicación y me han atosigado tanto que me he visto en la obligación de suspender la sesión y correr a casa.

Ross asintió.

—Un trago amargo, sin lugar a dudas, que requerirá de tu entereza.

Jennifer observó a su esposo y se dio cuenta de que estaba de su lado. La escuchó en silencio, sin interrumpirla, dándole muestras de apoyo.

Se dijo que eso era lo único que necesitaba, al menos por ahora.

Pensando en las consecuencias, Jennifer tenía la certeza —como también la tenía él—, de que a pesar de sus errores, siempre contaría con Claire. Su madre también se mostraría indulgente una vez volviera de viaje. En cuanto a los demás Broderick... eso sería bien difícil; sobre todo Hugh, que protegía a su esposa con auténtico ardor. Por el amor que sentía por Sam y por todo lo que esta había sufrido a manos de madre y hermana, no creía que la perdonara jamás. Todavía recordaba su expresión, que no era de simple indignación.

—Supongo que durante un tiempo no seré la persona favorita de los Broderick. Conociendo a mi cuñado, Colin mantendrá las distancias, supongo que por miedo a decirme alguna barbaridad. Estará muy disgustado y decepcionado y, aunque sé que mi hermana intercederá por mí, no creo que pueda hacer mucho al respecto. Sabes lo unidos que están los mellizos; lo que afecta a uno, afecta al otro. —Aunque fuera por solidaridad, los hermanos Broderick harían frente común.

Ross mostró su disconformidad.

—Pero Claire es su esposa. Ella tendrá influencia, ¿no crees?

—¡Dios! —Jennifer se cubrió el rostro con las manos—. ¿Ves lo que he provocado? Lo último que quiero es un duelo de lealtades. Además, el que ahora

me preocupa es Paul. Se sentirá tan defraudado conmigo. Sé que ama a mi madre sobre todas las cosas, pero todavía le es difícil olvidar la traición de Agatha Clarson y el apoyo que le prestaba Rosemary.

Eso sería como revolver el pasado y, aunque al final todo salió a la perfección, los recuerdos amargos siempre permanecían.

—¿Por qué no nos enfrentamos a ello cuando llegue el momento? —sugirió Ross, apartándole las manos y tomándola de la barbilla—. Mañana hablaré con mi cuñado y con Hugh, si es necesario, y les haré entender que Rosemary ha cambiado.

Jennifer agradeció el gesto y su fuerte convencimiento, mas lo creyó inútil.

—No —le rogó—, solo lo empeorarías.

Además, pretendía mantenerlo apartado del fuego cruzado.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo, ¿verdad? —Jennifer asintió, emocionada. Palabras como aquellas eran música para sus oídos—. Entonces, ¿vamos a quedarnos de brazos cruzados?

Sonrió ligeramente. Se sintió reconfortada al escuchar cómo la incluía, como si ambos fueran un equipo. Cuando se lo proponía, su esposo se transformaba en el hombre más maravilloso del mundo.

—O podríamos dejar de hablar de un tema que me entristece. —Ross fue a protestar y ella hizo un gesto de negación—. Por el momento vamos a dejar pasar unos días, ¿quieres? Es mejor pensar con la cabeza fría y el corazón aplacado. Vamos a dirigir nuestras energías en otros menesteres.

—¿Cómo por ejemplo?

—Un abrazo —susurró ella, cerca de sus labios—. Necesito un inmenso abrazo. —Y él se lo dio, dispuesto a ofrecerle la luna, si era necesario, con tal de que ella volviera a sonreír.

\*\*\*

A Jennifer le hubiera gustado hacer algún comentario ocurrente para suavizar el ambiente, mas viendo la expresión adusta de su hermana, se contuvo.

—¿Quieres té? —preguntó en cambio, mostrándose más formal de lo acostumbrado.

Claire negó con la cabeza.

—No, gracias —añadió—. Estoy bien.

—Te pueden preparar cualquier cosa que desees —insistió—. ¿Unos bollos, tal vez?

Claire frunció los labios.

—Jennifer, esto no es una visita social.

Por supuesto que no. Ya contaba con la visita matutina de su hermana para reprobar su conducta.

—Lo sé. Supongo que no puedo dilatarlo más, así que vayamos directas al asunto.

—¿Comprendes, al menos, que esté preocupada? Lo que ocurrió ayer fue del todo inesperado a la vez que desagradable. Dime, ¿Rosemary es miembro del Club?

No tenía sentido negarlo, ya que la verdad había salido a la luz.

—Me temo que sí.

El rostro de Claire se contrajo.

—Solo puedo decir: ¿en qué demonios pensabas al traer de nuevo a esa mujer? Nuestras vidas están mejor sin ella.

Sintió que el estómago se le encogía, puesto que sus próximas palabras serían controvertidas.

—Siento discrepar, hermana. Me gusta tener a Rosemary cerca.

Claire pestañeó, confusa.

—¿Te has vuelto completamente loca? ¿Ahora sois amigas? —La aprensión en su voz era patente.

Jennifer lanzó una sonrisa cargada de tristeza.

—Sí, pero para entender esto primero deberás oír la triste historia de Rosemary desde que salió de la casa de Paul; de cómo la trató su madre o su esposo.

—No sabía que se hubiera casado —comentó Claire.

Se encogió de hombros.

—Tú lo has dicho; ni tú ni nadie sabe nada de su vida —le hizo ver—.

Hermana, esto no se trata de lo que tú llamarías «una de mis excentricidades», así que para que lo comprendas, deberé empezar por el principio.

El escepticismo de Claire fue patente.

—Dudo que me sirvan tus explicaciones. Y si no logras convencerme a mí, que te quiero, imagina qué pensará Samantha.

Jennifer trató de no pensar en el daño que había causado a la escritora.

—Hablaremos de ella después. Centrémonos en Rosemary, por favor.

Claire dejó caer las manos sobre su regazo y miró a su hermana con atención. Estaba muy indignada con ella a causa de su comportamiento, pero tenía la suficiente paciencia para escucharla.

—De todas las cosas estúpidas que has hecho en la vida, esta se lleva la palma, por descontado, pero mereces ser escuchada. Está bien, hazlo —le concedió.

Jennifer comenzó.

—Tú recuerdas a una Rosemary de hace tres años; una consentida que creía ser lo más valioso del mundo. Su manipuladora madre la había educado de un modo poco honorable, sacando partido a su belleza para embaucar a los hombres.

Claire se removió inquieta sobre sí misma.

—La has definido a la perfección —añadió, evocando el pasado—. Agatha es una mujer sin escrúpulos que engatusó al que es ahora tu padrastro —señaló para que no lo olvidara—, solo por su fortuna. Rosemary es idéntica a su madre.

Jennifer no pudo evitar chasquear la lengua.

—Tal vez lo era, pero ya no —le hizo ver—. Cuando los Broderick descubrieron su plan, ambas se quedaron en la calle, sin apenas un dólar en el bolsillo. ¿Y sabes lo que ocurrió? ¿Lo sabes?

Claire ignoraba qué había sido de sus vidas, mas por el tono usado por su hermana, comprendió que no podía tratarse de nada bueno.

—¿Qué? —preguntó, con cierto miedo a la respuesta.

—Pues que su madre trató de vender la virginidad de Rosemary. Imagino que por una buena cantidad —añadió con una expresión de desagrado.

Claire la miró horrorizada, abriendo la boca. Se quedó muda de la impresión. Tanto, que tardó unos segundos en reaccionar.

—¡Buen Dios! —exclamó, santiguándose—. Eso no puede ser cierto. Ninguna

madre sería capaz de esa atrocidad.

—No seas tan inocente y comprende la magnitud de la tragedia: Agatha Clarson no tiene alma.

—Pero aun así...

Jennifer movió ligeramente la cabeza.

—Es del todo cierto. Ella me lo confesó, nada orgullosa de sus actos. Porque la verdad es que fue llevada a una espléndida mansión por voluntad propia, por decirlo de algún modo. Aunque su madre la espoleó. —Agatha sabía manejar a su hija—. Rosemary creía que solo debía engatusar a un caballero hasta tenerlo comiendo en la palma de su mano, si bien pronto fue evidente lo que en verdad pretendía ese hombre.

»Cuando comprendió que había sido vendida por su propia madre —la mujer que admiraba—, Rosemary huyó sin rumbo fijo hasta caer en brazos de un depredador mucho más feroz.

—¿Qué significa eso? —le preguntó, de repente intranquila.

—En apariencia, el senador Charles Conover era bueno y respetable, pero la realidad era muy distinta: con su esposa se mostraba verdaderamente cruel.

No era necesario ahondar en el matrimonio de Rosemary con su esposo. Lo que la joven vivió fue una relación dañina y enfermiza en la que se vio sometida física y mentalmente por el senador. Algunos acaecimientos resultaban horribles y nauseabundos, por lo que Jennifer lo explicó de un modo ambiguo, aunque a la vez resultaba entendedor. No era su tarea ahondar en temas escabrosos.

—El abuso fue constante —dijo Claire en alto, consciente de lo vivido por la hermana de Samantha.

Jennifer asintió despacio.

—Rosemary ha vivido tantas humillaciones, que es un milagro que se haya recobrado por completo.

Claire estaba lívida. Su visión acababa de cambiar por completo.

—¿Y nadie sospechó nada? ¿Nadie la ayudó?

Era aterrador saber que había estado sola.

—No. Como he dicho, Charles Conover era un maestro del engaño. Representaba el papel de ciudadano modélico a la perfección, cuando en la

intimidación de su hogar era un auténtico sádico.

Claire se aclaró la garganta, reseca a causa de la emoción. Ningún ser humano merecía aquel destino.

—Rosemary escapó de la influencia de su madre para tener un destino mucho peor.

—Así es. Y he de decir que me alegro de que el senador esté bien muerto y enterrado. Su matrimonio fue duro y humillante, pero ese amargo camino culminó con una increíble transformación personal.

—¿Y entonces? ¿Cómo te hiciste amiga de Rosemary?

Jennifer se encogió de hombros.

—En nuestro primer encuentro, tiempo después de lo sucedido con los Broderick, fui testigo de lo que supe mucho después. Supe lo desdichada que era, aunque ella trató de ocultarlo. Como puedes comprender, con el intercambio de unas cuantas palabras fui incapaz de imaginar los horrores que ella estaba viviendo.

—Por supuesto, por supuesto —acordó su hermana.

—Nos escribíamos en secreto y cuando enviudó, dejó Washington para siempre y se instaló en Nueva York.

Se quedaron en silencio durante unos minutos, cada una sumida en sus propios pensamientos. Claire se alegraba de haber mantenido aquella conversación de hermanas. Eso la hacía mostrarse más comprensiva y dialogante. Porque en aquellos momentos le resultaba difícil seguir juzgando a Rosemary de un modo tan duro. La vida se había encargado de castigarla en exceso. Sin embargo, pensó que sería casi un milagro conseguir lo mismo con Samantha o Hugh; la escritora había sufrido mucho a causa de su madre y Rosemary.

Tras digerir la triste historia de Rosemary le aseguró que haría un esfuerzo hercúleo para que todos comprendieran la situación y, en cierta manera, fueran benevolentes.

No prometía cuánto podía tardar aquello.

—A estas alturas admito que un cambio personal es posible, sobre todo si ha pasado por situaciones tan horribles. —El punto más difícil de tratar fue la cuestión de la mentira de Jennifer—. Siempre hemos sido unas hermanas muy

unidas. Nos lo contábamos todo. ¿Por qué no me has mantenido al margen?

Jennifer lanzó un largo suspiro.

—He relatado las intimidades de Rosemary sin su permiso, porque era importante que comprendieras nuestra amistad. No obstante, se trata de su vida privada y debía respetarla. —Hizo una breve pausa, antes de continuar—. Además, estás casada con uno de los Broderick. No podía permitir que te vieras en la disyuntiva de tener que ocultárselo a tu esposo.

—A pesar de semejantes razonamientos, me siento dolida.

—Lo sé. Y lo siento —se disculpó—. Ahora que lo sabes todo, ¿crees que puedas perdonarme?

—¡Oh, no seas tonta!

Claire se levantó del sofá con los ojos húmedos y se acercó a abrazarla. La envolvió en sus cálidos brazos y ambas perdieron la compostura, echándose a llorar sin vergüenza alguna.

De ese modo, Jennifer hizo las paces con su hermana, aunque todavía quedaba un largo camino por delante plagado de explicaciones.

Cuando el llanto cesó, se sintió un tanto mejor. Tenía la oportunidad, por decirlo de algún modo, de empezar de nuevo; con Ross, con su familia y con la vida, por lo que iba a intentar con todas sus fuerzas que tanto Sam como Hugh la perdonaran y construir así un futuro sólido del que sentirse orgullosa.

Pero, como siempre, todavía había cosas por hacer.

*Pistas que seguir.*

**E**ra un gran día para el país. Caluroso y festivo, el Cuatro de Julio conmemoraba la independencia de los Estados Unidos frente a los británicos. Y los ciudadanos, que se sentían de lo más patrióticos, se echaban a la calle con entusiasmo con el único fin de pasárselo bien.

Por regla general, la familia de Jennifer se reunía para ir a ver el desfile. Luego daban una gran fiesta para los niños del orfanato, pero con su madre y Paul de viaje y la tensión reinante con los Broderick, comprendió que ese año lo celebraría junto a Ross. Nadie más.

Le daba un poco de pena porque era el primer año para sus sobrinos Connor y Cameron. Sin embargo, como le hizo ver su esposo, habría otros.

—¿A dónde iremos a ver el desfile? —quiso saber mientras buscaba un sombrero adecuado.

Para la ocasión escogió un vaporoso vestido blanco para soportar mejor las altas temperaturas. Quería, además, conjuntar el atuendo con un gran sombrero para que la protegiera del sol, pero que a la vez fuera ligero.

No lo encontraba.

—A la 5ª Avenida —le respondió Ross con infinita paciencia mientras la veía revolver entre todas sus cosas—. Conozco un sitio donde estaremos bien; cerca del hotel Plaza. Han montado unas tarimas con toldos. Ahí podremos sentarnos y ver el espectáculo, aunque para eso deberíamos salir temprano —puntualizó impaciente.

—Sí, sí —Jennifer al captó el mensaje—. Es que no... —La frase quedó a medias porque dio con lo que andaba buscando—. ¡Por fin! —anunció, mostrándole el sombrero y regalándole una gran sonrisa a su esposo.

—Fantástico. —Ross mostró su ironía—. ¿Podemos irnos ya? Quiero encontrar un sitio vacío.

—¿Podrías relajarte un poquitín y abandonar esa flema tan británica? Eres sureño y los clichés dicen que deberías ser todo un caballero. No hay nadie que sepa tratar mejor a una dama que un sureño.

Ross entornó los ojos sin quitarle la vista de encima.

—También dicen que debería tener una gran mansión para recorrer a diario mis tierras a lomo de un caballo y una bonita mujer de adorno que supiera mantener la boca cerrada... Y mira tú por dónde. —Giró la cabeza hacia la derecha y luego hacia el lado contrario—. ¿La has visto por algún lado?

Ella ensanchó todavía más su sonrisa. Que Ross se permitiera bromear de ese modo la convencía de que en verdad las cosas habían cambiado.

—¿No le parezco bonita, señor? —preguntó, ronroneando como una gata.

—Bonita sí, callada no —recalcó él.

—Esas sureñas podrían aprender mucho de mí si quisieran. Siempre tan finolis...

—Será mejor que no les digas eso cuando vayamos a Savannah —opinó Ross, lo que consiguió confundirla—. Claire no tardará mucho en dar a luz —trató de explicarse él—. Y pronto volverá tu madre, así que he pensado que después, quizá para el otoño, podamos hacer un pequeño viaje a mi ciudad. Visitaríamos a mis parientes, te enseñaría los lugares donde jugaba de pequeño...

Jennifer dio un par de palmaditas de emoción.

—¿De verdad? —preguntó radiante, tirándose a sus brazos y besándolo. Le encantaba esa nueva faceta suya, más bromista, más relajada y también más atractiva. No lo prefería de otra forma.

Nunca había estado en Savannah y solo conocía a un puñado de parientes del día de su boda, por lo que sería la oportunidad perfecta para reencontrarse con ellos y con su pasado.

Ambos empezaron a planear el viaje con ilusión, aunque todavía faltaba, pero

dado que debían darse prisa por encontrar un lugar decente donde disfrutar del desfile, aparcaron el tema hasta más tarde. Ya habría tiempo para los planes.

Al salir a la calle pudieron observar que todas las fachadas y balcones de los edificios estaban engalanados con banderas estadounidenses; por algo era su fiesta nacional. Ellos mismos llevaban otras más pequeñas en las manos para ondear durante el desfile. En un principio tomaron Park Avenue, pero querían evitar el bullicio de la Grand Central Terminal, por lo que torcieron a la izquierda por la Calle 40, cruzaron Madison Avenue y una vez en la 5ª Avenida solo tuvieron que subir hasta el lugar que Ross había escogido. Como le había asegurado, el sitio ofrecía una buena panorámica. Sin embargo, las escasas sillas que había instalado el ayuntamiento se llenaron con prontitud, por lo que no les quedó más remedio que permanecer de pie.

—Hay padres que no saben establecer los límites —murmuró por lo bajo mientras arrugaba la nariz.

Hablaba por la familia que se encontraba a su lado. Entre ellos, un niño de no más de tres años lucía un conjunto confeccionado a modo de la bandera estadounidense, con dos franjas verticales, una blanca y otra roja con estrellas. Le acompañaba una pequeña sombrilla con los mismos motivos.

—Espero que nunca me dejes ponerle algo así a los nuestros. —No se sentía tan patriótica, pensó mientras lo veía hacer volteretas.

Por suerte, el desfile comenzó temprano y pudieron disfrutar con bandas de música —algunas incluso habían vestido a sus integrantes con ropas típicas de finales del siglo dieciocho—. También había carrozas de todo tipo, indios nativos americanos y niñas vestidas de ninfas. Luego dieron paso a la representación de comunidades de otros países que se habían establecido en Nueva York, siendo la más espectacular la de China, con un dragón de tela larguísimo. No faltó Grecia, Italia o Japón, que llamó poderosamente su atención con un equipo de béisbol de la Universidad de Shinegobu que habían traído.

—Están de gira por Estados Unidos —le comentó.

Como los hermanos Broderick le habían pedido que averiguara todo lo que pudiera sobre ese deporte, Ross se había empapado de información, por eso sabía que el Shinegobu Ball Team llevaba en el país desde el veintiocho de

marzo y era su segunda gira.

—Deberías fijarte en ellos y aprender —le aconsejó Jennifer.

—¿A hablar japonés? —dijo, a propósito—. Es algo que todavía no me había planteado, pero tú quizá deberías hacerlo, ya que has comenzado tantas cosas.

—No, tonto. Me refiero a jugar —le indicó—. Y voy a pasar por alto este último comentario tuyo.

—¿Tú puedes meterte conmigo pero yo no puedo hacerlo contigo?

—¡Exacto! —exclamó, como si fuera toda una revelación—. Por fin lo has comprendido.

—¿Entonces yo qué soy en esta relación? —preguntó cerca de su oído. Se colocó tras ella y la tomó por la cintura sin prestar la menor atención al desfile.

—Mi esclavo —manifestó ella con rotundidad.

«Me encantaría serlo», se dijo mientras trataba de controlar su incipiente excitación.

La tenía tan cerca que se atrevió a besarle el lóbulo de la oreja, pero una mujer mayor que tenía a su izquierda le amonestó con la mirada, haciéndolo avergonzar.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por soltarla y seguir viendo el desfile, pero la ligera presión que notaba en el pantalón no cedía y quería evitar que esa mujer lo acusara de pervertido o algo parecido.

«El desfile es bonito, disfrútalo», tuvo que recordarse con empeño. «Lo sé, pero más bonita es Jennifer y preferiría disfrutarla a ella».

Habían dado fiesta a los criados hasta la mañana siguiente, por lo que estarían solos durante muchas horas, ofreciéndoles un sinfín de posibilidades. Sin tener nada planeado, seguro que se le ocurriría algo.

Agitó la cabeza para borrar esos lujuriosos pensamientos y concentrarse en Suiza, que era el país que pasaba por delante, pero de repente su esposa le dijo que quería un helado.

—¿Ahora? —se quejó él. Les había costado bastante encontrar un hueco—. Estamos en medio del desfile.

—¿Y qué? —contestó caprichosa—. Hace mucho calor y lo necesito. Si quieres puedes esperarme aquí.

Él se lo pensó durante un instante, aunque al final decidió acompañarla.

Abandonaron su sitio mientras se disculpaban con la gente al pasar por el medio y fueron calle abajo donde antes habían visto un carrito de helados. Como era de suponer, había mucha gente en la cola.

—¿De verdad vamos a esperar a pleno sol solo por un helado? —preguntó Ross alzando el rostro hacia el cielo despejado y cubriéndose parte de los ojos a causa del cegador astro. Para no ir más cargados, Jennifer había dejado el parasol en casa, pero empezaba a echarlo de menos.

Al parecer, su esposa no era la única persona del desfile que suspiraba por un helado, por eso pensó que iban a derretirse antes de probarlo.

Se quitó la americana suspirando de alivio mientras ella movía las banderitas con ahínco a modo de abanico para refrescarlo.

—¿Mejor así?

Él asintió.

—Sí, aunque preferiría la sombra.

—Esta moda ridícula de ir siempre con el traje... Espero que algún día cambie.

—Amén —murmuró él.

Jennifer se entretuvo observando a la gente que se movía por la calle: familias con niños, parejas de enamorados, pandillas de amigos e incluso personas solitarias que transitaban con premura. No fue hasta un poco después, cuando estaban a punto de alcanzar los primeros puestos de la cola, que distinguió entre la multitud un rostro difícil de olvidar.

Entornó los ojos y de repente su cuerpo se tensionó.

—¡Ese es Percy Hoffman!

La joven señaló a un hombre que trataba de avanzar en dirección contraria al desfile. Sin embargo, Ross no fue capaz de distinguirlo.

—¿Quién? —preguntó mirando hacia donde ella lo hacía.

Jennifer notó un escalofrío recorriéndole la columna vertebral. Era buena almacenando recuerdos, pero todavía lo era más con los rostros. Le era difícil olvidar alguno.

—El chantajista de Rosemary —le recordó—. El sobrino del senador. Esa ratas asquerosa e inmunda que quiere apoderarse de lo que le pertenece a mi amiga.

—¿Acaso lo conoces?

—No, pero he visto una fotografía suya —le aclaró—. Verás, Rosemary tiene una caja de los horrores. —Él alzó los ojos, interrogante—. Es así como ella la llama —se excusó encogiéndose de hombros—; y es donde guarda fotografías de cuando estaba casada. Las hay con algún que otro pariente del senador en fiestas señaladas, gente del partido... cosas así. Podríamos resumirlo como el retrato de su vida en Washington.

—¿Por qué lo hace?

—Supongo que para recordarse lo tonta que fue. —Por lo menos es lo que ella creía, porque ahora se daba cuenta de que nunca le había preguntado al respecto—. Vamos, Ross. Se nos escapa —murmuró abandonando la cola.

—¿Se nos qué...?

A Ross no le dio tiempo a terminar la pregunta; ni siquiera a arrugar el ceño. Jennifer ya corría tras él, por lo que no tuvo más remedio que seguirla antes de que fuera engullida por el gentío.

Dio gracias porque llevara ese enorme y feo sombrero que la hacía destacar sobre los demás; solo así era capaz de localizarla. En unas zancadas estuvo junto a ella.

A causa del desfile había muchas calles cortadas en Manhattan. La 5ª Avenida y sus alrededores estaban a rebosar de gente y era obvio que el señor Hoffman no podía encontrar un transporte adecuado para desplazarse, por lo que no le quedaba más remedio que ir a pie.

En ningún momento se unió a las celebraciones ni pareció que fuera a hacerlo.

—Debe tener algún plan en mente —le gritó a su esposo por detrás de su hombro cuando este casi estaba a su altura. En ningún momento detuvo el paso y él tuvo que esforzarse por alcanzarla—. Hay algo malicioso en su actitud.

«Cómo no», se dijo Ross, ya a su lado, tratando de controlar la respiración. «Ella sospecharía hasta de una encantadora viejecita repartiendo galletas».

Pudo decirle que si ese tal Percy Hoffman andaba metido en asuntos turbios sería peligroso seguirle. No obstante, puesto que hablaban de Jennifer, aquello carecía de valor. La conocía lo suficiente como para saber que para ella aquello eran minucias y que no habría forma humana de detenerla.

Prefirió no malgastar esfuerzos.

Alejándose de la multitud y del barullo, a la altura de la Calle 42, el hombre giró en busca de Times Square con paso decidido mientras el matrimonio andaba tras él con cierto disimulo. Ya no tenían que correr.

Aunque no parecía recelar y lo seguían a una distancia prudencial, prefirieron dejarle suficiente espacio para que no llegara a descubrirles. Si se daba la vuelta solo vería a una pareja corriente andando en la misma dirección; nada que llamase la atención. Pero en cuanto se fueron acercando a la esquina con Broadway Ross se temió lo peor.

Estaba en lo cierto.

—¡Maldición! —profirió, al darse cuenta de que pretendía tomar un taxi de los muchos estacionados junto la acera—. Vamos a perderlo.

Por el diálogo que se produjo entre Hoffman y el conductor parecían estar negociando el precio. Aunque no podían oírlos, los gestos decían mucho.

—No podemos dejar que se nos escape ahora —murmuró Jennifer, desesperada, aunque estaban a muy poca distancia.

Cubrieron el tramo que les faltaba con rapidez. —Toda prudencia quedaba olvidada—. Para cuando llegaron al lugar, Hoffman había tomado un coche.

En los últimos unos años se había implantado una creciente flota de taxis en la ciudad de Nueva York. A los ya tradicionales carruajes de caballos se le unieron los coches eléctricos y los modernos coches de gasolina, que iban ganando popularidad por su rapidez y fiabilidad.

Ellos también tomaron uno de la fila.

—Siga a ese taxi —le exigió al conductor en plena 7ª Avenida mientras ayudaba a entrar a su mujer. No se les podía escapar.

—Es cuestión de vida o muerte —le apremió ella.

—Son cincuenta centavos por milla —les explicó, señalando el taxímetro con el motor en marcha, pero sin haber avanzado un palmo.

—Si consigue alcanzarlo, le doblo la tarifa. —Lo único que quería era no perderlo de vista.

Por suerte, el conductor pareció tomárselo en serio y aceleró sorteando el tráfico, fluido a esa hora. La gente todavía estaba viendo el desfile y eso les

permitió avanzar con facilidad hasta volver a tener el objetivo a tiro. A pesar del confort que ofrecía el vehículo, Jennifer era incapaz de relajarse. Con los músculos tensados no dejaba de vigilar al taxi de delante dándole indicaciones al conductor sobre cómo debía situarse y en qué momentos había que alejarse.

Entraron en el Soho a través de la Calle Houston. Después tomaron unas calles que fueron incapaces de determinar, pues ninguno de los dos había pisado nunca el barrio y andaban un poco perdidos. Al final, el vehículo se detuvo frente a un edificio de ladrillos estilo federal de cuatro plantas y la joven le ordenó al conductor que aparcara un poco más adelante, donde podrían vigilar a través de la obertura posterior que ofrecía el capó del automóvil.

—¿Crees que vamos a averiguar algo? —preguntó Ross, escéptico, sin tenerlas todas consigo. Creía que aquel tipejo habría vuelto a Washington.

—Si no nos quedamos, nunca lo sabremos —aseveró mirando a Percy Hoffman mientras este trataba de abrir la cerradura de la puerta principal.

Lo que más llamó la atención en Ross fueron las ventanas tapiadas. No era un experto en obras, pero parecía tratarse de un trabajo reciente. Era extraño. ¿Por qué querría ese hombre un edificio sin ventanas en pleno Soho? ¿Tendría algo que ver con Rosemary?

Cerró un momento los ojos para descansar. Conociendo a su mujer aquello se alargaría de forma indefinida y la pequeña «excursión» acabaría constándoles una pequeña fortuna. No obstante, no tardó demasiado en notar el tirón en la manga de la camisa; el modo que tenía su esposa de llamar su atención.

Se irguió para ver lo que ella, enfocando su vista en un camión azul de reparto que aparcaba frente el edificio. La mercancía podía ser whisky o cualquier otra cosa.

Del vehículo descendieron dos hombres, uno bajito y rechoncho y otro delgado con barba. Este último miró a hacia ambos lados de la calle superficialmente para comprobar que estuviera vacía. Se dijeron unas cuantas palabras y fueron a la parte posterior para descargar un par de sacos que cargaron sobre los hombros.

Llamaron a la puerta, recibéndolos Hoffman en persona. Al ver lo que transportaban les echó una bronca mientras señalaba la parte de atrás del edificio. Era obvio que debieron descargar por el callejón.

¿Qué diantres estaba ocurriendo?, se preguntó. Aquella casa no podía ser su hogar. La lógica le decía que cualquier persona querría que entrara luz en el interior, no tratar de ocultarse de ella. Además, no era el mejor barrio para que se estableciera el sobrino de un senador.

Jennifer interrumpió sus pensamientos.

—Estos tipos parecen unos ineptos.

—¿Por qué lo dices?

—Será una corazonada —adujo ella—. ¿Qué crees que llevarán en los sacos que ha irritado tanto a Percy?

—No lo sé —contestó con sinceridad—. Todo esto me da mala espina.

—A mí también. Pienso que Percy está metido en algún tipo de contrabando —afirmó segura—. Esta puede ser su guarida y ellos ser sus secuaces.

Ross entornó los ojos cuando un movimiento captó su atención.

—¿Es mi imaginación o esos sacos acaban de retorcerse? —preguntó tragando saliva.

Jennifer dejó de observar la escena y lo miró. Su rostro lucía una expresión extraña, en donde la osadía y la nobleza cobraban vida.

—Es nuestra obligación ayudar a Rosemary. No tenemos otra opción: vamos a entrar.

*Olfato de sabueso.*

Se movió por la habitación con sigilo, deslizándose con sus ensayados movimientos. Incluso se permitió detenerse frente al espejo y contemplar su reflejo en él, mostrando un inusual aspecto que debía mantenerse en secreto para todo el servicio de la casa.

Era la hora.

Se dio la vuelta y se acercó a la cama, fijándose en la rítmica respiración de Ross. Estaba completamente dormido. Por ello se inclinó sobre él y apoyó una mano sobre su hombro antes de zarandearle con suavidad.

—Despierta —susurró mientras su voz comenzaba a percibirse con pesadez—. Despierta —volvió a repetir.

Ross oyó una voz que lo llamaba desde lejos mientras su mente obnubilada era incapaz de pensar con claridad. Estaba rendido y lo único que quería era dormir.

Abrió los ojos, aturdido por haberse visto privado del sueño, y lo primero que observó fue al hombre que lo zarandeara con apremio. Lo extraño era que tuviera voz de mujer. Aquel tipo barbudo, panzudo y con boina le resultaba familiar, aunque su mente adormilada era incapaz de pensar con claridad.

Pestañeó para tratar de despejarse y al intentar levantarse se topó con un rostro sonriente y unos ojos brillantes. ¿Dónde demonios estaba?, se preguntó reteniendo un bostezo, para después observarlo con atención. Los ojos, la nariz y los labios los recordaba, pero antes de que pudiera reaccionar este se le echó encima y lo besó en la boca.

Fue ahí cuando se despertó de golpe y trató de apartarlo a como diera lugar, lo cual hizo con facilidad. A pesar de la protuberancia del estómago, no pesaba nada.

Con el sabor de sus labios presentes ya supo de quién se trataba.

—Jennifer —susurró. Si no la había reconocido antes era porque todavía andaba medio somnoliento.

—Son más de las ocho —anunció ella con una mano sobre la boca para no echarse a reír. Se había dado cuenta de cómo su esposo la había confundido con un hombre. Esa reacción era digna de recordar. ¡Si hubiera podido verse la cara! —. De la noche —recalcó—. Me has dicho que te despierte a esta hora —le recordó.

Apenas había dormido un par de horas.

—¿Tenías que ser tan brusca? —le preguntó, con cierto fastidio. No le hacía ni pizca de gracia, ya que en los últimos cuatro días apenas había podido cerrar los ojos, logrando que su sentido del humor se evaporara.

¿Quién podría culparle si se pasaba las noches en vela? Por eso había aprovechado para tumbarse un rato.

Su esposa se levantó y se arregló la barriga falsa que andaba un poco descolocada. De lejos daba el pego y parecía un hombre de verdad, pero si uno se acercaba lo suficiente podía distinguir sus rasgos femeninos. Había sacado el disfraz de uno de los baúles de la buhardilla. Según le había explicado, tanto ella como Claire los utilizaban de pequeñas para las funciones que representaban para la familia. Era insólito verla con pantalones masculinos y que estos todavía le valieran después de tantos años. Lo único en lo que había cambiado era en la altura, quedando cortos. La camisa y los tirantes se los había prestado él y con la barba postiza hacía que en conjunto pareciera una mendiga.

—¿Crees que soy bonita? —preguntó Jennifer, guiñándole el ojo y sentándose sobre su regazo. Le pasó un dedo por el cuello.

—Ni por asomo —aseguró—. Aunque sigues besando bien.

—Es el único consuelo que me queda. —Lanzó un pesado suspiro, todo muy teatral—. Sin embargo, vas a tener que esperar, ya que no quiero que se me caiga la barba. ¿Nos vamos?

—¿Estás segura?

Era una pregunta que le hacía todos los días y ella siempre le contestaba asintiendo.

Antes de salir de la casa, Ross se cercioró de coger el viejo revólver de su padre. Era lo único que tenía de él y ni siquiera sabía a ciencia cierta por qué lo había conservado todos aquellos años, sobre todo cuando siempre quiso distanciarse de lo que él representaba. Sin embargo, ahora podría resultar vital, porque durante las pasadas noches se había ido convenciendo de que lo llevaba a modo de protección.

Esperaba no tener que usarlo. Nunca había disparado un arma.

Ross maldijo a Percy Hoffman y a todo aquel embrollo. No entendía cómo se había envuelto en semejante locura. Lo más cerca del peligro que había estado fue a los catorce años, cuando se le atoró un trozo de cordero en la garganta. Por suerte, su tío Blake se dio cuenta a tiempo y con unos golpecitos en la espalda todo quedó en un mero susto.

Los problemas de cálculo, la aritmética o la geometría eran su fuerte. Incluso podía defenderse razonablemente bien con la biología y la historia, pero el único nexo en común con un rufián fue el que tuvo con su padre y a él ni siquiera lo conoció.

A ver, él era una persona de carne y hueso, no un personaje de novela de ficción tipo Lucius la Rogue, el cual era capaz de esquivar balas, saltar con agilidad, maestro de la esgrima, fuerte como un toro y experimentado en derribar hasta un gigante. Sin olvidar lo intrépido y osado que resultaba, podía conquistar a la más exquisita de las damas, que parecían adorar el suelo que pisaba. Eso por no hablar de las protagonistas que acompañaban a estos perfectos especímenes masculinos: todas unas heroínas. Sí señor. Eran capaces de desentrañar los más arraigados misterios sin despeinarse siquiera, enfrentándose para ello a los más temibles piratas o los más codiciosos villanos.

¿De verdad alguien podía tragarse algo así? Bueno, quizá resultara una lectura entretenida, pero él podía afirmar sin asomo de duda que la vida real no era así.

Solo podía culpar a Jennifer por haberle embaucado hasta tal punto que era capaz de hacer cualquier cosa por ella sin apenas oponerse, incluso pasarse las

noches vigilando a un tipo que a todas luces no auguraba nada bueno.

Después de lo que presenciaron el Cuatro de Julio era obvio que su esposa no iba a quedarse sin hacer nada, ni siquiera amarrándola a la pata de una cama. Por lo que después de debatir sobre las opciones que tenían consiguió arrancarle la promesa de no hacer nada sin él. A cambio, la ayudaría con las guardias nocturnas.

Por qué había accedido a todo aquello era un gran misterio que solo podía contestar argumentando que se había vuelto tan majareta como ella. Quizá le estaban echando algo en la bebida. Como resultado, llevaba cuatro largas noches sin dormir.

La primera noche alquilaron un coche para que no los pudieran rastrear —muy profesionales ellos— y aparcaron en el mismo sitio de la vez anterior, pero resultaba muy molesto pasar tantas horas dentro de aquel vehículo, por lo que tuvieron que pensar una solución más creativa: Ross sacó un fajo de billetes y se dirigió hacia el edificio que quedaba justo enfrente del de donde vieron entrar a Percy Hoffman, un bloque de viviendas con inquilinos amontonados en los pisos y suciedad por todas partes.

Insalubre.

Llamó a la puerta del segundo piso y, cuando un hombre de edad indefinida la abrió en medio de la noche, le tendió los dólares y el matrimonio se instaló junto a la ventana que daba a la calle. Si les pareció extraño, nunca lo supieron; aquello era un negocio en el que solo debían limitarse a soportar su presencia. No obstante, en los pocos días transcurridos hicieron buenas migas. Arvid Svensson era un emigrante sueco de Göteborg, llegado a Estados Unidos en barco desde Inglaterra, y tanto él como su esposa trabajaban en una fábrica de armamento.

Ahora se encontraban allí. Por un momento contempló a Jennifer jugando con los niños. Contó siete, con edades comprendidas entre los seis meses y los diez años. Hizo cálculos rápidos y se dio cuenta que aquella pobre familia había aumentado a una velocidad espectacular. Por lo menos el dinero que sacaran les iría bien. Al principio, Arvid procuró que los chiquillos no se acercaran a los dos desconocidos. Sin embargo, pronto fue evidente que uno de ellos era una mujer y

su postura se suavizó, sobre todo cuando ella llegaba cargada de comida.

Las risas eran lo único alentador de aquel minúsculo apartamento, ya que no había nada que invitara al optimismo: la pequeña cocina atiborrada de cacharros, las ropas tendidas por todos lados mediante cuerdas, la cortina que separaba el lugar donde dormían y en el que solo podía contar tres camas... Era deprimente. Eso le hacía darse cuenta de lo afortunado que era por haber nacido con un poder adquisitivo considerable comparado con aquellas pobres gentes.

Solo después de que todos se fueran a dormir, Jennifer se acercó a él y orientó sus esfuerzos en la vigilancia.

Ross seguía escudriñando el exterior.

—Solo espero que esta noche Hoffman se vaya más temprano —la oyó decir.

—¿Por qué? —le preguntó en voz baja para no perturbar a la familia.

—Tengo sueño y estoy cansada de llevar todo esto —se quejó, al tiempo que se quitaba la tripa falsa por debajo de la camisa y la barba.

Ross no pudo más que alzar las cejas y sonreír. Era irónico que él, que se pasaba el día trabajando en el orfanato y las noches despierto, estuviera aguantando el tirón mejor que ella.

—Creías que eso de montar guardia sería pan comido —apostó. Su esposa solo veía la parte más emocionante de la vida, pero su euforia se desinflaba cuando no lo era.

—Por supuesto —aseguró ella.

No había nada más aburrido que estar horas frente a una ventana tratando de averiguar los horarios o las idas y venidas de Percy Hoffman, se dijo Jennifer. Ella necesitaba algo de acción; en caso contrario sentiría que habían perdido el tiempo y los esfuerzos invertidos no valdrían para nada.

¿Qué diría entonces Rosemary? Con toda probabilidad que estaba majareta, igual que cuando le contó su plan. Le prohibió tajantemente que siguiera al sobrino del senador. Es más, le exigió que esperara hasta la vuelta de James, pero ella era Jennifer Walker y no esperaría sentada al detective hasta que este regresara de Washington.

Por alguna extraña razón, Ross estuvo de su parte y ambos consideraban que no había tiempo que perder.

Su conversación fue interrumpida a altas horas de la madrugada cuando el sujeto que vigilaban salió del edificio para regresar al hotel donde se alojaba. Lo sabían porque también lo habían seguido hasta allí. Sin embargo, esa noche su objetivo era otro.

—Voy a bajar —le explicó Ross, poniéndose en marcha. Tenía los músculos entumecidos.

—Vamos —le corrigió Jennifer.

—No —negó él categóricamente—. Te quedas.

—Ni hablar —insistió ella, rebelde.

Ross no tenía tiempo para ponerse a discutir, así que optó por la solución más fácil, aunque también la más peligrosa: la dejó hacer.

En el portal del edificio se quedó de pie, protegido por las sombras, con Jennifer detrás de él estudiando la calle por si algo andaba mal. Aunque estaba vacía y silenciosa, cruzaron con rapidez y se dirigieron hacia el callejón oscuro.

Ross sacó de su bolsillo una vela y un encendedor Ronson Wonderlite que compró ese mismo año fascinado por su funcionamiento, pero al prenderla se dio cuenta que no iluminaba tanto como pensaba. Sacó otra y se la pasó a su esposa, que seguía pegada a él.

Una vez acostumbrado a la escasa iluminación, se dirigió a la puerta trasera y observó el exterior. Fue entonces cuando Jennifer se le adelantó. Tomando el pomo trató de abrirla.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurró bajito. Iba a matarla.

—Comprobar si estaba abierta —le contestó con sencillez. Eso era lo primero que había que hacer, pues podrían haberse llevado una grata sorpresa—. Eso nos facilitaría las cosas.

—¿Para qué, si no vamos a entrar?

—¿Cómo qué no? Para eso he traído mis cosas. —Ante la estupefacción de Ross, ella le mostró una pequeña bolsa de cuero que llevaba encima y de la que no se había percatado antes. La abrió y observó cómo iba sacando unas cuantas herramientas: un destornillador, una navaja y una palanca.

—No tenía planeado entrar, solo iba echar un vistazo —insistió él, al darse cuenta de sus intenciones y blasfemando por lo bajo. Menuda estupidez no haber

contado con la osadía de Jennifer.

¿Por qué su esposa siempre actuaba por libre?, se preguntó de nuevo. Su intención había sido echar una mirada rápida y tantear el terreno, pero ella parecía tener otros planes.

Jennifer se situó delante de la cerradura, de cuclillas y con el destornillador de metal y mango de madera ejerciendo presión sobre él mientras trataba de girarlo hacia la derecha. Aunque no dio el resultado esperado.

Hizo un esfuerzo por disimular su decepción. James se lo había explicado innumerables veces, pero nunca habían realizado una clase práctica.

—Maldición.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Ross. Jennifer no se dio por vencida. Asió la palanca con firmeza e intentó darle un golpe a lo bruto. Sin embargo, Ross pudo detenerla a tiempo—. ¿Te has vuelto loca? Vamos a despertar a todo el barrio. — Además, evitó decirle que aquello no resultaría. Era por eso que primero había querido comprobar el terreno.

—No seas exagerado —acusó. Si bien no parecía estar tan segura como antes.

—Pásame el destornillador —le ordenó, teniendo una repentina idea.

Cogió la herramienta y se dispuso a desenroscar los tornillos que sujetaban la cerradura, pero era demasiado pequeño y tardó más tiempo de lo esperado. Por suerte, pudo conseguirlo y con cuidado lo desmontó.

Jennifer estaba extasiada con su técnica.

—Muy hábil —silbó, pero su esposo la regañó con la mirada.

—No hagas ningún ruido.

—Sí, señor —bromeó, porque él parecía estar tomárselo muy en serio—. Aunque no comprendo el porqué de tanta cautela cuando estamos solos en la casa. Lo entendería si...

—¿Qué es lo que no entiendes por «ningún ruido»? —la interrumpió con brusquedad—. No sabemos lo que podemos encontrarnos.

Al poner un pie en la casa, Jennifer vaciló. Era la primera vez que entraba a un lugar en el que no hubiese sido invitada y se dio cuenta de que si llegaban a pillarles quizá debiera llamar a su familia para que los sacaran de la cárcel. Se recordó a sí misma que no era momento para expresar dudas o recelos, porque si

en algún momento Ross se daba cuenta no dudaría en cancelar la misión y la obligaría a volver a casa. Sobre todo ahora que parecía haber cambiado de opinión.

Pasó la vela a la otra mano con cuidado para no quemarse y advirtió que su esposo llevaba un revólver. Lo reconoció al instante: era el de su padre.

Arrugó el entrecejo.

—Es por protección —le aseguró él, como tantas veces se había dicho—. No voy a usarlo.

Ella no dijo nada; ni siquiera supo qué pensar, como si todo ese asunto les estuviera quedando grande.

Alzó la vela para ver mejor mientras avanzaban cautelosos por el primer piso, atentos a cualquier ruido por mínimo que fuera. Todo el lugar estaba o acababa de estar en remodelación. Lo supieron por los suelos pulidos y el papel de la pared. Era nuevo. Sin embargo, no había muebles por ninguna de las amplias habitaciones que recorrieron.

Al llegar al pie de la espléndida escalera de madera de roble esculpido que conducían al piso superior, se detuvieron desconcertados; la pared estaba pintada con vívidas escenas sexuales, cada cual con una postura más compleja.

—¿Qué harán estos murales a la vista de cualquiera? —preguntó Jennifer, contemplándolos desde la distancia. Sentía cierta fascinación y repugnancia al mismo tiempo, aunque en general las imágenes le desagradaban. No era por el erotismo, más bien tenía que ver con el lugar, ya que pertenecía a Percy Hoffman—. No son para nada decentes.

—Mira —le señaló su esposo. En una de las escenas se podía observar a una mujer maniatada y lo que parecían dos hombres abusando de ella.

Sintió un escalofrío.

¿En qué diantres estaría metido Percy Hoffman?

El escaso tiempo que llevaban en la casa, a Ross le pareció eterno. Desde que entraron en ella notaba una espeluznante sensación en la nuca fruto del desasosiego que habitaba en su interior, temiendo que en cualquier instante fueran sorprendidos husmeando en un lugar en el que no habían sido invitados. Y si además, se le sumaba el hecho de encontrarse con aquellos dibujos, tan

depravados como sorprendentes, no era difícil imaginar que quisiera salir de allí lo más aprisa posible.

—No quiero verlo más —dijo Jennifer, girando el rostro.

Él asintió en silencio.

A continuación subieron los peldaños con infinito cuidado para que la madera no crujiera, incapaces de saber que la escalera había sido remplazada por una nueva. Al llegar al primer piso observaron que el corredor se bifurcaba a derecha e izquierda, mostrando una serie de puertas cerradas. Ross pensó que podía resultar que todas las habitaciones estuvieran vacías, como las de abajo.

Entraron en la primera de la derecha porque era la que más cerca quedaba de ellos, pero la visión los dejó paralizados. La habitación estaba desprovista de muebles, a excepción de la cama de hierro forjado y de la mujer que había atada a ella.

Ross sintió cómo se le helaba la sangre.

Una palmatoria con una vela encendida descansaba sobre la repisa de la chimenea e iluminaba la estancia. Quienquiera que la hubiera dejado ahí pretendía que se consumiese. Cualquiera no, se corrigió, aquello era obra de Percy Hoffman.

El matrimonio se miró sin saber muy bien qué hacer pero, una vez pasados los primeros instantes de vacilación, se acercaron para tratar de socorrerla.

Cuando esta los oyó acercarse empezó a sollozar.

Jennifer se inclinó hacia delante y comprobó con estupor que la mujer no lo era tanto, sino que se trataba de una joven que debería rondar los diecisiete años; a lo sumo dieciocho. Apenas iba vestida; solo un camisón hecho trizas cubría su cuerpo.

Con creciente furia comprobó que iba llena de moretones. El más visible cubría su ojo.

¡Aquel despreciable canalla lo iba a pagar caro!

La muchacha los contempló con una mirada cargada de terror y sollozó más fuerte.

—Shh, shh —trató de tranquilizarla—. No venimos a hacerte daño. Vamos a rescatarte —murmuró con una voz calmada que no reflejaba sus verdaderos

sentimientos, pues lo único que deseaba era quemar aquel edificio hasta los cimientos con el perverso de Hoffman en su interior.

Lo que le había hecho a la joven no tenía nombre, pero muy pronto recibiría su merecido.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Ross comenzando a desatarle las cuerdas.

—Lu-cy —tartamudeó.

—Bien, Lucy. Te prometo que pronto estarás a salvo. —En cuanto pusieran sobre aviso a las autoridades, capturarían a esa rata inmunda y dejarían que se pudriera en la cárcel.

—Tenéis que iros —murmuró ella entrecortadamente—. La mujer...

De inmediato, Jennifer se giró sobre sus talones para comprobar que estuvieran a solas y luego volvió a centrarse en Lucy.

—¿Qué mujer?

—La que vigila —contestó, frotándose las muñecas doloridas. Jennifer la ayudó a ponerse en pie pero apenas podía mantenerse.

—Nos vamos —ordenó Ross—. Ahora.

—Debemos buscarle algo para taparse —objetó su esposa, señalando el cuerpo de la muchacha. Ross echó un vistazo rápido evaluando la situación—. O unos zapatos, por lo menos.

Dudó unos segundos. Lo más fácil y rápido sería cubrirla con la sábana de la cama y llevarla en brazos hasta el coche aparcado en la calle, en donde estarían a salvo. Pero tal vez no era lo más inteligente pues, si se confirmaban sus sospechas, Lucy no volvería a confiar en un hombre en años. Lo malo era que no tenían tiempo que perder si en verdad había alguien más en la casa.

Pensó también en la seguridad de su esposa.

—Jennifer, adelántate a nosotros. Ve abajo y vigila —le pidió con autoridad. Sabía que ella no aceptaría esperar en la calle—. No tardaremos en seguirte. — Su esposa asintió sin rechistar y desapareció tras la puerta—. Lucy, no voy a lastimarte, ¿de acuerdo? —le dijo a la muchacha cuando se quedaron a solas—. Pero debemos irnos ya. ¿Comprendes? —Temía que en cualquier momento Hoffman decidiera regresar o encontrarse cara a cara con la carcelera de Lucy.

No respondió. En cambio, hizo un gesto con la cabeza que significaba

aceptación.

Ross tiró de las sábanas lo más aprisa que pudo y la hizo envolverse en ellas. Fue hasta la chimenea, agarró la palmatoria de latón y se acercó de nuevo a Lucy.

—¿Puedes sostenerla por mí?

Ella así lo hizo.

Ross estaba a punto de salir al corredor con la joven en brazos cuando se escuchó un atenuado sonido que lo puso alerta. Se detuvo y se pegó a la pared, inmóvil, haciendo un esfuerzo por descubrir de dónde procedía, aunque solo podía pensar que Jennifer estaba sola e indefensa.

El pulso le latía a gran velocidad y sus instintos estaban alerta.

Con precaución, avanzó apenas dos pasos cuando en lo alto de las escaleras distinguió una luminosidad que indicaba que alguien había encendido las luces en el piso inferior, por lo que solo había dos opciones para eso: o los habían descubierto y estaban buscándolos o alguien había entrado en la casa.

No le gustó ninguna de las dos opciones, así que, aún con Lucy en brazos, se las apañó para preparar el arma para cualquier contingencia que se le presentara, rezando porque Jennifer se hubiera escondido.

Ella lanzó un tenue quejido de protesta.

Bajó las escaleras con cautela cuando lo único que quería era correr para asegurarse de que su esposa estuviera bien. Sin embargo, no tuvo que ir muy lejos. En el descansillo, una mujer madura de mirada alerta, protegida con un cuchillo y con la respiración agitada, los estaba esperando.

Tenía a Jennifer a su merced.

Con los músculos en tensión, Ross luchó consigo mismo para controlar sus emociones mientras contemplaba cómo esa mujer rodeaba el cuello de Jennifer con lo que parecía ser un gran cuchillo de cocina para cortar carne. Sintió una furia ciega, salvaje, salida de sus entrañas, pero si querían salir con vida de ahí debería manejar la situación con nervios de acero.

Sin apartar la mirada de ellas dos, dejó a Lucy sentada sobre uno de los peldaños y apretó el revólver con fuerza apuntando a la desconocida. Ahora era cuando debía hacer gala de su serenidad y manejar la situación con destreza.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la mujer.

Era obvio que se había vestido a toda prisa, quizá alertada por el ruido. Su cabello largo caía revuelto sobre sus hombros y su espalda y los botones superiores de la blusa blanca permanecían sin abrochar.

Ross percibió cierto temblor en sus manos, lo que le indicaba que, al igual que él, tampoco estaba acostumbrada a la violencia ni a enfrentarse con extraños en plena noche.

Aquello podía ser bueno y también terriblemente malo, pues sus reacciones serían imprevisibles.

Trató de hablar con voz serena para que no se le ocurriera hacer cualquier locura.

—Me llamo Lucius la Rogue —inventó al instante, lanzándole una mirada su esposa en la que le rogaba que mantuviera la boca cerrada—. Aunque no creo que las presentaciones importen mucho a estas horas. Solo queríamos echar una mirada a la casa. Ya sabe, creímos que estaría vacía.

—¿Y entonces para qué querían entrar? —inquirió la mujer.

—Buscábamos un lugar para escondernos. Hay gente que nos busca... pero cuando hemos empezado a registrarla no hemos podido evitar la tentación.

—¿Y la chica? —Ross se encogió de hombros tratando de parecer desinteresado.

—En la calle tendrá su valor —habló como si de un simple objeto se tratara e hizo levantar a Lucy tirando de la muñeca, pero al mismo tiempo tratando de no hacerle daño. Esta chilló por la sorpresa y se resistió. No tardó en controlarla. Le dolía tener que usarla así, aunque se prometió que si salían de aquella no iba a abandonarla—. No parece que usted le tenga mucho cariño. Podemos llegar a un trato —manifestó, acompañando sus palabras con un gesto.

Contempló sus posibilidades. Eran escasas. Aunque su instinto le empujaba a lanzarse sobre ella y tratar de liberar a su esposa, sabía que era un suicidio, porque tan pronto se acercase, le dispararía.

—No, no me interesa. —Ross tensó los músculos de la cara. No era buena señal—. Desde el primer momento no me ha traído más que problemas. Y usted —dijo dirigiéndose a él—, tíreme el revólver que lleva en la mano —le exigió —: suavemente.

—Está bien.

Ross volvió a situar a Lucy detrás de él pero aprovechó para moverse un poco hacia adelante.

—Atrás —gritó—. No se mueva.

No volvió a intentarlo. Levantó el arma sobre su cabeza con lentitud, para que la viera bien y se agachó para dejarla en el suelo. A continuación la impulsó con el pie e hizo que llegara hasta ella, pero a esta le fue imposible recogerla sin aflojar la presión sobre su rehén, por lo que la dejó ahí.

—Ya he hecho lo que me ha pedido. Ahora, ¿por qué no la suelta?

—¿Cree que soy estúpida? —bramó—. No han entrado aquí por casualidad. ¿Quién les ha enviado?

Ross arrugó el entrecejo, dudando.

—Señora, no queremos causarle problemas, el asunto no es con usted —le aseguró, aunque se estaba volviendo algo personal.

—¿Entonces con quién? —quiso saber.

—Con Percy Hoffman. —Abrió los ojos desmesuradamente y formó un rictus severo con sus labios. Ella pensó que si habían llegado hasta la casa significaba que lo habían seguido. ¿Cuánto sabrían?—. Solo queremos que deje de molestar a nuestra amiga.

—¿Y cómo se llama vuestra amiga?

—Rosemary Connover. —El nombre no le sonó, pero ella sabía muy poco de Percy; y tampoco es que le importara. No obstante, aquella información le podría resultar de utilidad.

Barajó sus opciones: ella no era una asesina y no quería matar a nadie a sangre fría, pero si intentaba escapar, aquel hombre con mirada fiera se lanzaría sobre ella. Debía crear una distracción.

De improviso, empujó a su rehén hacia delante con fuerza, buscando su oportunidad y consiguiendo que esta se tambalease pero, para su sorpresa, se recuperó al instante y fue a lanzarse sobre ella.

No le quedó más salida. La atacó con el cuchillo.

Se escuchó un quejido y un grito mientras el cuerpo caía al suelo. Con horror comprobó que el hombre corría hacia ella, fuera de sí, que iba a embestirla, así que no perdió el tiempo. Contaba con la ventaja de conocer la casa, por lo tanto, escapó por el pasillo hasta alcanzar una puerta camuflada que conducía a la escalera de servicio, bajó hasta las dependencias de la cocina y salió por una ventana.

Su plan había salido relativamente bien, pensó mientras se perdía en la noche como una fantasmal sombra. Tenía trabajo urgente que hacer: avisar a sus superiores.

Mientras tanto, Ross se arrodilló junto a Jennifer, que yacía desplomada, y trató de averiguar si respiraba. Fueron los peores segundos de su vida. La dejó boca arriba y comprobó que el aire salía y entraba.

«Gracias a Dios».

El tiempo de reacción podía resultar vital, por lo que buscó meticulosamente por cada parte de su cuerpo una señal de perforación, una herida, pero su mirada borrosa le dificultaba la tarea.

Fue Lucy quien trajo un poco de luz.

—En el brazo. Casi en el hombro. —Se arrodilló junto a él y le señaló en la manga el trozo de tela enrojecida. Ross le desabrochó los botones de la camisa, aunque resultaría imposible acceder a la herida sin lastimarla. Se detuvo. Jennifer había comenzado a sangrar, por lo que no le quedó más remedio que rasgar un trozo de la sábana de Lucy y utilizar la tela como venda para tratar de detener la hemorragia.

En este punto, no sabía cuánto daño había causado el cuchillo, sobre todo porque había perdido el conocimiento.

Tuvo que forzar a su mente a trabajar deprisa.

—Vamos —le gritó como loco a la pobre Lucy, mientras cargaba a su esposa en brazos.

Al salir al callejón de nuevo, fueron rodeados por la oscuridad, pero esta vez pudo moverse sin problemas, quizá debido a la tensión del momento o a que ya sabía a dónde dirigirse. Habían aparcado el coche una calle más abajo, por si acaso. Mientras llegaban no dejaba de susurrar palabras de aliento a su esposa.

El trayecto hacia la casa de sus cuñados fue eterno, a la desesperada, pero apenas había tráfico, lo que le facilitó las cosas, sobre todo por su delirante forma de conducir. Casi parecía un suicida.

Fue normal que sus golpes despertaran a toda la casa, pero no tenía tiempo para consideraciones. Lo único que deseaba era tener a su esposa a salvo. Si para ello debía despertar a toda la maldita ciudad, que así fuera. Entró en el *hall* a trompicones y, sin esperar invitación, subió hasta el segundo piso donde se encontraban las habitaciones de los invitados. La depositó en la cama y fue en busca de Claire, que ya llegaba, alertada por los criados.

Iba seguida de Colin.

—Ross, ¿qué está ocurriendo? —De repente vio a su hermana tumbada y palideció—. ¡Dios!

—La han herido en el brazo con un cuchillo —contestó él en tono sombrío—. Ahora no hay tiempo para explicaciones. Tienes que curarla —pareció rogarle.

En la cama, Jennifer permanecía inerte y los minutos pasaban. ¿Las explicaciones? Habría tiempo para eso.

—Colin, llama al doctor —le ordenó su esposa pero, mientras, fue en busca de su maletín para emergencias.

Ross se quedó un momento a solas con su esposa, tomó su mano y le acarició la frente con ternura. No podía perderla, no podía, se dijo. Sobre todo ahora que se había dado cuenta de cuánto la amaba. Tenían muchos años de felicidad por delante.

Era su culpa, se recriminó. No debió permitirle entrar, pero era tan cabezota...

—No me dejes —susurró, sintiendo unas repentinas ganas de llorar. Si no se lo permitió fue porque debía ser valiente; por ella.

Apareció Claire cargada con vendas y ungüentos, los depositó sobre una mesita y empezó a desvestirla con celeridad. Había trabajado durante mucho tiempo en un hospital y sabía cómo proceder.

—Voy a hacerle unas primeras curas y esperaremos al doctor —le explicó.

—Puede tardar mucho —se quejó, ansioso—. Y tú has trabajado en un quirófano.

—Si el corte es muy profundo lo necesitaremos, créeme. —A pesar de querer colaborar con ella, Claire sintió que no estaba poniéndoselo fácil—. Pero si tarda demasiado y debo intervenir, lo haré.

Entre los dos le quitaron el pantalón y las botas, pero a cada movimiento, a cada paso, Ross la reñía. Creía que la estaba lastimando, así que al final no tuvo más remedio que echarlo de la habitación, amenazándolo. Si no lo hacía por propia voluntad, Colin se encargaría.

El doctor no se hizo esperar y durante casi una hora estuvieron atendiéndola, con la puerta cerrada y el pestillo echado mientras él iba recorriendo arriba y abajo el corredor, impaciente. Su cuñado le hacía compañía y trataba de subirle los ánimos, pero no estaba de humor. Como no le dieran noticias pronto iba a estallar.

De pronto, se detuvo en medio de su recorrido, acordándose de la chiquilla que habían rescatado.

—¿Dónde está Lucy?

Lo último que sabía es que habían llegado juntos a la casa.

—¿Quién es Lucy? —preguntó Colin, sorprendido.

—Luego te explico —murmuró, rezando para que no hubiera huido.

Nadie la hubiera culpado por querer desaparecer. Aquella noche estaba resultando ser de locos y ella ya había sufrido bastante. No obstante, que fuera vagando por las calles en la oscuridad no era la mejor solución para sus males.

Bajó las escaleras a grandes zancadas. Cuando llegó al vestíbulo suspiró aliviado al comprobar que se hallaba acurrucada en uno de los butacones. Los criados no sabían de quién se trataba e, intrigados por el lamentable aspecto que ofrecía, habían tratado de comunicarse con ella. Sin embargo, no consiguieron respuestas. La muchacha permanecía muda y con la mirada vacía.

—Lucy. —Se arrodilló junto a ella y esta alzó los ojos mirándolo—. Creo que todavía vamos a tardar un poquito —le comunicó mostrándose optimista—. ¿Te apetecería comer?

Ella lo miró con recelo, inclinada sobre sus rodillas encogidas.

A pesar de haber aceptado huir de la casa con ellos, seguía desconfiando de sus intenciones.

—Le he preguntado lo mismo antes de que usted bajara, pero no me responde —aseguró la señora Britton, el ama de llaves de sus cuñados.

—Esta noche ha pasado por mucho —dijo Ross, sin querer dar más explicaciones. Suficiente había vivido la pobre chiquilla, como para que todos estuvieran al tanto de su vida—. Lucy, has sido muy valiente, pero necesito que hagas una cosa por mí. —Ella alzó la barbilla, atenta—. El doctor está atendiendo a mi esposa. Cuando Jennifer despierte se alegrará de saber que nos hemos preocupado por ti y que no te hemos hecho pasar hambre. Así que, ¿serías tan amable de dejar que te preparen algo de comer? Señora Britton....

No fue necesario formular la pregunta.

—Por supuesto, señor. Pequeña, ¿quieres acompañarme? —dijo con dulzura.

Lucy se negó a moverse y Ross tuvo que volver a intervenir.

—Sé que debes sentirte extraña en esta gran casa, aunque puedes creerme si te digo que todo se ve mejor con el estómago lleno —le aseguró con una intención tranquilizadora—. Después llamaremos a la policía y ellos se encargarán de buscar a tus padres. —Los ojos de Lucy se ensombrecieron irremediabilmente y comprendió que estaban muertos. No supo qué decir—. ¿Algún pariente? —Se

odió por tener que hurgar en su vida.

—No —susurró ella.

A pesar de encontrarse en una delicada situación y después de lo sufrido, la chiquilla seguía manteniéndose entera y mostraba su fortaleza. Ni siquiera se había echado a llorar cuando otra en su lugar sufriría un ataque de nervios. Después de que el doctor atendiera a Jennifer le pediría que lo hiciera con Lucy, aunque fuera para corroborar las terribles sospechas.

—Bien, nosotros nos encargaremos de ti —le prometió, aunque no estaba muy seguro de qué significaba eso—. ¿Estás bien?

Ella asintió, cediendo ante Ross.

Luego de haberse marchado a la cocina regresó arriba, donde la puerta seguía cerrada. No era necesario preguntar; sabía que no habría noticias. Apretó la mandíbula, tenso, apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer hasta el suelo.

Ahora sabía lo que era la desesperación.

—¿Quieres que recemos? —preguntó Colin. Ninguno de los dos era demasiado creyente, pero quizá resultara ser un consuelo.

Ross no tuvo tiempo de contestar, la puerta se abrió y salió el doctor con un rictus indescifrable.

\*\*\*

—Señora Broderick, hay dos personas abajo preguntando por su hermana.

Claire miró a la doncella mientras terminaba de poner la última horquilla a su peinado sin valerse del espejo.

Sus finas cejas se arquearon.

¿Quién podría saber que Jennifer se encontraba en su casa?, se preguntó. Todo había sucedido muy deprisa y ni siquiera había informado a nadie de los acontecimientos. Eso sin contar que su hermana seguía corriendo peligro.

—¿Estás segura?

La doncella asintió, mientras Claire ahogaba un bostezo. Apenas había dado un par de cabezadas desde la irrupción de Ross en la noche, aunque él se encontraba

en peores condiciones. El rostro masculino mostraba signos de cansancio y desesperación. Pero no había mucho que pudieran hacer, salvo esperar el devenir de las horas.

La criada movió ligeramente la cabeza.

—Lo estoy, señora. Los he dejado en el vestíbulo, a la espera de que usted me dijera qué hacer.

Claire exhaló despacio. En aquel momento no tenía cabeza para visitas. Estaba sin dormir y seguía preocupándole el estado de salud de Jennifer, por mucho que asegurara a los demás que todo saldría bien.

Prácticamente no se había separado de su cama tras la marcha del doctor; al igual que Ross. Si bien tras la llegada de la mañana lo había convencido para que bajara a desayunar con Colin y Lucy.

Ella no tenía hambre, por lo que aprovechó para asearse.

—¿Y quiénes son, si puede saberse?

Si sonó un tanto brusca fue porque en aquel momento la paciencia había desaparecido.

La criada hizo un intento por recordar.

—Un caballero llamado James Mortimer y una dama. Rosemary Conover, señora.

Por un momento, el corazón se le detuvo. Cuando comenzó a latir de nuevo, la indignación se abrió paso a pasos agigantados.

¿Qué diantres hacía aquel hombre en su casa? ¿Cómo se atrevía? ¡Menuda osadía! La sola idea de que se acercara de nuevo a Jennifer hacía que la furia comenzara a hervir muy dentro de ella. Además, ¿Rosemary y el detective? ¡Qué extraña pareja!

Se aclaró la garganta, antes de hablar.

—¿Has avisado a Colin? ¿O a Ross? —preguntó tensa.

No sería bueno que se enteraran de la visita. Primero, porque su esposo seguía muy molesto con la recién descubierta amistad de Jennifer con Rosemary. Tanto, que ni siquiera era capaz de creer todo lo que le había sucedido a la hermana de Samantha en los últimos tres años.

Se lo había hecho saber en numerosas ocasiones.

Además, la imprudencia de Jennifer se debía a la lealtad que sentía por su amiga. Por eso había seguido a aquel tipejo y por eso se había metido en la casa.

Y segundo, pero no menos importante, Ross sentía animadversión por James Mortimer. Tal vez fuera un hombre calmado y cerebral, pero Claire notaba su reacción cada vez que su nombre salía a relucir.

Había que evitar tensiones a como diera lugar.

—No, señora. Están desayunando. Y he pensado que usted sabría qué hacer.

Soltó el aire que había estado reteniendo sin saberlo.

—Voy de inmediato —graznó, apresurándose a buscar sus zapatos.

Bajó las escaleras con calma y las manos entrelazadas, mirando hacia delante con la barbilla bien alta.

—No sabía que vosotros os conocierais —declaró con sequedad cuando estuvo frente a ellos.

Aquel era un hecho tan sorprendente como confuso.

James Mortimer dio un paso hacia adelante, con el sombrero en la mano, pero Claire mantuvo su mirada fija en Rosemary, llenándosele la mente de recuerdos.

Se detuvo un instante a contemplarla.

El tiempo no parecía haber pasado para ella; seguía tan hermosa como siempre. Su piel lucía fresca y sonrosada, mientras que su ropa era perfectamente cara y favorecedora. Por no hablar de su cabello, tan sedoso y reluciente como rayos de sol.

Era el tipo de mujer que nadie pasaría por alto.

—Buenos días, Claire —la escuchó decir con cierto titubeo.

Por lo menos no era tan segura como antaño, se dijo para sí. Tal vez se debiera a la historia que Jennifer le había contado.

Sin embargo, Agatha seguía en su vida y habían lastimado de nuevo a Samantha, así que no pudo evitar comportarse con antipatía.

El pasado y el presente parecían pesar demasiado.

—¿Qué hacéis aquí? —Fue entonces cuando se encaró al detective, agitando la mano—. Siempre estás donde no se te invita.

—Quiero saber cómo está Jennifer. Queremos —rectificó, para incluir a Rosemary—. Sabemos que la han herido.

Claire se quedó estupefacta.

—¿Cómo...?

No pudo terminar la pregunta, pues él contestó de inmediato, encogiéndose.

—Estoy al tanto de muchas cosas. La ciudad es pequeña.

Rosemary se acercó también, deteniéndose junto a él.

—Por favor, Claire —le pidió con expresión de auténtica preocupación—. Dínos cómo se encuentra y nos iremos. No hemos venido a causar problemas —le aseguró—. Pero ¿es cierto lo que ha dicho el señor Mortimer?

—Lo está, aunque estoy seguro de que se recuperará —les informó una voz masculina.

Todos levantaron la mirada y la dirigieron al hombre que acababa de hablar. Se trataba del propio Ross, que había abandonado el comedor de los desayunos, puesto que no deseaba dejar a su esposa sola durante mucho tiempo. Prefería mantenerse a su lado y velar por su recuperación, aunque por el momento solo cabía esperar.

De inmediato, su cuñada contrajo el rostro y Ross se percató de que ella no sabía qué decir ni cómo explicar la presencia de aquella pareja en la casa.

Supuso que no deseaba que pensara que había sido idea suya, pero Ross no lo hacía, puesto que Claire jamás invitaría al detective.

—Ross...

Él alzó una mano para calmar su desasosiego.

—No te preocupes. Mortimer está ayudando a Rosemary en un asunto privado. Supongo que ha sido él quien la ha puesto al tanto de lo sucedido esta noche. —Rosemary asintió—. Y luego han venido hasta aquí.

—Primero nos hemos detenido en vuestra casa —confesó la hermana de Samantha—. Cuando nos hemos dado cuenta de que los criados ignoraban lo sucedido, hemos supuesto que estaría aquí.

—No deberíais haber venido. Si vosotros os habéis enterado, puede que Sam y Hugh también. Sería muy violento que volvierais a encontraros bajo estas circunstancias. Hay que esperar a que las aguas vuelvan a su cauce.

Rosemary asintió, comprensiva, aunque una parte de ella se resistía a marcharse.

—Lo sé, pero Jennifer...

—Estará bien —repuso Ross, advirtiendo su preocupación. Además, ella podía sentirse mal por lo sucedido, ya que Jennifer había entrado en la casa por el deseo de ayudar a su amiga. Sin embargo, no era justo que la culpa recayera en ella—. Claire, por favor, deja que Rosemary vea un momento a Jennifer. Yo esperaré con el señor Mortimer.

\*\*\*

Los pasos de Ross fueron pausados, aparentando una serenidad que no sentía. No iba a darle el gusto al detective dándole indicios de que su presencia le incomodaba.

—No tiene nada que hacer en esta casa —le dijo, tan pronto cruzó el umbral del salón—. Además, creí que se encontraba investigando en Washington.

Jamás se había medido a un hombre por un mujer, pero debía dejarle bien claro que lo que sucediera con Jennifer no era de su incumbencia.

Mortimer le lanzó una larga mirada mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Llegué ayer —declaró de forma escueta, como si no le debiera ninguna explicación.

—Entonces, encárguese de su trabajo y deje de meter las narices donde no le llaman —masculló, en un intento de ponerle límites—. No es bienvenido.

Decidió ser tan directo porque no se podía razonar con él. Las personas como James Mortimer no actuaban según las normas sociales establecidas. No estaba ante un caballero. Por lo que la rudeza y las amenazas eran los únicos modos de tratarlo.

El detective no se tomó bien el comentario de Ross. Balanceó el cuerpo hacia delante, con sus ojos desprendiendo un brillo de furia, de momento, contenida.

—No estoy aquí por cortesía.

Ross compuso su expresión más adusta y se tomó su tiempo para contestar.

—Lo sé. Aunque tengo mejores cosas que hacer que estar conversando con usted —agregó.

—Solo me preocupa el bienestar de Jennifer.

—Mi esposa solo es asunto mío —dijo, haciendo hincapié en «mi esposa».

Como resultado, los músculos de la mandíbula de Mortimer se contrajeron, aunque Ross estaba igualmente tenso.

—Voy a ser sincero: usted no me gusta.

Ross sonrió para sí con un cinismo que desconocía tener.

—El sentimiento es mutuo —confesó—. Creo que es un charlatán; un encantador de serpientes sin escrúpulos.

—Y usted el tipo más insípido del país —contraatacó Mortimer para hacerle daño—. Puede despreciarme cuanto quiera. Incluso seguir mirándome con ese aire de superioridad que usa. ¿Pero quién de los dos es peor hombre? Porque yo jamás hice que le clavaran un cuchillo. ¡No sé qué le vio Jennifer o cómo la engatusó!

Ningún hombre podía tolerar aquello. ¡Qué diablos! ¡Por supuesto que era bueno para Jennifer!, exclamó su interior con ferviente indignación. Era cierto que lo sucedido pesaba sobre su conciencia, mas él no la había puesto en aquella situación adrede. Haría cualquier cosa por haberle evitado el accidente. Y el detective no era nadie para hacerle reclamos.

No tenía legitimidad alguna.

Procuró no emitir ningún gruñido que delatara sus intenciones. Ross se consideraba un tipo decente, nada propenso a estallidos violentos. Sin embargo, James Mortimer conseguía hacerle perder todo el dominio de sí mismo.

Así que terminó explotando.

De improviso, apretó los puños con una rabia que no había sentido con anterioridad y le propinó un golpe en el rostro que hizo tambalear al detective. Tal vez Ross se hizo daño en los nudillos, pero la satisfacción que sintió no podía compararse con nada.

—Eso solo ha sido un aviso —murmuró, reafirmando su posición.

Mortimer se masajó el pómulo izquierdo, evidenciando cierto dolor. Sin

embargo, no cargó contra Ross. Cuando comprobó que todos los huesos del rostro seguían en su sitio, se alisó la chaqueta con calma.

—Me sorprende. No le creía capaz —murmuró en tono de admiración.

Ross entrecerró los ojos, sin fiarse ni un ápice.

—¿A qué se refiere?

Mortimer sacudió la cabeza.

—No puedo culparle por defender lo suyo. Yo en su lugar haría lo mismo. — Se dirigió a la puerta, dispuesto a marcharse. Entonces se dio la vuelta—. Lo lamento. Ahora me doy cuenta de que no debería haber venido. No se preocupe; no les causaré más problemas. Ni siquiera tiene por qué informar a Jennifer de mi visita, aunque por supuesto, rezaré por su pronta recuperación. Buenas noches.

Durante los próximos minutos, Ross permaneció inmóvil, mirando la puerta cerrada del salón. James Mortimer se había batido en retirada. Además, parecía sincero cuando afirmó que no los molestaría más.

Lanzó un largo suspiro de alivio y regresó de nuevo junto a su esposa. El único lugar en el mundo donde deseaba estar.

*Seduciendo al corazón.*

—**M**e alegra que te encuentres mejor —murmuró Claire, acostándose junto a ella en la cama.

Durante todo aquel tiempo había estado muy inquieta a causa del estado de salud de Jennifer. No solo porque debía evitar que la herida volviera a sangrar, sino porque existía la realista posibilidad de que se infectara. Nadie conocía con exactitud a qué había estado expuesto el cuchillo con el que había sido atacada. Por fortuna, parecía que las curas y el tratamiento estaban dando resultado y la herida terminaría sanando, tal vez dejando solo una cicatriz.

A pesar de ello, no podía dejar a un lado la sensación de desasosiego, ya que había estado a punto de perderla.

Solo con que la hoja del cuchillo hubiera descendido unas pulgadas...

Contempló a su hermana, todavía convaleciente. Su rostro pálido evidenciaba que para la joven aquello estaba demasiado reciente. Por única vez en su vida había seguido un consejo: esta vez del médico, que le había mandado reposo. Iba en camisón y, bajo la tela, su hombro y su brazo permanecían vendados, descansando sobre un cojín para aliviar la presión.

Sin embargo, aquello no significaba que el espíritu de Jennifer hubiera menguado.

—No habrás venido a regañarme —tuvo el descaro de decirle.

Durante los dos días siguientes al incidente no había hecho nada más que dormir, pero cuando se sintió con fuerzas suficientes, la muy cabezota pidió

regresar a casa. Tenía tantas cosas que decirle, muchas de ellas reproches, pero otras... Dios, si le hubiese pasado algo...

Se frotó el abdomen tratando de reconfortarse. Eso siempre funcionaba, saber que tenía a su hija o hijo dentro.

—Entonces no debería decirte que tú y Ross sois la pareja más estúpida e imprudente que haya conocido jamás —comentó, con muchísima más suavidad de la que querría.

Su comportamiento había sobrepasado los límites establecidos y, aunque podían repartirse la culpa, sabía quién era la verdadera instigadora. Pero ella estaba convaleciente, no era el momento de ser dura, así que lo hizo con su cuñado, que aguantó el sermón con firmeza.

Por lo menos había podido desahogarse con alguien.

—No, mejor que no.

—¿Vas a restarle importancia a los hechos?

Jennifer lanzó un largo suspiro.

—No —contestó con seriedad—. Sé que hubiera podido morir y estoy muy agradecida por haberme librado por tan poco. Sin embargo, tenía el deber moral de intervenir.

—Entonces debiste llamar a James Mortimer —trató de hacerle ver su hermana, aunque no soportaba a aquel tipo—. Él, y no tú —señaló—, está preparado para este tipo de contingencias.

—¿Cómo sabes que él está ayudando en el caso?

—Ross —se limitó a decir, sin explicar nada más. Su cuñado le había relatado los hechos desde el principio y admitieron que aquello adquiriría una magnitud más que peligrosa. Además, Rosemary se había disculpado—. Jennifer, no vuelvas a hacerme nada parecido. —Trató de contener las lágrimas al recordar la terrible angustia al verla sin sentido—. El sobresalto que nos dio Ross al llegar en mitad de la noche...

—Lo imagino. —Al notar la emoción en la voz de su hermana fue a abrazarla, pero justo era el brazo que tenía herido, por lo que se contentó con apretar su mano—. Yo en tu posición creo que hubiera matado a Colin.

Claire asintió con vehemencia.

—Créeme, estuve tentada a hacerlo —reveló, acompañando sus palabras con una mueca—. Pero entonces me pareció que se sentía culpable por no haber podido impedir que salieras herida. Andaba como loco y el miedo a perderte era muy patente. Incluso tuve que echarlo de la habitación.

Jennifer abrió bien lo ojos.

—¿Por qué?

—¡Porque no dejaba que te tocara, el muy zoquete! Temía que yo te hiciera daño.

A Jennifer se le encogió el corazón.

—A veces puede ser muy protector —comentó, mientras pensaba en la reacción de su esposo.

Claire frunció los labios.

—¿Protector? Diantres Jennifer, no sé qué tienes en la mollera, pero date cuenta de lo mucho que te ama ese hombre. Estaba desesperado —le hizo ver.

—Lo sé —aseguró—. Ahora lo sé. —Ross venía demostrándoselo en las últimas semanas y no necesitaba ser herida para reconocerlo—. Siento haberle puesto, no —se corrigió moviendo la cabeza—, siento haberos puesto, a todos, en esta posición —trató de disculparse.

Lo cierto era que todo había ocurrido con demasiada rapidez. Al bajar las escaleras esa mujer la sorprendió en la planta baja y, aunque trató de zafarse, era difícil hacerlo habiendo un cuchillo de por medio. Para ella fue el momento más espantoso de cuantos había vivido. Aquello era real, no como una escena sacada de un libro. Debería haber pensado las cosas mejor y haberse asegurado de que en la casa no hubiera nadie pero, sobre todo, debiera haberse dejado guiar por la sensatez de su esposo antes de precipitarse.

Por lo menos ahora las cosas solo podían mejorar. La policía había tomado cartas en el asunto y vigilaba el edificio por si acaso. También andaban tras Percy Hoffman, que sería capturado sin duda y juzgado por secuestro, como mínimo. Los inspectores les habían tomado declaración —incluso a ella, que todavía no estaba recuperada— y estaban investigando el caso a fondo, incluso llegando hasta Washington.

—Disculpas aceptadas.

Entonces se le ocurrió una cosa.

—¿Sabes dónde está Lucy?

La chiquilla la tenía preocupada. Con todo el alboroto y lo que había sucedido era difícil no hacerlo. Y lo peor de todo era no poder ocuparse de ella como debería. Estaba postrada en la cama, con las fuerzas menguadas, con Ross ocupándose de todo.

Claire se acomodó mejor en la cama y la obsequió con una expresión serena.

—En el jardín con los niños, pues parece que ellos le dan un poco de paz —le explicó—. Colin y Ross están vigilándolos, aunque no creo que ella esté muy feliz con eso.

Jennifer arrugó la frente.

—¿Por qué lo dices?

—Creo que Colin no le agrada.

Jennifer ahogó una exclamación.

—No es eso... —trató de explicarle.

El médico había confirmado los abusos. Si ahora recelaba de su cuñado era por puro instinto de protección. Tardaría mucho tiempo en recuperarse y todavía deberían visitarla muchos doctores para que retomara su vida con normalidad. Por suerte, Ross había establecido un vínculo con ella que la hacía sentir feliz. La joven parecía no temerle, quizá porque lo asociaba con su liberación.

Por lo menos estaba agradecida por eso, ya que facilitaba las cosas.

No encontraron ningún pariente. Hasta que fue raptada por Hoffman vivía junto a unos vecinos que la habían acogido al morir sus padres, pero la hacían trabajar en el mercado o cuidando de los numerosos niños de la familia. Lucy se negó a regresar con ellos, por lo que sospechaban que no había sido tratada con demasiada amabilidad. Como había estado conviviendo con ellos sin que las autoridades estuvieran al corriente, la familia terminó por desentenderse. Por eso, de momento, permanecía en su casa.

—Puedo entender su reacción. La pobrecita ha sufrido demasiado y me alegra ver lo bien que se lleva con Ross. Es esperanzador.

Jennifer asintió.

—Lucy es una muchacha muy inteligente —añadió con orgullo—. Su padre le

enseñó a leer y a escribir, no obstante, va muy retrasada para su edad.

—Necesitará un plan de estudios —indicó su hermana—. Colin dice que el orfanato puede proporcionárselo.

Jennifer discrepó.

—No creo que todavía esté preparada. —Por lo menos no lo estaría durante un tiempo.

Una llamada a la puerta las sobresaltó.

—¿Interrumpimos? —preguntó con timidez Samantha.

Hugh la seguía, lo cual alegró el corazón de Jennifer, pues la visita indicaba que todavía se preocupaban por ella.

Sabía que habían estado antes en la casa; su esposo se lo había explicado. Sin embargo, Jennifer siempre había estado durmiendo.

La escritora fue corriendo hasta la cama para abrazarla mientras su esposo permanecía de pie a una distancia prudencial con una sonrisa tierna pintada en el rostro.

—Sigue gustándote armar un buen espectáculo, ¿verdad, chiquilla?

—¡Hugh! —le reprochó Sam, sin darse cuenta de que bromeaba mientras se acomodaba en la cama con las demás mujeres.

Seguían estando muy unidas.

—Está tomándome el pelo —intervino Jennifer, entonces. Se alegraba de que la tensión y la tirantez hubieran quedado atrás. No más rencores. Todo seguía igual—. Ya me conoces —le devolvió la sonrisa—. Pero que conste que solo trataba de dar ideas a tu esposa.

Río de buena gana.

—¡Insensata!

Ella nunca cambiaría. Incluso con ochenta años seguiría igual de imprudente.

Hugh pensó en el tremendo golpe que supuso enterarse de la desgracia. Por supuesto, ni él ni su esposa dudaron en acudir. El paso de los días había mitigado su furia y, aunque seguía sin perdonarla del todo, Hugh todavía sentía por ella el mismo cariño de siempre. Además, en momentos tan duros como los de vida o

muerte, todo quedaba en segundo plano.

Dio gracias al Señor porque tanto su padre como Annette estuvieran de viaje y deseó que nadie nunca llegara a hablarles del incidente.

Tras unos minutos, las dejó a solas hablando mientras bajaba al jardín para reunirse con su hermano y Ross. Estaba algo preocupado. No por Jennifer —que ahora ya se encontraba bien—, sino por Rosemary. Temía que los asuntos turbios en los que estaba envuelta terminaran por salpicar a Sam.

—Estás siendo deliberadamente cruel —le hizo ver poco después Ross.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, algo molesto y sin querer dar su brazo a torcer. Tenía todo el derecho del mundo a despreciar a Rosemary.

—Estás sobreprotegiendo a Samantha.

—¿Y qué? —espetó. Era su esposa; tenía ese derecho—. ¿Tengo que recordaros lo que le hizo?

—No —contestó su hermano—. He estado charlando un poquito aquí con mi cuñado y coincidido con él. No puedes atarte fuertemente al dolor que causó Agatha a Samantha. Rosemary no es su madre.

Hugh hizo una mueca cuando escuchó pronunciar el nombre de esa mujer. Nunca había podido soportarla.

—¿Ahora estás de su lado? —levantó un poco la voz, pero nadie pareció tenérselo en cuenta.

Entre las hermanas siempre hubo una mala o inexistente relación y alguna que otra palabra ruin, pero Hugh debía recordar que fue Agatha Clarson quien trató de forma miserable a su hija mayor. En otra época, Colin fue el primero en aborrecer a la más pequeña, que parecía una copia de la madre. Sin embargo, Ross había hablado con ella y no le pareció la mujer frívola a la que todos aludían. Eso le hizo pensar que quizá Jennifer estuviera en lo cierto y no se pareciera en nada a la muchacha de hacía tres años.

Él tenía la mente abierta en lo referente a eso y prefería no juzgar.

—Aquí no hay lados ni bandos, hermano. Si te estás mostrando tan inflexible es porque no quieres que vuelvan a lastimar a tu esposa y eso lo respeto, pero debes recordar que si ella puede llegar a perdonarla, tú también.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque eso facilitaría las cosas en tu matrimonio, cabezota.

Hugh no quiso seguir hablando del tema. Todos estaban muy equivocados. Rosemary Clarson era incapaz de cambiar.

\*\*\*

Era de noche. Las visitas se marcharon hacía mucho y Lucy ya dormía. Él mismo iba a retirarse a la habitación que ocupaba mientras su esposa mejoraba. Sin embargo, no pudo evitar pasar a verla.

Llamó a la puerta con suavidad y no esperó a que contestaran.

—Buenas noches, querida.

Jennifer se encontraba tumbada en la cama, despierta y convaleciente. Tal vez no ofreciera el mejor aspecto, aunque Ross seguía pensando que era la mujer más hermosa con la que jamás se hubiera cruzado. Y no lo era solo por fuera, sino también por dentro.

Su esposa era una mujer única y excepcional, de gran corazón, que le insuflaba vida.

Ella le obsequió con una gran sonrisa.

—Buenas noches a ti también.

Se sentó en el borde de la cama, con cuidado, como si su sola presencia pudiera afectar a su salud. Era una tontería. Sin embargo, no podía evitar que a veces el miedo de perderla se apoderara de él.

—No quería irme a dormir sin verte antes —musitó, dejando hablar a su corazón.

Los ojos de Jennifer resplandecieron.

—Oh, pues quédate entonces a hacerme un poco de compañía —propuso ella con voz aterciopelada.

Ross estuvo tentado, pero pensó en su recuperación.

—Hoy has tenido demasiadas visitas. Debes descansar.

—Estoy bien —le aseguró ella—. Y ahora, por favor, acércate —le pidió.

Ross terminó haciéndole caso, pero también era consecuente con sus propios

deseos.

—¿Así mejor? —le preguntó al sentarse a su lado.

A decir verdad, si no fuera por el brazo lesionado, Ross no se habría marchado a otra habitación. Por las noches se sentía solo en la cama.

Ella asintió.

—¿Sabes? Hablar con mi hermana me ha ayudado a ver las cosas con claridad —comentó mientras estiraba el brazo sano y pasaba una mano por su cabello despeinado—. No es que antes permaneciera ciega, pero a veces pienso demasiado y me ofusco. Eso no significa que deba conformarme con...

—Jennifer, Jennifer —la detuvo—. No estoy entendiendo nada.

Ella pestañeó un par de veces y terminó sonriendo.

—Disculpa. ¿Te he dicho lo feliz que me haces?

Ante aquella declaración, Ross sintió que el corazón iba salirse del pecho en cualquier momento y no pudo hacer otra cosa que besarla con una delirante pasión que amenazaba con llevarle a la locura.

Quería que el momento durara para siempre.

—¿Estás segura? —murmuró sobre sus labios.

—Segurísima.

—Entonces puedo decir sin tapujos que soy muy afortunado por tener a mi lado a una mujer tan maravillosa.

Era imposible no admirarla. A pesar de su temeridad, se entregaba en cuerpo y alma y podía dar gracias porque se hubiese fijado en un ser tan insignificante como él.

—¿De verdad piensas eso? —Ella pareció algo turbada—. Porque no sueles expresarte con tanta... —Buscó la palabra correcta—. Locuacidad.

Había muchas cosas de las que Ross se arrepentía. No haberse abierto por completo a Jennifer era una de ellas. A consecuencia de eso habían perdido dos años de matrimonio. No obstante, se sentía orgulloso de admitir que había cambiado; era un hombre nuevo. Y todo ello debido a su esposa.

—Comenzamos con mal pie —se atrevió a verbalizar—. Creo que ninguno de los dos estábamos preparados para lo que se nos avecinaba. Quiero decir —dudó—, reconoce que cuando nos conocimos éramos polos opuestos. —Todavía lo

eran—. Pero eso no significa que nos tenga que ir mal. Lo único que necesitamos es comprendernos un poco mejor.

—¿Entonces qué es lo que no funcionaba antes? Porque tengo la sensación que a veces estamos muy lejos el uno del otro.

—Es culpa mía, no tuya —trató que comprendiera, de nuevo. Sus anteriores conversaciones habían quedado interrumpidas por distintos motivos y Ross sentía la necesidad de que por fin su esposa comprendiera lo que Ross tenía guardado en su interior—. Tú misma lo dijiste: mi familia no era como la tuya, donde se siente el amor por todos lados. Es algo a lo que no estoy acostumbrado. Mi padre hizo mucho daño a mi madre. Era un mal tipo y, aunque antes ni siquiera lo había pensado, eso forjó parte de mi carácter. Me negaba a parecerme a él y traté por todos los medios de evitarlo. No sabes cuántas veces he escuchado a mis tíos expresar ese deseo, por lo que el peso sobre mis espaldas aumentaba. A medida que el tiempo pasaba fui encerrándome en mi mundo, como los estudios y la enseñanza. Quería demostrarles que podía hacer algo con mi vida; sacarle provecho. Y luego apareciste, toda alegría y felicidad, empezando a revolotear en torno a mí. ¿Cómo no iba a fijarme en ti?

—Sí, supongo que no destaco por mi discreción. —Volvió a sonreír—. Me enamoré de ti en el mismo instante que te vi en esas escaleras y me propuse conquistarte a como diera lugar.

Ross le devolvió el gesto al escuchar su declaración. Nunca se lo había contado.

—Y yo fui un zoquete por no darme por enterado antes. ¿Cómo pude llegar a pensar que eras una apasionada del álgebra?

No fue muy sagaz, pensó ella, si no logró captar sus intenciones, que parecían ser obvias para todos los demás. Ella misma reconocía que no tenía tiempo para disimulos y fingimientos. Lo quería en su vida. Si era la que debía dar el primer paso para lograrlo, no tenía ningún problema.

—Te pedí que me acompañaras a mi casa.

—Lo recuerdo, esa fue mi perdición —le guiñó un ojo—; aunque todavía no lo sabía.

—¿Cuándo te diste cuenta? —Se atrevió a preguntar, con el corazón encogido,

porque no tenía claro que la quisiera de la misma forma que lo hacía ella.

—No sé —murmuró pensativo—. Supongo que no hace mucho. —Hizo una pausa—. Verás, tuve un momento de duda justo cuando nos prometimos. —Ross esperó su airada reacción, pero para su sorpresa permaneció atenta a sus palabras—. Después del compromiso volvieron los fantasmas del pasado y no dejaba de recordarme lo diferentes que éramos, igual que mis padres. No creí que nuestro matrimonio llegara a funcionar.

—¿Estás diciendo que no querías casarte conmigo?

Parecía absolutamente horrorizada.

—Sí —se sinceró—, eso hago. Lo medité con calma sopesando los pros y los contras, pero no podía echarme atrás; no hubiera estado bien.

Una vez empezado a contarle sus sentimientos, sobre todo los de aquella época, debía continuar. Ella se merecía saber la verdad, aunque doliera.

—¿Te casaste conmigo porque me habías dado tu palabra? —Jennifer sentía cierta confusión. Necesitaba aclarar todo aquello.

—Sí, y con esa decisión volví a encerrarme en mí mismo, tratando de que nuestra unión resultara confortable. De ese modo mi corazón estaría a salvo y no sufriría como hizo mi madre.

Jennifer ya sabía, o mejor intuía, parte de aquello. Incluso se lo dijo a él. De igual modo trató de comprenderlo y de ponerse en su piel, ya que lo único que había pretendido era salvaguardar su corazón.

—Evitabas ser vulnerable.

—Sí. Que nuestro matrimonio no sea como el de tu hermana o el de Samantha es por mi culpa, ahora me doy cuenta. Por eso te pedí perdón y lo volveré a hacer las veces que sean necesarias.

—¿Y con eso qué quieres decir?

Ross tomó sus manos y las aferró a las suyas.

—Que te amo. Que soy el hombre más necio del planeta y que sin ti estaría perdido —susurró, trayendo brisa fresca a su corazón—. Eres algo así como mi luz, el faro que me guía.

Jennifer sintió cierto deleite al comprobar cómo habían cambiado las cosas.

—Tu faro —repitió gustosa—. Me gusta cómo suena. Mejor eso que ser un

puerto seguro. —Él alzó las cejas en un gesto interrogativo—. No, nada, no me hagas caso. Solo quiero oírte decir una y otra vez que me amas —le suplicó, con los ojos brillantes de alegría.

—¿Ah, sí? Eso es muy presuntuoso por tu parte.

—Entonces seremos presuntuosos juntos, porque yo también te amo —murmuró, muy cerca de él.

—Voy a necesitar pruebas —añadió, antes de besarla—. Muchas pruebas.

Ross trató de que entendiera su punto de vista —de entonces y de ahora—, sus miedos y sus frustraciones, mientras que ella le habló de su «elaborado» plan para reconquistarlo. No pudo más que admirar su capacidad estratégica, porque pensar que la había perdido lo hizo reaccionar. Se habían privado de muchas cosas juntos, pero le prometió que las recuperarían a como diera lugar.

Esos momentos de sinceridad y de amor compartidos no se diluyeron con el tiempo, sino que fueron el inicio de una relación hermosa y duradera.

## Epílogo

Domingo, 10 de mayo de 1914.

— ¡Strike uno! ¡Strike dos! ¡Strike tres! ¡Eliminado!

Ross observó cómo Colin se marchaba con la cabeza gacha. Dos bateadores ya habían fallado, por lo que sabía que era su turno.

Tragó saliva, esperando las palabras, que no tardaron en llegar.

—Ross, vas tú —oyó decir a Hugh por encima del griterío. No parecía nada contento, aunque era algo a lo que estaba acostumbrándose. No había más remedio. Cuando un jugador del equipo tenía la fortuna de golpear la pelota y lograr una carrera, casi podía considerarse un milagro.

Miró a través del terreno de juego y se fijó en su esposa, que gritaba y animaba en uno de los laterales a pleno pulmón.

Movió la cabeza con desánimo. Aquello no pintaba bien. En absoluto. Si lo eliminaban, perderían. Estaban en la novena entrada y era su última oportunidad. Si con ese ataque no conseguían anotar por lo menos una carrera para igualar el resultado, los jóvenes banqueros de Wall Street ganarían por primera vez; todo un logro que ellos no habían tenido oportunidad de festejar, ya que de los diez partidos disputados hasta entonces no habían conseguido ni una sola victoria.

A principio de año, después de meses de durísimos entrenamientos, habían logrado organizar una especie de liguilla —compuesta por quince equipos amateurs de Manhattan— formada por jugadores con cientos de profesiones distintas: había abogados, comerciantes, peones, carniceros, empresarios e incluso maestros, como él. Lo curioso del asunto era que los equipos formados

por los operarios de las fábricas parecían tomárselo muy en serio y eran estos los que encabezaban los primeros puestos de la clasificación.

Les encantaba humillar a los finolis, como ellos les llamaban.

Hasta entonces había hecho todo lo que Hugh, el entrenador, le había pedido. Pero ahora ya no estaba seguro. Para él era muy fácil. Se sentaba en la banqueta dando órdenes y esperaba que los demás resolvieran el partido. ¿Qué sabía él de entrenar? Estuvo a punto de decírselo, mas prefirió callar. Aquella creciente ira provenía de sus propias inseguridades: tenía miedo de hacer el ridículo ante su familia, amigos y ante todo el público. Sin embargo, reconoció que todos sus compañeros hacían un terrible esfuerzo por superarse. Incluso Hugh, que se había hartado de ver partidos profesionales y estudiar estrategias.

Justin, con la cara llena de barro, se le acercó y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Tú puedes —le animó—. Solo tienes que pensar que son tan malos como nosotros. Si ellos pueden anotar, nosotros también.

Esbozó media sonrisa. Aquello era cierto. Al final, alguno de los dos terminaría ganando; solo que llevaba auestas la extraña sensación de que esa mañana no obtendrían la victoria.

Volvió a tragar saliva y cerró un momento los ojos para concentrarse.

«Puedes hacerlo», se dijo. Tenía que golpear la bola y esperar que los defensores no la atraparan al vuelo. Solo eso.

Fácil, ¿eh?

Se colocó en posición con el bate en la mano. Miró al pitcher y aguardó el lanzamiento.

Estaba listo.

—¡*Strike* uno! —escuchó cómo decía el árbitro.

La pelota había pasado volando.

Se preparó para el segundo lanzamiento con toda la frialdad posible, sujetó el bate con firmeza y, tan pronto sintió acercarse a la pelota, la golpeó con todas sus fuerzas, sin importarle que esta se perdiera a lo lejos y tuviera que desembolsar cerca de tres dólares para remplazarla.

No esperó a ver cómo la pelota se desplazaba por el campo ni tampoco como

salía volando por encima del límite. Tan pronto la tocó con el bate se lanzó a correr como alma que lleva el diablo. Sus compañeros, que esperaban en las bases, también comenzaron a correr hacia la siguiente, sin ver siquiera la dirección que tomaba la bola. Querían conseguir una carrera a como diera lugar.

Ross pasó por la primera, segunda y tercera base a gran velocidad. Cuando se acercó a la base de *home*, todos sus compañeros le aclamaron.

Solo entonces llegó fue consciente del hecho: había enviado la pelota fuera y habían anotado las cuatro carreras.

¡Glorioso!

Con el juego terminado, la victoria era suya.

Fue alzado en brazos como si fuese un héroe. No habían ganado una medalla ni nada parecido. Solo se trataba de un simple triunfo, solo uno, pero para el equipo era maná del cielo. Hugh ordenó que lo bajaran solo para abrazarlo y le dijo lo orgulloso que estaba de él. Se lo agradeció. Aquello le daba confianza. Nunca llegaría a ser un profesional ni era su intención, si bien eso demostraba que tampoco era nulo para los deportes. O por lo menos para aquel.

Vio acercarse a Jennifer con dificultad, con Lucy a su zaga, aunque esta última se mantuvo a cierta distancia. Sabía que ambos iban a prodigarse besos y arrumacos, lo cual la azoraba. Entendía que era algo natural en una pareja casada y nada tenía que ver con lo que a ella le había sucedido. Sin embargo, no podía evitar cierta sensación de vergüenza.

Ross sonreía de oreja a oreja.

—Enhorabuena, mi amor —lo felicitó esta, colgándose de su cuello. Estaba muy contenta por él y por el equipo—. Te quiero —aseguró, permitiendo que su esposo la besase con fogosidad.

Le encantaba cuando dejaba de ser tan controlado.

—Yo también te quiero, pero deberías pensar más en nuestro futuro bebé —la riñó con cariño mientras acariciaba su abultado vientre. Había salido de cuentas y no tardaría en ponerse de parto, pero la muy cabezota había insistido en presenciar el encuentro porque no se había perdido ninguno.

—Eso hago. Quería asistir a la victoria de su papá —argumentó a su favor—. Además, tengo a Lucy para vigilarme.

—Acompañarte —la corrigió. Solo se trataba de una medida de precaución, aunque tratándose de Jennifer de poco serviría; seguía haciendo lo que le venía en gana. Levantó un poco el rostro sin separarse de su mujer y fijó la vista en alguien más—. ¿No vas a abrazarme? —le preguntó a la chiquilla.

Esta le sonrió con timidez.

Desde que la rescataron unos meses atrás, ambos le habían tomado cariño y fueron incapaces de dejarla en el orfanato. A pesar de las dificultades para superar la experiencia vivida, poco a poco había ido volviendo a ser lo que un día —suponían— fue. Algunas noches todavía se despertaba con pesadillas, mas la estabilidad que le ofrecieron estaba ayudándola.

Tanto Ross como Jennifer deseaban que fuera feliz: lo merecía. Por eso desde hacía cuatro meses era legalmente una Walker.

Mientras los tres se perdían en un intenso abrazo de grupo, Jennifer no pudo evitar derramar una lágrima de felicidad. Por fin su vida era tal y como quería. Todavía había veces que debía sacar a Ross de su hermetismo, pero su esposo mostraba deseos de cambiar y se esforzaba, lo cual les permitía hablar de sus sentimientos, esperanzas o frustraciones. Su relación era como debía ser y, con Lucy en casa y el bebé a punto de nacer, su hogar estaba lleno. Formaban una maravillosa familia.

Podía asegurar sin ningún resquicio de duda que era una mujer feliz. A pesar de seguir dirigiendo el Club de Admiradoras de Buster Morrison, tenía tiempo para dedicar a Lucy y también a Ross, olvidándose por un tiempo de nuevas aventuras. Aunque una vez naciera su bebé, pensaría en su nueva afición. Quizá debiera inclinarse por la aviación.

No sabía por qué, pero le veía futuro a eso.

—Felicitaciones, muchacho. —Paul estrechó su mano libre, ya que con el otro brazo sostenía a la pequeña Catherine, de solo seis meses, la primogénita de Samantha y Hugh. Había estado todo el partido en las gradas junto a Annette, Rosemary, Samantha y Claire y, al terminar el encuentro, todos habían saltado al campo. Mientras tanto, Connor y Cameron corrían por el terreno de juego con la niña persiguiéndolos—. He pensado que podríamos ir a nuestra casa y organizar una pequeña celebración. Seguro que la cocinera nos preparará algo

delicioso.

—¿Comida? —preguntó Jennifer—. ¿Qué clase de comida?

Si había dulces no iba a negarse.

—No seas tan glotona —apuntó su madre—. No debes dar más motivos al bebé para quedarse ahí dentro.

—¿Quién dice que es para él?

—Tú siempre pensando en los demás —intervino Claire, acariciando a su hija Caitlin, que iba a cumplir los ocho meses.

Todos estuvieron de acuerdo; era la primera victoria y debía celebrarse.

Unos pasos más allá, Rosemary trataba de quitar con un pañuelo el barro del rostro de su nuevo flamante esposo. En una de las jugadas se había lanzado al suelo para atrapar la pelota, consiguiendo un aterrizaje abrupto.

—Deja de moverte —se quejó esta, viéndolo revolotear arriba y abajo, eufórico por la victoria.

Jennifer contempló la escena y sonrió abiertamente. Cuando su amiga se casó con Justin, la relación entre hermanas ya avanzaba a buen ritmo. Todos eran conscientes de que no podrían hacerse íntimas en un abrir y cerrar de ojos, pero les bastaba el esfuerzo. No sucedió lo mismo con Hugh, que parecía mucho más obtuso y reacio a ceder. Muchas veces, cuando Rosemary visitaba a Samantha, permanecía a su lado, ojo avizor, como si no terminara de fiarse de sus intenciones. Asimismo, Justin tampoco pareció poner mucho de su parte, recriminando su actitud hacia la mujer que amaba. Una vez lo incluyeron en el equipo de béisbol, no obstante, la postura de ambos hombres se relajó, terminando por ser amigos. También ayudó que Annette y Paul —llegados de su largo viaje— la aceptaran sin demasiada dificultad.

Se podría decir que, desde entonces, la vida de su amiga había sufrido un gran cambio. Había pasado de sentirse sola a tener a mucha gente a su alrededor que la apreciaba y la respetaba. Ahora pertenecía a dos familias, la de Justin y la de los Broderick.

Rosemary no se cansaba de asegurar que todo eso era posible gracias a Justin, un hombre maravilloso que le demostraba cada día cuánto la quería. Ella por fin sentía que era merecedora de ese amor, quedando atrás la soberbia, los celos y

el dolor.

—¿Dónde está Catherine? —quiso saber Hugh, acercándose a su esposa por detrás y besándola en el lóbulo de la oreja.

—Con tu padre. Está ejerciendo de abuelo.

—Si se comporta con él como lo hace con Connor y Cameron, va a consentirla demasiado.

—Eso hacen los abuelos.

—Y hablando de niños... —intervino Justin.

Sus palabras consiguieron atraer la atención de Sam y Hugh, pero también del resto de la familia. Todos vieron la mirada cargada de intención de Rosemary. Parecía querer fulminarlo allí mismo.

—¡Voy a ser tía! —vitoreó Samantha ante el silencio, adivinando las buenas noticias.

—Ya lo eres —puntualizó Hugh.

Los demás sonrieron ante su malhumorada respuesta.

Todos sabían a qué se refería Samantha. Aunque adoraba a los niños de Colin y Claire, los de Rosemary serían de su propia sangre.

—¿Pero es cierto? —los apremió Paul. El matrimonio todavía no había confirmado la noticia.

—Sí —confirmó Rosemary al fin con una gran sonrisa—. ¡Vamos a aumentar la familia!

Entre tanta felicitación, abrazo, incluso alguna lágrima, se elevó la voz de Jennifer.

—¿Cómo es que yo no me había enterado antes?

Podía decirse que ambas habían alcanzado una felicidad plena. Jennifer tenía lo que siempre había deseado y Rosemary... más de lo que soñó poder obtener.

A pesar de todo, el amor formaba ya parte de sus vidas.

Si te ha gustado

*Seduciendo al corazón*

te recomendamos comenzar a leer

*La magia que nos une*

de *Anny Peterson*



# Prólogo

## Noa

«Ya eres mío», pensé frenando el coche y escurriéndome en el asiento del conductor. Sabía que había seguido con las luces apagadas a la persona adecuada en el momento oportuno.

Qué molesto es a veces tener razón, porque presentía un aciago final. Uno de los dos no sobreviviría a aquella noche, o puede que ninguno.

Asomé los ojos lo justo para verle desaparecer por una puerta inapreciable en la pared de metal de aquel edificio de China Town. Me habían prohibido volver a pisar ese distrito, pero intuía que tras esa ajada puerta estaba la clave de todo.

Bajé del coche y le seguí. Me adentré en la nave sin pensar en el riesgo que estaba corriendo porque, si me encontraban allí, les sería muy fácil hacerme desaparecer sin dejar rastro. Pensé vagamente en dos o tres personas a las que les daría un ataque si supieran dónde estaba, pero sacudí la cabeza y me concentré en lo que veía.

Era una habitación pequeña y sucia que olía a peligro. Como las que salen en las películas y automáticamente piensas: ¡¿eres tonta?! ¡Sal de ahí! Siempre creí que si fuera la protagonista echaría a correr sin dudar, pero no podía. Aparte de a peligro, olía a sed de justicia, a luchar contra la opresión, a defender la libertad, y ese efluvio impedía que me detuviera. Se escuchaban murmullos en un dialecto extraño de Europa del Este, también algunos gritos angustiosos y sus réplicas enfadadas... No me hacía falta oír más para saber que había encontrado el agujero donde se organizaba esa maldita banda de tráfico humano que llevaba persiguiendo casi un año, pero tenía que verlo con mis propios ojos antes de pedir refuerzos.

Continué sigilosamente por un pasillo. Al llegar al acceso, me agaché y eché un vistazo.

Mierda. Era peor de lo que creía. En ese momento, sí me pareció una

magnífica idea salir pitando hacia la puerta, pero en vez de eso, saqué el móvil y envié un WhatsApp.

«Los Tengo. Trae refuerzos», y mandé mi ubicación.

—Quieta, zorra. —Sentí la presión de un cañón en mi cabeza. El sonido de una bala cargándose y una voz inconfundible que no debería estar en el bando de los malos.

—¡No! —grité despertando sobresaltada.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —me preguntó asustado el pasajero de al lado. Mis ojos ofrecieron nueva información.

Una cabina de avión presurizada, gente mirándome alarmada, azafatas sirviendo bebidas.

—Sí. Perdón, perdón. —Corregí mi postura y soporté la vergüenza provocada por mi trastorno de estrés postraumático.

—¿Una pesadilla? —insistió el hombre.

Le miré a los ojos y me pareció un buen hombre recién jubilado. Tenía una mirada ávida por recopilar historias de sus trepidantes viajes que más tarde plasmaría en su autobiografía. Si le contara la mía, se caería del asiento a pesar de la dificultad por la proximidad del respaldo anterior.

—Sí —mentí. Porque en realidad no era eso, sino un recuerdo. Un mal recuerdo que preferiría olvidar. La auténtica pesadilla estaba a punto de comenzar: volvía a casa.

## ¿Se puede estar enamorada del amor? O más importante: ¿existe un «felices para siempre» tras la boda?



Jennifer Walker es una dama neoyorkina, alegre, optimista y pizpireta de principios del siglo XX, que creía que su vida sería maravillosa tras dar el «sí quiero». Sin embargo, sus románticas expectativas se han visto truncadas a causa de un único culpable: su esposo, pues Ross parece un hombre ciego ante el amor, aun cuando le es servido en bandeja de plata. Nada dispuesta a dejarse vencer por los obstáculos, Jennifer decide conquistarle de una vez por todas, poniendo en marcha un audaz

plan con un único fin: que cierto caballero con el que está casada caiga rendido a sus pies.

—¿Estás burlándote?

—No era esa mi intención.

—Ya me parecía. No es propio de ti.

—¿Y qué, si puede saberse, es propio de mí?

*No sabía por qué se enfadaba, pero no le gustaba ese tono y la seguridad que lo acompañaba.*

*—La seriedad, por supuesto. —Ella mostró una expresión que indicaba a las claras que otra consideración quedaba descartada—. Pero no te preocupes, ya me encargaré yo de hacerte cambiar, lo prometo —murmuró esto último por lo bajo y con una determinación que él no vio ni supo captar.*

**Elizabeth Urian** es el seudónimo tras el cual escriben dos hermanas, ambas amantes de los libros, de la historia y de las novelas cosmopolitas. En su tiempo libre se dedican a sus hobbies y a compartir tiempo con su familia. Con *Los hermanos Broderick*, se lanzaron al mundo de las letras con una novela llena de humor y enredos que nada tiene que envidiarle a aquellos libros que tanto les gusta leer. Su serie *Las feas también los enamoran*, ha vendido miles de copias y ha entusiasmado a montones de lectores por su humor, sencillez e ingeniosa y agradable lectura.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Elizabeth Urian

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-26-5

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Seduciendo al corazón

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Elizabeth Urian

Créditos